

QHAPAQ ÑAN

SISTEMA VIAL ANDINO

LUIS G. LUMBRERAS | MYRIAM TARRAGÓ | VICTORIA CASTRO



PERÚ

Ministerio de Cultura

Dirección
Desc concentrada de Cultura
de Cusco

QHAPAQ
ÑAN
PERÚ

"Los yndios de las prouincias del perú es gente muy diestra en hacer e abrir caminos e calzadas e fortalezas y otros edificios de piedra e tapleria e de sacar agua de acequia tanto que visto que los edificios dizen que nos hazen mucha ventaja a nosotros"

Carta a Carlos V, por el Licenciado Espinoza el 10 de octubre de 1533.

El año 2001 se inicia un complejo y largo proceso ante UNESCO, primero inscribiendo el Qhapaq Ñan, Sistema Vial Andino en la Lista Indicativa, uniendo en este proyecto a los países actuales que conformaron el Tawantinsuyu: Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú. Luego se construyó el expediente de candidatura del Qhapaq Ñan, Sistema Vial Andino, y la UNESCO lo inscribió en la Lista de Patrimonio Mundial, en Doha - Qatar, el 21 de junio de 2014, en la categoría de Itinerario Cultural.

Un insumo de crucial importancia fue el texto desarrollado por los doctores Luis G. Lumbreras Salcedo (Perú), Myriam Noemí Tarragó (Argentina) y Victoria Castro Rojas (Chile), y que hoy presentamos en formato de libro para el acceso del público en general.

De cara al Bicentenario, para reconocernos como sociedad de altos logros en el contexto mundial y de todos los tiempos, este libro es un ejemplo del camino de la hermandad, como testimonio de lo que fuimos capaz de realizar en el pasado y que si activamos ese espíritu transformador que portamos todos los andinos de hoy, podemos cambiar nuestra realidad y construir un mundo mejor para nuestros hijos y las generaciones venideras.



QHAPAQ ÑAN
SISTEMA VIAL ANDINO



QHAPAQ ÑAN

SISTEMA VIAL ANDINO

Luis G. Lumbreras / Myriam Tarragó / Victoria Castro



PERÚ

Ministerio de Cultura

Dirección
Desconcentrada de Cultura
de Cusco

**@ QHAPAQ ÑAN. SISTEMA VIAL
ANDINO**

**Luis Guillermo Lumberas Salcedo
Myriam Noemí Tarragó
Victoria Castro Rojas**

@ De esta edición:

Dirección Desconcentrada de Cultura Cusco
Calle Maruri 340, Palacio Inka del Kusikancha.
Cusco
Central telefónica (051) - 84 - 582030
Proyecto Qhapaq Ñan Sede Cusco
1a. edición - Noviembre 2020

Revisión y edición:

Elías Mujica Barreda
Carlos Rengifo Chunga
Octavio Fernández Carrasco
Axel E. Nielsen

Corrección ortográfica y de estilo:

Carlos Rengifo Chunga
Juan Carlos Bondy

Diagramación:

Saúl E. Ponce Valdivia

Diseño de Portada:

Saúl E. Ponce Valdivia

Imagen de portada:

Intihuatana de Pomacocha, distrito de Vischongo,
provincia Vilcashuamán, Ayacucho. Foto Gerardo
Quiroga, Qhapaq Ñan Perú.

ISBN:

Hecho el Depósito legal en la Biblioteca
Nacional del Perú N°

Impreso en:

GD Impacto S.A.C.
Calle Mártir Olaya 129, Of 1905
Miraflores - Lima
Tiraje, 1000 ejemplares

Impreso en Perú

Printed in Perú

Perú suyupi ruwasqa

Ministro de Cultura

Alejandro Neyra Sánchez

Viceministra de Patrimonio Cultural e

Industrias Culturales

Leslie Urteaga Peña

**Coordinador General de la Secretaría Técnica
del Qhapaq Ñan - Sede Nacional**

Elías Mujica Barreda

**Coordinador del Área de Gestión y Supervisión
de Áreas Declaradas Patrimonio Mundial,**

Qhapaq Ñan - Sede Nacional

Ricardo Chirinos Portocarrero

**Director de la Dirección Desconcentrada
de Cultura Cusco**

Fredy Escobar Zamalloa

**Coordinador General de la Secretaría Técnica
del Qhapaq Ñan, DDC Cusco**

Octavio Fernández Carrasco

**Coordinador del Área de Uso Social
del Qhapaq Ñan, DDC Cusco**

Anthony Cáceres Olarte

Estados Parte de los seis países Qhapaq Ñan, Sistema Vial Andino



Argentina: Ministerio de Cultura | Secretaría de Patrimonio Cultural | Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano



Estado Plurinacional de Bolivia: Ministerio de Culturas y Turismo



Chile: Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de Chile | Subsecretaría del Patrimonio Cultural | Servicio Nacional del Patrimonio Cultural



Colombia: Ministerio de Cultura | Instituto Colombiano de Antropología e Historia | Universidad de Nariño (ICANH)



Ecuador: Ministerio de Cultura y Patrimonio | Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC)



Perú: Ministerio de Cultura | Dirección Desconcentrada de Cultura del Cusco

Secretarías Técnicas del Qhapaq Ñan, Sistema Vial Andino

Argentina: Victoria Ayelén Sosa

Estado Plurinacional de Bolivia: Leonor Cuevas Verduguez

Chile: Claudia Prado Berlien

Colombia: Claudia Afanador Hernández

Ecuador: Mónica Bolaños Pantoja

Perú: Elías Mujica Barreda, Sede Nacional y

Octavio Fernández Carrasco, Sede Cusco



Sumario

Presentación	11
Prólogo	13
Introducción	17
1. El Tawantinsuyu o Imperio Inca	21
1.1. Las jerarquías políticas anteriores al Tawantinsuyu	22
1.2. Origen del Tawantinsuyu	51
1.3. La expansión territorial de los incas	66
1.4. La sociedad inca	73
1.5. La economía en el Tawantinsuyu	77
1.6. Estructura político-administrativa	87
1.7. Las lenguas habladas en el Tawantinsuyu	90
2. El Qhapaq Ñan	95
2.1. Las rutas del Qhapaq Ñan	112
2.1.1. El Chinchaysuyu	112
2.1.1.1. El camino de la costa	129
2.1.2. El Kuntisuyu	138
2.1.3. El Antisuyu	139
2.1.4. El Qollasuyu	140
2.2. Usos del Qhapaq Ñan y formas de recorrerlo	168
2.3. La construcción del Qhapaq Ñan	174
3. Historia de la investigación del Qhapaq Ñan en relación con las fuentes de investigación	221
4. Respecto al Qhapaq Ñan en la actualidad	225
Bibliografía	233

Presentación

El año 2001, el Dr. Valentín Paniagua Curazao, cusqueño él, siendo Presidente Transicional, con ese espíritu visionario del Perú, el subcontinente y de sus pasado, decidió que uno de los logros más significativos que forjó la sociedad Andina, se investigara, conservara y pusiera en uso social: Qhapaq Ñan – Sistema Vial Andino, logro que representa los conocimientos, la tecnología, la gran capacidad transformadora que desarrolló la gente de esta parte del continente americano y que con justeza se debería inscribir en la Lista de Patrimonio Mundial por sus atributos, condiciones y Valores Universales Excepcionales por UNESCO. Con tal propósito generó toda una normativa con la misión precisa, estructura operativa participativa y los recursos necesarios para hacer realidad la visión Andina contemporánea de su legado y presente activo.

El Qhapaq Ñan – Sistema Vial Andino, es la síntesis, la amalgama de los medios, mecanismos de comunicación, transporte y circulación de los recursos, bienes, servicios y también, ideales, sentimientos y utopías de las sociedades de todos los tiempos, que desde sus albores organizó un territorio tan complejo, diverso y que en los siglos XV y XVI, cuando los occidentales irrumpen el proceso autónomo americano, había integrado de la forma más dinámica, eficiente y exitosa realidades, condiciones socioculturales y políticas heterogéneas, de un territorio de casi 4 millones de kilómetros cuadrados. Tal integración fue posible gracias al Qhapaq Ñan – Sistema Vial Andino, y que posterior a 1532, funcionó disminuido por la implantación de políticas del Estado colonial, que obedecieron a la lógica y racionalidad eurocéntrica.

El año 2001 se inicia un complejo y largo proceso ante UNESCO, primero inscribiendo el Qhapaq Ñan - Sistema Vial Andino en la Lista Indicativa, uniendo en este proyecto a los países actuales que conformaron el Tawantinsuyu: Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú. Activando ese milenario principio andino de reciprocidad, se construyó el expediente de candidatura del Qhapaq Ñan – Sistema Vial Andino a la Lista de Patrimonio Mundial, el mismo que se entregó en febrero del año 2013. Destacamos que el sustento y soporte que le dio a dicho expediente es el discurso formalizado de los científicos más importantes de latinoamérica: los doctores Luis G. Lumbreras Salcedo, Myriam Noemí Tarragó y Victoria Castro Rojas, el mismo que presentamos en formato de libro para el acceso del público en general. Es con dicho soporte que la UNESCO inscribió el Qhapaq Ñan – Sistema Vial Andino, en la Lista de Patrimonio Mundial, en Doha - Qatar, en el solsticio de invierno, el 21 de junio de 2014, con la referencia N° 1459, categoría de Itinerario Cultural.

De cara al Bicentenario, para reconocernos como sociedad de altos logros en el contexto mundial y de todos los tiempos, alcanzamos a la sociedad cusqueña, peruana y andina, este libro de *Qhapaq Ñan, Sistema Vial Andino*, como testimonio de lo que fuimos capaz de realizar en el pasado y que si activamos ese espíritu transformador que portamos todos los andinos de hoy, podemos cambiar nuestra realidad y construir un mundo mejor para nuestros hijos y las generaciones venideras. Con el deseo que las generaciones actuales lean con una reflexión crítica para fortalecer nuestra identidad sociocultural y conciencia histórica.

Fredy Escobar Zamalloa

Director de la Dirección Desconcentrada de Cultura Cusco

Prólogo

Desde la presencia temprana del hombre en los Andes, se inicia el proceso de configuración de las rutas y la estructuración territorial, conforme las vocaciones de los territorios, paisajes y recursos; por otro lado, la necesidad de satisfacer necesidades humanas primarias y también, espirituales. En este marco, espacios de abundancia de alimentos, animales de caza, pesca sean coyunturales o permanentes favorecieron construir los senderos de acceso a recursos. La obtención de materiales para la elaboración de instrumentos, lugares místicos como las montañas, nevados y volcanes fueron cruciales y aún hoy lo son. Así empezó la historia de la configuración y consolidación de los caminos. Con la formación de asentamientos y posteriormente la emergencia de sistemas políticos integrados y centralizados, muchas de estas rutas se formalizaron. Otras se desarrollaron por otras necesidades, varios caminos son regionales, interregionales y macroterritoriales.

En los siglos XV y XVI, los cusqueños retomaron, reestructuraron e innovaron la mayoría de la red vial de lo que sería el Tawantinsuyu o “el mundo de las cuatro regiones”, concordante con la construcción de un proyecto político de integración panandino, basado en principios de reciprocidad, se configura una cosmovisión coherente a los intereses de Cusco y locales, y fueron articulados a una trama ideológica solar y al emblema político que encarnaba el Inca: Waqchakhuyaq o “favorecedor de los pueblos”.

El Proyecto Qhapaq Ñan Sede Cusco, se congratula en presentar a la sociedad Andina en general, el estudio de tres expertos destacados en temas Andinos prehispánicos, los doctores Luis G. Lumbreras Salcedo, Myriam Tarragó y Victoria Castro que prepararon el presente trabajo para sustentar el Expediente de Candidatura del Qhapaq Ñan – Sistema Vial Andino, a la Lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO, el mismo que se logró y celebramos oportunamente los pueblos Andinos. Los autores desarrollan un discurso desde una perspectiva diacrónica para develar los diferentes procesos diferenciados y acotan lo gravitante en la complejidad y discontinuidad territorial; la biodiversidad ecológica de los Andes, la pluriculturalidad y multilingüística de un extenso territorio, con sistemas sociopolíticos desde los más simples hasta los más complejos. Los autores enfatizan que tal complejidad fue asumida con respuestas creativas y la generación de estrategias y desarrollos tecnológicos, organizativos y niveles disciplinarios. Asimismo, perciben modelos sociopolíticos que delinear políticas públicas, sobre todo, en los escalones superiores del proceso sociocultural en los Andes relacionados con la edificación de infraestructura vial con componentes diversos y necesarios.

Para los autores, el camino no sólo es el eje articulador de territorios, pueblos, culturas, sino, articulador de tiempos y espacios que posibilitan explorar realidades, ámbitos y sociedades como proceso histórico, desentrañando y develando hechos esenciales de la construcción de un universo, una lógica y racionalidad, en fin, una cosmovisión singular, diferente a occidente y que los retos y complejidades que la naturaleza, el territorio le impuso al hombre andino de estas latitudes, éste con creatividad transformadora, esfuerzo, organización, unidad, disciplina y anhelos permanentes supo domesticar y humanizar este difícil y complicado territorio del “nuevo mundo”. Como resultado de esa perseverante lucha y trabajo, el legado arqueológico de todos los tiempos, tanto en la costa, la sierra, el altiplano y la selva y que se coronó previo a la irrupción occidental en 1532, todo lo edificado y logrado se desarrolló en condición autónoma y que hoy es admirado por propios y extraños y es ejemplo para el mundo y las generaciones venideras.

A partir y a través del Qhapaq Ñan, los autores recorren nuestro proceso histórico, abscultando sus características, sus roles, funciones, significado y sus potencialidades, de eje articulador, unificador de tiempos, espacios, realidades y concreciones socioculturales. El Qhapaq Ñan se presenta como esencia, símbolo y crisol que doblegó la adversidad y complejidad, lección para hoy y el futuro, considerando que la unidad, la integración es capaz de lograr el bienestar de los pueblos, fundado en la solidaridad y la armonía social.

De cara al Bicentenario, se alcanza a la sociedad cusqueña, peruana y andina en general, el presente libro que desde la perspectiva del Qhapaq Ñan, el camino de la hermandad de los pueblos andinos, sintetiza con maestría y amenidad paradigmática nuestro proceso histórico autónomo y que será una fuente e inspiración fundamental para reconocernos como sociedad heredera de una gran civilización que supo superar con creces las adversidades con capacidad transformadora que a diferencia de otras latitudes y tiempos, supo vencer y erradicar la miseria y el hambre, que probablemente, pareciera utópica para las sociedades medievales del viejo mundo, que sin embargo, entre los siglos XV e inicios del XVI, en esta parte del mundo, fue una realidad.

El Qhapaq Ñan, Sistema Vial Andino, también jugó un rol y función crucial en el proceso emancipador y la independencia de la América Andina, por donde circularon no sólo los combatientes, sino, también, los ideales, anhelos, sueños libertarios, de justicia y proyectos políticos. Aún hoy, mantiene tal vitalidad con los trajinantes y gentes que los transitan. Por otro lado, la obra de los expertos Lumbreras, Tarragó y Castro, constituirán en paradigma y derrotero para profundizar los estudios no sólo de los caminos, sino, también, de nuestro pasado y presente proyectado hacia el futuro, para afianzar y configurar nuestra identidad propia y conciencia histórica depurada de distorsiones y misticismos.

Octavio Fernández Carrasco

Coordinador General del Proyecto Qhapaq Ñan Sede Cusco

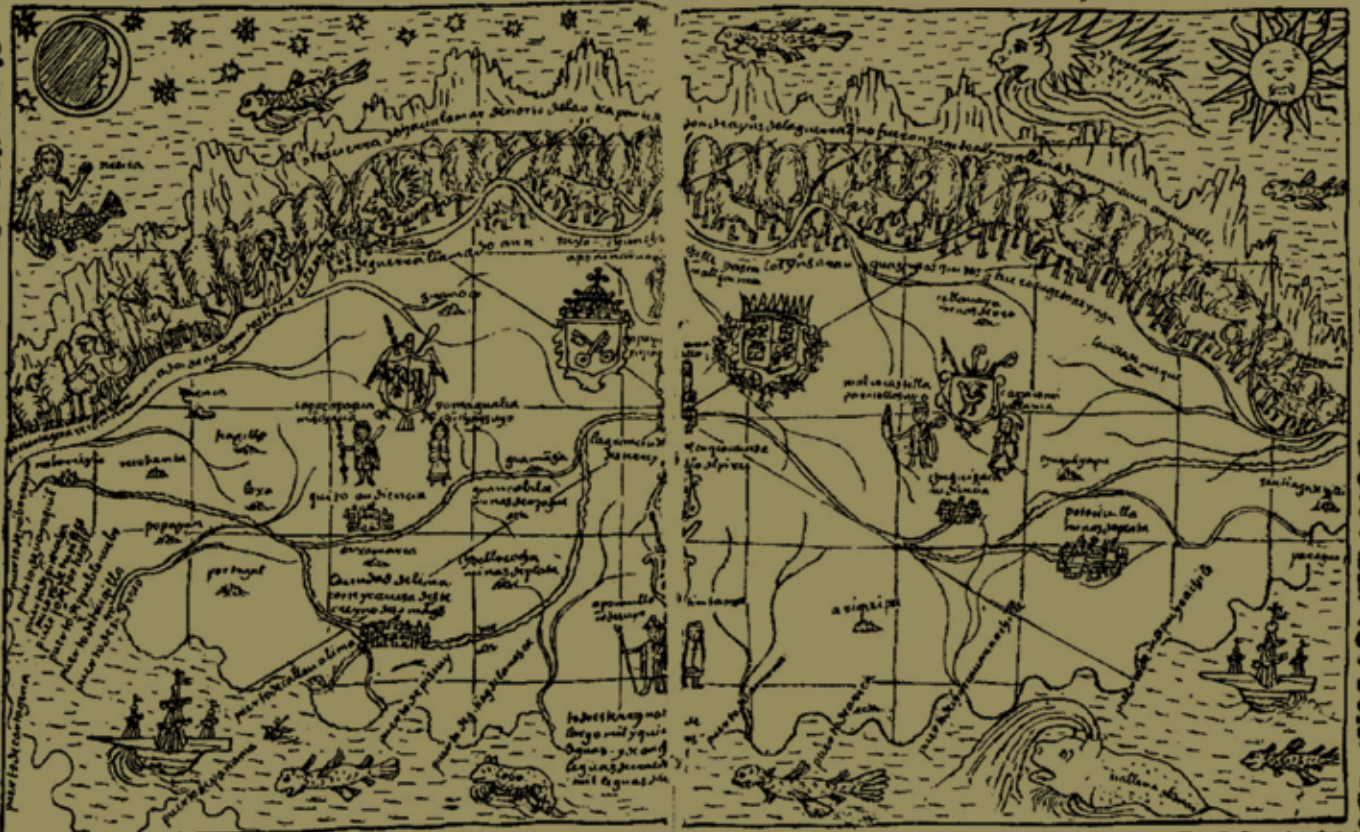


MAPA MVNDI DEL REINO DE LAS INDIAS

VIREINO LLAMADO ANTISV O HACIA EL DERECHO DEL ARDENORTE

OTRO REINO LLAMADO CHINCHASV O PUNISOLA

OTRO REINO LLAMADO COLLASV O SALESO



“Mapa Mvndi del Reino de las Indias”. Felipe Guamán Poma de Ayala, Nueva Coronica y Buen Gobierno, 1615.

Introducción

Cuando los españoles llegaron al Perú en 1532, ingresaron a un territorio de más de 4400 kilómetros de largo, cruzado por una compleja red vial, que permitía el desplazamiento a través de caminos bien trazados, por donde circulaban trajinantes y bienes con rapidez y seguridad. Gracias a ello, los pueblos de todos los extremos del país recibían con prontitud los recursos requeridos para su bienestar. Asimismo, los incas disponían oportunamente de noticias y medios que hacían posible una eficiente gestión estatal en ese inmenso territorio, y permitían administrar el trabajo y la producción de regiones alejadas en decenas, centenas e incluso millares de kilómetros de la ciudad del Cusco, capital del imperio.

La red caminera tenía como eje la cordillera de los Andes, que se desplaza de norte a sur en paralelo al océano Pacífico, a lo largo del borde occidental de Sudamérica. La opción tecnológica de la época condujo a una solución peatonal. El camino debía facilitar el tránsito de personas a pie, generalmente acompañadas por recuas de llamas, y conducía a los viajeros por senderos firmes y bien trazados. Se recorría longitudinalmente la cordillera, salvando las pendientes con el uso de escalinatas, cruzando las quebradas con puentes, plataformas o extensos tramos elevados, y en los puntos donde la naturaleza imponía tales soluciones.

La mayor parte de esos caminos fueron habilitados a lo largo de los siglos, a partir de usos y recursos locales, pero, en el siglo XV, pasaron a formar parte de una red articulada, que era el componente integrador de un proyecto político de alcance multiétnico. Así, la red caminera se ponía al servicio de la organización de un Estado identificado por los españoles como Imperio de los Incas, denominado por los incas como Tawantinsuyu y tenía su capital en la ciudad del Cusco.

Desde todos los rincones era posible llegar a la red. Con ella se podía ir a todas partes, y desde cualquiera de esos lugares al Cusco. Eso generaba una base estructural de gran impacto unificador, que llamó mucho la atención de los recién llegados, pues equilibraba los contrastes y dificultades del paisaje andino, agrietado y diverso, donde se registran juntos casi todos los paisajes que hay en el planeta, desde los ambientes con nieves perpetuas, con páramos y estepas frías en sus vecindades, hasta las quebradas con bosques húmedos o secos, al igual que las sabanas y valles, templados o cálidos, junto a arenales y desiertos, selvas y bosques siempre verdes, estepas y roquedales. El sistema vial era un eje articulador que abarcaba cerca de 40 000 kilómetros de una red de caminos, que en términos de patrimonio arqueológico es, sin duda, el mayor monumento que se conoce en el continente americano, y es hoy en día compartido por seis países andinos.





El Tawantinsuyu o Imperio inca

Al llegar al Tawantinsuyu, los españoles encontraron una sociedad que funcionaba con complejos niveles de organización, bajo un régimen político que en su momento compararon con el que tuvieron los romanos en la antigüedad. La constatación de las grandes obras de infraestructura vial y de otros campos de la producción, habitualmente asociados a las grandes civilizaciones, hablaba de un sistema con capacidad de manejar y movilizar recursos humanos y naturales a gran escala. Las noticias que pudieron obtener sobre la forma en que todo aquello se había originado y desarrollado sin que ellos —los europeos— tuvieran conocimiento promovió diversas especulaciones sobre el posible arribo de “pueblos perdidos” de otras latitudes.

Finalmente, descartadas las más variadas especulaciones sobre orígenes extraños, la percepción histórica del Tawantinsuyu quedó ligada a los incas y al contexto político y social que los españoles pudieron personalmente conocer y que varios de sus eruditos, como Pedro Cieza de León (1553), Juan de Betanzos (1551), Hernando de Santillán (1563), Juan Polo de Ondegardo (1571), Juan de Matienzo (1567), Pedro Sarmiento

de Gamboa (1572), Miguel Cabello Valboa (1586), Bernabé Cobo (1653) y otros, trataron de estudiar y examinar¹.

Lo que vieron y describieron los españoles, a través de sus cronistas e historiadores, fue un Estado que tenía su capital en la ciudad del Cusco y cuya historia se reducía a las noticias que, por medio de cantares y leyendas, eran transmitidas oralmente. No había registro histórico escrito. Era una historia contada a partir de los hechos de reyes sucesivos, cuyos nombres y hazañas la tradición recordaba u olvidaba según las circunstancias e intereses políticos. Era, en eso, similar a las historias que los chinos, judíos, griegos, romanos y los propios españoles registraban de sus periodos legendarios, donde el poder y la jerarquía de los gobernantes se justificaban a partir de orígenes fantásticos y sobrenatura-

¹ Véanse, en el apéndice bibliográfico, las referencias a las principales obras de estos historiadores y cronistas del siglo XVI o inicios del XVII. A ellos deben agregarse los nombres del Inca Garcilaso de la Vega y Guaman Poma de Ayala, nacidos en el Perú, mestizo el primero e indígena el otro, así como a Martín de Murúa, que trae un códice similar al de Guaman Poma, pero en colores, y sirve de buena fuente sobre los pueblos de la época. Hay muchos otros cronistas e historiadores, pero se presentan solo aquellos que ofrecen descripciones orgánicas sobre la época de los incas y que tuvieron informes directos.

les, con ilustres antepasados mediatos e inmediatos. En el Perú eran los incas del Cusco, aunque también había historias paralelas de los señoríos de Lambayeque y Chimú, poderosos señores de la costa norte, que habían sido sometidos por los incas.

1.1. Las jerarquías políticas anteriores al Tawantinsuyu

El siglo VI fue el escenario de significativas condiciones de cambio en los Andes centrales, ubicados entre los grados 5 y 16 de la latitud sur. En ese territorio, desde el tercer

milenio anterior a nuestra era, se había desarrollado una sociedad urbana de base agraria, sustentada fundamentalmente en agricultura de riego, con diversos niveles de compromiso hidráulico, complementada con una economía marinera muy generosa y un sólido componente ganadero. La explotación de los recursos minerales, así como el dominio alcanzado sobre las fibras animales y vegetales y el aprovechamiento de la diversidad biótica andino-amazónica, permitieron un desarrollo manufacturero muy vasto, que hizo de la metalurgia y las artes textiles, amén del manejo de las arcillas y los tintes naturales, un espacio social con especialistas de diverso grado de calificación.



Fig 1. Mapa del Mar del Sur y el Virreinato del Perú con sus jurisdicciones. Ambito del Tawantinsuyu. Siglo XVI, Archivo Histórico del Guayas, Guayaquil, Ecuador.

Ellos fueron los que en el siglo VI ocupaban las funciones sociales más destacadas, de modo que, junto con los especialistas en el manejo del culto y las artes religiosas, lograron montar una civilización que tenía a los centros urbanos de carácter ceremonial como su lugar de vida. Generalmente había un centro principal y varios menores en cada valle, aun cuando algunos, como Moche o Tiwanaku, tenían un compromiso mayor, con dos o más valles dependientes. Eso debía suponer una estructura de poder jerarquizada, con señores o jefes principales y secundarios, a quienes se deben agregar los miembros “comunes”, que en el siglo XVI eran llamados *hatunruna* (“adultos”), e identificados como cabezas de familia para fines tributarios.

Desde los centros ceremoniales, los especialistas en el culto, constituidos en sabios asociados al poder de los dioses, mantenían controles teocráticos derivados de su función sacerdotal, en forma de jefaturas o señoríos de diverso grado de poder. Sin duda, los más poderosos en los primeros siglos de la era cristiana eran los de los valles ricos de la costa norte de Lambayeque y Trujillo, seguidos por los del Callejón de Huaylas y, tal vez, Lima y Nasca, con un aún más poderoso señorío en las proximidades del lago Titicaca, en el sur. Es un poder que se puede apreciar físicamente en las grandes obras públicas levantadas en los centros ceremoniales, donde destacan especialmente los templos piramidales y otros espacios sagrados, como la parafernalia asociada al culto de los muertos.

El examen arqueológico de ese tiempo indica que, si bien existían vínculos de larga

distancia, por mar y tierra, la tendencia era la creación de formas regionales o locales de dominio, de modo que se hacían caminos circunscritos al ámbito de manejo de los centros ceremoniales, que mayormente

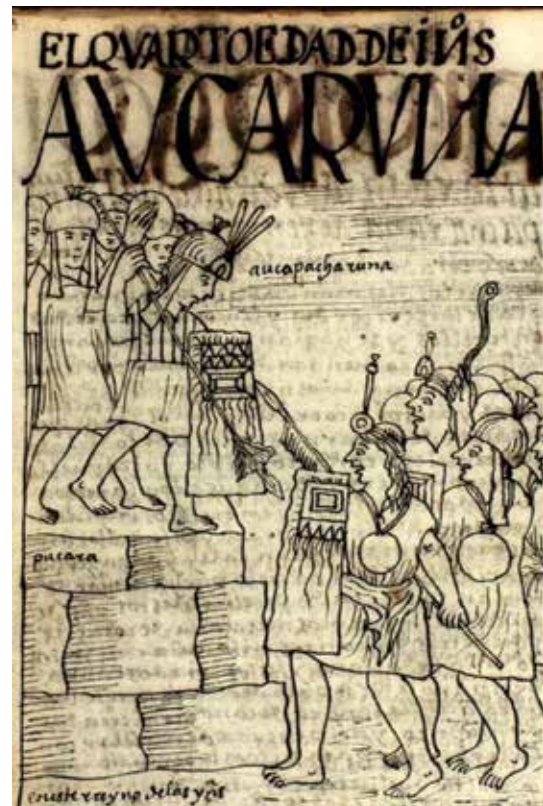


Fig 2. Era anterior a los incas. Guamán Poma de Ayala, 1615.



Fig. 3. Tiwanaku, Bolivia. vista posterior de la “Puerta del Sol”.



Fig. 4. Subtramo Camino a Achupallas - Ingapirca, provincias Chimborazo Cañar. Instituto Nacional de Patrimonio Cultural. Foto Mónica Bolaños.

cubrían uno o dos valles vecinos. Eso indica un régimen estatal, o de jefaturas, que se rompió en el siglo VI a raíz de la irrupción de los waris, que desataron un proceso de conquista de los centros ceremoniales y su ámbito de influencia, e instalaron un proyecto político de vocación transregional. Dicho proyecto tomó la forma de un Estado que incorporó bajo su dominio a pueblos de diversas lenguas y costumbres, en un territorio de más de 1500 kilómetros de largo, entre Cajamarca y Piura, por el norte, y Cusco y Arequipa, por el sur, tanto de la sierra como de la costa, con algunos avances hacia el oriente amazónico, especialmente en la cuenca del río Apurímac.

Wari introdujo nuevos modelos de comportamiento, basados en las formas concretas de su existencia, inclinada a la producción manufacturera y la circulación de bienes. Ayacucho es una tierra donde la producción agrícola resulta laboriosa y difícil. En cambio, es abundante en materias primas adecuadas para la manufactura, especialmente textil y alfarera. Así fue que al desatarse en el siglo VI una aguda y sostenida crisis agraria en los Andes centrales —debido, entre otras cosas, a cambios climáticos bastante drásticos— los ayacuchanos enfatizaron su dominio sobre esos recursos, especialmente los textiles, para enfrentar la crisis. La depresión movilizó a las gentes de todas partes, y provocó guerras



Fig. 5. Qollqas de Chacamarca en Junín, Perú. Foto Edgardo Solórzano Palacín, Qhapaq Ñan Perú.

y migraciones que rompieron los modelos de desarrollos regionales y locales.

La crisis debilitó a los señoríos de Moche, Recuay, Lima y Nasca, que pudieron ser incorporados al proyecto expansivo de Wari, que a su vez encontró en la conquista el medio gracias al cual podía resolver sus demandas alimentarias y dar un destino óptimo a su producción de manufacturas, que experimentaron un acelerado ascenso. El asunto era disponer del trabajo de los comuneros y las tierras de los valles conquistados, y a partir de eso obtener los bienes de subsistencia necesarios para el sustento de su población. El control se ejercía bajo la presencia de funcionarios ubicados en establecimientos habilitados en las zonas sometidas —como Pikillaqta en el Cusco, Viracochapampa en Huamachuco, Willka Waín u Honco Pampa en Huaylas, o Wari Willka entre los wankas— que conta-

bilizaban los servicios y bienes con ayuda de los *kipus*² y, desde luego, con el apoyo de una red caminera bien montada, que conectaba Wari con sus capitales provinciales, desde Cajamarca hasta Cusco.

Los centros ceremoniales fueron progresivamente reemplazados por centros poblados, donde primaban las obras civiles, como palacios y talleres, sobre obras de corte religioso, como templos, santuarios y adoratorios. Eso estaba obviamente acompañado de cambios en la composición de la población, donde una nueva capa de “señores”, seguramente vinculados a la guerra y la conquista, se agregó y sobrepuso a la de los sabios especialistas en el culto, los *amautas*.

² El *kipu* o *quipu* es un sistema de contabilidad hecho a base de cuerdas polícromas y nudos que, al parecer, se usaba también como un medio de recordación o memoria, que fue conocido en pleno uso en el siglo XVI. La versión más primitiva que se conoce, por ahora, es de la época wari.



Fig. 6. Camino Pomata a Puno, a la vera del Lago Titicaca. Foto Qhapaq Ñan Perú.

Los señores de la guerra eran *sinchis* y los funcionarios asociados a las diversas actividades productivas o de servicios eran *kamayuyq* (o *camayos*), mientras que los habitantes que aportaban su tributo mediante el trabajo eran conocidos como *mitayuyq* (o *mitayos*). Todo indica que, además, se agregaron a ellos los *yanacuna* (o *yanaconas*), comunidad dominada y obligada a servir en perpetuidad al ayllu del inca y los *mitmaq* (o *mitimaes*), que eran grupos y a veces comunidades enteras trasladadas de un lugar a otro para propósitos estatales. En la cuenca del Jequetepeque, se han hallado pobladores presuntamente limeños, trasladados en el siglo VIII y mezclados con los habitantes locales³.

Wari tenía su capital en Ayacucho, y a su imagen y semejanza, siguiendo un modelo formalizado de sus edificios públicos, el imperio mandó levantar ciudades menores en las cabeceras de los territorios incorporados a sus dominios, vinculadas mediante la red caminera que seguía el eje cordillerano. El camino nacía en Wari y se dirigía linealmente hacia el norte, con dirección a Huamachuco y Cajamarca, donde hubo una ciudad en Viracochapampa, en la cuenca del Crisnejas, y un santuario en Cerro Amaru.

Al centro del trayecto estaban los asentamientos del Callejón de Huaylas, donde fue muy fuerte la presencia Wari, tal como se aprecia en los centros urbanos de Willka Waín e Ichic Willka Waín, o también en Honcopampa. En toda esta región, hubo un desarrollo urbano previo, que fue lo suficientemente fuerte como para que las ciudades nuevas debieran adoptar el modelo

³ Ver Castillo, Luis Jaime y Donnan, Christopher (1994). La ocupación moche de San José de Moro, valle de Jequetepeque. En *Moche, propuestas y perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche*, Trujillo 1993 (S. Ucceda y E. Mujica, eds.): 93-146. Travaux de l'Institut Français d'Études Andines 79. Lima.



Fig. 7. Sección Escalerilla -Casa Blanca - Cerro Huaylillas - Cushuro, camino en plataforma con muro de contención. Foto Qhapaq Ñan Perú.

Wari con una clara impronta local. Viracochapampa en Huamachuco, y tal vez una buena parte de Honcopampa en Áncash, tuvieron una definida configuración estatal Wari, con *kanchas* cuadrangulares amuralladas, dispuestas dentro de un ordenamiento ortogonal característico (Schreiber 1987).

Igualmente, desde Wari nacía una ruta hacia el sureste, con un nudo principal en el Cusco, que vinculaba la ciudad capital con Pikillaqta, que era la cabeza regional de este Estado, a la que se llegaba por un ancho camino protegido por muros de más de 6

metros de alto antes de llegar a sus también amuralladas instalaciones (McEwan 1987). Ese trayecto llevaba a los ayacuchanos por la cuenca del río Pampas, que estaba dentro de sus dominios tradicionales y que es la tierra que los incas llamaban “de los chancas”, sus enemigos históricos.

Aún conocemos poco sobre la cultura Wari, pues recién están apareciendo algunas noticias arqueológicas. Hasta la década de 1960 no se la conocía y solo en forma de hipótesis la mencionaban los arqueólogos Julio C. Tello y Rafael Larco Hoyle. Hace pocos años, todavía quedaban estudiosos que no aceptaban su existencia; sin embargo, lo poco que se sabe indica que su dominio incluía, además de los pueblos serranos indicados, aquellos de las mismas latitudes en la costa. En algún momento habían sido sometidos los mochicas de Lambayeque y Trujillo, y se habían hecho incursiones hacia Piura, e incluso la región de Cuenca en Ecuador, y Chachapoyas en el Utucubamba.

En la costa entre Lima y Nasca hubo un dominio muy claro. Pachacamac ocupaba un lugar destacado, equivalente al de la segunda ciudad del imperio, a tal grado que gran parte de los productos litúrgicos de Wari eran, al parecer, procedentes de este sitio. Debido a que Max Uhle, en los inicios de su investigación, identificó los primeros rasgos de Wari como una versión costeña de una presunta expansión tiwanakense preincaica —y los ubicó precisamente en Pachacamac—, se hablaba de un “Tiwanaku de la costa”. Ahora se sabe que no hubo una tal expansión altiplánica, y que lo que ocurría en esa época en Ayacucho



Fig. 8. Camino inca en dirección a Turi. Foto Andrea Rojas, Qhapaq Ñan Chile.

y su ámbito de influencia era en todo similar a lo que ocurrió con los incas del Cusco entre los siglos XIV y XV. La diferencia radica, claro, en que la secuencia de Ayacucho permite un registro desde los inicios hasta la disolución del fenómeno, a lo largo de más de cinco siglos, en tanto que el proceso cusqueño tuvo apenas un siglo de plenitud y tal vez dos de maduración previa, con una fase muy corta que pudo ser descrita y parcialmente documentada en crónicas.

Según se ha podido saber a partir de las noticias producidas por los españoles del siglo XVI, hasta el gobierno de Pachakuti el Cusco era una especie de señorío regional, cuyo poder no iba más allá de los valles de Urubamba y Vilcanota, es decir, la provincia del Cusco. Para lograr ese control, los incas, que no eran otra cosa que un grupo tribal asentado en torno al río Watanay, hubieron de imponerse lue-

go de una serie de guerras de conquista, u otras formas de “alianza”, sobre otros señoríos y curacazgos (jefaturas) que ocupaban cada uno de los territorios agrícolas y ganaderos que forman la extensa cuenca del río Vilcanota. Eso es lo que cuenta la leyenda.

También dicen los cantares que Inca Roka, a quien se atribuye la canalización del río Watanay en la ciudad del Cusco, se encargó de consolidar el dominio cusqueño sobre los condesuyu o kuntisuyu, que conecta al Cusco con el mar. Su sucesor —un tanto oscuro—, Yawar Waqaq (“el que llora sangre”), apenas estuvo en el poder, pues fue asesinado por condesuyos sublevados que se infiltraron en el Cusco. Hasta entonces solo estaban controladas las vecindades inmediatas de la ciudad y la región Qheswa y Kuntisuyu, en tanto que en todas partes había guerra entre unos y otros pueblos. Los vecinos del Collao



Fig. 9. Camino a la comunidad de Azafranal, en Desaguadero, Bolivia. Foto Alfredo Pacheco Solares, Qhapaq Ñan Bolivia.

tenían una larga guerra —entre los qollas gobernados por Zapana y los lupacas por Cari—, mientras que los chancas luchaban con los qheswa, con quienes aparentemente estaban en guerra permanente.

Le tocó pues, según la historia, al inca Wiraqocha, consolidar la presencia del Cusco en su territorio. Así, inició acciones de guerra contra aquellos vecinos que no habían querido la amistad de los incas pasados y avanzó con numerosas tropas sobre ellos. Se dice que condujo sus primeras conquistas hacia Calca, al norte del Cusco, y sobre las gentes del valle de Yucay. Luego se dirigió al sur, con destino a la tierra de qollas y lupacas —que estaban en pie de guerra y eran poderosos—, con la propuesta de una alianza de paz. En el camino hubo de conquistar a los muynas y pinaguas, donde había estado el

asentamiento wari más importante —Pikillaqta—, y más al sur, en el Alto Vilcanota, a los k'anas y qanchis, donde también habían sido fuertes los waris, quienes le impedían el paso a las tierras del Titicaca. Los incas se aseguraron de ese modo que toda la cuenca del Vilcanota y gran parte del Urubamba quedaran sujetas al Cusco. La relación con los qollas, de la cuenca norte del Titicaca, fue de “alianza”, como lo era con los qheswas de la parte alta del Apurímac.

Esos eran los territorios del Cusco cuando se produjo la guerra con los chancas: la cuenca del río Vilcanota, desde sus nacientes hasta su definición como Alto Urubamba. En esta guerra apareció la mágica figura de Pachakuti. Son tal vez tres siglos de historia reunidos en una confusa leyenda de ocho incas, algunos de ellos más legendarios que otros.



Fig. 10. Templo de Wiraqocha, Raqchi, tramo Cusco - Sicuani. Foto Qhapaq Ñan Perú.

“Wiraqocha” y su recuerdo deben resumir las conquistas que eran necesarias para la formación del imperio, en un tiempo que se pierde en la memoria, de hechos en los que tal vez transitan dos o más siglos de confrontaciones entre los cusqueños, sus vecinos y los no tan lejanos chancas del río Pampas.

La arqueología dice que la leyenda no es del todo fantasiosa: antes del Tawantinsuyu, que inicia con el gran Pachakuti, en el Cusco hay una fase que los arqueólogos identifican con el nombre de K'illke, cuyo ámbito era precisamente la región a la que hacen referencia los cantares que hablan de los ocho incas legendarios. Los ayar-makas, habitantes del Cusco originario, tuvieron que luchar con los pinawas y muynas, del Vilcanota Medio, y con los k'anas y qanchis del Alto Vilcanota, al sur del Cusco, y las maras y anawarques del

Urubamba, al norte, entre otros, para tener el control de la extensa cuenca del Cusco y establecer contacto con los qollas y los qheswas, con quienes estuvieron aliados en la famosa guerra contra los chancas.

Los pinawas y muynas, rivales de largo tiempo, fueron herederos directos de Wari. En sus tierras estuvieron los principales enclaves del viejo imperio ayacuchano, como la ciudad de Pikillaqta. Ellos se diferenciaron, por muchos años, de los cusqueños, en aspectos tan significativos como la cerámica —que los arqueólogos bautizaron como Lucre— y en varios de sus hábitos de vida. Hay un asentamiento de esa época, llamado Choqepukyo, que permite saber que la organización urbana en el Cusco continuó con la tradición wari y, por lo tanto, a diferencia de lo que ocurría en otras partes de la sie-

rra, en esta región se mantuvo y desarrolló la vida en pueblos de corte urbano.

Cada vez más, se confirma que debajo de la ciudad inca en el Cusco hay una ocupación preíncá y que los edificios elegantes de la época imperial continuaron, en gran medida, los modelos urbanos establecidos, con los cambios de formas y dimensiones que conocemos y que ahora están mayormente debajo de la ciudad colonial hispánica. En las excavaciones que se hicieron en el templo del Sol, en el Qorikancha, se encontró cerámica k'illke y construcciones previas a la arquitectura inca imperial. Existen varios indicios de que una parte de Saqsaywaman —la llamada “fortaleza” que está en la parte alta de la ciudad— fue también construida en este tiempo, del mismo modo que se aprecia en las recientes excavaciones en el palacio de Pachakuti, conocido como Kusikancha, y como hay en todos los lugares de la ciudad donde se ha procedido a remover algo de los espacios urbanos creados por los españoles.

Los hallazgos arqueológicos indican que, con excepción del Cusco, que tiene un

planteamiento urbano y no presenta signos de fortificación, los cusqueños de las vecindades vivían en asentamientos fortificados, en estado de guerra, tal como lo indican las crónicas cuando se refieren a ellos (De las Casas 1550). Por eso, la mayor parte de sus poblados fueron construidos en partes altas y con algún refuerzo de fortificación. Sus poblados no indican vida urbana, sino, más bien, un predominio de la vida rural, con proximidad a zonas de producción agropecuaria, a diferencia de lo que ocurría en tiempos de Wari, cuando las ciudades estaban amuralladas, mas no los asentamientos rurales. Solo en tiempos tardíos, tal vez en el siglo XIV, los pueblos bajaron a los valles y cuidaron de la estructura y orden de sus viviendas, más que de su protección. Eso es indicio de la instalación de un Estado capaz de garantizar la paz, a cambio de sujeción y tributación.

De algún modo se mantuvieron instituciones como la de los *mitmaq* (o *mitimaes*), así como el sistema de contabilidad y recordación que conocemos con el nombre de *kipus*, pues todo eso, que ya existía en la época wari, estaba vigente en tiempos del Tawantinsuyu.



Fig. 11. Aríbalos incaicos.

Los jefes de las dinastías legendarias, los *sinchis* y *mancos* de quienes habla la leyenda, guardaron y seguramente desarrollaron las viejas normas de conducta que incluían, de modo notable, el régimen de comunicaciones conocido como Tawantinsuyu o “de los cuatro rumbos” y su red vial asociada.

El mito guarda el recuerdo de las viejas relaciones del Cusco con el Altiplano del Titicaca, que son anteriores a las que hubo de mantener con Wari a partir del siglo VII. Se remite pues al periodo Formativo, mil o más años antes de la era cristiana, en la época Marcavalle, cuando los cusqueños agricultores, aunque principalmente pastores, vivían en aldeas dispuestas en el valle y falderías vecinas, y estaban conectados con los qaluyus del frente septentrional del lago. Son viejos nudos los que permitieron que en ambos territorios se compartieran dioses y creencias, como una divinidad que tenía una cabeza radiante, a la que en las imágenes complejas posteriores se representa de cuerpo entero con dos varas sostenidas en las manos de dos brazos abiertos, y que muchos creen que podría ser la imagen del viejo dios Wiraqocha, de gran estima en tiempo de los incas.

Los charcas, soras, carangas, caracaras, lipes y chichas, que vivían en el Altiplano boliviano y los valles orientales, fueron incorporados en forma plena por los incas, al parecer desde muy temprano y con una fuerte impronta sobre sus formas de vida. Ellos tenían una forma de vida tribal, y los valles de Cochabamba y Chuquisaca, y tal vez Tarrifa, habían absorbido algo de Tiwanaku, pero sin incorporarse a la vida urbana, que



Fig. 12. Camino inca y ushnu de Soledad de Tambo, Ancash. Foto Qhapaq Ñan Perú.

solo se desarrollaba en la región circum-Titicaca. Se trata de poblaciones ciertamente marginales en términos urbanos, y políticamente organizados en jefaturas de rango local. Los recientes fechados radiocarbónicos de la zona, asociados a la ocupación inca, indicarían que, en esta región, sería anterior a cualquier otra de todo el Tawantinsuyu, e incluso anterior a Pachakuti, si es que seguimos la cronología de los historiadores, que le atribuyen una edad correspondiente al primer cuarto del siglo XV. Si así fuera, se confirmaría una parte de la historia legendaria de los incas, que indica que los qollasq estaban asociados y aliados a los incas en su enfrentamiento con los chancas, lo que implica una anterior relación Cusco-Qolla.

El Memorial de Charcas describe a las naciones de Charcas de la siguiente manera:

En nuestra provincia de los charcas, antes de los ingas y después de ellos solia haver señores naturales mayores de a diez mil vasallos y otros de a ocho mil indios y otros de a seis mil indios y vasallos. Otros dichos señores y caualleros eran superiores de los demas caciques y señores que habian en cada nación. Y ansi el uno fue de los Charcas y el otro de los Caracaras y el otro de los Soras y el otro de los Quillacas y el otro de los Carancas y el otro de los Chuis y el otro de Los Chichas, cada uno diferente en la nación (Memorial de Charcas [1582], publicado en Espinoza Soriano 2003: 287-331).

Para la cuenca del lago Poopó se mencionan los siguientes grupos: soras, que eran *mitimaes* del inca asentados al norte del lago Poopó, junto a los casayas, que tenían acceso a los ricos valles orientales de Cochabamba (Del Río 1996). En el margen oeste del Poopó habitaban los carangas, con una extensión de territorio más amplia, que cubría casi la totalidad del actual departamento de Oruro en su porción occidental, y se prolongaba hacia los valles costeros de Arica (Rivière 1983). El margen este del lago y la cordillera Oriental estaban dominados por la Confederación Charcas, compuesta por varios grupos como los charcas y cara caras, chuis y chichas (Harris 1987, Harris *et al.* 1987, Rasnake 1987, 1989; Platt 1996, Del Río 1996). Los quillacas poseían la porción sur de la cuenca del Poopó y los azanaques, la suroeste. Ambos tenían territorios y relaciones con los valles. En el mo-

mento de la llegada de los españoles se hallaban confederados junto a los aullagas-huruquillas, de la porción suroeste y sur del lago; y los sevaruyos-aracapis que habitaban las tierras al extremo sur (Barragán y Molina 1987; Abercrombie 1998, 1996; Espinoza Soriano 2003). Los urus, u “hombres de agua” como se autodenominaban, vivían en las márgenes del gran eje acuático del lago Titicaca, el río Desaguadero, el lago Poopó y el lago Coipasa (Posnansky 1947; Watchtel 1988, 1990).

Las investigaciones arqueológicas conducidas por Marcos Michel (2008) en el área de Quillacas, que incluyeron la prospección de cobertura total del área, permitieron reflexionar y analizar el patrón de asentamiento, los componentes culturales y los estilos cerámicos que presentan una considerable variabilidad en la cuenca sur del lago Poopó a nivel regional, local y también en contextos arqueológicos menores.

La prospección de la región de Quillacas dio a conocer un largo proceso de ocupa-



Fig. 13. Platos patos “gemelos” de Doncellas, Jujuy. Museo Etnográfico Juan Bautista Ambrosetti de Buenos Aires, piezas 39438 y 39439.

ción de la zona, desde el periodo Formativo hasta la actualidad, con importantes transformaciones en la ubicación y las características de los sitios en diferentes periodos. Sin embargo, no pudimos identificar mayor evidencia material sobre Quillacas como “lugar central”, debido a que el sitio había sido destruido en gran parte por la construcción del pueblo colonial y moderno. Quillacas cumplía todas las características para constituir un importante centro administrativo y político dada su posición central en la parte sur del lago Poopó, sus importantes recursos de basalto negro, llanuras para la ganadería y por ser el centro religioso de mayor importancia (Michel 2008: 74).

Los sitios de Quillacas, Casca Kollu, San Miguel de Uruquilla, Pampa Aullagas, Sevaruyo, Queremita y Huari son los principales yacimientos arqueológicos, debido a su extensión. Estos conformaron generalmente continuas ocupaciones de considerables extensiones, utilizando y transformando el paisaje, formando en algunos sectores áreas de ocupaciones superpuestas. Como resultado de los transectos, identificamos en la región de Huari extensas terrazas agrícolas y sitios habitacionales que constituyeron los asentamientos de mayor extensión y jerarquía económica y política de la región, lo que se infiere a partir de su amplia variabilidad en el patrón de asentamiento, con importantes centros de población (Michel 2008: 74-75).

En cuanto a la abundancia del basalto negro en la cuenca sur del Poopó, Michel indica que posiblemente esté relacionada con la explotación de varios afloramientos de

basalto y su uso en diferentes momentos. La amplia dispersión del basalto negro, desde el Altiplano central hacia el Altiplano norte y los valles en los periodos Formativo y de Desarrollos Regionales, son una muestra de que estas redes de interacción e intercambio habían alcanzado un desarrollo considerable desde épocas muy tempranas.

Michel concluye que los sitios arqueológicos de Quillacas, Casca Kollu, San Miguel de Uruquilla, Pampa Aullagas, Sevaruyo, Queremita y Huari, en la cuenca sur del lago Poopó, permiten apreciar lo complejo y dinámico del poblamiento y formación de importantes centros poblacionales y productivos desde periodos tempranos. Los primeros asentamientos se relacionan con los ríos y humedales de la cuenca, y constituyen sitios sedentarios de larga duración, que posiblemente tuvieron su antecedente en el periodo Arcaico.

En cuanto a la llegada de los incas a la cuenca sur del Poopó, Michel considera que corresponde con la implementación de una considerable infraestructura arquitectónica visible en el sitio de San Miguel de Uruquilla y en el llamado Tambo Inca de Sevaruyo. La implementación de estos tambos posiblemente fue facilitada por una temprana alianza entre los gobernantes locales y el inca, lo que permitió el establecimiento de los tambos de Quillacas y San Miguel de Uruquilla como capitales administrativas y políticas del Tawantinsuyu en la zona, integrados a su vez a la red de caminos del Qhapaq Ñan o Camino Real Incaico, que pasa por la región y luego se interna al extremo sur hacia

Tupiza y Villazón (Michel 2008: 114-115). Sin embargo, queda claro que la cuenca sur del lago Poopó no formaba parte de Tiwanaku del lago Titicaca como un enclave, apéndice estatal o diáspora, puesto que su principal característica, así como la de sus centros, fue precisamente su autonomía.

Sobre los mecanismos de complementación zonal en los Andes centro-sur, Stanish (1992) deduce el establecimiento de enclaves poblacionales que atraviesan un proceso de jerarquización, que eventualmente culmina en la autodeterminación de las “colonias”, donde durante lapsos de estabilidad política los mecanismos de complementación zonal se fundamentan, principalmente, en el intercambio. La “colonización” Tiwanaku en el valle Osmore (costa sur del Perú) presentó

un carácter económico primordial y mantuvo inclusive una actitud prudente en la disposición de sus asentamientos, distinta a la configuración que muestran los sitios wari (Bruce Owen 1994, en Albarracín-Jordán 1996: 259).

Para el norte de Chile se han vertido variados argumentos con el fin de explicar la presencia de materiales Tiwanaku. Kolata (1983) sostiene que el carácter de Tiwanaku se encuentra plasmado en los restos arqueológicos del norte chileno, y que esta imposición de satélites se habría ya generalizado a mediados del primer milenio de nuestra era.

Sobre la hegemonía Tiwanaku 1000-1100 d.C., Albarracín-Jordán y Matthews (1992) indican que el sistema organizativo se estructura políticamente en una jerarquización in-



Fig. 14. “Templo de la Luna” en la Isla de la Luna o Isla Koati, en el lago Titicaca, departamento de La Paz, Bolivia.

clusiva que no puede concebirse como un ente homogéneo y estático. Las identidades locales hicieron la estampa del Estado segmentario de Tiwanaku. Sobre las jerarquías inclusivas, las investigaciones arqueológicas tratan la naturaleza de la configuración de los sitios en el valle bajo, así como la presencia y distribución de una iconografía compartida, lo que demuestra que el sistema de asentamiento regional articulaba una variedad de nódulos o grupos territoriales y segmentos sociales. Por lo tanto, esta red de integración, como lo ha comprobado en el registro arqueológico, estaba compuesta por elementos compartidos por la colectividad en su conjunto. Los medios de expresiones e identidades locales, el núcleo urbano y los asentamientos del área circundante representan un sistema de articulación entre élites políticas, económicas, religiosas y los productores. Estas jerarquías se encontraban en cada grupo y formaban el nexo entre las bases de la colectividad y la cúpula política de la hegemonía Tiwanaku. Las pruebas demuestran que la variabilidad entre los materiales de los distintos nódulos Tiwanaku fue intrínseca del sistema en su conjunto, y que pese a la gran esfera de interacción económica (probablemente amalgamada en la convergencia de segmentos en distintos niveles de nucleamiento), las identidades locales configuraron la estampa del Estado segmentario Tiwanaku. Hacia fines del primer milenio de nuestra era, el mosaico étnico de la hegemonía Tiwanaku amplificó, en cierta medida, los patrones establecidos durante generaciones previas, aunque con modificaciones significativas en su carácter regional, No cabe duda de que estos cambios debieron tener repercusiones múltiples en varias de las mani-

festaciones materiales del orden hegemónico Tiwanaku (Albarracín-Jordán 1996: 223).

Cieza de León escribió lo siguiente acerca de Tiwanaku:

Tiaguanaco no es pueblo muy grande, pero es mentado por los grandes edificios que tiene que cierto son cosa notable y para ver. Cerca de los aposentos principales está un collado hecho a mano sobre grandes cimientos de piedra. Más adelante deste cerro están dos ydolos de piedra del talle y figura humana muy primamente hechos y formadas las fayciones, tanto que parece que se hiziera por manos de grandes artífices o maestros. Son tan grandes, que parescen pequeños gigantes: y veese que tienen forma de vestimentas largas diferenciadas de las que vemos a los naturales destas provincias [...] Otras cosas ay más que dezir deste Tiaguanaco, que passo por no detenerme: concluyendo que yo para mí tengo esta antigualla por la más antigua de todo el Perú. Y assí se tiene, que antes que los Ingas reynassen con muchos tiempos, estauan hechos algunos edificios destos: porque yo he oydo afirmar a Indios, que los Ingas hizieron los edificios grandes del Cuzco por la forma que vieron tener la muralla o pared que se vee en este pueblo. Y aun dizen más, que los primeros Ingas practicaron de hazer su corte y asiento della en este Tiaguanaco (Cieza de León [1553] 1995: 282-284).

Stanish (1992) entiende la expansión Tiwanaku como selectiva, con mecanismos marcadamente distintos a los empleados por

los incas. Como tal, se basa en una formación política poderosa que emerge en el siglo II d.C., inicia la expansión alrededor del 600 d.C., culmina cerca del 800 d.C., y hacia el 900 d.C. declina como poder regional. Su poder reside en la capacidad de incorporar otros sistemas políticos, así como movilizar el trabajo a una escala mayor, tanto en su territorio central como en algunos enclaves. Su economía se basa en la agricultura en camellones y de secano, la crianza de camélidos, la explotación de recursos lacustres, la producción de bienes, el intercambio a gran escala y las relaciones de coloniaje a través de los Andes surcentrales. Su control fue heterogéneo y no continuo.

El gran poder y la influencia de Tiwanaku, sin embargo, se manifiestan claramente en el transcurso de los siglos. Los tiwanakus crearon y participaron de una tradición que les brindó no solamente ideología religiosa e iconografía, sino también nuevos modos de organizar sus patrones de asentamiento (Mathews 1992, Albarracín-Jordán 1996), su espacio (Bermann 1993, 1994; Vranich 1999) y su producción artesanal (Burkholder 1997, Bencic 1999).

Cuando los incas avanzaron hacia el sureste del Cusco, ingresaron a un territorio impresionantemente variado y habitado por poblaciones muy diversas. El Qollasuyu es el suyo más largo del Tawantinsuyu, y abarca desde los señoríos altiplánicos, los valles templados intermontanos, el desierto atacameño, y los picos más altos picos nevados de la cordillera de los Andes. Esta región hoy comprende una porción del Perú, gran par-

te de Bolivia, el noroeste de Argentina y la mitad de Chile.

La arqueología ha ayudado a la percepción de que los Andes meridionales fueron marginales a los intereses del inca. Sin embargo, hay amplia evidencia de actividades estatales, a juzgar por la densidad de las instalaciones que, según Rodolfo Raffino (1988) y otros investigadores, han catalogado en más de 300 sitios incaicos o sitios locales con sectores incas intrusivos desde el borde del Altiplano hasta el extremo sur del imperio.

La expansión inca no solo se pone de manifiesto a través de la ocupación efectiva del espacio, sino también a través de la inten-



Fig. 15. Restos del tambo de Zapahuira, en sus alrededores se observan elementos del paisaje andino. Putre, Chile. Servicio Nacional del Patrimonio Cultural del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. Foto Jorge López.

sificación de la producción y diversificación tecnológica que se registra ampliamente durante dicho periodo. Se han obtenido amplios registros de los intereses del incanato en la región sur, sobre las fuentes de minerales presentes en todo el territorio y también en las técnicas que se utilizaban para trabajarlos. La intensificación es notable, además, en la multiplicación y profunda expansión de las fronteras agrícolas en los valles fértiles intermontanos del sur.

A pesar de que existe relativamente poca información documental sobre la composición étnica de los Andes del sur, se ha comprobado que ha sido muy diversa. Las sociedades locales estaban organizadas en complejas etnias o grupos étnicos. Mediante un recorrido sintético por la estructura y los patrones de asentamiento, la arquitectura pública, la agricultura y las prácticas mortuorias, desde una perspectiva arqueológica, se puede tener una amplia noción de lo complejas que fueron dichas organizaciones políticas.

En el actual territorio argentino, en las regiones centro y noroeste, a lo largo del primer milenio antes de la era cristiana, fueron surgiendo sociedades con un modo de vida aldeano y economías que combinaban la producción de alimentos con prácticas extractivas como la caza y la recolección (Albeck 2000, Scattolin 2007). Estas sociedades se caracterizaron también por utilizar nuevas tecnologías, como la fabricación de cerámica, y por ser, en algún grado, sedentarias. Si bien fueron mayormente autosuficientes, la amplia distribución de ciertos estilos tecnológicos, motivos iconográficos y el consumo de bienes

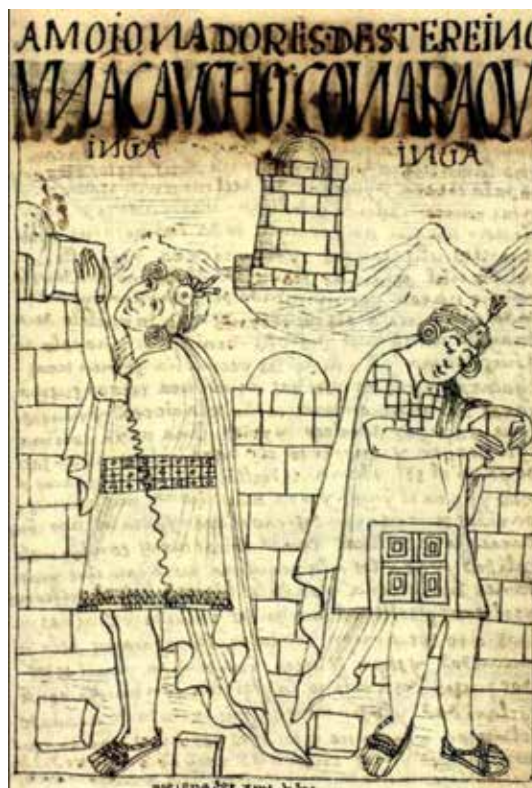


Fig. 16. Constructores especialistas inca. Guamán Poma de Ayala, 1615.



Fig. 17. Chullpas de Sillustani, Puno, Perú. Foto Gerardo Quiroga, Qhapaq Ñan Perú.

alóctonos sugieren que hubo un grado de movilidad, así como la existencia de amplias redes de interacción social. No existe evidencia de que estos primeros pueblos agroalfareros hayan configurado estratos en el seno de sus grupos sociales, por lo que podría hablarse de sociedades simples o igualitarias.

Entre los siglos VIII y IX d.C. surge un nuevo patrón de asentamiento con residencias aglomeradas, cercadas en algunos casos por vallados perimetrales y en superficies topográficamente elevadas. Por ejemplo, el sitio “Morro de las Espinillas” (Catamarca) evidencia un incremento de la complejidad social, que llegaría a su apogeo durante el periodo de Desarrollos Regionales. Se pudo probar que gradualmente hubo un incremento en la diversificación de la dieta y la explotación de nuevos recursos faunísticos.

La quebrada de Humahuaca y los valles Calchaquíes, de Santa María, Hualfín y Abaucán fueron escenario de sociedades que habitaron en pequeñas ciudades con un patrón de asentamiento jerarquizado durante el periodo Intermedio Tardío o de Desarrollos Regionales, entre los siglos X al XVII.

Dicho periodo previo a la llegada de los incas fue testigo del surgimiento de este nuevo tipo de organización sociopolítica y territorialmente centralizada. Un incremento demográfico exponencial fue acompañado por el afianzamiento de una cohesión social interna. Las diferencias jerárquicas en aumento llevaron a construir entidades cuyo poderío político y económico entraba en competencia con otros núcleos de poder esparcidos por toda la región (Tarragó 1995).



Fig. 18. El Shincal, sierra de Quimivil, en la actual provincia argentina de Catamarca, Argentina. Fotografía de dominio público.



Fig. 19. Pukara de Turi fue la ciudad fortaleza más grande la cultura atacameña. Calama, Región de Antofagasta, 3.100 msnm. Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de Chile.

Un rasgo particular de las organizaciones sociales del periodo fue el patrón de asentamiento. La ubicación y dispersión en el espacio se hizo a través de poblados aglomerados, en terrenos altitudinalmente elevados. El rasgo arquitectónico característico fue la construcción de *pukaras* (centros residenciales con estructuras defensivas, emplazados en la cima de un cerro, con amplia visibilidad del entorno). Desde ellos, se ejercía un control del espacio circundante, sobre todo de las viviendas de los campesinos que se distribuían en los terrenos bajos cercanos a ambientes productivos. Sumado a los espacios domésticos, se instalaban talleres para la producción de objetos de alto valor social y simbólico por parte de artesanos especializados. Este factor se vincula

con el refuerzo y la consolidación de élites (Tarragó 2000, Nielsen 2007).

La base del sustento de estos núcleos contemplaba actividades productivas agrícola-ganaderas. Sumando logros tecnológicos tradicionales a la utilización de nuevas técnicas agrícolas (ampliación de zonas cultivables, canales de irrigación, terrazas, etc.), dichas sociedades intensificaron la explotación de los recursos. Asimismo, complementaron su disponibilidad con el control de otros nichos ecológicos y establecieron poblados de colonos en zonas estratégicas a través de redes de intercambios socioeconómicos activos entre los diversos territorios: valle de Belén, valle de Yocavil, etc. A mayor distancia, continuaban activos los circuitos caravaneros.



Fig. 20. Pukara de Aconquija, en las serranías de lo que hoy es el oriente de Catamarca, Argentina. Fotografía de dominio público.

Durante el periodo en cuestión, estos últimos se vieron reducidos al interior de los espacios demarcados por etnias cada vez más diferenciadas por disputas territoriales.

En coincidencia con la llegada de las comitivas cusqueñas, el proceso de crecimiento edilicio y demográfico se habría incrementado de manera más acelerada hacia fines del siglo XV. La presencia incaica se vincularía con el aprovechamiento de las capacidades técnicas de los artesanos especialistas de la región (metalurgia, alfarería y otras artesanías).

Todo lo anterior es previo al Tawantinsuyu. Este tuvo una historia política breve, relativamente corta. Si nos atenemos al cálculo de tiempo que han hecho los historia-

dores contemporáneos, no ocupa más de un siglo. Se supone que el fundador del Tawantinsuyu fue Pachakuti Inca, que fue sucedido por el inca Thopa Yupanki y, finalmente, por Wayna Qhapaq. Visto así, solo hubo tres incas en el Tawantinsuyu. El último aún vivía cuando los españoles ya estaban en América y, según parece, su muerte se debió a que fue alcanzado por una peste de “viruela” (enfermedad llegada de Europa) que se extendió desde Panamá hasta los Andes en la tercera década del siglo XVI. Como se sabe, la empresa de Pizarro y sus socios se inició en aquel tiempo, aunque llegaron al Tawantinsuyu recién en 1532.

La actual región de Arica y Parinacota pertenece a la subárea de valles occidentales



Fig. 21. Apacheta mirando el *apu* Cunurana. Puno, Perú. Foto Qhapaq Ñan Perú.

de los Andes centro-sur, emplazada entre el océano Pacífico y las cumbres y volcanes de más de 6000 metros de la vertiente occidental de la cordillera.

Durante la época preincaica existían, en la banda oeste y al sur del lago Titicaca, varios señoríos altiplánicos o aimaras, que extendieron sus dominios hacia las regiones contiguas de Arica, Parinacota y Tarapacá en el norte de Chile, así como también hacia los valles del extremo sur del Perú. Los señoríos vinculados a la zona de Arica fueron el Lupaqa, el Pacaje y el Caranga, quienes, al tanto de las potencialidades productivas de cada piso ecológico de la vertiente occidental de los Andes, buscaron maneras de obtener productos de la sierra, los valles y la costa.

Aparte de los señoríos altiplánicos, existía en la región una población local que poseía tradiciones culturales propias que la distinguían de las altiplánicas o aimaras. En la sierra de Arica, habitaba un grupo cultural que ha sido identificado por su cerámica como Charcollo, mientras los grupos que habitaban la costa y los valles han sido identificados como cultura Arica.

En este territorio multiétnico se daba la coexistencia de varias sociedades que poseían su propia organización social y cultural. Mantenían relaciones de colaboración, integración política y de intercambio, pero también de competencia y antagonismo. En el periodo Intermedio Tardío se inició la construcción de *pukaras*, que cumplieron funciones defensivas, y se localizaban en sectores



Fig. 22. Mojón. Subsección Incahuasi-Lasana. Foto Qhapaq Ñan Chile. (Ch-In-06 / Cs-2009).

estratégicos de las aldeas. Un ejemplo de estos asentamientos es el *pucará* de Chapicollo, ubicado al norte de la pampa de Zapahuira.

Más al sur, en la actual región de Taracapá, el territorio era ocupado por las sociedades Pica-Taracacá. Presentaba una gran variedad de ambientes y ecosistemas, y las poblaciones asentadas podían desarrollar una amplia variedad de especializaciones socioeconómicas entre la costa y el Altiplano (Núñez 1984, Ajata 2001).

La actual región de Antofagasta, en el área centro-sur andina, y particularmente en la subárea circumpuneña, que incluye parte del noreste argentino, destaca por la predominancia de un régimen hiperárido caracterizado por el desierto más seco del mundo: el desierto de Atacama. Aunque este es un ambiente muy hostil para el desarrollo de la vida, las poblaciones atacameñas domesticaron su entorno y se establecieron en torno a los escasos recursos hídricos de la región: las vegas y afluentes del río Loa, y los oasis y quebradas del salar de Atacama.

A partir del siglo V, Atacama entró en la órbita de influencia de la cultura Tiwanaku. De este periodo data el gran número de tabletas para inhalar cebil que han sido encontradas en el área atacameña, aunque esta práctica era anterior a la presencia de Tiwanaku en la región. Con el declive de Tiwanaku, comenzó una nueva fase en la historia de las poblaciones atacameñas, que se conoce con el nombre de Desarrollos Regionales durante el periodo Intermedio Tardío, momento en que las poblaciones se organizaron de forma autónoma sin el dominio o injerencia directa de otras sociedades andinas.

Alrededor del siglo X, en el área del salar y el Alto Loa existían diversos señoríos, liderados política y económicamente por un señor principal o *curaca*, quien gobernaba junto con una élite secundaria. Algunos investigadores han planteado que dicha época estuvo marcada por un clima de violencia y confrontación, mientras que otros han propuesto que existía una tensión latente. Estudios recientes indican que para entonces hubo una gran sequía, cuya principal consecuencia fue la lucha por el control de los bienes y recursos cada vez más escasos, sobre todo entre 1245 y 1310.

Los *pukaras* que albergaron a los señoríos se emplazaron en lugares altos, porque de esta forma podían vigilar lo que sucedía en los alrededores. Entre las aldeas fortificadas que existen en la zona del Alto Loa, destacan los *pukaras* de Turi y el de Lasana, con casi medio millar de recintos, localizados en el interior del cañon del Loa.

La región de Atacama corresponde al límite sur del desierto de Atacama y es, al mis-



Fig. 23. Las tabletas para inhalar alucinógenos del área atacameña se distinguieron de las elaboradas en Tiwanaku porque poseían incrustaciones de piedras. Esta tableta fue encontrada en Caspana y en ella se aprecia un personaje central que toca la anthara o zampoña, junto a dos figuras de felinos. (J. Pérez de Arce, 1995).

mo tiempo, su parte más árida. Entre los últimos oasis del área atacameña —como Peine y Tilomonte— y el fértil valle de Copiapó, se sitúa un extenso territorio de 400 kilómetros que desde tiempos coloniales es conocido con el nombre de Despoblado de Atacama.

A pesar de lo inhóspito del entorno, esta área tuvo desde tiempos preincaicos una gran importancia para las poblaciones locales, especializadas en las actividades mineras, especialmente en la explotación de turquesa. Constituyó una zona de interacción y contacto entre comunidades de distintas procedencias culturales.

Entre los primeros grupos sedentarios en la región, figura la cultura El Molle, que se desarrolló entre los valles de Copiapó y Limarí, y presentó características distintivas en cada zona. La cultura El Molle data de principios de la era cristiana, lo que en la periodificación regional corresponde al periodo Agroalfarero Temprano. Posteriormente, hacia el 700 d.C., las poblaciones locales cambiaron sus manifestaciones culturales y originaron una nueva tradición conocida con el nombre de cultura Las Ánimas. Desarrollaron la agricultura y la pesca, y también realizaron trabajos metalúrgicos en cobre.

Durante el periodo Medio, las poblaciones que habitaron los territorios de la zona de Copiapó consolidaron relaciones con grupos transandinos de la cultura Aguada. También construyeron aldeas con carácter defensivo. En cuanto a sus expresiones culturales, desarrollaron un tipo de arte rupestre particular, realizado con pintura roja. Este estilo se presenta en varios sitios de la región; entre ellos, Finca de Chañaral, Quebrada de Las Pinturas y La Puerta.

Aproximadamente hacia el 1000 d.C., las poblaciones de Las Ánimas de Copiapó dieron paso a un nuevo grupo social que se caracterizó por su estilo cerámico negro sobre rojo. Estas poblaciones corresponden a la denominada cultura Copiapó, que predominó en la zona hasta los inicios del siglo XV, hasta la llegada de los diaguitas y los incas.

Más al sur, entre los ríos Copiapó y Choapa, en un territorio semidesértico, vivieron los diaguitas. La zona se caracteriza por un



Fig. 24. Pukara de Lasana, en el tramo del Qhapaq Ñan que corre paralelo al río Loa. Foto Jorge López, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio de Chile.

ambiente semiárido, atravesado por múltiples valles y cadenas montañosas que unen la cordillera de los Andes con el océano Pacífico.

Los diaguitas llegaron desde el actual noroeste argentino al norte chico chileno, hacia los siglos V y VI. Reemplazaron al complejo agroalfarero de Las Ánimas y poblaron los valles de Copiapó, Huasco, Elqui, Limarí, Casapa y Choapa. Limitaban hacia el norte con los atacameños y al sur con los picunches, y se convirtieron en el pueblo prehispánico más avanzado de Chile. Se cree que la sociedad diaguita estaba organizada en pequeñas aldeas independientes dirigidas por líderes de la comunidad. Con la invasión incaica, la sociedad diaguita fue reorganizada en sistemas duales, donde cada valle tenía una autoridad que gobernaba la parte alta y otra que gobernaba la parte baja; esta última estaba subordinada a la primera.



Fig. 25. Pictogramas en Finca de Chañaral, Portal del Inca, subsección Chañaral. Foto Qhapaq Ñan Chile. (Ch-PF-34 / Cs-2010).



Fig. 26. Restos de la *kallanka* del sitio inca Potrero de Payogasta. Salta, Argentina. Foto Qhapaq Ñan Argentina.

El territorio que se extiende al sur del río Choapa era habitado por una serie de grupos que, según la evidencia recogida por los cronistas españoles, hablaban *mapudungun*, la lengua que aún usan los mapuches. De estos distintos grupos, el que mejor se conoce hoy y que tuvo una fuerte interacción con el Tawantinsuyu es el que los arqueólogos han llamado Aconcagua, ya que se identificó primero en la cuenca del río del mismo nombre, aunque se extendió por el sur casi hasta las riberas del río Cachapoal.

El proceso de poblamiento en el actual territorio del Ecuador, anterior al advenimiento inca, se inició en el periodo del Holoceno, entre el 11000 a.C. y el 4000 a.C. Así,

los primeros grupos humanos se incluyen en la cronología correspondiente al periodo Precerámico o cazadores, recolectores y pescadores especializados, que se establecieron en pequeños reductos provisionales en la llanura costanera, en la región andina y en la Amazonía.

De acuerdo con la evidencia arqueológica, se trataría de sociedades igualitarias, compuestas por grupos de entre treinta y cien individuos. Practicaban una movilidad cíclica o trashumante, sin un lugar de residencia permanente. Su subsistencia se basaba en la apropiación directa de los recursos naturales mediante la caza de animales grandes y medianos y la recolección de plantas. Los sitios arqueológicos más representativos en la sierra se encuentran en El Inga, un campamento taller, y Chobshi, una cueva utilizada por cazadores recolectores como campamento base.

Formas de vida del periodo Arcaico se encuentran en el litoral costero, específicamente en los sitios Las Vegas, donde se inicia la domesticación de plantas. Aprenden a manejar las especies y trasladarlas a otros nichos ecológicos. Así comienza la horticultura, e inclusive se notan indicios de varios entierros asociados a conchas, bolas de caliza, percutores de piedras, lascas y estructuras habitacionales, como la excavada por Stothert (1985). En estos sitios se da la génesis de la sociedad agrícola, que se consolida en la cultura Valdivia.

Consecuentemente, se establecen nuevas formas de vida: el inicio de la agricultura, los primeros indicios de sedentarismo, la nave-



Fig. 27. Aribalo del complejo arqueológico de Culebrillas, Ecuador. Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador. Foto José Chancay.

gación, el intercambio y la manufactura de utensilios de arcilla cocida, que corresponde al modelo de organización denominado periodo Formativo o Agricultores y Aldeanos, que transcurre entre el 4000 a.C. y el 300 a.C. Esto llevó a estas sociedades a estructurar un complejo sistema de organización social, agrupación multifamiliar extensa, conformada por grandes agrupaciones de seres humanos que ocuparon un territorio de forma continua y permanente. Ello dio lugar a la aparición de las aldeas sedentarias, con obligaciones mutuas y permanentes de respeto, con vínculos de parentesco, lo cual originó el derecho a la tierra de sus padres y abuelos.

Este tipo de organización tuvo efectos en sus prácticas ceremoniales y religiosas, en

la que la bivalva *Spondylus princeps* y el consumo de plantas alucinógenas, como la hoja de coca, juegan un papel de importancia. La bivalva constituyó un símbolo de fertilidad asociada a la feminidad y a la lluvia. En los ritos agrícolas la mujer tiene un rol de gran importancia en la sociedad.

El acceso a la agricultura y la cerámica se asoció con el establecimiento de rutas de intercambio de productos y manufacturas, indicios que se notan en los datos arqueológicos recuperados en los sitios de filiación Valdivia, Machalilla y Chorrera para la costa, en los sitios Cotocollao, Narrío, Challuabamba en la sierra, y La Cueva de los Tayos en la Amazonía. Esto evidencia la influencia de procedencia costeña y viceversa. Es pertinente destacar los datos obtenidos en Real Alto (3800 a.C.-1500 a.C.) de cimientos iniciales de estructuras circulares. Debido al aumento de la población, se incrementan las viviendas, se extienden y se transforman en construcciones rectangulares, y en el centro se deja una gran plaza. Estas edificaciones fueron construidas con materiales precederos, y tenían como fin realizar actividades rituales y comunales. La evidencia recuperada constituye una de las primeras aldeas agrícolas del Nuevo Mundo, con presencia de edificios ceremoniales tempranos (Ontaneda 1998).

El periodo de Desarrollo Regional o Sociedades Teocráticas (circa 300 a.C.-400 d.C.), se caracteriza por unas comunidades de rango estratificado, regidas por un sistema de gobierno que se deriva de una autoridad religiosa ceremonial. Los sacerdotes instituyeron a los dioses representados en imágenes, elaborados

en diferentes materiales: metal, cerámica, piedra, entre otros. La iconografía evidencia el manejo de figuras con rasgos de animales divinizados, como el felino, el águila harpía o la serpiente. Los “chamanes” o sacerdotes tenían ciertos conocimientos médicos, eran guías espirituales, herbolarios y parteras.

Los trabajos metalúrgicos alcanzaron un desarrollo tecnológico y especializado, que se puede apreciar en el material arqueológico manufacturado en oro, platino o cobre. Se perfeccionaron las técnicas alfareras, que se conservan en los restos arqueológicos de este periodo, como las tolas, montículos de tierra utilizados como bases de vivienda o de uso funerario. En la producción se incorporan nuevas variedades de cultivos, como la yuca y el maní. Los trabajos especializados estuvieron al servicio de los políticos y religiosos. Evidencia de esto se registra en espacios geográficos de la cultura Tolita, Bahía, Jama Coaque, en la costa, y el sitio La Florida, en Quito. La producción de estos artículos lujosos y de carácter espiritual demandó mantener un control de estos objetos. Las ensenadas o bahías se constituyeron en importantes puertos en el tráfico marítimo.

Entre el año 400 d.C. y el 1500 d.C., correspondiente al periodo de Integración, las poblaciones se asentaron en un espacio geográfico y étnico complejo, con diferentes sistemas de producción, en el cual los procedimientos de intercambio tuvieron una esencial importancia para el desarrollo económico y sociopolítico. De acuerdo con los datos arqueológicos y etnohistóricos, hubo cacicazgos jerarquizados regidos por un jefe

central denominado cacique mayor o cacique supremo, y se identificaron dos sistemas de administración y manejo político-social y económico: el costero y el serrano. El primer sistema se desarrolló en la costa del Pacífico, en la cuenca del Guayas con Milagro Quevedo. Los chachis y niguas, de la cuenca de Santiago Cayapas, se constituyeron en sociedades bisagra de comercio entre la sierra y los mercaderes marítimos del litoral. Debido al acumulamiento de bienes de prestigio y control del comercio y tráfico a larga distancia, se formaron sociedades más complejas, como los manteño-huancavilcas, que estuvieron organizados en varios señoríos étnicos y crearon una confederación denominada Liga de Mercaderes para el manejo de puertos mercantiles para la Sierra los Pastos, Quito, Caranqui, Panzaleos, Puruhaes, Cañarís Paltas y para la Amazonía, Napo Omagua (Moreno 1983: 27-134, Marín de Terán y Pino 2005: 61, Marcos y Bazurco 2006).

Jerárquicamente, los cacicazgos tienen un origen de parentesco de manera hereditaria, a cargo de las familias más importantes, que, mediante diferentes mecanismos y alianzas, conformaron las grandes confederaciones. Según los datos etnohistóricos y arqueológicos, este periodo se caracteriza por el aspecto político-territorial de las sociedades, la progresiva anexión de nuevos territorios, la ocupación de la producción en distintos pisos ecológicos, y el acceso a una variedad de productos para satisfacer sus necesidades, siempre y cuando estos productos fueran obtenidos en una o en pocas jornadas de trabajo, sin desplazarse a grandes distancias, lo que Oberem (1976) denomina como “micro-



Fig. 28. Dos botellas Inca Paya, la de la izquierda proviene de Cochinoca, Jujuy, y la de la derecha de Cafayate, Salta. Museo Etnográfico Juan Bautista Ambrosetti de Buenos Aires, piezas 25165 y 25364.

verticalidad” para la sierra y Ramón (1987) llama “comercio vertical” en la costa.

El proceso de intercambio y transporte de los bienes de intercambio a corta y larga distancia fue ejecutado por los *mindalae* o mercaderes, quienes conocían las rutas de acceso a otras zonas de la costa, sierra y Amazonía. Existían mercados o “tiangués”, que eran lugares donde se intercambiaban los productos de otras regiones y que se convirtieron en otro mecanismo de alianza. Los productos de intercambio de bienes suntuarios fueron la sal de mina, la hoja de coca, la concha *Spondylus*, el ají, las hierbas medicinales, los adornos de metales, las piedras preciosas, las mantas, entre otros. Este proceso fue compartido por los distintos pueblos de la costa, sierra y Amazonía de este periodo, y gracias a los diferentes mecanismos de alianzas compartieron zonas estratégicas de producción (centros multiétnicos).

La organización del trabajo comunitario y el intercambio de bienes exóticos, controlados por el cacique y su grupo de pa-

rientes, permitieron obtener una mejor productividad agrícola, construcción de obras de gran envergadura, como canales de agua, terrazas, camellones, caminos, tolas, montículos, bohíos y terrazas.

La zona septentrional del Chinchaisuyu, que estaba en proceso de incorporación al Tawantinsuyu al momento de la conquista española en 1532, era habitada por los quillacings en la zona andina centro-norte, y por los pastos en la zona centro-sur del departamento de Nariño, República de Colombia, y el Altiplano Carchi en la República del Ecuador, desde el siglo VI d.C. (Gómez del Corral 2006).

La región limítrofe Carchi–Nariño es una sola unidad geográfica y constituyó desde épocas prehispánicas tempranas una unidad cultural. Las sociedades preíncas de esta región se caracterizaron por una estructura política de cacicazgos regionales (Uribe 1995a), cuyos jefes políticos estaban involucrados en redes de intercambio de bienes exóticos a larga distancia, que incluían *mullu* (objetos elaborados con la concha del molusco marino *Spondylus*), oro, objetos de orfebrería y pedrería, usados para fortalecer y justificar su posición social (Salomón 1980, 1988; Uribe 1992, 1995b).

La producción metalúrgica se centró en adornos para el cuerpo, objetos de uso ritual, instrumentos musicales y herramientas. Los materiales empleados fueron el oro, el cobre y la plata. Las aleaciones fueron trabajadas con gran destreza de diferentes formas: oro y cobre, oro y plata, cobre y plata, como oro, cobre y plata. “En las técnicas de decoración



Fig. 29. *Wallqa*, pectoral de conchas marinas *mullu* (*spondylus princeps*), con sostén confeccionado en lana de camélido y pequeños detalles trenzados de cabello humano. Tamaño aproximado 25 cm. Museo de Arqueología de Alta Montaña, Salta, Argentina. Foto Lisardo Francisco Maggipinto.

y acabado es palpable un gran conocimiento y desarrollo tecnológico y un gran sentido de la estética; así lo demuestra la presencia de técnicas de acabado tan sofisticadas como los diversos tipos de dorado y plateado (por fusión y oxidación), el pulimento radial, el raspado zonificado y el uso de lo bicolor y lo bitextura” (Gómez del Corral 2006).

La organización económica de estos cacicazgos se basaba en la agricultura de papa y maíz, así como el aprovechamiento de animales domésticos y especies silvestres. Excedentes de la producción de sal, coca, ají y maíz eran usados en el intercambio, especialmente con las regiones de la costa del Pacífico y la región amazónica. Existía un sector de espe-

cialistas llamados *mindalae* o “comerciantes”, quienes recorrían una red de caminos que facilitaba el contacto con regiones vecinas (Uribe 1976, Salomón 1988).

Los cacicazgos pastos ocupaban una región físicamente muy variada. Esta heterogeneidad está relacionada con un sistema de manejo de variabilidad medioambiental característico —diferente al descrito para los Andes centrales (Murra 1972)— llamado “microverticalidad” (Oberem 1981). La microverticalidad consiste en que los habitantes contaban con campos agrícolas situados en diversos pisos térmicos que se lograban visitar en un día, por lo que no requerían de múltiples residencias.

Uribe y Lleras (1983: 350), basados en información funeraria, han propuesto que la microverticalidad y el intercambio de bienes exóticos habrían caracterizado a los cacicazgos tempranos, mientras que los cacicazgos tardíos, influenciados entre otras cosas por la expansión incaica, se habrían dedicado más a la intensificación agrícola.

La etnia de los pastos estaba rodeada en tiempos prehispánicos por etnias menos densas demográficamente (Uribe 1992), y organizadas en diversos niveles sociopolíticos de menor complejidad. Al norte se encontraban los abades; al noreste, los quillacingas; al este, los quillacingas de montaña; al sureste los sucumbíos; al sur y suroeste, los caras; al oeste, los barbacoas, y al noroeste, los sindaguas (Romoli 1979, Uribe 1985, Groot y Hooykaas 1991, Cárdenas 1996). La comparación entre patrones funerarios de sitios arqueológicos excavados en el extremo sur de Nariño (Uribe 1978, Uribe y Lleras 1983) y los investigados más al norte en lo que fue el territorio quillacinga en la Colonia (Cárdenas 1994, Fernández 1994) apoya la idea de que en tiempos prehispánicos las poblaciones de ambas regiones ya estaban organizadas en sociedades complejas, pero con diferencias más marcadas en la zona Pasto (Cárdenas 1995: 50).

1.2. Origen del Tawantinsuyu

El Estado Inca fue el más grande de América del Sur en tiempos precolombinos y una de las civilizaciones sobresalientes de la época preindustrial. Las sociedades andinas que lo precedieron, numerosas y diversas, fueron

la base que permitió la consolidación del Tawantinsuyu, el último de una serie de Estados originarios que surgieron en el área de los Andes. Antes de este, sistemas sociales como Chavín en el primer milenio a.C., Moche y Nasca (siglos II a VI), Wari y Tiwanaku (siglos VI a X), Chimú y Chíncha (siglos XI a XV), extendieron su influencia sobre amplias zonas de los Andes centrales.

El enorme territorio del Imperio inca, que abarcó más de 980 000 km² (superficie equivalente a las de Francia, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Suiza e Italia juntas), fue dividido en cuatro grandes *suyus* o “cuadrantes” que partían en las cuatro direcciones cardinales desde Hauk’aypata, la plaza del centro del Cusco: Chinchaysuyu hacia el noroeste, Kuntisuyu hacia el suroeste, Antisuyu al noreste y Qollasuyu al sureste, cada uno gobernado por un *Apu*. Los *suyus* estaban a su vez divididos en provincias que podían albergar hasta 40 000 tributarios.

Los sucesos que condujeron a la conformación del Estado Inca y el ritmo de su desarrollo expansivo han suscitado diversas discusiones entre los especialistas respecto del lapso temporal, entre los historiadores, por un lado, y los arqueólogos, por el otro. En particular, se discute sobre cuándo comenzó la gran conquista incaica, y cuán rápidamente se extendió por toda el área andina. Sin embargo, en la actualidad existe consenso en que la cronología más plausible es la propuesta por John H. Rowe (1945, 1946), basada en las informaciones de las crónicas de Cabello de Balboa (1586), Cieza de León (1553), Juan de Betanzos (1551) y Sarmiento de Gamboa



Fig. 30. “Mapa Mundi” de Guaman Poma de Ayala (1615), la ciudad del Cusco es centro de este Universo.



Fig. 31. Los “Hijos del Sol” Manko Qhapaq y la Qoya. Guamán Poma de Ayala, 1615.

(1572), y las modificaciones que se han ido realizando con nuevos documentos regionales y dataciones proporcionadas por los arqueólogos (Bauer 1992: 43; Pärssinen 1992).

La reconstrucción de la historia de los incas antes de la expansión es dificultosa, pues se mezcla con narraciones míticas. No obstante, la tradición histórica transmitida a los cronistas Betanzos (1551) y Sarmiento de Gamboa (1572), por medio de informantes directos de la administración incaica y con el apoyo de registros en *kipus*, contiene informaciones indirectas sobre el Cusco primitivo (Julien 2002: 23). Esta historia habla de la llegada al Cusco del grupo de cuatro hermanos con sus hermanas. La estirpe de los incas se remonta a uno de ellos, Manko Qhapaq, y su hermana Mama Oqlllo o Mama Wako. La adscripción se determina por línea masculina. La transmisión dinástica menciona once generaciones de incas des-

de la época de Manko Qhapaq hasta Wayna Qhapaq, fallecido poco antes de la llegada de los españoles.

En algún momento del siglo XIII, los incas lograron establecer su hegemonía sobre el triángulo determinado por los ríos Tullumayu y Watanay, hasta el cerro donde se construiría posteriormente la fortificación de Saqsaywaman. El ataque al Cusco de los chancas, una unidad política que tenía su centro en Andahuaylas (no en el Cusco), a fines del gobierno de Wiraqocha, se vincula con el ascenso de Pachakuti Inca Yupanki, hijo de Wiraqocha, y noveno inca. La información documental permite sostener que la expansión fue iniciada por Pachakuti, que, en forma personal, ocupó los territorios de los chancas, soras, lucanas y otras naciones vecinas hasta Vilcas, y hacia el noreste ocupó todo el valle de Urubamba hasta Vilcabamba. En el Qollasuyu fue derrotado Qolla Qhapaq, con lo cual los incas ex-



Fig. 32. Saqsawaman, Cusco. Perú.



Fig. 33. Tambo Paredones de Culebrillas, Ecuador. Foto Álvaro Samaniego.

tendieron su dominio a toda la región del lago Titicaca y los territorios al suroeste, hasta el océano Pacífico. A partir de ese momento, a mediados del siglo XV, las posesiones territoriales incaicas superaron a las de cualquier otra unidad política de la época. Lo que se había iniciado como una mera confrontación entre grupos en la zona del Cusco se convertiría en un Estado (Julien 2002).

Después de estas conquistas, mientras que Pachakuti permanecía en el Cusco organizando la capital y la administración del Estado, sus jefes militares dominaron los valles de Chíncha y Pisco en la costa peruana. En la sierra, Thopa Inca continuó la conquista del Chinchaysuyu hasta Cañar (Ecuador), se extendió por el territorio cañari, y posteriormente avanzó por el callejón interandino hasta llegar al actual Quito (Rostworowski 1999: 126, Cieza de León [1553] 1996: 163-164, Marcos y Bazurco 2006, Fresco 2010: 236). Después de varios años, llegó

hasta la costa ecuatoriana, pero no logró dominar de manera efectiva esta región. Sin embargo, controlaron las rutas terrestres y marítimas por las que se transportaban las conchas rojas llamadas *mullu* (*Spondylus sp.*), bienes que eran utilizados en ritos y ceremonias especiales. Estos fueron algunos de los motivos que tuvieron los incas para conquistar las regiones de Manta, Portoviejo y La Puná (Rostworowski 1999: 116, Fresco 2010: 235), lo que se confirma con los hallazgos de entierros incaicos en la Isla de la Plata y en Agua Blanca. (Marcos y Bazurco 2006). A continuación, incorporó a los poderosos señoríos de la costa norte peruana (reino del Chimor o Chimú). Por su parte, Amaro Thopa y otros generales ocuparon el Qollasuyu hasta Chicha y el Kuntisuyu al menos hasta Arequipa.

Durante el gobierno de Thopa Inca, la frontera norte estaba establecida cerca de Quito, Ecuador, y la frontera sur en el



Fig. 34. Ushnu de Huánuco Pampa, Perú. Foto Yanoa Pomalima Carrasco, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 35. Apacheta, tramo Jayllihuaya - Ichhu. Foto Qhapaq Ñan Perú (Pe-Cd-11 / C-2011).

río Maule, Chile. También fue sojuzgada la costa central en los alrededores de Lima. En el Qollasuyu fueron incorporadas muchas naciones, como Cochabamba (Incallajta), Samaipata (Santa Cruz de la Sierra), Tucumán, y Mendoza, Argentina. Hacia el oriente, fueron anexadas las provincias de Chachapoyas, Moyobamba, el valle medio y superior del río Huallaga, y tribus en las márgenes de los ríos Tambo y Urubamba (Pärssinen 1992: 139-140, mapa 11). La “provincia de los Andes” designa las laderas del

curso superior de Madre de Dios, donde los incas sufrieron varios reveses militares, pero dominaron algunas etnias (Renard Casévitz *et al.* 1988).

En la época del décimo primer inca, Wayna Qhapaq, permanecían sujetas las áreas antes anexadas y se conquistaron algunas nuevas en Ecuador, el sur de Colombia (Pasto) y al este de Cochabamba. El soberano hizo edificar un centro en Samaipata y otros fuertes fueron levantados entre el Guapay y el Pilcomayo, a fin de proteger la frontera de las invasiones de los chiriguano que asolaban Charcas. Cuando Wayna Qhapaq falleció en Quito, entre 1528 y 1530, dejó un enorme Estado y una estructura administrativa compleja. En tiempos de Waskar, se habría conquistado la región Pomacocha, al norte de Chachapoyas, y explorado el Alto Mamoré. La penetración de la frontera oriental proseguía con el inca Atahualpa a la llegada de los españoles en 1532.



Fig. 36. Cerro Pillucho, último refugio de los chancas en la guerra con los incas. Provincia de Vilcas Huaman, Ayacucho. Foto Elías Mujica, Qhapaq Ñan Perú.

El Tawantinsuyu entró en una oscura etapa de grandes desasosiegos en todo el mundo andino y desde luego en el Cusco. Había guerras por aquí y allá. En la costa, los chimúes habían invadido los valles al norte y sur de Trujillo, e incorporaron los reinos o señoríos de Lambayeque y a los habitantes de los valles vecinos. Los qollas y lupacas, habitantes del frente occidental del lago Titicaca, estaban en guerra entre sí y no cabe duda de que los cusqueños también, especialmente con los condesuyos, que eran sus vecinos del oeste y ocupaban un territorio muy importante para que los cusqueños tuviesen acceso al mar. Eso dicen las crónicas, de acuerdo con lo que narraban los cantares. Sea o no exacta

esta información, lo cierto es que hay indicios arqueológicos que dan cuenta de que era posible que eso estuviera ocurriendo.

Es en medio de estas condiciones que los chancas —que ocupaban las tierras nucleares de los waris—, entre los siglos XIV y XV, mantenían al Cusco en una especie de “sitio” de la ciudad, que no sabemos cuántos años pudo haber durado, pero cuya liberación se había convertido en la tarea principal de los cusqueños. Algunos cronistas cuentan que luego de muchos intentos y el evidente fracaso del octavo inca, Wiraqocha, finalmente se organizó una defensa exitosa bajo el comando de Kusi Yupanki, hijo de aquel inca, quien luego



Fig. 37. Inca Pachakuti según Guamán Poma de Ayala, 1615.

de la victoria se identificó con el nombre de Pachakuti Inca Yupanki. Además de tener los atributos de gran guerrero, Pachakuti poseía las habilidades y conocimientos propios de un *amauta* o sabio. Asimismo, se hizo reconocer como hijo del dios Inti (Sol), con lo que adquirió la condición de una divinidad.

Los historiadores contemporáneos discuten mucho acerca de si este Pachakuteq o Pachakuti era un solo personaje o el símbolo de toda esta etapa de liberación del Cusco de ese “sitio” —que pudo durar siglos— al que les tenían sometidos sus enemigos chancas, que, por cierto, eran descritos como bárbaros e indeseables invasores. El nombre Pachakuti quiere decir “el que devuelve la tierra”, pero también puede leerse como “el que le da vuel-

ta a la tierra”. Se asume que es un héroe mágico, casi mítico, que rehizo el Cusco, al fundar un Estado nuevo y muy poderoso. Construyó gran parte de la ciudad y la mayor parte de las obras maestras incaicas son atribuidas a él. La casa donde nació y vivió en su infancia y juventud está frente al templo principal o Qorikancha. Es un palacio que ha sido recientemente excavado por arqueólogos cusqueños. Se le llama Kusikancha, en referencia al nombre *kusi* (“alegre”), que era el que tenía Pachakuti antes de volverse el gobernante de los cusqueños. Machu Picchu, el santuario construido al norte del Cusco, fue, según todos los indicios, el mausoleo del inca.

Desde luego, por mucho que se haya sacralizado y divinizado la imagen de este inca, la evidencia es que sí existió y que hubo una persona concreta a quien los incas llamaban Pachakuti. Su cuerpo momificado existió y fue capturado a comienzos de 1560 por el gobernador del Cusco Juan Polo de Ondegardo, por orden del virrey de Cañete. Capturada la momia, fue conducida del Cusco hasta Lima, al parecer junto con la momia de Wayna Qhapaq y de su madre. Allí fue visitada y descrita por el clérigo Joseph de Acosta, antes de que, por orden de los españoles, fuera enterrada sin que pudiera tenerse noticias de ella nunca más. La momia de Pachakuti se encontró junto con la momia del sometido jefe de sus enemigos chancas, a quien tenía capturado consigo, aun después de muerto. Si los cálculos son correctos, habían muerto unos 100 años atrás. Era una persona concreta, cuyo culto era mantenido por su *panaca* o familia del inca. También existían “sus” casas y tierras respectivas.



Fig. 38. Conjunto de Las Hornacinas en el sitio Huaycán de Cieneguilla, valle de Lurín, Perú. A la vera del tramo Xauxa – Pachacamac. Foto Qhapaq Ñan Perú.

Al parecer, los chancas estaban en guerra con sus vecinos los quíchuas, quienes tenían relaciones con los cusqueños. Deben tratarse de guerras más o menos permanentes, en tanto existía como fuente de conflicto la indefinición de “fronteras” en el acceso a los pastos para el ganado y a las tierras agrícolas, que son lo característico de esa región, con fuertes restricciones para la intensificación agrícola.

La guerra de los chancas con los cusqueños pudo ser categorialmente distinta, dado que debió de tratarse de una secuela del viejo señorío Wari y no un conflicto de contornos domésticos. Tal vez por eso el Cusco le concedió tanta importancia en su propia historia. Del triunfo de esta guerra nació un nuevo Estado, con voluntad y capacidad expansiva. Pudo ser una

guerra muy larga y quizá el “sitio del Cusco” fue solo un aspecto anecdótico o “emblemático” de este proceso; posiblemente fue el evento final del mismo o el más significativo para la consolidación de los incas en el poder. Pachakuti fue el héroe catalizador de todo aquello.

Así nació el Tawantinsuyu, que pronto incorporó bajo su poder a “las cuatro partes del mundo”, pacificando la tierra y abriendo un nuevo proyecto de coexistencia entre los pueblos. Si es válido el cálculo, en apenas un siglo (desde 1430 hasta 1532) logró la unidad de las diversas formaciones políticas incorporadas al imperio, la multiplicación de sus recursos y la integración de los logros económicos y sociales de un territorio de 5000 kilómetros de largo.



Fig. 39. Sección Portachuelo – Piticocha, camino bajando hacia la laguna Escalera. Perú.

Albarracín-Jordán (1996) sostiene que la organización social aymara pudo haber tenido sus propias características. La influencia inca en la cuenca del Titicaca, por ejemplo, no puede ser considerada como un torrente cultural quechua en medio de una sociedad aymara desprovista de niveles organizativos y perspectivas culturales, propias y amplias. Todo lo contrario, la estructura y principios de jerarquía social aymara parecen anteceder lo que comúnmente se ha caracterizado como influencia incaica. En ese siglo, se duplicaron o triplicaron los programas de intensificación y expansión agraria ya existentes, y se multiplicó la producción en los diversos campos de la manufactura, al ex-

tender el plan de integración —que ya existía entre la costa y la sierra— a un exitoso programa político y económico de extensivas relaciones norte-sur. De este modo, el sur árido y el norte fértil se complementaron con los húmedos Andes del norte ecuatorial y los duros desiertos meridionales. También se avanzó mucho en la aproximación a los bosques tropicales, tal como se aprecia por sus contactos con los ocupantes de sitios como el del Gran Pajatén (o Abiseo) de los chachas de las montañas húmedas siempre verdes.

El examen de las interminables terrazas agrícolas que fueron construidas en estos años, a lo largo de cientos de kilómetros de

desiertas laderas en la cordillera occidental (“andenes”), indican una política agraria de intensificación agrícola basada en la ampliación de tierras mediante la creación de una infraestructura que no afectaba espacios previamente utilizados. Este plan se complementa con una red de canales de riego en la costa y en la sierra, aun cuando, en muchos casos, eso fue realizado en siglos anteriores. A eso se suma el plan vial que conectaba el país desde Nariño (Colombia), Carchi e Imbabura (Ecuador), hasta Santiago (Chile) y Mendoza (Argentina), cruzando todo el Perú y Bolivia, con ramificaciones de una red operativa de comunicaciones al servicio de los requerimientos de complementariedad económica de los pueblos.

Dicen los cantares que Pachakuti mandó ampliar el Cusco y fue el gran arquitecto que determinó su diseño urbano. Se cuenta que entendía mucho de las estrellas y de los movimientos del Sol, y era por tanto un *amauta* con conocimientos especializados, que determinó la estructura política del Estado Inca. Quizá es una exageración atribuir todo eso a un solo gobernante; sin embargo, es cierto que el diseño urbano del Cusco fue trazado como parte de un proyecto compacto, al que incluso se atribuye una composición formal que inscribe la imagen de un puma agazapado. Sobre ese diseño la ciudad creció hacia las laderas de los cerros. El que los edificios y espacios urbanos no estuvieran dispuestos al azar indica que fue obra de un planificador.



Fig. 40. Plaza Hauk'aypata (Centro Histórico del Cusco), origen de los caminos Qhapaq Ñan de los cuatro suyus.

Asimismo, Pachakuti fue un estadista que conocía muy bien el mundo andino en su multiplicidad, pautas y consignas. Obviamente, Pachakuti no creó todo eso de la noche a la mañana; sabemos bien que había antecedentes que él debió conocer, manejando una sabiduría milenaria. La red vial, por ejemplo, que implica un gran dominio de los caminos existentes y el sentido e importancia de las rutas. La creación de la infraestructura agraria supone un manejo significativo de los recursos locales, que incluye la mano de obra y, por cierto, el acceso al agua y a las tierras fértiles.

Todo indica que el gobierno era asumido por dos personas, una del Cusco Alto y otra del Cusco Bajo. El inca de la parcialidad Hanan Cusco (de “arriba”) era siempre el más importante y el representativo. Generalmente estaba encargado de las tareas de la guerra y la conquista, de modo que permanecía poco tiempo en el Cusco. El inca de la parcialidad de “abajo” o Urin Cusco, en cambio, se quedaba en el Cusco y aparecía siempre como “el segundo de a bordo”. Esas son conclusiones a las que han llegado algunos historiadores, pero las cosas no están del todo definidas, pues aun cuando es probable que durante el reinado de Thopa Inca Yupanki hubo un inca correinante —su hermano—, se hace mucho esfuerzo por ubicar al cogobernante de Wayna Qhapaq. Se piensa que pudo ser Waskar, su hijo, al menos durante un tiempo.

La idea de la “diarquía” (cogobierno de dos) encaja bien con lo que ocurría en otros niveles de organización social y política del mundo andino. Sin duda, permite entender cómo podían darse las conquistas y simultá-

neamente sostener una administración eficiente, ambas cosas bajo la conducción del inca. Permite entender también cómo el inca Wayna Qhapaq podía vivir tanto tiempo en Tomebamba (actual Cuenca, Ecuador), alejado a casi 2000 kilómetros de distancia del Cusco, donde estaba el aparato de conducción política del Estado.

La política de integración económica de los incas parece, pues, haberse sustentado en un gobierno que tenía una suerte de inca “volante”, que se trasladaba según las demandas del dominio territorial, y otro radicado en el Cusco, encargado de la administración del Estado en su conjunto. Eso solo era posible gracias a que se disponía de un sistema de relaciones y contactos muy bien tramado, lo que era dable con la red de caminos y el uso de los *kipus* para la contabilidad del tributo que servía de renta al Estado, y una organización administrativa manejada con eficiencia.

El régimen económico, basado en la explotación de la fuerza de trabajo, requería un control muy preciso de la población, pues solo a partir de ello el Estado podía programar los costos de su inmenso equipo de funcionarios, obras públicas e inversión de largo plazo en la intensificación agrícola.

Los incas tuvieron una política poblacional muy definida en la relación entre la fuerza de trabajo y sus posibilidades productivas. Para eso requerían tener un conocimiento actualizado de la cantidad de la población y los recursos que permitían su reproducción. El control de la población se hacía mediante una suerte de censo permanente, que dividía



Fig. 41. Pisac, sector Intiwatana. Cusco, Perú.

a los “tributantes” en decenas, centenas y millares de adultos *hatunruna*, y creaba obligaciones de las comunidades según la cantidad de mano de obra disponible en ellas. *Chunka* (10), *pachaq* (100), *waranqa* (1000) o *hunu* (10 000), cada cual con sus respectivos *kamayuyq*, eran las unidades de población que permitían regular la relación Estado-población en los grupos étnicos, y programar la renta disponible para garantizar la reproducción y el poder económico del Estado.

Los *mitmaquna*, *aqllacuna*, *yanacuna* y *mit'ayucuna* realizaban las tareas específicas de la producción estatal. Su trabajo cubría todo el espacio productivo que estaba por encima de las necesidades del *kawsay* (“lo necesario para vivir”), desde alimentos hasta obras de infraestructura y manufactura de

diverso tipo, que formaban la renta estatal. Con esa renta, el Estado “retribuía” el trabajo hecho en su beneficio, mediante mecanismos redistributivos.

Dicen los cronistas que el país que construyeron los incas era un mundo de bienestar e igualdad. Sin embargo, no es cierto que fuera igualitario, pues la existencia del Estado Inca mantenía relaciones desiguales entre los funcionarios y los comuneros, e incluso internamente entre ellos. Los incas tenían el poder, la fuerza y el gobierno; los campesinos, su trabajo. La tierra, el agua y todo el conjunto de bienes naturales pertenecían a los que eran capaces de transformarlos en riqueza. Debido a que el principal medio de producción era la fuerza de trabajo, la propiedad directa era ejercida sobre ella.



Fig. 42. Dos khipus. Museo Arqueológico San Miguel de Azapa. Universidad de Tarapacá. Arica.

En cambio, sí es cierto que había bienestar en términos de la capacidad de sustento de la población. La producción alimenticia era eficiente y excedentaria, lo que permitía mantener una política de seguridad social a mediano y largo plazo, gracias a los depósitos de bienes de consumo que tenía el imperio esparcidos por todo el país, y a los que las comunidades agregaban hábitos de conservar y reservas. Esto era parte de la costumbre andina de prevenir los desastres climáticos o tectónicos que ocurren con cierta frecuencia en el territorio.

El Cusco se convirtió en un lugar de leyenda, solo similar al de aquellas ciudades que describen los cuentos ostentosos de la mitología oriental. Lleno de palacios y templos relucientes, con muros cubiertos con planchas

de oro y plata; con almacenes inmensos, llenos de lienzos finísimos y toda clase de lujos para vestir y adornarse, y repletos también de granos, papas, carne seca y toda clase de alimentos para ser consumidos en cualquier momento por muchísima gente.

Por las calles del Cusco transitaban fundamentalmente los nobles con sus *yanas* y adjuntos. Eran personajes vestidos con elegantes atuendos de fina lana y algodón seleccionado, a veces con mantos cubiertos con plumas escogidas de pájaros exóticos de la selva o lentejuelas de oro o plata. Algunos iban en literas, cargados por súbditos y seguidos por sus mujeres, su guardia personal y otros sirvientes. Por doquier brotaba el agua de surtidores tallados bellamente en piedra, agua limpia que llegaba por canales también

labrados en piedra. Y los señores disponían de baños especiales para su aseo personal, como en el templo llamado Qorikancha.

Por supuesto, no solo en el Cusco se tenía toda esta riqueza. En las colonias del inca —en los centros administrativos provinciales— ocurría algo parecido. Se dice que en la ciudad de Vilcashuamán, cerca de Ayacucho, el *ushnu* de la plaza central estaba totalmente cubierto con planchas de oro, así como los sillones y otros monolitos que aún hoy se conservan en el sitio.

Por cierto, a lo largo del camino, en cada ciudad o pueblo e incluso en medio de los caminos, cerca de los hospedajes llamados “tambos” (*tampu*), los españoles encontraban *qollqas*, que eran depósitos con sus abastecimientos de comida y abrigo, siempre llenos, en las épocas de bonanza y de escasez.

Claro que no era realmente el oro o la plata lo que indicaba el grado de riqueza de estas ciudades de fantasía, pues lo eran más las manufacturas como los tejidos. Así, una ciudad bien provista de telas de lana de alpaca, vicuña y llama, como también de algodón, era considerada una ciudad rica. El emperador, llamado *Sapan Inca* (“el único”, “Él”, el inca), ameritaba sus simpatías y gratitud para con sus leales al hacerles obsequios de vestidos, y a los más cercanos les entregaba mujeres y otros privilegios. Un acto de gran poder y riqueza era acompañado de una quema de telas, en señal de extrema bonanza o para ofrenda a los dioses.

Cada año, el inca hacía reunir a las mujeres jóvenes de todos los pueblos del imperio.

Las seleccionadas (*aqllacuna*) pasaban a vivir en unos palacios llamados *aqllawasi* (“casa de las escogidas”), donde dedicaban su tiempo a preparar comidas y bebidas para los nobles a quienes los españoles llamaban “orejones”, pero sobre todo para hilar y tejer las finas piezas de tela que usaban el inca y sus allegados. Eran los tejidos “estatales”, cuya finura llama aún hoy la atención. Las maestras, las más expertas, llamadas *mamakuna* (señoras), eran ilustradas en tales artes, pero, además, producían bellas piezas textiles para el inca, en asociación con los maestros artesanos llamados *qompikamayuc*.

Las *aqllas*, en determinadas circunstancias, podían o debían ser conservadas en estado de virginidad y quedar destinadas al servicio de los templos y especialmente al culto solar. En el Cusco, a las *aqllas* de origen noble se les llamaba *ñustas*. No obstante, mientras que unas podían ser entregadas por el inca como esposas a sus súbditos o incorporadas por él mismo a su extenso harén, la mayoría retornaba a sus comunidades de origen después de cumplir con el “servicio obligatorio” que les era asignado en el *aqllawasi*.

Desde luego, las *aqllas* no eran las únicas personas que debían cumplir con un servicio obligatorio para el Cusco o los centros urbanos provinciales. En realidad, todo el trabajo estatal dependía de gentes que, como ellas, “debían” una especie de tributo consistente en “tiempo a disposición del Estado Inca”, de manera que, obligatoriamente y por turnos, todos los habitantes del Tawantinsuyu lo hacían mediante el sistema de la *mit'a*. La *mit'a* consistía en servir al inca en tareas que



Fig. 43. Figurilla inca encontrada en el sitio Pirámides de Túcume, departamento de Lambayeque, costa norte del Perú. Foto Proyecto Arqueológico Túcume.

se señalaban a cada una de las comunidades del país. Quienes sí pagaban sus “impuestos” se llamaban *mit'ayuq*, o simplemente *mitani*, y trabajaban bajo la dirección de algún tipo de *kamayuq*, capataz o especialista encargado de conducir la actividad.

Los trabajos de las *mit'a* eran muy variados, pero, desde luego, era una actividad muy importante para el Estado, pues gracias a ella los incas disponían de renta y podían mantener y construir ciudades como el Cusco. Había, pues, unas *mit'as* para la construcción de edificios, caminos y todo tipo de obra civil, bajo la dirección de arquitectos o técnicos —*kamayuq*— expertos en los secretos de la construcción de edificios. Del mismo modo, como las *aqllas*, había *mit'anis* para los traba-

jos de manufactura textil, de artes plumarias, de elaboración de materia prima (tinturas, pigmentos o preparación de pieles), de carpintería, de alfarería o de orfebrería. La mayoría de ellos tenía su centro de trabajo en el espacio urbano mientras duraba su *mit'a*. Luego volvían a sus comunidades de origen y a su habitual forma de vida rural.

Es importante destacar este punto, porque se trata de habitantes urbanos distintos a los que estamos acostumbrados a conocer en nuestro tiempo. Se trata igualmente de ciudades diferentes a las que actualmente habitamos. La mayor parte de sus ocupantes no eran permanentes, sino gentes del campo, de comunidades campesinas, que ocupaban de manera temporal y posiblemente cíclica el espacio urbano. Solo unos pocos habitantes eran realmente perennes: una élite de funcionarios (*kamayuq*) y de nobles (“orejones”), entre los que seguramente deben incluirse a los *amautas* o sabios, ligados a los templos junto a los sacerdotes.

Muchos *kamayuq* eran especialistas, como los *qhipukamayuq* —que entendían de la lectura e interpretación de los *kipus* (sistema de registro contable por nudos), seguramente una especialidad que concluía en el grado de *amauta*—, hasta los *qompikamayuq*, que se encargaban de dirigir los talleres dedicados a la elaboración de tejidos finos. Sería muy largo enumerar todos los tipos de especialistas que existían, ya que cubren las tareas de arquitectos constructores, ingenieros hidráulicos expertos en caminos y en puentes, mineros y metalurgos, orfebres y otros, sin mencionar a los que tenían por función el dirigir los gru-

pos de “guardias” que cumplían las más variadas funciones de seguridad (del inca, de las *kanchas* y los centros urbanos, de las *aqllas*, los *tambos*, etc.). Todos ellos, los especialistas y “responsables” de función, vivían en el Cusco o en las ciudades provinciales mientras durara su encargo, mas luego se reintegraban a sus comunidades originarias.

Las “masas urbanas” no eran, por tanto, “ciudadanas”, sino rurales. Solo la élite lo era, conformada por las *panacas* de los incas, los *amautas* y otros funcionarios religiosos, los *sinchis* y otros especialistas en la guerra y los funcionarios —*kamayuq*— especializados. La “masa urbana” estaba constituida por las *aqllas*, los *mit'ani* y por dos otros grupos de gentes que se conocían como *yanacuna* y *mitmaquna*, todos ellos campesinos con un régimen temporal de tareas urbanas. Los *mitmaq*



Fig. 44. Calle Cabra Kancha, muestra del poder imperial. Foto Elías Mujica, Qhapaq Ñan Perú.

(o *mitimaes*), pero sobre todo los *yanas*, eran producto de la guerra. Los *mitmaq* eran comunidades sometidas por los incas, que perdían la libertad de mantenerse en su territorio de origen y eran trasladadas al destino que les fuera señalado por el Estado (el inca y sus *camayos*), que les había expropiado el derecho de residencia. Por lo demás, estaban obligados en la *mit'a* y demás deberes de cualquier habitante del Tawantinsuyu.

1.3. La expansión territorial de los incas

El Cusco era el centro del aparato político y militar de los incas. También la sede del poder social, como lo fue Roma de su imperio. Allí vivían el inca y una compleja corte. Era a la vez el eje político y un gran centro ceremonial, donde se rendía culto al dios Inti (el Sol) y a los demás dioses del panteón andino, y donde estaban los centros principales del conocimiento, como el Poqenkancha (una suerte de “biblioteca” de tablas con imágenes de la historia de los gobernantes del Cusco) o el Yachaywasi (“casa de la sabiduría”), junto con el Aqllawasi principal, con las *ñustas* del Sol. Estaba en el centro de los cuatro *suyus* y, por tanto, era el punto de salida y destino de los caminos que iban a formar la red del Tawantinsuyu. En el Cusco vivían los representantes de todos los pueblos que habían sido sometidos por los incas, y cuyos “principales” —uno de cada *suyu*— habrían constituido, según Guaman Poma de Ayala, una suerte de Consejo de Estado.

Era un centro poblado importante, y tal como mencionan los cronistas llegados con Pizarro, era:

tan grande y tan hermosa que sería digna de verse aún en España, y toda llena de palacios de señores, porque en ella no vive gente pobre ni cada señor labra en ella su casa y asimismo todos los caciques, aunque estos no habitaban en ella de continuo. La mayor parte de estas casas son de piedra y las otras tienen la mitad de la fachada de piedra; hay muchas casas de adobe, y están hechas con muy buen orden, hechas calles en forma de cruz, muy derechas, todas empedradas y por en medio de cada una va un caño de agua revestido de piedra (Sancho de la Hoz [1534] 1938: 176-177).

El Cusco cumplía un papel de centro movilizador de todos los procesos políticos o económicos que emanaban del proyecto expansivo de los incas. El triunfo sobre los chancas les abrió un esquema de conquista que fue creciendo progresivamente y que se hacía más fuerte a medida que avanzaba. Pachakuti marcó el camino con sus conquistas, que cubrieron un ámbito mayor que el del Imperio wari, aun cuando estaba muy cerca del que este había logrado cubrir, con la notable diferencia de que el territorio de Tiwanaku, que era autónomo en tiempos de Wari, era una de las partes aliadas del proyecto inca y, según parece, desde la guerra con los chancas, su más fuerte compañero. Thopa Yupanki amplió considerablemente el territorio incaico, pero fue Wayna Qhapaq quien lo condujo más allá de las fronteras de los Andes centrales, sobre todo hacia los Andes septentrionales, a las tierras de los cañaris y quiteños.

Los incas establecieron su régimen utilizando diversos medios de incorporación de

otros Estados o de grupos tribales de condición local o regional. Uno de los medios era la negociación de los términos de coexistencia de acuerdo con un ofrecimiento de apoyo en tareas conjuntas de desarrollo económico local frente a la prestación de servicios de la fuerza de trabajo para obras públicas, y apoyo en la confrontación con eventuales enemigos. El otro medio era la guerra, una instancia segura cuando fallaban los intentos de negociación.

Indudablemente, en esas circunstancias guerreras —a las que hay que agregar la posibilidad de construir refugios o fortificaciones, el volumen de soldados más que sus propias habilidades de lucha— tenían un gran peso en la definición de las batallas. El sometimiento por negociación era impuesto, en esa perspectiva, con sometimiento de los más débiles, mientras las guerras podían definirse como simples confrontaciones de volúmenes de soldados o con verdaderas carnicerías. Hay recuerdos de todo eso en el proceso de organización del Tawantinsuyu.

Existe la tendencia a uniformar las instituciones, y desde luego las formas de vida de las gentes a partir del modelo más complejo y desarrollado. Por esta razón, se presentaban como instituciones preincaicas a una serie de formas institucionales que estaban en plena vigencia en el periodo de auge de los incas. Se dice, por ejemplo, que las bandas, tribus y otras formas de organización previas a la existencia del Estado eran formas anteriores a los incas. No lo eran. Estaban plenamente vigentes cuando funcionaba el Tawantinsuyu, y en realidad eran parte sus-



Fig. 45. Qollqas de Chacamarca en Junín, sierra central del Perú, y la acumulación de excedentes productivos.
Foto Edgardo Solórzano Palacín, Qhapaq Ñan Perú.

tantiva de su ordenamiento jurídico. Si bien las bandas u hordas de cazadores-recolectores habían ciertamente desaparecido de los Andes, y se mantenían marginalmente en el Chaco o el extremo sur del continente, había algunos vestigios de este orden en los grupos —también marginales— de los llamados *changos* y los *urus* de los Andes meridionales. Las tribus, en cambio, en todas sus formas y variedades, eran la base de la organización de las comunidades de agricultores, pescadores y pastores, que sustentaban la estructura comunitaria del Tawantinsuyu.

Luego de la desintegración de la hegemonía Tiwanaku alrededor del 1100 d.C., se dejó una imagen de la estructura original en las distintas agrupaciones que quedaron como herederas. Como menciona Albarra-cín-Jordán (1996), dentro de este proceso de

fragmentación también está caracterizada la dinámica segmentaria andina, por lo cual se han resaltado las formaciones de centros regionales poderosos que a través del tiempo adquieren una autonomía cada vez mayor respecto al eje nuclear y de base. Es en este sentido que la reproducción de los sistemas locales adquiere cada vez mayor significado y llevan a un segundo plano los propósitos que se relacionan a un sistema globalizado.

Durante el periodo Formativo Tardío, si es que no antes, surgieron principios fundamentales de organización, sobre los cuales muchos grupos de la sociedad andina fundamentaron sus estructuras políticas, económicas y religiosas. Estas estrategias de coordinación, como lo sugieren los elementos simbólicos en determinados sitios, estuvieron acompañadas por un cuerpo

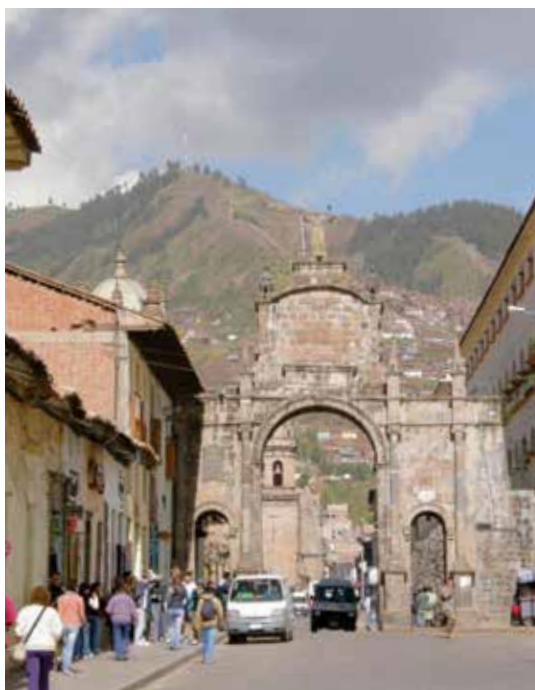


Fig. 46. Camino al Kuntisuyu, en el Centro Histórico del Cusco. Actual calle Santa Clara. Perú.

ideológico globalizante, que proveía el nexo indispensable entre lo natural y lo cultural, así como entre lo natural y lo sobrenatural. No se puede juzgar como insignificante el rol que desempeñaron los principios ideológicos compartidos, o aquellos que se instituyeron antes de formarse entes sociales más amplios, en la integración de diversas etnias. El registro arqueológico en distintas regiones muestra el rico contexto simbólico de estos desarrollos. La iconografía de Tiwanaku es claro testimonio de esta opulencia, aunque todavía no se haya podido descifrar el verdadero significado de sus íconos (Albarracín-Jordán 1996: 138).

En cuanto al sistema de asentamiento, la influencia incaica en el valle bajo de Tiwanaku y, por ende, en gran parte del territorio Pacajes, fue limitada debido a la conquista es-

pañola. El establecimiento de centros mayores, hacia finales del siglo XV, tuvo el propósito de facilitar y coordinar la extracción de la fuerza de trabajo y del tributo en la región. En forma análoga a varias otras regiones, la base del Estado Inca dependió de la promoción de las élites locales (Pease 1982, Hastorf 1986, D'Altroy 1992, Moseley 1992: 49-80).

Sin embargo, la fundación de estos centros no trajo cambios radicales en la distribución del valle en su conjunto. Al parecer, la influencia inca se vio limitada a la institucionalización de una norma administrativa, la cual en cierta medida fusionó a parte de la población en núcleos mayores. La dispersión de sitios que caracterizó al Pacajes Temprano siguió siendo una característica de la región (Albarracín-Jordán 1996: 308).

Respecto a la producción en el valle bajo de Tiwanaku, Albarracín-Jordán sostiene que es aún prematuro afirmar si los campos de cultivo en terrazas (parte sur del valle) servían como zonas de producción de excedente. En el caso de los camellones, ubicados en la parte norte del valle, es probable que ya no hayan servido las funciones agrícolas de otras épocas. En tal sentido, el variado número de asentamientos mayores que los incas establecieron en uno y otro sector del valle, parecen relacionarse con esta contingencia en el potencial agrícola de la región (Albarracín-Jordán 1996: 308).

El Estado Inca era una entidad cuya fuente social originaria eran las tribus, que en su forma más compleja y avanzada adquiriría la forma del llamado *ayllu*, una estruc-

tura de parentesco de fuente consanguínea y ampliada con componentes asociados por afinidad. El *ayllu* es una comunidad con una relación particular con el Estado, que le permitía definir su participación civil mediante una forma de tributación de servicios en los que involucraba su estructura tribal sin afectarla. Dicho de otro modo, la base social del Incario era tribal, tributaria de una estructura urbana sustentada en la formación de una casta de hábitos y costumbres urbanas que, de otro lado, no dejaba de mantener sus vínculos rurales a través de su comunidad de casta, llamada *panaca*. Los habitantes de las ciudades, incluyendo el inca, eran simbólicamente campesinos, que incluso se involucraban figuradamente en las tareas de los trabajadores del campo.



Fig. 47. Camellones de Lampa, altiplano del Titiaca. Foto Elías Mujica (2002).

El discurso jurídico era, desde luego, impuesto como norma general. Sin embargo, queda claro que había una diversidad de aplicaciones, según el lugar donde se ventilaban los casos, a partir del reconocimiento de los valores étnicos tradicionales.

El aparato punitivo del Estado estaba ligado a su reproducción, y el cumplimiento de la deuda tributaria era una de las principales preocupaciones del aparato ideológico y administrativo del Tawantinsuyu. La renta del Estado estaba regulada por ese tributo que, si bien se manifestaba en la forma de trabajo, su expresión concreta eran los bienes que se guardaban en los depósitos que para el efecto mandaba construir el inca. La obra pública se financiaba igualmente mediante el tributo-trabajo y por



Fig. 48. Agricultura de granos altoandinos, complementarios a los productos mesotérmicos del valle de Cusco. Salar de Uyuni, Bolivia.

la redistribución que se aplicaba a los bienes almacenados, todo ello para solventar las necesidades de consumo de sus trabajadores.

La política incaica no hacía una distribución de tierras sin tener en cuenta su productividad, sino que, por el contrario, el proceso de distribución de la tierra en tercios de destino se realizaba a partir de una cuidadosa evaluación de su potencial productivo. Esa evaluación determinaba, casi siempre, la ampliación del área productiva para lograr un programa de intensificación eficiente, con producción excedentaria. Desde luego, la intensificación medía la relación entre la población productiva, el índice de consumo previsible, y la cantidad y calidades de las tierras locales.

La intensificación implicaba normalmente la creación de nuevas áreas de cultivo, mediante la instalación de una infraestructura nueva, sea de modificación del régimen de aguas o la creación de nuevos mecanismos de acceso a ellas, o la construcción de infraestructura agraria agregada.

De esta manera, la comunidad local no percibía ninguna disminución en el acceso a los bienes de consumo a los que estaba acostumbrada, y disponía de nuevas tierras para producir. Hay que considerar que los productos de esas nuevas tierras tenían un destino también nuevo y que únicamente revertían a las comunidades como parte de las obligaciones redistributivas del Estado, ya sea para cubrir los costos que demanda la labor de



Fig. 49. Camino de la costa en la zona de Quebrada de la Vaca. Arequipa, Perú. Acceso a recursos marinos.
Foto Qhapaq Ñan Perú.

las tierras o los que demandan las obras públicas a las que los comuneros debían asistir como *mitayos*.

Circulaban en el Tawantinsuyu muchos dioses y muchas lenguas en medio de una multitud de costumbres, pero todo bajo un mismo régimen y una misma jerarquía. Un hilo conductor cruzaba todas esas diversidades, el Qhapaq Ñan, y junto a él, o como parte de sus servicios, transitaban las lenguas locales acompañadas de una “lengua general” y los dioses locales junto al Inti, el “dios Sol” con toda su corte de estrellas y la Luna. Los incas estaban montados en esa diversidad, conduciendo un proyecto de integración de muchas naciones.

Los incas manejaron el concepto de demarcación territorial utilizando líneas fronterizas definidas. En el transcurso de sus conquistas establecieron distintos tipos de provincias. Algunas se crearon en torno a centros urbanos, mientras en otras, como Cochabamba y las propiedades rurales de los soberanos, esos centros no existían.

Un gran número de unidades políticas pasaron a integrar el Estado Inca. En la sierra, Rowe registra 44 provincias y entre las más importantes señala a: Cajamarca, cuya capital contaba con elaborados edificios ceremoniales; Huánuco, donde construyeron Huánuco Pampa; Chinchaycocha o Pumpu en Junín; Huanca, con capital en Hatun Jauja, tres sayas y veinticinco mil tributarios; Vilcas, con capital en Vilcashuamán; Vilcabamba, con capital en Vitkus; Quechua, alrededor de Abancay y Curahuasi; Chilque,

donde se ubicaba Pacaritambo, proclamado lugar de origen de los incas.

De las divisiones costeras se reconocen 38 desde Tumbes a Arica, vinculadas a valles fluviales; entre ellos: Lambayeque, Pascamayo, Chimú con su gran capital Chan Chan; Paramonga, con su fortaleza; Chancay, Lurín con el santuario más famoso de la costa en Pachacamac; Chíncha con una población de alrededor de cincuenta mil habitantes; Ica, Nasca, Camaná, Moquegua y Arica, con colonos aymaraparlantes. Más al sur, había aldeas pesqueras dispersas en la costa desértica de Tarapacá (Levillier 1942: ver mapa, Rowe 1946: 186-192).

Las estrategias incaicas de incorporación de una unidad política pueden ser vistas como un *continuum* entre el control hegemónico y el control territorial. En el primer caso, el poder político era ejercido en forma indirecta, a través de la élite que retenía una considerable autonomía en el manejo de los asuntos locales, pero que era forzada a aceptar: la sumisión militar, la entrega del tributo en forma de trabajo y de productos especiales, así como la eliminación de las relaciones económicas con los grupos étnicos vecinos. Esto parece haber ocurrido en la sierra central y norte de Ecuador, en muchos de los grupos orientales que se incorporaron en el Antisuyu y al suroeste, en el Qollasuyu.

El control territorial, en contraste, era ejercido mediante la presencia directa del Estado Inca sobre entidades políticas que habían sido poderosas. Estas regiones experimentaron una considerable reestructuración

de su organización económica y sociopolítica, y una supervisión administrativa a cargo de oficiales estatales. El control permitía un nivel elevado de extracción del tributo, pero el grado de intervención suponía un alto costo en la administración. Esto implicaba una mayor inversión de tropas y recursos por parte del Estado. Las regiones nucleares del Perú y de la cuenca del Titicaca, en Bolivia, fueron controladas en forma directa debido a su cercanía con el Cusco, y a la necesidad de profundizar la seguridad y el acceso a recursos.

Tales fueron los casos del reino del Chimor en la costa norte, de los wankas en la sierra central del Perú (D'Altroy 1992), y de los reinos Qolla y Lupaca en el Altiplano (Julien 2002 y 2004).

1.4. La sociedad inca

Los incas aplicaron de un modo pragmático diversas modalidades de manejo de las provincias. Las formas de coerción para ejercer su dominio incluyeron, en primer lugar, la fuerza de las armas, y, en segundo lugar, la diplomacia y promoción de alianzas. Apenas se apaciguaba una región recién sojuzgada, comenzaba el proceso más profundo: la institucionalización política de la dominación. Cuando un conquistador inca dominaba una provincia, los jefes o curacas locales quedaban vinculados en forma personal al rey inca. Esta relación podía confirmarse por medio de alianzas matrimoniales. Así, el inca ofrecía su hermana, hija o pariente cercana para que se casaran con los jefes provinciales principales y, a su vez, el inca solía tomar hi-

jas o hermanas de aquellos como esposas secundarias. De esta forma, la organización de parentesco de los incas estuvo fuertemente vinculada a la organización política del imperio. Los lazos eran confirmados por medio de grandes festividades en la región o en el Cusco, donde el inca ofrecía a los señores una serie de obsequios, tales como finas prendas de vestir, bienes metálicos (patenas, vasos y adornos de oro y plata, y armas de bronce) y objetos rituales, para obtener así su obediencia. Estas dádivas formaban parte de las relaciones redistributivas y de reciprocidad que consolidaban los lazos por medio del uso político-simbólico de los objetos de prestigio (Murra 1958, 1978).

Después de vencida la resistencia armada, se procedía a inspeccionar la región y efectuar censos de población, tierras y productos para organizar los grupos tributarios. Otra forma de coerción para subyugar a los jefes y al pueblo fue de carácter cultural y consistía en enviar al Cusco a sus más importantes *wak'as* e ídolos. De esta forma, se prevenían las posibilidades de una rebelión



Fig. 50. Aisana, tamaño aproximado 6 cm x 6 cm. Museo de Arqueología de Alta Montaña, Salta, Argentina. Foto Lisardo Francisco Maggipinto.



Fig. 51. Santuario de Pachacamac, calle Norte-Sur, proyección del Qhapaq Ñan Perú.

(Rostworowski 1988). Del mismo modo, los hijos de los curacas eran enviados como rehenes a la capital donde se les enseñaba el idioma, las normas del Estado y los preceptos de la religión solar. Para mitigar la situación de exilio se les regalaba prendas del vestuario imperial, que podían enviar a su hogar como signo de la benevolencia del inca (Murra 1975: 164-165).

Las vestimentas y los símbolos de prestigio, como tocados cefálicos, cetros, adornos personales y vasos de oro, plata o madera decorada, constituyeron formas de legitimar el poder del Estado Inca en las provincias. Fuentes documentales y mucha evidencia arqueológica indican que en las ceremonias y funciones políticas el inca redistribuía bienes producidos en estilo imperial, pero, al mismo tiempo, era reverenciado con la entrega de bienes suntuarios de lejanas provincias. Las ofrendas mortuorias de Saqsaywaman, Ollantaytambo y Machu Picchu son

una pequeña muestra de la enorme variedad de vajilla cerámica y otros objetos que entraban en este intercambio de dones (Bingham 1930, Julien 1981). Del mismo modo, los ajuares de personajes importantes de las provincias muestran prendas tejidas de estilo cusqueño, cerámica, maderas y amuletos de piedra pulida, como en La Paya, Humahuaca, Arica, Ica, y en la sierra de Ecuador (Ambrosetti 1902, von Rosen 1924, Salas 1945, Menzel 1971, Hyslop 1976, Meyers 1998, Aldunate y Cornejo 2001).

Existían pautas bien establecidas acerca del modo de vestimenta del inca, las *panacas*, los curacas y la gente del común. El *Sapa Inca* era considerado hijo del dios Inti y, como tal, toda su vida y el ejercicio de su cargo estaban sometidos a rigurosas reglas. Su poder provenía del Sol. Dicha categoría lo convertía en el mediador entre el mundo terrenal (*Caypacha*) y el de las divinidades del firmamento (*Ananpacha*).



Fig. 52. Unku Inca en miniatura procedente de Pachacamac. Museo de Berlín. Foto Claudia Obrocki. Fuente: Colección digital del Staatliche Museen zu Berlin, Alemania. Publicado por Textiles Quispe – Handwoven.

El día que asumía, el sumo sacerdote lo nombraba *Intichuri*, y en el Qorikancha le hacía entrega de sus insignias reales: la *mascaipacha* o rapacejo, y el cordón, *llauto*; el *yauri* (cetro), el *sunturpáucar* (especie de pica emplumada), así como el trono de oro para sentarse durante los actos oficiales. A veces, se sumaba la *napa*, una llama blanca vestida con tela roja y adornada con cintas (Espinoza Soriano 1987: 297, Morris y Hagen 1993: 181).

La ropa del inca era tejida con lana de vicuña y alpaca por las *mamaquna* del Cusco y de Coatí. El *uncu* era de colores determinados y tenía hileras de *tocapos* y daderos (Rowe 1978). Jamás usaba dos veces el mismo traje ni las sandalias. Tan solo se desplazaba a pie en su palacio y en los templos solares bajo un quitasol portado por servidores enanos y jorobados. En las restantes ocasiones

era portado sobre una litera suntuosa, adornada con oro, plata y piedras preciosas. Estaba prohibido mirarlo de frente, y cuando hablaba lo hacía detrás de una tela o biombo ligero. Presidía las ceremonias más importantes del calendario anual como el Inti Raymi y Qhapaq Raymi.

El atavío de un *curaca* guardaba correspondencia con su categoría en la escala social, sus trajes y adornos variaban según las regiones. Entre los señores de la costa norte el lujo de sus vestimentas debió ser impactante con los exquisitos *uncus*, mantos, pelucas y plumerías, junto con el acompañamiento de narigueras, tiaras, collares, patenas y orejeras de oro y plata. En documentos sobre extirpación de idolatrías se mencionan a *curacas* ataviados con sus antiguas prendas de *cumbi*, y con sus símbolos de autoridad, como *chipana* de oro y plata, cuando participaban como oficiantes. Todo señor tenía su *tiana* o asiento que ocupaba en las ceremonias públicas. En documentos referentes al reino del Chimor, hay noticias que el número de cargadores simbolizaba el estatus y la categoría de un señor. Las trompetas formaban parte del ajuar de un jefe, junto con los portadores de tinajas con bebidas, que acompañaban el señor cuando salía de su morada. Cuanto más importante era el personaje, mayor era la cantidad de bebidas a repartir entre la gente.

Otra señal de alto rango era el transporte en andas y la posición que un señor ocupaba en relación con el lugar donde se ubicaba el soberano. En los sucesos de Cajamarca, el *curaca* de Chíncha fue el único señor conducido en andas, aparte del inca. Al preguntarle Piza-



Fig. 53. Camino en Pomata, Puno, frente al lago Titicaca. Foto José Luis Matos, Qhapaq Ñan Perú.

rro al cautivo Atahualpa la razón de ese privilegio, contestó que era amigo suyo “el mayor Señor de los Llanos y que disponía de cien mil balsas en la mar” (Rostworowski 1988).

Por otro lado, desde tiempos de Wiraqocha estaba estipulado que la gente del común, tanto hombres como mujeres de cada pueblo y lugar, tuviera su señal e insignia. En el traje y en la cabeza debían portar señales diferenciadas para que cada uno se pudiera reconocer de dónde era natural, “con pena de la vida que ninguno fuese osado de ponerse en el traje, insignia de otro” (Collapiña et al. [1542-1608] 1974: 37).

La prestación de servicios en el ejército se hizo al comienzo, bajo la forma del prin-

cipio universal de la *mit'a*, o rotación cíclica de miembros de la población que llegaban al campo de batalla con sus propios jefes étnicos y con sus armas tradicionales. Marchaban en diversos escuadrones, de acuerdo con sus provincias y naciones de origen, según lo relata Cobo (1653).

Mientras estaban en campaña, tanto las tropas como la burocracia esperaban ser agasajados con alimentos como el maíz, un cultivo de carácter suntuario menos accesible que los tubérculos, y la papa deshidratada (*chuñu*), guardados en los depósitos estatales que jalonaban los caminos principales. En una dura campaña militar en el norte, los cusqueños se rebelaron. Para apaciguar a las tropas amotinadas, entre ellos parientes del inca, dicen las crónicas que este repartió en forma generosa tejidos y maíz.

Los episodios de rebelión y la expansión rápida del imperio constituyen dos facetas del mismo proceso. El desafío producido por el crecimiento de la población y la enorme extensión de los territorios incorporados hicieron que el reclutamiento militar por medio de la *mit'a* resultara ineficiente.

El inca optó por una solución innovadora al elegir a ciertos grupos étnicos que fueron excusados de otros deberes y proporcionaron hombres de guerra seleccionados según su bravura. Hubo cuatro naciones del Qollasuyu —los charcas, caracaras, cuis y chichas— que se desempeñaron como soldados desde la época de Pachakuti hasta el reinado de Wayna Qhapaq, por lo que fueron excusados del tributo y de otros trabajos, según

testificaron observadores en el Memorial de Charcas en 1582 (Espinoza Soriano 1969).

Un grupo especial de *mitimaes* cumplían funciones militares en las fortalezas controladas o levantadas por los incas en las fronteras, como en Huánuco y al oriente de Bolivia. Los jefes militares de alto rango formaban parte de los incas de sangre. Muchas veces eran hijos o hermanos del inca reinante, como el general Thopa, durante el reinado de Pachakuti.

Mientras los incas se encontraban en las campañas del extremo norte del Tawantinsuyu, el soberano realizó otro paso en la transformación del ejército al convertir a los rebeldes cañaris en un privilegiado grupo militar. Cuando finalizó la campaña, los cañaris fueron reubicados en el valle de Yucay, cerca del Cusco, dedicados a atender asuntos del rey y del ejército. Estos datos indicarían que durante los momentos tardíos de las campañas norteñas se manifestaba el embrión de un ejército profesional, un proceso nunca visto antes en los Andes (Murra 1986, 1999).

1.5. La economía en el Tawantinsuyu

En cuanto a la organización económica, el “modelo del control vertical” de múltiples pisos ambientales parece haber constituido la base de la estructura económica y social del Estado Inca. Desde mucho antes del surgimiento del Tawantinsuyu, grupos serranos y altiplánicos compensaban las limitaciones climáticas de sus asentamientos en las alturas procurando ampliarlos a través de colonias instaladas en diversos ecosistemas complementarios, integradas por unidades domésticas que seguían manteniendo sus lazos de pertenencia con el núcleo de origen (Murra 1972, 1978).

Los datos acerca del funcionamiento de este patrón de asentamiento salpicado —el archipiélago vertical— se encuentran detalladamente registrados en el valle alto del Huallaga, donde se levantaba el centro administrativo incaico llamado Huánuco. Sus pobladores, los chupaychus y los yachas, comunicaron a los visitantes en 1549 el detalle de sus deberes para el poder inca, tanto en el lejano Cusco como en su localidad, y fueron



Fig. 54. Fragmento textil inca. Museo Etnográfico.



Fig. 55. Calzada empedrada en Soledad de Tambo, Conchucos, Ancash. Foto Renzo Giraldo, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 56. Maza estrellada de bronce. Perú.

registrados por los *kipukamayuy* mediante el sistema de nudos. Se llevaba cuenta de los compatriotas que servían al inca sin salir del valle, como también de los que se desplazaban a dos días de camino. El registro describía también las relaciones de los chupaychus con sus colonias periféricas, ubicadas río abajo, en los bosques tropicales de la parte media del río Huallaga. En esta zona, cada núcleo mantenía decenas de unidades domésticas aprovechando las condiciones del clima tropical para cultivar hojas de coca y cortar la madera de árboles de esa región.

Del mismo modo, se efectuaba una distribución de cosechas, miel silvestre, plumas de pájaros tropicales y otros bienes. Por encima de los asentamientos centrales, en la puna, estaban la sal y los rebaños de camélidos (Murra 1967, 1972). Otras fuentes coloniales informan de casos similares en el valle de Chillón y en el Altiplano del lago Titicaca, los reinos Aymara y Puquina, hablantes de los lupacas. Estos señores mantenían y controlaban, desde su centro en Chuchito, colonias permanentes en ambas vertientes, en valles de la costa pacífica y en las yungas (Murra 1999).

Este modelo, importante en la sierra, se combinó en el proceso de desarrollo del Estado Inca con el “modelo costero”, que incluyó la especialización laboral y el mecanismo del trueque a través del transporte por rebaños de llamas cargueras y mediante la navegación marítima costera. Diversas menciones en los documentos regionales sobre “rescates de ganado, lana y ropa” indican que en alguna época del año se efectuaban

los intercambios. Esto fue posible porque desde tiempos antiguos se establecieron en la costa dos actividades diferentes: la pesca y la agricultura. Se formaron grupos separados con jefes propios y se estableció entre ellos un intercambio de productos, si bien con una subordinación de los primeros a los señores de la agricultura.

La Relación de Chincha informa sobre la presencia de una población de treinta mil tributarios que incluía diez mil pescadores, doce mil cultivadores y seis mil “mercaderes”, entre quienes se constata una división laboral no detectada hasta ese momento en el mundo andino (Rostworowski 1977, 1988). La progresiva acumulación de riqueza por la élite local propició el boato y el desarrollo de las expresiones artísticas. Se dio así una diversificación entre los artesanos dedicados a trabajar la metalurgia, los textiles, la cerámica y otros oficios, como salineros, tintoreros, carpinteros, cocineros y fabricantes de bebidas (chicheros). Cada oficio era cumplido por determinadas personas, sin que nadie pudiese cambiar su labor. Entre todos, los plateros poseían mucho prestigio. Los incas aprovecharon los artesanos de los valles costeros y los enviaron al Cusco a trabajar para el Estado (Rostworowski 1988: 266).

La obtención de materias primas y la producción de alimentos constituyeron la base de la economía sobre la que se sostuvo el Tawantinsuyu. Las provincias proporcionaban fibras animales y vegetales, plumas, maderas, minerales; y producían textiles, cerámica y objetos metálicos, entre otros rubros.

El área andina es uno de los centros mundiales de domesticación de plantas, y durante siglos sus habitantes han vivido de la agricultura. Aunque menos visible en el registro arqueológico, esta actividad se vincula con el desarrollo de la red vial incaica. En el Altiplano se complementaba con el pastoreo de llamas y alpacas en prados de altura (Flores 1977, 1979).

La lista de las plantas cultivadas en los Andes supera las cuarenta especies, la mayor parte de las cuales fueron domesticadas en esta área, y poseen nombres en quechua. El maíz (*sara*), el producto estatal por excelencia, era considerado sagrado, por lo cual participaba en diversos ritos y festividades. Se plantaba en los valles de alturas medias, con buena irradiación solar y abundante regadío. Su cultivo se completaba con los porotos y el zapallo (cucurbitáceas). Los incas traían productos de los valles más cálidos, en especial el pimiento o ají (rocoto), el algodón, la achira y la coca. El maní, la yuca (mandioca dulce), el tomate, la palta, la batata y unas doce plantas más constituyeron también productos valiosos de esos valles (Rowe 1946: 210). Los alimentos básicos de la gente del común fueron los tubérculos cultivados originalmente en los valles altos y en el Altiplano (papa, oca, olluco), y los granos como la quinua y la cañigua.

El trabajo de las tierras se distribuía en tres partes: una para el inca, otra para el culto al Sol y la restante para la comunidad. Este esquema genérico no refleja la diversidad de situaciones de tenencia que se fueron gestando durante el incanato. Dentro de las tierras del inca se encontraban las tierras del

Estado en general, ubicadas en distintas partes del imperio y, en segundo lugar, las tierras de los *ayllus* reales, situadas en los alrededores de la capital. Por último, existían tierras adjudicadas a un determinado soberano en calidad de posesión personal, cuyos productos constituían sus rentas particulares. Las *wak'as* recibían el usufructo de tierras cuyos productos eran destinados a las ofrendas y a la preparación de bebidas para los asistentes a las celebraciones y ritos. Cada *ayllu* poseía sus tierras de cultivo, sus pastos, y los recursos hídricos necesarios para el riego. Todo *hatunruna* poseía un *tupu* de tierra y con cada nuevo hijo se le aumentada la parcela.

En las provincias, los funcionarios señalaban en cada *guaranga* y sus *pachacas* las tierras para el inca, que debían ser cultivadas por

la gente del lugar. La producción se remitía ya sea al Cusco, Jauja, Pachacamac, Huánuco Pampa o al centro administrativo que correspondiera. Datos al respecto se conocen en Chíncha y en el valle de Chillón, Perú (Rostworowski 1988: 241). La intensificación y el aumento de escala de la producción agrícola se vinculan con las terrazas de cultivo —o andenes— que se construyeron por todo el perfil andino, siempre asociadas a una compleja red de irrigación por canales. Durante el Imperio inca se amplía el área productiva a lugares baldíos, notables por su implantación en taludes o lugares estériles, gracias a una depurada tecnología de control de suelos, temperatura y humedad, como en el caso de los ríos Urubamba en el Perú (Fejos 1944), Toconce en Chile y Coctaca en Argentina.

La región de Cochabamba, al oriente del Qollasuyu, fue un centro especializado en el cultivo del maíz. Wayna Qhapaq colocó *mitimaes* procedentes del Cusco hasta Chile: quillacas, carangas, chisques, qollas de Azán-garo, uros, soras de Paria, caracaras, chichas, charcas, yamparaes y chiles (Espinoza Soriano 1969, Wachtel 1982). Según Polo, se colocaron dos categorías de personal: *mitimaes* permanentes que atendían los graneros, y *mitayos* que eran renovados anualmente y que hacían el trabajo más pesado. Wayna Qhapaq organizó también la producción de coca a gran escala en Pocona, al este de Cochabamba, al llevar colonos desde regiones meridionales.

En el Altiplano del lago Titicaca, a 3800 metros de altitud, los nativos idearon dos sistemas notables en su sofisticación tecnológica. Por un lado, los campos elevados o camellones,



Fig. 57. Andenería. Puerta de Tucute. Jujuy, Argentina.

waru-waru, llegaron a abarcar en momentos prehispánicos unas 82 000 hectáreas (Smith *et al.* 1981: 28). Túmulos de tierra preparada, angostos y alargados, se construían en terrenos anegadizos, dispuestos en complejas hileras entre canales. Sobre estos camellones se cultivaban diversas especies que, en su asociación, contribuían a la protección contra las heladas. El sistema se habría iniciado hace unos 3000 años, y permitió la combinación de la economía de pastoreo con el cultivo de tubérculos y quenopodiáceas.

La otra modalidad fueron las *qocha* (Flores Ochoa y Paz 1986). Son depresiones en forma de lagunillas, que almacenan el agua de lluvia posibilitando una agricultura de secano. Poseen un canal de desagüe por donde manejaban la entrada y salida del agua. En la costa, diversos sistemas hidráulicos permitían cultivar los deltas de los valles y parte de los desiertos adyacentes. Cabe mencionar, además, el régimen de “hoyas” o “chacras hundidas” y su agricultura tradicional que aumentaba las áreas agrícolas (Parsons y Psuty 1981, Rostworowski 1988: 250).

Los incas desplegaron su tecnología en los proyectos de irrigación y de control hídrico. Muchos ríos fueron canalizados y sus cauces, rectificados. Los muros de contención son visibles a lo largo del río Urubamba, arriba de Ollantaytambo. Bingham (1916) ilustra una sección del río Pampacahuana, cuyo canal está revestido con muros de factura incaica. Los ríos Watanay y Tullumayu fueron canalizados, y el lecho del primero fue empedrado en su paso por la ciudad del Cusco (Gasparini y Margolies 1977: 60).

La cría de ganado fue el otro pilar de la economía de los incas. Los camélidos domésticos, la llama y la alpaca, estaban presentes en el ciclo de vida de la población y en el calendario anual de ceremonias estatales. Sacrificios de animales, quema de grasa, etc., forman parte de las ceremonias incaicas a lo largo de toda la vida de las comunidades (Murra 1978). La principal función de los rebaños de llamas fue la especialización lograda por el hombre andino para convertirlo en un animal de transporte ligero. Adaptado al tránsito por terreno escarpado, podía transportar hasta unos 35 kilos de carga.

Por otro lado, el aprovechamiento de subproductos de la llama fue extensivo. La carne se consumía fresca, de lo cual hay rastros en los sitios arqueológicos. Secada al sol y deshidratada, se almacenaba en los depósitos como *charqui*. La lana se empleó para tejer las prendas de uso común, *ahuasca*, junto con el algodón en la costa. En cambio, la lana de vicuña y de alpaca se usó para confeccionar las vestimentas finas (Murra 1975, 1978). La división de los hatos de camélidos por colores para la producción textil estaba relacionada con los ritos, pues se sacrificaban animales



Fig. 58. Llamas. Jujuy, Argentina.

según su color. Había blancos, negros, pardos y “moromoro”, o de varios colores (Flores Ochoa 1977).

Los trabajos artesanales cuya producción adquirió una importancia creciente llegaron a alcanzar grados notables de especialización. Los bienes producidos circularon a larga distancia por la red vial. En el Cusco, Tomebamba, Cajamarca, Huánuco Pampa, Chucuito y otros, se concentraban *kamayuy* especializados en metalurgia, orfebrería, tejeduría, alfarería y lapidaria. Los productos se acopiaban en los almacenes (*qollqas*).

La producción metalúrgica fue uno de los oficios más especializados en la América precolombina. Al parecer, junto con los lapidarios y orfebres, los metalurgos eran especialistas a tiempo completo. Estaba prescrito que los productos de oro y plata en lingotes o manufacturados debían enviarse al Cusco, donde se acopiaban en grandes cantidades (Berthelot 1986). Por otro lado, la tecnología del bronce permitía obtener herramientas de corte, como el *tumi* para hacer varias operaciones, hachas y cinceles para el trabajo de la madera, y mazas estrelladas para la guerra (Lavallée y Lumbreras 1985, Morris y Hagen 1993).

Los orfebres de los señoríos del Chimor y Lambayeque, como los metalurgos de los Andes meridionales, jugaron un valorado rol, y sus productos circularon a lo largo del Qhapaq Ñan. Este es el caso de las placas de bronce de estilo Santa María del noroeste argentino, que han aparecido como ofrendas en Saqsaywaman, Moquegua y Catarpe (González 1992). La fabricación masiva de cerámica era necesaria



Fig. 59. Metalurgia inca.

para las festividades estatales. Las ceremonias que tenían como escenario las grandes plazas de los centros urbanos requerían de vajilla para la distribución de alimentos y para servir la chicha. Había pueblos de “olleros” en diversos puntos, como en las provincias Lupaca y Huánuco (Murra 1978). Las formas de platos patos, cántaros (aríbalos), botellas y *q'eros* pueden aparecer en los sitios incaicos, tanto en estilo cusqueño como en estilos mixtos o provinciales: Inca Pacajes, Inca Paya, Inca Ica o Inca Cañar (figura 1). También, circulaban otros estilos no incaicos, pero de alto prestigio, como las botellas negras bruñidas de la cultura Chimú (Menzel 1959, Julien 1987-1989, Hayasida 1995, Meyers 1998).

Para las libaciones ceremoniales se fabricaban *q'eros* de madera grabados con moti-



Fig. 60. Izquierda: par de keros con tallado zoomorfo. Museo Arqueológico San Miguel de Azapa. Universidad de Tarapacá. Arica, Chile. Derecha: Keros “gemelos” de madera grabada, de Doncellas, Jujuy. Museo Etnográfico Juan Bautista Ambrosetti de Buenos Aires, piezas 39438 y 39439.

vos geométricos o laqueados, con dibujos policromos que representaban escenas religiosas o actividades campestres, desfiles y cacerías de la élite (Espinoza Soriano 1987: 273-274). Son frecuentes en tumbas de personajes provinciales importantes, como en el Loa (Chile), en La Paya (Argentina), en la costa sur del Perú y en la sierra ecuatoriana. La persistencia de su fabricación durante el periodo de la Colonia demuestra su aceptación dentro del nuevo mundo hispanoamericano.

Como lo atestiguan los cronistas, los tejidos constituyeron el bien más apreciado en el Imperio del Tawantinsuyu. Su aparición no es común en el registro arqueológico, no solo por problemas de conservación, sino también porque los indígenas preferían quemarlos antes de entregarlos a los españoles. Estos mostraron admiración por su fineza “como la seda”, su diseño y colores. Los tejidos *cumbi* o *qompi*, de varios tipos, estaban destinados en forma exclusiva para el inca y su clase (Murra 1958). Se conservan varias túnicas (*unku*) de estilo inca estandarizado, realizadas en técnica de tapiz,

adornadas con bandas de *toqapus* policromos, tableros con llaves incas y dameros blanco y negro (Rowe 1978, Lavallée y Lumbreras 1985: 382-383). También circulaban piezas de estilos regionales como en Qollasuyu (Aldunate y Cornejo 2001: 52). Las prendas para la gente del común se hacían en color café liso o en franjas verticales de tonos naturales.

La lapidaria alcanzó enorme desarrollo y calidad. Se expresa en la arquitectura cusqueña y rasgos asociados, como nichos, vanos y dinteles (Gasparini y Margolies 1977), así como en esculturas de piedra pulida, como morteros esculpidos con felinos y pequeños recipientes de ofrendas para coca o grasa de llama (*qonopas*). Aquellas con forma de animales, especialmente llamas y alpacas, aparecen distribuidas por distintas provincias del imperio (Lavallée y Lumbreras 1985: 370-371).

En los Andes existieron varios tipos de intercambio. Caminos adaptados al perfil quebrado de la cordillera ponían en circulación productos desde la selva tropical hasta la costa



Fig. 61. Estatuilla antropomorfa femenina, confeccionada en plata - tamaño aproximado 15 cm. Museo de Arqueología de Alta Montaña. Salta, Argentina. Foto Lisardo Francisco Maggipinto.

del Pacífico, y desde los Andes áridos del sur hasta los páramos de Ecuador.

Las tropas de llamas, adaptadas a esta ecología, constituían el medio de transporte, junto con cargueros. Uno de los móviles que estimuló el intercambio, además del aspecto económico, debió de ser la necesidad de la élite de poseer bienes suntuarios y tesoros, especialmente el *mullu*, para brindar el alimento necesario al dios Sol.

Más allá del trueque local y regional, los mercados fueron limitados, a excepción de la costa del Perú y en Ecuador. En Chíncha era efectuado por “mercaderes” o *tinguises*, que en el siglo XV ascendían a seis mil. Estos realizaban dos clases de viajes: uno terrestre



Fig. 62. *Qonopa* tallada en piedra. Las *qonopas* con forma de animales, especialmente llamas y alpacas, aparecen distribuidas por distintas provincias del imperio.

hasta Cusco y el Qollao, donde obtenían mineral de cobre, y otro hacia el norte, por vía marítima hasta Puerto Viejo y de ahí a Quito. Desde allí traían la concha *Spondylus* parcialmente procesada, “chaquira de oro y esmeraldas” para los curacas de Ica, según consta en el Aviso de Chíncha. Estos mercaderes usaban “moneda” porque compraban y vendían con cobre que obtenían del Altiplano. Este intercambio involucraba también pescado seco, hojas de coca y recipientes de calabaza pintadas y decoradas (*Lagenaria* sp.) por los especialistas artesanos de Chíncha, y que resultaban muy apreciadas en pueblos del Altiplano como en Chuchito (Rostrowski 1977: 109).

Los chinchanos se dirigían al norte en balsas, cuyo número en época de Atahualpa ascendía, según Pedro Pizarro, a “cien mil balsas en la mar”, una cifra que expresa la magnitud del tráfico costero. Las embarcaciones podían ser de troncos de madera “balsa” (*Ochroma* sp.) o de grandes mazos de



Fig. 63. Estatuillas antropomorfas confeccionadas en oro y plata - tamaño aproximado 6 cm x 6 cm. Museo de Arqueología de Alta Montaña. Salta, Argentina. Foto Lisardo Francisco Maggipinto.

tatora (*Scirpus* sp.) unidos entre sí, a los que se les daba dirección con las *guare*-tablas de madera, colocadas entre los troncos, que se hundían y levantaban cumpliendo las funciones de timón y quilla. Una de estas balsas de Chincha fue quizá la apresada en la costa ecuatoriana por el piloto Bartolomé Ruíz, durante el segundo viaje de Pizarro. Según la Relación Sámano Xeres, era una balsa capaz de transportar a una tripulación de veinte hombres, además de la numerosa carga, que incluía finas mantas de lana y algodón, camisas y prendas tejidas en varios colores grana, carmesí, azul y amarillo y decoradas con dibujos de peces, aves y animales.

Había diversos objetos de oro y plata, como coronas, diademas, cintos, espejos

guarnecidos de plata y tazones para beber; joyas con cuentas de esmeraldas, calcedonias y otras piedras semipreciosas; vasijas varias, pero sobre todo el navío iba cargado de conchas de *mullu* con los que “ellos hacen cuentas coloradas y blancas” (Rostrowski 1977: 116-117, 1988).

Los rescates de los mercaderes de la costa norte del Perú consistían principalmente en lana, algodón, chaquira, frijoles y pescado seco. Es posible que estos señores mantuvieran un trueque esporádico con Guayaquil como puerto de intercambio. Existen noticias de señores que desarrollaban el trueque, usando como medio de cambio unos artefactos de cobre llamados “hachas-monedas”. Estas eran muy delgadas y sin filo y, según el es-



Fig. 64. Estatuilla de oro en miniatura, con plumas exóticas. Foto Museo de Arqueología de Alta Montaña MAAM. Salta, Argentina



Fig. 65. Hachas moneda. Izquierda: hacha moneda manteña, Museo Numismático del Ministerio de Cultura y Patrimonio del Ecuador. Foto Fernando Espinoza. Centro: Museo de Ingapirca, Ecuador. Foto Fernando Espinoza. Derecha: Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador, foto Juan García.

tudio de Olaf Holm (1970), parece que tenían tamaños y pesos de acuerdo con una escala de valor. Eran comunes en la zona Milagro-Quevedo y en la sierra ecuatoriana.

En el señorío de Quito, los datos documentales hablan acerca de la existencia de un

lugar central, el *tianquiztli*, según la palabra náhuatl, que hace referencia a una plaza de mercado indígena, mientras que los españoles se referían al “tiangué” como una instalación fija y no una reunión fortuita o móvil. Este lugar era el contacto de los pueblos de diferentes nichos ecológicos, y donde se

intercambiaban productos exóticos como sal, coca, ají, algodón, y géneros exóticos de oro, plata, esmeraldas y perlas. Esto implica la existencia de una red adquisitiva de largo alcance (Salomon 2010: 186).

En este mercado, además de la gente común que llegaba a negociar, hubo un grupo de especialistas llamados “indios *mindalaes*”, que residían en el centro poblado de Quito y no en su *llaqta* (los *mindalaes* eran mercaderes al servicio de un curaca, se organizaban en torno a él y, por lo tanto, vivían donde este radicaba y no en su pueblo de origen; *llaqta* es asentamiento o poblado). Este grupo de mercaderes en el extremo del Chinchaysuyu (Quito, Cayambi, Carangue, Pasto) recibían el nombre de *mindalaes* y tuvieron un rol de importancia tanto en la política de la *llaqta* como a nivel regional en épocas preincaicas y posincaicas). Conformaron un grupo unitario arraigado en un distrito privilegiado del centro poblado inca, y se encontraban exonerados de *ayni*, *minga* y *mit'a* (Salomon 1980: 158, 164, Espinoza Soriano 1997:283-284).

Hacia el norte en las jefaturas de la etnia de los pastos, los *mindalaes* articulaban el intercambio de productos suntuarios, como los objetos recubiertos de la resina obtenida del *mopa-mopa* (barniz de pasto), collares de alas de insecto, plantas medicinales, entre otros, a mediana y larga distancia. El sistema de intercambio se complementaba con las colonias extraterritoriales de esta etnia, conformadas por indios pastos, que habitaban permanentemente en territorios de otras etnias para trabajar las huertas de coca o como

qorikamayuc (Uribe 1977-1978). Asimismo, proveían de productos o se encargaban de buscarlos para los *mindalaes* que los visitaban periódicamente para el intercambio.

Es posible también que, desde los puertos ecuatorianos, estos intercambios se prolongaran hacia el norte por la costa del Pacífico. Hace años, Olaf Holm señaló la presencia de similares hachas-monedas en el México prehispánico (Rostworowski 1977).

1.6. Estructura político-administrativa

La naturaleza de la estructura político-administrativa que sostenía al Imperio del Tawantinsuyu ha sido objeto de muchos debates teóricos y de búsqueda de referentes empíricos. Desde aquellos niveles iniciales de los incas como jefes locales en la sierra peruana, fue organizándose una clase gobernante de tipo monárquico, con el poder unificado en la figura del “rey” inca, que asumió una naturaleza divina como hijo del Sol. A él se debía reverencia y veneración absoluta. Como dueño teórico de los medios de producción, de la tierra y de los demás recursos naturales y de los instrumentos de trabajo, se comprometía a proteger y sostener a sus súbditos en el ciclo de vida, así como ante todo tipo de imprevistos. A cambio, los súbditos se veían compelidos a responder con una obediencia total y brindaban su fuerza de trabajo.

La clase de los incas “por lazos de sangre” ocupó los cargos importantes de la estructura política. La *panaca* del inca gobernante conformaba el centro del poder. De este *ayllu*



Fig. 66. Vestimenta inca. Fotos Museo de Arqueología de Alta Montaña MAAM. Salta, Argentina

surgían muchos miembros del gobierno en el ámbito político, militar y económico. Al ampliarse la escala, se incorporaron individuos destacados en el grupo de los incas “por privilegio” debido a sus condiciones personales, su desempeño en el ejército y por sus labores profesionales. Con el correr del tiempo, estos cargos se hicieron hereditarios. Podían residir en el Bajo Cusco o en *ayllus* en los alrededores (Bauer 1992: 21-22).

El tercer nivel de la jerarquía era ocupado por los *curacas*, que eran señores de las regiones dominadas, quienes al ser incorporados a la élite desempeñaron un papel fundamental. Fue a través de ellos que el imperio ejerció su poder a nivel local en muchas provincias y estableció una dominación de naturaleza indirecta. Esto ocurrió en regiones de la costa norte del Perú y en el Qollasuyu. La articulación entre ellos era realizada por funcionarios que ejercían la inspección administrativa y de justicia en las provincias, como el corregidor *tukuy rikuq*, oficial real que dirigía a los encargados de vigilar cada camino importante y los tambos vinculados; el administrador *suyuyoc apu* y el señor principal de provincia *qhapaq apo wamani* (Pärs-

sinen 1992: 412). Cada tipo de actividad era supervisado por un encargado; por ejemplo, el señor que velaba por los cultivos o el que reunía a las mujeres para los *aqllawasi* (*apu panaca* o *warmi cococ*). La fuerza de trabajo era el mayor factor rentable de la economía incaica, lo que llevó a promover los matrimonios. Un visitador recorría los pueblos y efectuaba las uniones. Los depósitos estatales tenían sus *kipukamayuy* que llevaban cuenta de los ingresos y egresos de alimentos y de objetos manufacturados. Cada *hatun curaca* conservaba sus *kipus* contables, como el *curaca wanka* al presentar su *kipu* con lo entregado al ejército de Pizarro. Había también un supervisor (*toqrikamayuy*) de los artesanos que eran trasladados para cumplir ciertas labores, sea en la condición de *mitmaq* o de *yana* (Espinoza Soriano 1987, Rostrowski 1988: 203-4). La organización territorial adoptó la modalidad de cuatripartición que integraba en su seno divisiones en dos mitades (*saya*), a veces tripartitas. El sistema fue dinámico y progresivo.

Pachakuti y su hijo Thopa habrían sido los autores del complejo sistema que implementó el Estado para el dominio de las pro-

vincias, el ejercicio del poder y las formas de tributos. Dentro de cada provincia, la población estaba organizada en unidades de diez, cien, mil, diez mil tributarios o jefes de familia (*chunka*, *pachaq*, *waranqa*, *hunu*). Cada agrupación, a cargo de un jefe, era periódicamente censada, y los *khipukamayuq* registraban el tributo según su especie. Cuando las provincias superaban los diez mil tributarios, eran divididas en mitades. Las secciones estaban integradas por *ayllus*, grupos de parentesco o de coresidencia compuestos, en forma teórica, por cien unidades domésticas. A partir de esta estructura decimal, estaban organizadas las cuotas de trabajos por turnos o *mit'a*. La prestación rotativa de servicios era en época de los incas un concepto andino de vieja raigambre, y fue una de las bases de financiación de la economía estatal.

Los *hatunrunas* u hombres adultos, comprendían a la mayoría de la población de origen campesino. De sus filas, el Estado extraía a los soldados para el ejército, los *mitmaq* de diversas clases y los servidores o *yana*. La gran demanda de mano de obra obligó a establecer categorías de edades, como lo documenta Guaman Poma, lo que facilitaba el registro en los *khipus*. La franja de la población activa, entre 25 y 50 años, era la más importante. La cuota de trabajo exigida a las comunidades estuvo dirigida al trabajo agrícola y ganadero; en las regiones costeras, la *mit'a* pesquera, y en los cerros ricos en minerales, la *mit'a* minera. A estas exigencias se sumaba el trabajo en la construcción y el mantenimiento de obras públicas, de la red caminera y de los tambos, el cuidado de los depósitos estatales y de los centros adminis-

trativos. Otra prestación básica fue la *mit'a* textil, dirigida en particular a las mujeres, dado que los textiles eran obsequiados por el inca a los jefes provinciales y locales durante las celebraciones (Murra 1958).

El traslado de población de una provincia a otra fue un mecanismo básico y comprendía varias categorías de personas bajo el apelativo de *mitmaq* o *mitimaes*. Grupos de familias con sus jefes étnicos eran enviados a otras regiones para cumplir tareas específicas, como labores agrícolas en tierras baldías, la colonización de nuevos territorios, la construcción de obras públicas y el laboreo en las minas del inca. Conservaban sus propias costumbres y el modo de vestir, lo que permitía a los administradores diferenciarlos de los lugareños. A pesar del alejamiento, mantenían sus vínculos de reciprocidad y las relaciones de parentesco con sus centros de origen. Sin embargo, a medida que el Estado se expandía y miles de kilómetros separaban a los *mitimaes* de sus pueblos, esta reciprocidad se debilitó en forma sensible (Murra 1975, Rowe 1982).

Otra modalidad de prestación de trabajo está representada en la elusiva categoría de *yana* o *yanakuna*. Estas poblaciones tenían la condición de “servidores” dependientes de un señor o del inca. Santillán, en 1563, los caracteriza como vasallos personales que se habían destacado, y que eran premiados con puestos de responsabilidad (Rowe 1982: 100). Su prestación era de tiempo completo y su condición hereditaria. Servían al inca, al Sol, la *qoya*, las *panacas* y las *wak'as*. El Qorikancha y las principales *wak'as* tenían *yanas* a su servicio, como informa Cieza de León para la



Fig. 67. Estatuillas antropomorfas femeninas, confeccionadas en oro, plata y *spondylus* - tamaño aproximado 15 cm. Museo de Arqueología de Alta Montaña MAAM. Salta, Argentina. Foto Lisardo Francisco Maggipinto.

wak'a de Huanacaure y de Huarochirí. Algunos “orejones” del Cusco y los *hatun curacas* de los grandes señoríos disfrutaban de tales servidores. Podían incluso sustituir como servidor de confianza del inca, a un señor natural de una región. La contraparte femenina de la categoría *yana* fue la *mamakuna*. Jóvenes mujeres eran sacadas de sus hogares para alojarlas en los *aqllawasis*, donde cumplían funciones específicas (Rostworowski 1988: 224-226).

El cargo de oficiales *kamayuq* estaba destinado a tareas especializadas, y podían ser *yana* o *mitmaq*. Por ejemplo, una *pachaka* de alfareros de Collique fueron trasladados a Cajamarca por Thopa Inca; *perqakamayuqs* chupaychos a Cusco; *coca kamayuq* de Cayambe (Ecuador) al borde tropical de Angaraes por Wayna Qhapaq. En Huánuco había pueblos de tejedores. El programa *kamayuq* debilitaba las lealtades locales y creaba bandos fieles al inca (Rowe 1982: 102-105).

1.7. Las lenguas habladas en el Tawantinsuyu

La imposición del quechua (*runa simi*) como idioma oficial contribuyó en forma sustantiva a la vertebración del Imperio del Tawantinsuyu y al funcionamiento del gobierno. Según los *kipukamayuqs*, la primera ordenanza de Wiraqocha Inca fue que “la lengua quichua fuese la general en todo el reino, del Cusco para abajo, por ser la más clara y fácil”. “Y desde Canas y Canches hacia las tierras altas, hasta el último de los Charcas y todo Condesuyos, les dio por lengua general, la lengua aymara, por ser muy común en la región” (Collapiña et al. [1542-1608] 1974: 37).

La lengua general y el clima de “*pax incaica*” brindaron los medios de circulación de la información, así como la posibilidad de impartir la educación bajo las nuevas normas del imperio y los principios de la religión estatal,

que se impartía en el Cusco y en los centros principales para adiestrar a los funcionarios y los hijos de *curacas* sojuzgados. Los incas exigían a los nobles de las provincias que debían realizar una residencia en el Cusco de al menos cuatro meses por año. Esto significaba disponer de algunos servidores que pudieran proveerle de los servicios necesarios. Los nobles debían también enviar a sus hijos y otros parientes cercanos, como los hermanos, a la corte a aprender la lengua y todo lo que se esperaba de ellos como futuros dirigentes.

Los niños eran enviados a la edad de 14 o 15 años, por un lapso de cuatro años, para completar su educación. La dirección de la enseñanza en el Cusco estaba a cargo del *amauta* o maestro (*yachachiq*), quien dirigía la educación de los hijos del inca y de las *panacas*. Por este medio se los integraba al poder político y simbólico de los incas. Uno de los objetivos del programa de educación era asegurar que, en la segunda generación, los nobles provinciales hablaran la lengua inca en forma fluida, según lo comentan Cieza de León (1553) y Sarmiento de Gamboa (1572). Por otro lado, para que tal orden fuera efectiva se requerían también sistemas locales de enseñanza. No obstante, a nivel local se respetó la diversidad de lenguas, así como los estilos de vida y de vestimenta.

Otros idiomas ampliamente difundidos fueron el aymara, en todo el territorio del Qollasuyu, junto con el puquina (Torero 1974, Cerrón-Palomino 2004). El *muchic* o yunga era hablado en el Chinchaysuyu, desde Huarney hasta el norte del reino del Chimor. Por otro lado, funcionaron muchos dialectos locales y regionales. En la faja costera y asociada a la clase

de los pescadores, existió una lengua mencionada como “la pescadora”. Es posible que fuera una “lengua franca”, cuya misión era facilitar el trueque y la navegación de la costa (Rostrowski 1988: 221). Los españoles encontraron al quechua como un medio muy adecuado para tratar con las poblaciones nativas, del tal modo que nunca se preocuparon por conocer en profundidad las lenguas locales. Así, muchas se extinguieron poco después de la conquista sin dejar rastro.

En el norte del Chinchaysuyu hoy están extintas todas las lenguas que aparentemente estaban asociadas al tronco macro-chibcha. De varias de ellas hasta se ha perdido el nombre, como ocurre con todas las que estaban en Ecuador, donde fueron suplantadas por el quechua incluso en regiones tan alejadas del Cusco como Imbabura y Chota. En Piura se hablaba el *sec*; en Lambayeque, el *muchik*; en Cajamarca y Huamachuco, el *kulli*. El quechua, conocida como “lengua general” por los españoles, era la lengua dominante en el Chinchaysuyu, especialmente en las regiones sur y central del Perú. El quechua cusqueño, fuertemente influenciado por el aymara, se hablaba en las diversas provincias del Cusco y Apurímac. En cambio, el quechua chanca, hablado en Ayacucho, Huancavelica y Andahuaylas, era una lengua que también se hablaba en Chíncha, Ica y tal vez Nasca. No así en Lima y Áncash, donde se hablaba el quechua *waylas*, una variedad norteña que aún se habla desde la tierra de los wankas hasta Huánuco y Áncash. Quedan, de manera dispersa, algunos enclaves de una lengua *aru* en la sierra de Lima, conocida como *kauki* o *hak'aru*.

En el Qollasuyu había una gran variedad de lenguas vinculadas, la mayoría de ellas, al tronco *aru*. Alrededor del lago Titicaca se hablaba el *uru-pukina*, mientras que en la costa de Arica y Tacna se hablaba el *chango* o *uru* costeño. El aymara o *hake-aru* era la lengua general del territorio Circum-Titicaca. En Atacama se hablaba el *kunsa*, lengua llamada también *likanantai* o *lipe*, cuyo ámbito era el norte grande de Chile, y tal vez llegó hasta la puna de Jujuy, donde se hablaba una variante de *omaguaca*. En el noroeste argentino se hablaba el *kakán*, que según parece se extinguió a fines del siglo XVII, y se hablaba en Salta, Catamarca y Tucumán, entre los grupos étnicos identificados como diaguitas o calchaquíes. En

Chile central, en la tierra de los picunches, se hablaba una variante del *mapudungun*, que según parece era la lengua general hasta Copiapó. Entre los huarpes se hablaban el *allentiac* y el *millcayac*. Esas eran las lenguas en los bordes del Tawantinsuyu.

Pero, desde luego, la diversidad iba mucho más allá del lenguaje, y se expresaba en una multitud de costumbres, vestidos y comidas. La música registra incluso instrumentos diferenciados, y los dioses no eran los mismos aun cuando Wari y los incas hicieron comunes a muchos de estos dioses, como Wiraqocha, Kon y Pachacama, así como Inti (el Sol) y Killa (la Luna), que eran dioses sureños.



El Qhapaq Ñan

Los caminos encontrados por los españoles en el Tawantinsuyu fueron llamados Caminos del Inca, debido a que estaban funcionando como parte del Estado que conducían los incas. Estaban en plena operación. Ya hemos visto que es una red que los incas lograron montar a partir de caminos y rutas ya existentes, completando los tramos que podían faltar, construyendo totalmente aquellos que no existían, y mejorando y manteniendo adecuadamente los que ya existían. Donde era necesario, se agregaron los puentes, túneles y plataformas junto a murallas, enlosados y empedrados. Del mismo modo, se habilitaron “tambos” y servicios diversos a lo largo de los caminos, y convirtieron la red vial en un sistema que facilitó enormemente el desarrollo social y económico del Tawantinsuyu.

Qhapaq Ñan (“camino principal” o “camino señorial”) es el nombre con el que era identificada la red troncal en el siglo XVI. *Ñan* (en quechua del sur) y *Nani* (en quechua del norte) quiere decir “camino”; Qhapaq es “señor principal”. *Chakinani* quiere decir “camino peatonal”, y así son llamados los caminos en general.

El Qhapaq Ñan está asociado al Cusco y, de algún modo, llegar a este camino desde cualquier parte del Tawantinsuyu garantizaba la ruta hacia la capital del Imperio del Tawantinsuyu. Era, pues, un sistema que facilitaba el vínculo territorial de los incas con todos los pueblos sujetos al Cusco. Los cronistas aseguran que los incas lo construyeron con ese objetivo, y sin duda las obras que condujeron Pachakuti, Thopa Yupanki o Wayna Qhapaq tenían ese propósito. Con eso lograron montar una de las maravillas del mundo andino de todos los tiempos.

Los primeros españoles —incluido Hernando Pizarro, hermano de Francisco Pizarro, el conquistador— opinaban que no había obra mejor que esta en la cristianidad, de donde ellos procedían (Pizarro, Hernando [1533] 1938). Hernando fue encargado de conducir una expedición de españoles para visitar el santuario de Pachacamac y verificar el envío del tesoro que estaban esperando los españoles para el “rescate” del inca. Saliendo de Cajamarca por Guamachuco, demoró veintidós días en llegar a Pachacamac, quince por la sierra y siete por la costa. Es un recorrido de cerca de 1000 kilómetros. Fue en enero de 1533, es



Fig. 68. Camino del subtramo Acostambo - Huanuco Pampa, que cruza la laguna Goytoc con calzada elevada y drenajes intermedios que debieron ser cubiertos por puentes, en las inmediaciones del centro administrativo de Huánuco Pampa. Foto Yanoa Pomalima Carrasco, Qhapaq Ñan Perú.

decir, en pleno verano, pocos meses después de haber llegado los españoles al Perú, cuando llueve en la sierra, mientras en la costa hace mucho calor y, desde luego, no llueve.

Hernando Pizarro escribió que:

El camino de la sierra es cosa de ver, porque, en verdad, en tierra tan fragosa, en la cristianidad no se han visto tan hermosos caminos, toda la mayor parte de calzada. Todos los arroyos tienen puentes de piedra o de madera. En un río grande, que era muy caudaloso e muy grande, que pasamos dos veces, hallamos puentes de red, que es cosa maravillosa de ver. Pasamos por ellas los caballos. Tiene cada pasaje dos puentes: la una, por donde pasa el señor de la tierra o sus capitanes. Estas tienen siempre cerrada e

indios que la aguardan; estos indios cobran portazgo de los que pasan (Hernando Pizarro [1533] 1938: 259-260).

Luego comenta:

en la costa [...] seguimos el camino real, hasta ir a dar en ella [la mezquita de Pachacamac]. El camino va muy ancho, tapiado de una banda e de otra. A trechos casas de aposento hechas en él, que quedaron de cuando el Cusco (el inca) pasó por aquella tierra. Hay poblaciones muy grandes. Las casas de los indios de cañizos; las de los caciques, de tapia, e ramada por cobertura, porque en aquella tierra no llueve [...] Desde el pueblo de San Miguel hasta aquella mezquita había 170 o 180 leguas, por la costa, de la tierra muy poblada. Toda esta



Fig. 69. Camino de los Llanos, o longitudinal de la costa, de ancho considerable, encerrado por muros dobles pasando por el cerro Antival, provincia de Casma, región Áncash en el norte del Perú. Foto Qhapaq Ñan Perú.

tierra atraviesa el camino tapiado (Hernando Pizarro [1533] 1938: 259-260).

El cálculo que tenemos de la “ruta de la sierra”, desde Quito hasta Mendoza y Santiago de Chile, es que tuvo una longitud de 5658 kilómetros en su eje central (según Hyslop 1984: 54), en tanto que se calcula que la “ruta de la costa” tendría unos 3943 kilómetros, desde Tumbes —donde se inicia— hasta Chile. Estos cerca de 10 000 kilómetros lineales no toman en cuenta los caminos —también principales— que vinculan ambas rutas, ni los ramales asociados a cada uno de los centros importantes del imperio, como las ciudades o santuarios. Hyslop logró hacer un mapa de 23 189 kilómetros, documentados por él y otros investigadores, lo que debe estimarse que corresponde aproximadamente a un 50% del ca-

mino y que el resto se ha destruido o aún no se ha localizado. El punto de partida de los estudiosos ha sido siempre la fuente documental, aunque algunos investigadores como Hyslop han preferido el registro arqueológico que, obviamente, da información directa sobre el estado en el que encuentra el camino y, además, la relación que este tiene con las comunidades o poblaciones que actualmente existen en su entorno.

El conocimiento original del camino se halla en casi todos los documentos existentes sobre el proceso de organización de la colonia española en los países andinos. De hecho, son las rutas que siguieron los conquistadores, las que les interesaban o les eran accesibles, y por esta causa, en general, las noticias tienden a ser parciales, casi siempre referidas solo al Qha-

paq Ñan o camino principal, sin referirse de manera articulada a la red vial en su conjunto.

En realidad, si bien no existe un documento que describa la red, hay datos importantes en la lista de tambos que mandó hacer la administración de Vaca de Castro hacia 1543, y que de algún modo es la guía más completa sobre la ruta, que acompaña a la lista de tambos que también realizó años después Guaman Poma de Ayala (1615). Pero, en ambos casos, tampoco se abarca la red vial en su conjunto, pues no se ocupan de los caminos secundarios y, además, Vaca de Castro se limita a los tambos del Perú y Bolivia, y se ocupa parcialmente de Ecuador, mientras que Guaman Poma —que, en cambio, se refiere a los caminos en Colombia— cubre Ecuador, Perú y Bolivia, y prescinde de los caminos de Chile y Argentina. Lo que aparece en el resto de documentos son descripciones o referencias que solo cobran importancia en un contexto descriptivo mayor. En ese sentido, seguramente la descripción más completa del siglo XVI es la de Pedro Cieza de León, aunque tanto él como los cronistas Pedro Sarmiento de Gamboa, Juan Polo de Ondegardo, Juan de Matienzo, Reginaldo de Lizárraga, Bernabé Cobo o el propio Inca Garcilaso de la Vega solo conocieron las rutas principales, y hay una cantidad notable de tramos y rutas enteras del camino que nunca han sido conocidas o mencionadas después de la llegada de los españoles.

Los exploradores del siglo XIX, en especial los naturalistas, los recorrieron y describieron, debido a que muchas de las rutas estaban operativas y tuvieron que usarlas.

Uno de los primeros en mencionar el camino en sus escritos es el naturalista alemán Alexander von Humboldt, que visitó los Andes a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Si bien ese no era el objetivo de su visita —llegó hasta Lima—, ofreció notas muy valiosas sobre el Qhapaq Ñan. Fue seguido por otros científicos, especialmente naturalistas, que estaban interesados en examinar el comportamiento definitivamente diferente de los Andes frente a las montañas europeas, y también por aventureros y exploradores, algunos de ellos asociados a los intereses comerciales e industriales que en ese momento habían despertado las exigencias de la Revolución Industrial.

Los caminos incaicos eran peatonales, adaptados para el tráfico de caravanas de camélidos y el tránsito de miles de componentes de los ejércitos imperiales. Eran preparados para la circulación de gente, animales y carga, y en verdad es que tanto la ingeniería aplicada, como el trabajo de mantenimiento y servicios, le dan a la obra un valor considerable.

Alexander von Humboldt, que recorrió la región norte del Tawantinsuyu como naturalista, comentaba que:

La impresión severa que producen estos desiertos de las cordilleras se intensifica de un modo extraño e imprevisto, por el hecho de que en estas regiones subsisten aún admirables restos de la gran vía construida por los incas, esa obra gigantesca que establecía una comunicación entre todas las provincias del imperio, en una extensión de más de 1850 kilómetros. A los costados del ca-

mino, y a intervalos casi siempre iguales, se ven habitaciones talladas regularmente en piedra. Están construidas con el propósito de ser estaciones, una especie de caravanse-ras (posadas), llamadas tambos o inca-pir-ca, de la palabra pircca, que probablemente significa ‘muro’. Algunas están rodeadas de atrincheramientos; otras, provistas de cañe-rías que conducían agua caliente, hállanse dispuestas como baños; los mayores de estos tambos estaban reservados a la familia del inca (Humboldt 1801-1802/2004).

En el paso de los Andes llamado el páramo de Azuay, camino muy frecuentado que lleva de Alausí a Loja, y atraviesa la lade-ra de Cadlud a 4700 metros sobre el nivel del mar, casi a la altura del Mont-Blanc, nuestros mulos, cargados con exceso, no habían podido avanzar sino con gran fa-tiga por el suelo pantanoso de la meseta de Pullal, mientras que cerca de nosotros seguía la vista sin interrupción, y en una extensión mayor de una milla alemana, los restos del grandioso Camino de los Incas, de siete metros de anchura aproximada-mente, y que descansa sobre construccion-es que penetran a gran profundidad en el suelo. Constituyen su piso trozos de pórfido trápico de color pardo negruzco. Ninguna de cuantas vías romanas he visto en Ita-lia, en el mediodía de Francia y en Espa-ña, era más imponente que estas obras de los antiguos peruanos; y lo que es más, me aseguré por medidas barométricas de que se encuentran a la altura de 3400 metros sobre el nivel del mar, unos 320 por enci-ma del pico de Tenerife [...] En el paso del Azuay, también a esta misma altura, están

situadas las ruinas conocidas con el nom-bre de Paredones del Inca⁴, que se supone pertenecieron al palacio del inca Túpac Yu-panqui. Partiendo de este punto, el camino de que acabo de hablar se dirige hacia el sur a Cuenca y va a parar en la fortaleza del Cañar, la cual ocupa poco sitio, pero se conserva muy bien, y data probablemente de Túpac Yupanqui o de su hijo, el beli-coso Huayna Capac (Humboldt 1801-1802/2004: 127-128).

Humboldt sostenía que el gran camino incaico era una de las obras más útiles y, al mismo tiempo, gigantescas jamás realizadas por el ser humano⁵.

Pero, desde luego, no era solo Humboldt quien reconocía esta grandiosidad. Todos los que han usado o examinado el Qhapaq Ñan desde el siglo XVI en adelante coinciden en los mismos términos de admiración, incluyendo al norteamericano George Squier en su visita por tierras incaicas publicada en 1877, al naturalista italiano Antonio Raimondi (1875), al francés Charles Wiener (1880) y, por cierto, a los cronistas españoles que acompañaron el proceso de instalación europea en este territorio.

Squier, Wiener y Raimondi recorrieron parte del camino, al igual que otros viajeros de su tiempo. Raimondi fue el primero en elaborar un mapa del sistema vial incaico, pese a que se limita al tramo que hay entre Quito y el lago Titicaca. Se conocen mapas del siglo XVIII donde se menciona y apare-

⁴ Se refiere a las ruinas de Ingapirca.

⁵ Citado por John Hyslop, 1992: 45.

ce el Qhapaq Ñan. El historiador William Prescott (1847) hizo un valioso recuento de lo escrito por los cronistas y escritores del siglo XVI sobre el camino, y hacían una clara presentación de las dos grandes rutas —de la sierra y la costa— que cruzaban el Tawantinsuyu. Es una línea similar a la que Clements Markham usó para la elaboración de su mapa del Perú en tiempo de los incas.

Durante el siglo XX se hicieron una serie de aproximaciones al reconocimiento y estudio del camino, constatando los términos de su trayectoria y los recursos tecnológicos y naturales implicados. Varios historiadores, como Horacio H. Urteaga (1931), hicieron una presentación de la red vial basándose en los documentos del siglo XVI, al tratar de reconstruir el ámbito territorial del Tawantinsuyu. Pero el tema del Qhapaq Ñan adquirió un efectivo interés particular gracias al estudio que publicó el ingeniero Alberto Regal en 1938, también basándose en los documentos del siglo XVI, pero, sobre todo, siguiendo la lista de “tambos” que se habían recogido en las Ordenanzas de Vaca de Castro en 1543. El estudio de Regal, más que dedicarse a exaltar los valores monumentales del camino, se propuso hacer un examen de las condiciones materiales, especialmente de orden técnico, en las que se sustentaba la red vial.

En una dirección igualmente general de la red vial, Roberto Levillier (1942), interesado en reconstruir la instalación del Virreinato español, logró confeccionar un mapa de la red, que tomó en cuenta los grupos étnicos que estaban conectados a

través de los caminos. Unos años después, y conectándose con la Segunda Expedición de la Universidad de California que organizó John H. Rowe en 1956, el explorador Victor H. von Hagen hizo un recorrido de gran parte del camino, basándose en información etnohistórica compartida con arqueólogos de la talla de Dorothy Menzel y Hans Disselhoff, que luego publicó en libros de divulgación popular. Pero no fue sino gracias al estudio de Leon Strube Erdmann (1963) que tuvimos una aproximación sistemática al conocimiento de la red vial. Este trabajo presenta una versión documentada por el mismo investigador, así como la mención de terceros en las rutas de Chile y Argentina, y una presentación global de las diversas rutas.

Si bien incompleto, el de Strube es el primer trabajo donde se combina información documental con verificación directa, medio de estudio que siguieron varios arqueólogos, en diferentes momentos, en los diversos países andinos. Fueron, sin embargo, visitas o estudios parciales, generalmente destinados a verificar si existían o no los caminos que aparecían en los registros documentales, o exámenes casuales dentro de investigaciones sobre la época o las regiones, que tenían por lo general otros objetivos.

El trabajo mayor que adicionalmente reúne la información previa es el que hizo el arqueólogo John Hyslop (1984, 1992) entre 1978 y 1981, en conexión con el Institute of Andean Research. Hyslop, además de verificar las fuentes escritas y recorrer los caminos, seleccionó recorrer aquellos tramos

que no habían sido aún visitados en años recientes. Así, en compañía de arqueólogos locales, según la documentación aerofotográfica y cartográfica, así como una exhaustiva revisión de las fuentes locales, hizo un registro de su estado de conservación, de las condiciones del medioambiente recorrido, de las variaciones en las arterias principales y los caminos secundarios. Se preocupó de consultar los diversos proyectos de mapas regionales existentes, anotando los topónimos y el uso actual de palabras como *chaski*, *tampu*, *ñan*, *chaka* y otras. Su proceso de estudio se inició con la consulta de los cronistas y trató de registrar toda la información existente sobre tambos, rutas de los conquistadores e informes administrativos de la época colonial, a lo que agregó la información obtenida en el siglo XIX. El siguiente paso consistía en examinar la información arqueológica regional, tratando de identificar los segmentos del camino que ya eran conocidos y los asentamientos o sitios arqueológicos asociados, y revisar, además, la literatura arqueológica existente, a fin de establecer los conocimientos que existían sobre posibles caminos preincaicos y, desde luego, sobre la naturaleza y formas de existencia de los pueblos que estaban en la fase de intervención incaica en cada región.

El paso final, previo a su recorrido, consistió en las consultas hechas con los colegas de cada región, especialmente aquellos que ya conocían los tramos que se pretendía examinar, y los invitó a acompañarlo en el estudio. Luego, junto con ellos, Hyslop publicó los primeros alcances de su investigación. El nivel de su documentación es excelente y es

el trabajo más completo que se ha hecho sobre el Qhapaq Ñan. A raíz de los estudios de Hyslop y la movilización que hizo entre los arqueólogos que trabajaban en distintas regiones, se produjo una ola de estudios sobre el tema, con una metodología similar, conducida por quienes ya habían estudiado el camino en épocas anteriores o por gente recién motivada. Esto incrementó de manera notable la información arqueológica sobre la red vial en los últimos años, de modo que los 20 700 kilómetros de camino presentados por Leon Strube, convertidos en 23 189 kilómetros por los estudios de Hyslop, han ido aumentando año tras año.

A partir de 2002, se desarrolló en el Perú un intenso programa de estudio y registro del camino, en el que están participando más de cien arqueólogos, unos doce etnólogos, diez geógrafos y otros tantos especialistas en geomática. Con sedes en Lima y Cusco, se pretenden cubrir todos los trayectos existentes del camino y de lo que está asociado a él, en términos de asentamientos, instalaciones de apoyo (tambos) o restos de la infraestructura instalada en su entorno para fines de explotación de recursos naturales (como las minas), así como para la producción (por ejemplo, las redes hidráulicas, los campos de cultivo en terrazas, hoyas o camellones).

En Colombia, Ecuador y Bolivia se han reiniciado los estudios del camino, y en Chile y Argentina se ha intensificado el interés por consolidar su conocimiento, de modo que los países con sus organismos especializados continúan con la investigación que se venían realizando.

Estas investigaciones han corroborado que muchas de las vías locales fueron anexadas, perfeccionadas y centralizadas por el imperio para generar una eficiente red de comunicación entre el Cusco y las provincias (Latham 1938, Mosnty 1949, Hyslop 1992, Núñez y Dillehay [1978] 1995).

Sin duda, uno de los temas centrales de esta maravilla es el manejo de la diversidad, dado que la red cruza territorios muy diferenciados morfológica y ecológicamente. La cordillera cruza la línea ecuatorial y toda la franja tropical, y llega por el sur hasta las proximidades de las latitudes antárticas. El núcleo, donde se asentó el Tawantinsuyu, está en las bandas ecuatorial y tropical. La ocupación incaica se inicia a menos de 2 grados al norte del Ecuador. Hay dos rutas mayores, aun cuando la “más principal” es la de la sierra, que cruza la cordillera. La otra es menor y paralela, a lo largo de la costa. La condición tropical de la cordillera genera una particular distribución de los climas y paisajes, que no solo se diferencian por su latitud, sino también por su altitud, de modo que en lugares muy próximos puede hallarse un mosaico de ecosistemas, y desde luego generar esta peculiar condición de diversidad que configura un país con nieves, selvas y desiertos vecinos. Gran parte de la franja costera es desértica, la sierra discontinua tiene páramos, tundras y valles de propiedades diferenciadas, en tanto que las selvas y pajonales del frente oriental son siempre verdes.

Esta diversidad geográfica exigió una igualmente diversa gama de soluciones para la habilitación de los caminos, dado que fue

necesario crear caminos sobre rocas, desiertos arenosos, campos de tierra, estepas o zonas fangosas e inundables. Pedro Cieza de León ([1553: cap. XXXVI] 1995: 118) describe así estas condiciones:

No quiero yo tratar agora de lo que los reyes Ingas señorearon: que fueron más de mill y dozientas leguas: mas solamente diré lo que se entiende Perú, que es desde Quito hasta la villa de Plata: desde el un término hasta el otro. Y para que esto mejor se entienda: digo que esta tierra del Perú son tres cordilleras o cumbres desiertas: y adonde los hombres por ninguna manera podrán bivar. La una destas cordilleras es las montañas de los Andes, llena de grandes espessuras, y la tierra tan enferma, que si no es passado el monte, no ay gente, ni jamás la ovo. La otra es la serranía que va de luengo desta cordillera o montaña de los Andes: la qual es frigidíssima, y sus cumbres llenas de grandes montañas de nieve que nunca dexa de caer. Y por ninguna manera podrán tampoco bivar gentes en esta longura de sierras, por causa de la mucha nieve y frío: y también porque la tierra no da de sí provecho, por estar quemada de las nieves y de los vientos que nunca dexan de correr. La otra cordillera hallo yo que es los arenales que ay desde Túmbez hasta más adelante de Tarapacá: en los quales no ay otra cosa que ver que sierras de arena y gran sol que por ellos se esparze: sin aver agua, ni yerva, ni árboles, ni cosa criada sino páxaros, que con el don de sus alas pueden atravesar por donde quiera.

Y se refiere a los caminos (Cieza [1553: cap. XV] 1996: 40-41) diciendo:

Una de las cosas de que yo más me admiré contemplando y notando las cosas deste reyno fue pensar cómo y de qué manera se pudieron hazer caminos tan grandes y sobervios como por él vemos y qué fuerças de hombres bastaron a lo poder hazer y con qué herramientas y estrumento pudieron allanar los montes y quebrantar las peñas para hazerlos tan anchos y buenos como están; porque me parece que si el Enperador quisiese mandar hazer otro camino real como el que va del Quito al Cuzco [o] sale del Cuzco para yr a Chile, çiertamente creo con todo su poder para ello no fuese poderoso ni fuerças de hombres lo pudieran hazer, si no fuese con la horren tan grande que para ello los Yngas mandaron que oviese. Porque si fuera camino de çinquenta leguas o de çiento o de dozientas es de creer que aunque la tierra fuera más áspera no se tuviera en mucho, con buena diligencia hazerlo; mas éstos eran tan largos que avía alguno que tenía más de mill y çien leguas, todo echado por sierras tan agras y espantosas que por algunas partes mirando abaxo se quita la vista y algunas destas sierras derechas y llenas de pedreras, tanto que era menester cabar por las laderas en peña viva para hazer el camino ancho y llano: todo lo qual hazían con fuego y con sus picos. Por otros lugares avía suvidas tan altas y ásperas que hazían desde lo baxo escalones para poder subir por ellos a lo más alto, haziendo entre medias dellos algunos descansos anchos para el reposo de la jente. En otros lugares avía montones de nieve que era más de temer y esto no en un lugar sino en muchas partes, y no así como quiera, sino que no va ponderado ni encareçido como ello es ni como lo vemos; y por estas nieves y por

donde avía montañas de árboles y çéspedes lo hazían llano y enpedrado, si menester fuese [...] Entendido de la manera que yvan hechos los caminos y la grandeza dellos, diré con la façilidad que eran hechos por los naturales sin que se les recreçiese muerte ni trabajo demasiado; y era que, determinado por algúnd rey que fuese hecho alguno destes caminos tan famosos, no era menester muchas provisiones ni requerimientos ni otra cosa que dezir el rey: “Hága[se] esto” [...]

La diversidad del territorio fue un factor enriquecedor en la creación de alternativas para resolver las facilidades que el transporte requería, y generó una tecnología constructiva con múltiples soluciones. Los objetivos estaban asociados a lograr vincular unas localidades con otras dentro del menor tiempo posible y, por tanto, ahorrar distancias evitando las curvas y tratando de inducir hacia extensos tramos rectos. También se requería reducir las dificultades propias de las calidades de los terrenos y su morfología. Simultáneamente era necesario reducir los riesgos de confusión de rutas mediante una adecuada señalización de los caminos.

El cruce por zonas rocosas, superficies inundables, pendientes o llanuras o campos de cultivo implica procedimientos y técnicas distintas. En algunos casos, se formaron sendas por el uso constante de los caminantes, de modo que aparecen trazos terrosos sin piedras o vegetación, rocas desgastadas que no necesariamente fueron hechas intencionalmente. Pero, si bien eso es lo general para los caminos domésticos, no lo es en el Qhapaq Ñan, donde los trazos tienden a estar siempre esclarecidos



Fig. 70. Camino longitudinal de la costa, tramo entre Tambo Real y Tambo Pósope, departamento de Lambayeque. Foto Joseph Berbané, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 71. Tramo del camino con muros laterales en Pomata, cruzando humedales cubiertos con totorales. Puno, Perú. Foto Qhapaq Ñan Perú.

mediante delineaciones de los bordes del camino u otros medios. Son caminos cuyo ancho puede ser de 3 hasta 10 metros, e incluso más anchos, en tanto que los caminos domésticos suelen ser angostos e irregulares en su trazo. Estos caminos domésticos son llamados *chakinan* o *chakinani* (“camino peatonal”). El camino principal es Qhapaq Ñan, aunque también se usa, en algunas partes el nombre de *incañan*.

Los caminos más anchos y mejor conservados son los de las alturas, especialmente los de las punas. Eran caminos sólidos, con capacidad para soportar los violentos cambios de temperatura que hay diariamente en la alta montaña. Tenían obras de drenaje y pavimentación, para

resistir a las heladas nocturnas y los deshielos diurnos, con enlosado o empedrado, canales y alcantarillas. Algunos llegan a tener 16 metros de ancho y, en casi todos los casos, los bordes estaban delimitados con piedras que, en algunos casos, son simples alineamientos, en tanto que en otros, se hacían muros de contención. En los terrenos agrícolas y cerca de poblados hay la tendencia a la construcción de muros laterales altos, de mampostería hecha con piedras de campo o con tapiales.

Eso es en terrenos relativamente llanos y de poca pendiente, que aparecen en los altiplanos o los desiertos y los valles. Pero en la cordillera eso no es lo general, pues ahí



Fig. 72. Camino de trazo rectilíneo en el despoblado de Atacama, subtramo Camar - Peine. Foto Qhapaq Ñan Chile (Ch-Cs-14 / C-2010).

predominan las pendientes, ya sean abruptas, con mucha pendiente, o suaves y ondulantes. En aquellos terrenos de gran pendiente, las trazas pueden seguir el uso de los caminantes habituales, generalmente zigzagueando (habitualmente conocidos como *chakiñán*), dado que se forman caminos por el trajín, pero la formalización de estas rutas se resolvía generalmente mediante la construcción de escalinatas o rampas, aun cuando eso no necesariamente implica que los caminos evitaran el zigzagueo para superar pendientes que podían estar cerca en torno a los 45 grados o más.

Las escalinatas se usaron con frecuencia y varían en su forma y dimensiones en cada lugar. Son hechas con piedra de acceso local y, desde luego, requieren un mantenimiento cuidadoso por parte de las comunidades ve-

cinas. Algunas de ellas tienen miles de escalones, generalmente con puestos de reposo. Algunas presentan un trato estético de los escalones inclinados u horizontales o agrupados de modo alternante. Hay también, tramos con escaleras talladas en las rocas.

En el caso de pendientes suaves, se nota la tendencia a acompañar las ondulaciones del terreno, y en el caso en que era necesario superar vallas que se podían resolver mediante cortes en los cerros, la tendencia era más bien de construir terrazas, sin hacer obras de relleno o cortes, o simplemente encimar el terreno, lo que no ocurría en las laderas, donde normalmente era necesario incorporar muros de contención y los caminos no podían ser muy anchos, dado que para que así fueran requerían obras costosas de remoción de tierras. Hyslop (1992: 82)



Fig. 73. Troncal de la sierra ascendiendo por la cordillera. Parque Nacional El Cajas. Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador. Foto María Moreira.

menciona casos en los que hubo necesidad de remover tierra y agregar terraplenes, así como en otros casos fue necesario hacer terrazas escalonadas, a modo de parapetos. Algunos muros llegan a los 3 metros o más de altura, y por trayectos de varios kilómetros de extensión.

Una de las dificultades a enfrentar fue el cruce de los desiertos costeros. El cruce de los arenales requiere la combinación de diversas estrategias para reducir los riesgos derivados de la naturaleza de estos desiertos, llenos de peligros naturales, incluidas las noches muy frías con días extremadamente calurosos, con vientos que pueden fácilmente superar los 100 kilómetros de velocidad, en forma de *paracas* (“lluvias de arena”), o de remolinos de todos los grados de potencia, junto a la pérdida de las rutas y los trazos de los caminos.

En la costa, desde Tumbes hasta Tarapacá, el paso de un valle a otro —que puede ser de 50 a 100 kilómetros— requiere medidas diversas. Según J. Hyslop, cuando el tramo era de más de 100 kilómetros, sin acceso al agua, la alternativa era evitar el cruce y rodearlo, aunque eso implicara doblar la distancia. De otro modo, el recorrido, que podía llevar dos a tres días, estaba ligado a puntos donde era posible abastecerse de agua. Es así como el camino de la costa no necesariamente cruzaba en línea recta el paso de un valle a otro, como lo hacen ahora las carreteras, sino que escogía los bordes cordilleranos, próximos a fuentes de agua. Esa debe ser la causa por la cual el camino de la costa se comienza a apartar del litoral en los desiertos de Ica, para hacerlo definitivamente desde Arequipa, dado que al sur de Atico y

en el cruce de los desiertos del trópico de Capricornio, en Antofagasta y Atacama, va en busca de los oasis, y de ese modo no sigue una línea recta generalizada.

La otra dificultad del desierto es el mantenimiento de los caminos y las rutas. En muchos casos los caminos son sendas hechas por el tráfico, sin mayores elementos constructivos. Eso determina una diversidad de huellas en los desiertos no arenados. En otros casos, las sendas se originan en superficies limpiadas “barridas”, como es el caso de caminos en los que la diferencia reside en el retiro de los guijarros en su traza. En los caminos más formales, estos son delimitados con alineamientos de piedras, con muros laterales e incluso con líneas de postes. En los casos de caminos amurallados, ellos eran hechos normalmente cerca de poblados y especialmente en los valles y no propiamente en el desierto. Según parece, tenían fines ceremoniales asociados a la imagen del inca o de los “principales” o, incluso, fines estrictamente rituales o religiosos, como parece haber sido el caso de una serie de caminos que, en el valle de Chíncha, se irradian en direcciones distintas, desde la sede central del señorío, en Tambo de Mora.

No obstante, en los Andes también hay zonas donde el problema es exactamente lo contrario, esto es, exceso de agua, lo que genera superficies inundables de modo permanente o constante, o con laderas o terrenos húmedos ocasionales. De acuerdo con lo observado por Hyslop, estos terrenos eran evitados a veces, pero las técnicas usuales consistían en construir canales de drenaje o



Fig. 74. Camino subiendo laderas en valle interandino. Tramo Colpa – Hauricashash, provincia Dos de Mayo, Huánuco. Foto Edgardo Solórzano, Qhapaq Ñan Perú.

empedrar o enlosar el camino, según la situación. En otros casos, la modalidad era construir calzadas elevadas o terraplenes sobre los espacios inundados o inundables. Son impactantes los caminos sobreelevados, rellenos con tierra y piedras, y algunas veces con muros laterales de piedra que aparecen como “flotando” sobre la superficie del agua. Son una suerte de inmensos puentes, que también se hacían en asociación con los campos elevados o *waru-waru*, generalmente conocidos como “camellones”.

Hoy mismo, pese a que han sido abandonados, se pueden apreciar en varios puntos de Ecuador, Perú y Bolivia. Algunos se



Fig. 75. Camino transversal que presenta corte en talud, tramo Xauxa - Pachacamac. Foto Qhapaq Ñan Perú.

usan y hasta han sido habilitados como carreteras. En el área del lago Titicaca hay caminos visibles y varios de ellos en uso, pero también los había en el Cusco y hasta en Lambayeque y tan lejos del Cusco como las proximidades de Tumibamba, en el Azuay. Estos tramos estaban generalmente empedrados o enlosados.

Los tramos empedrados son relativamente cortos, aun cuando hay casos excepcionales como un camino de unos 20 kilómetros al sur de Huánuco Pampa, con un trazo de casi 16 metros de ancho (Hyslop 1992: 70). El frente oriental de la cordillera, que da a la Amazonía, tiene un mayor número de territorios húmedos, con un régi-

men de lluvias muy intenso y más frecuente, con laderas que exigieron empedrado o enlosado para mantener su condición caminera, dado que cruzan pajonales, matorrales y bosques. En realidad, responden a un trato que tecnológicamente fue desarrollado por las poblaciones locales desde mucho antes de la presencia de los incas, de modo que se asocian a poblados típicos de medios húmedos como el llamado Gran Pajatén, en San Martín, y que también se conocen en la vertiente oriental de los Andes ecuatorianos.

Igualmente, uno de los aspectos derivados de la diversidad ambiental es la materia prima empleada en las obras. Los caminos no eran uniformes, aun cuando la técnica pudiera ser similar, debido a que los materiales de construcción y la mano de obra eran locales. Además, los caminos respondían a tradiciones ancestrales de las comunidades locales, aunque dependiendo de las condiciones naturales, las obras necesarias podían ser muy costosas, si bien se evitaban los desiertos sin puntos de agua o los terrenos abruptos o muy altos. El acceso al agua era un factor fundamental.

Los ríos, y también algunas quebradas, exigían puentes u otros medios para cruzarlos y, desde luego, se organizaba el trazo de los caminos buscando los puntos adecuados para la construcción de los puentes, el tendido de “oroyas” o la habilitación de vados, lo que obligaba en muchos casos a rutas más largas. En los ríos anchos se cruzaba con botes y en muchos casos se buscaba secciones del río con poca profundidad y poco volumen de agua para poder vadearlos. En otros



Fig. 76. Camino tallado en roca en Yanaca, provincia de Aymaraes, departamento de Apurímac. Foto Alfredo Bar, Qhapaq Ñan Perú.

casos, se construía unos estribos que hicieran posible la colocación de maderos para que sirvan como puente. Excepcionalmente usaron grandes lajas de piedra, como ocurría con el puente de Chavín. Esta habilitación de los cruces de los ríos fue uno de los temas que más llamaron la atención de quienes usaron los caminos andinos. Fue especial el reconocimiento de los puentes colgantes hechos con fibra vegetal, dado que en muchos casos eran un verdadero despliegue de las artes textiles, desde las gruesas sogas que servían de base para la estructura, como las redes y los lienzos desplegados en los lados y el piso.

Pedro Sancho, el secretario de Francisco Pizarro, al referirse a su paso por el río Mantaro, cuenta que:

en las partes que hacen estos puentes de redes, donde los ríos son crecidos, por estar poblada la tierra adentro lejos del mar, casi no hay alguno que sepa nadar; y por esta causa aunque los ríos sean pequeños y se pueden vadear no obstante les echan puentes; de este modo, que si las dos orillas del río son pedregosas levantan en ellas una pared grande de piedra y después ponen cuatro bejucos que atraviesan el río, gruesos de dos palmos o poco menos, y en el medio a manera de zarzo entretejen mimbres verdes gruesos como dos dedos, bien tejidos, de suerte que unos se queden más flojos que otros atados en buena forma, y sobre estos ponen ramas atravesadas de modo que no se ve el agua y de esta manera es el piso del puente. Y de la misma suerte tejen una barandilla en el borde del puente



Fig. 77. Sección de camino del tramo Vitkus - Abra Choquetakarpo - Choqek'irau, departamento de Cusco, Perú. Foto Qhapaq Ñan Cusco.

con estos mismos mimbres, para que nadie pueda caer en el agua, de lo cual no hay a la verdad ningún peligro, bien que al que no es práctico parece cosa peligrosa el haberlo de pasar, porque siendo el trecho grande se dobla el puente cuando pasa uno por él, que siempre va uno bajando hasta el medio, y desde allí subiendo hasta que acaba de pasar a la otra orilla, cuando se pasa tiembla muy fuerte, de manera que al que no está a ello acostumbrado se le va la cabeza. Hacen de ordinario dos puentes juntos, porque dicen que por el uno pasan los señores y por el otro la gente común [...] los que guardan estos puentes tienen cerca sus casas y de continuo tienen a la mano mimbres y zarzo y cuerda para componer los puentes cuando se van estropeando y hacerlos de nuevo si menester fuera [...]

Los caballos españoles y el gobernador pasaron por el uno de estos puentes [...] sin que peligrase ninguno, aunque todos cayeron porque se movía el puente y temblaba todo, pero como se ha dicho estaba el puente hecho de manera que aunque doblasen los cuatro pies no podían caer abajo al agua (Sancho [1534] 1968: 296).

El Inca Garcilaso de la Vega (1609) describe la forma en que se construían estos puentes, en referencia al que había sobre el río Apurímac, que fue uno de los más famosos por su largo de más de 45 metros, y ciertamente por estar en el punto de tránsito entre la tierra de los incas y la de los chancas, lo que era históricamente de mucha importancia en el Incario. Dice que:

Para hacer una puente de aquellas juntan grandísima cantidad de mimbre, que aunque no es de la misma de España, es otra especie de rama delgada y correosa. Hacen de tres mimbres sencillas unas criznejas muy largas, a medida del largo que ha de tener la puente. De tres criznejas de a tres mimbres hacen otras de a nueve mimbres, de tres de aquellas hacen otras criznejas, que vienen a tener en grueso veintisiete mimbres, y de tres de estas hacen otras más gruesas, y de esta manera van multiplicando y engrosando las criznejas hasta hacerlas tan gruesas y más que el cuerpo de un hombre: de estas muy gruesas hacen cinco criznejas. Para pasarlas de la otra parte del río pasan los indios nadando o en balsas; llevan asido un cordel delgado, al cual atan una maroma como el brazo de un cáñamo que los indios llaman chahuar. A esta maroma atan una de las criznejas y tiran de ella gran multitud de indios, hasta pasarla de la otra parte; habiéndolas pasado todas cinco, las ponen sobre dos estribos altos que tienen hechos de peñas vivas, donde las hallan en comodidad, y no hallándolas, hacen los estribos de cantería tan fuerte como la peña [...] Los estribos hacia la parte de tierra son huecos, con fuertes paredes a los lados. En aquellos huecos, de una pared a otra, tiene cada estribo atravesadas cinco o seis vigas tan gruesas como bueyes, puestas por su orden y compás como una escalera de mano; por cada viga de estas hacen dar una vuelta a cada una de las criznejas gruesas de mimbre de por sí, para que la puente esté ti-

rante y no se afloje con su mismo peso, que es grandísimo; pero por mucho que la tiren siempre hace vaga y queda hecho arco, que entran descendiendo hasta el medio, y salen subiendo hasta el cabo, y con cualquier aire que sea algo recio se está meciendo.

Tres criznejas de las gruesas ponen por suelo de la puente, y las otras dos ponen por pretiles a un lado y a otro. Sobre las que sirven de suelo echan madera delgada como el brazo, atravesada y puesta por su orden en forma de zarzo que toma todo el ancho de la puente; la cual será de dos varas de ancho. Echan aquella madera para que guarde las criznejas, porque no se rompan tan presto, y átanla fuertemente con las mismas criznejas. Sobre la madera echan gran cantidad de rama atada y puesta por su orden [...] De las criznejas bajas que sirven de suelo, a las altas que sirven de pretiles, entretejen mucha rama y madera delgada, muy fuertemente atada, que hace pared por todo el largo de la puente, y así queda fuerte para que pasen por ella hombres y bestias. La de Apurímac, que es la más larga de todas [...] Muchos españoles vi que no se apeaban para pasarla, y algunos la pasaban corriendo a caballo [...] En tiempo de los incas se renovaban aquellas puentes cada año, acudían a las hacer las provincias comarcas, entre las cuales estaba repartida la cantidad de materiales, conforme a la vecindad y posibilidad de los indios de cada provincia (Garcilaso de la Vega [1609: lib. III, cap. VII] 1963: 93).

2.1. Las rutas del Qhapaq Ñan

2.1.1. El Chinchaysuyu

Las diferencias entre los poblados eran muy grandes y notables. No solo no seguían las mismas reglas constructivas, sino que tenían un rango diferencial que no se puede desconocer. Los asentamientos del rumbo del Chinchaysuyu son los más grandes y elegantes. En general, desde Quito hasta el lago Titicaca hay una arquitectura preciosista en los edificios principales de las ciudades, con muros hechos con sillares prolijamente labrados, siguiendo el modelo de los más finos edificios del Cusco. Eso no ocurre al sur del Titicaca o en el frente oriental de los Andes.

Esta situación puede deberse a que la mayor parte del Chinchaysuyu era ya tierra urbana desde el segundo milenio anterior a la era cristiana. Durante los casi tres mil años de historia previos a la presencia de los incas, había acumulado una larga evolución en esa forma de vida y organización de los poblados. En verdad, hasta el siglo VII, lo que había allí eran asentamientos ceremoniales, o más bien cultistas, asociados a grupos de templos y servicios religiosos ligados al agua y la agricultura. Solo a partir de ese siglo comenzaron a ser dominantes los edificios públicos civiles, dispuestos para la vivienda de personajes destacados, para talleres, cuarteles u otros fines no religiosos, aun cuando, desde luego, los templos seguían siendo importantes.

Por cierto, no podemos dejar de destacar el hecho de que la estructura urbana de las ciudades andinas nunca abandonó su condición cultista o ceremonial. El mismo cen-

tro poblado del Cusco era en realidad un gran centro ceremonial donde vivía el inca, que era un dios, hijo del dios Sol (Inti). No era la ciudad un centro de producción de manufacturas o de circulación de bienes. Quienes vivían allí, ya sea temporalmente o de modo estable, eran funcionarios del Estado cuya relación con el conjunto social se derivaba de su vínculo con el inca, mediante una participación concreta en las actividades del Estado. La ciudad era “sagrada” y de circulación restringida. Los palacios eran de los reyes-dioses o de sus más próximos allegados, donde tal vez los únicos funcionarios no ligados al inca eran los sacerdotes especialistas —*amautas*—, cuyo origen puede deberse a sus habilidades y conocimientos más que a su adhesión.

Si bien la distribución de los espacios públicos era diferente en cada época y región, puede decirse que un rasgo general es que los espacios domésticos, en todos los casos, eran marginales, de modo que, aun en las ciudades más populosas, los palacios y templos cubrían la traza urbana a plenitud, y solo de manera tangencial aparecían rodeados de viviendas o asentamientos de carácter doméstico o popular. En general, las viviendas comunes estaban fuera del espacio urbano, lo que condice con el carácter esencialmente rural de sus habitantes, que eran el sector dominante de la población. Por eso, no debe extrañarnos que esta sea la zona donde había una mayor cantidad de ciudades y centros elegantes de corte urbano en el Qhapaq Ñan. Además, es la zona donde el camino mismo tiene las mejores condiciones y tratamiento. De algún modo, una tradición caminera similar a la incaica en el territorio que estuvo bajo el dominio de Wari.



Fig. 78. Puente Q'eswachaka sobre el cañón del río Apurímac, Cusco, Perú. Foto Qhapaq Ñan Cusco.

En realidad, ninguno de los caminos que iban en las otras direcciones tenía las calidades del Chinchaysuyu, a tal grado que había cierto tipo de regularidades en los acabados de los caminos, que no se veían en las otras direcciones. La ruta tenía caminos que en general superaban los 3 metros de ancho y varios superaban los 10 e incluso 16 metros. En gran parte de la ruta se encuentran caminos paralelos, uno más ancho y más elegante que el otro, asociado a la estratificación social vigente.

Los caminos que salían del Cusco en dirección al Chinchaysuyu, luego de pasar por las vecindades de Anta y las tierras de los quíchuas en la cuenca alta del Apurímac, ingresaban al territorio de sus enemigos tradicionales, los chancas. El camino pasaba de las pampas de Anta hacia Zurite, en las ve-

ciudades de Huarcocondo, para luego bajar hacia Limatambo, ingresando a la región de sus aliados quíchuas, donde debía cruzarse el famoso puente sobre el río Apurímac. Posteriormente iba en dirección a Concacha o Saywite, donde, luego de pasar Curawasi, aún quedan los restos de un soberbio adoratorio, con rocas esculpidas que llaman mucho la atención. En verdad, pocos kilómetros más adelante ya se ingresa a la tierra de los chancas, cuyas pirámides escalonadas comienzan de algún modo en Concacha. Tampuorqo, cerca de Abancay, es uno de los últimos sitios antes de llegar al dominio de los chancas.

Hasta este punto las estructuras y modos son básicamente los mismos que hay en la cuenca del Vilcanota y en Urubamba, aun cuando en esas zonas se encuentra lo más ela-

borado del Incario, especialmente en el Valle Sagrado (Vilcabamba) del Urubamba, donde están los asentamientos incaicos más característicos, desde Machu Picchu, que se ha convertido en una suerte de ícono de la elegante arquitectura cusqueña, hasta Písaq, y, desde luego, Ollantaytambo, Chincheros, Huch'uyqosqo (Uchuy Cusco) y otros sitios menores. Allí también los caminos son especiales y muy cuidadosamente elaborados, incluyendo los que van a Choqek'irau, un santuario muy bello sobre el cañón del Apurímac.

El Qhapaq Ñan ingresa a la tierra de los chancas por Cocharcas y Huancarama, en dirección hacia Curamba y Sónдор, dos centros urbanos que, si bien pudieron ser contemporáneos con los incas, en realidad responden a una tradición que es propia de esta región. Un ejemplo del peso de esa tradición es la ciudad incaica de Vilcashuamán, la primera ciudad de gran magnitud en la ruta del Chinchaysuyu. En efecto, aparte de los edificios claramente cusqueños que se hicieron frente a la plaza principal, como el llamado Templo del Sol, en Vilcas hay una pirámide escalonada del estilo chanca que también hay en Sónдор, en Curamba y en otros sitios de la región. Son pirámides cuyo escalonado deriva de una suerte de estructura en "caracol", o en espiral, en vez de la superposición de plataformas. Entre Sónдор y Vilcashuamán se cruza la laguna de Pacucha, que era una *pacarina* chanca, y los fértiles valles de Andahuaylas, que era la tierra señalada por los incas como residencia de los chancas. Luego de pasar por Uranmarka y Pillucho, se llegaba a Vilcas y también a Pomacocha, el asentamiento que hace pareja con Vilcas y se ubica en las alturas de Vischongo. La arquitec-

tura de Pomacocha se asocia con una laguna delimitada con finos trabajos de albañilería, cuyas aguas estaban destinadas a regar una red de andenerías que dan al valle de Pomacocha. Pomacocha es uno de los sitios incaicos mejor elaborados que hay en el camino, con destino claramente ceremonial, y al servicio y cuidado de la laguna. Los campesinos de la zona intentan recuperar los procedimientos incaicos de explotación del agua y uso de la tierra.

Desde ese punto, el camino cruza la divisoria de aguas del Pampas-Apurímac y del Mantaro, y se divide en dos ramales. Uno se dirige hacia la costa, cruzando las punas de Castrovirreyna en dirección a Pisco, donde existen los centros urbanos de Huaytará e Inkawasi, de fino estilo cusqueño, en la parte alta de la cuenca. Finalmente, ya sobre el valle de Pisco, el imponente tambo incaico conocido como Tambo Colorado, a unos pocos kilómetros del mar. De Tambo Colorado se puede dirigir al valle de Chíncha, luego de pasar por el poblado Lima La Vieja a través de un camino muy elegante y recto que cruza el valle y se dirige hasta la capital del reino de Chíncha, en Tambo de Mora, donde hay un palacio inca, aparte de los restos de una ciudad chíncha preincaica. Este camino es parte de una compleja red de caminos radiales que nacen en Tambo de Mora (La Centinela) y se dirigen hacia el este, el sur y el sureste. Es donde se encuentran los caminos con murallas muy altas de tapial que mejor se han conservado hasta ahora. También se puede llegar a Chíncha por la cuenca del río San Juan, que la conecta con las tierras de los Chocorvos en Huancavelica, pero no se conocen asentamientos tan importantes como los mencionados.



Fig. 79. Camino longitudinal de la sierra por el Chinchaysuyu cruzando la zona de Hatun Xauxa, provincia de Jauja, departamento de Junín en la sierra central del Perú. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

El otro ramal que nace de Vilcas es el que, siguiendo el Qhapaq Ñan propiamente dicho, lleva hacia el norte a Ayacucho, donde hay un grupo de valles muy angostos formados en el punto medio de la cuenca del río Pongora-Huarpa, que concluye en el valle de Huanta. Es la zona donde estuvo la capital del Imperio wari y que en tiempos de la conquista incaica debe haber estado ya arruinada. Los registros arqueológicos indican que no estuvo vigente más allá del siglo XIII. En esta zona hay trazos del camino en varios lugares, pero se confunden con los de la época wari, que llegaban al valle de Huamanga, donde está la actual ciudad de Ayacucho, y que fue un lugar ocupado tanto por los waris como por los incas y, desde luego, por los españoles. Estos cubrieron gran parte

de los restos de esas épocas usando las piedras para sus edificios u ocupando espacios con restos de arquitectura preciosista, de los que quedan pocos vestigios. En Huanta hay instalaciones incaicas de rango más significativo, aunque queda claro que el eje de interés económico y político se había desplazado a la cuenca del río Pampas, más al sur, y, por lo tanto, no hay más centros de primer orden hasta la tierra de los wankas, sobre el valle del río Mantaro.

Es un largo trayecto el que hay desde Huanta hasta Jauja, pues luego de seguir la ruta del Mantaro por las montañas de la banda occidental, se llega al valle de este río, que es una de las zonas agrícolas más anchas de la sierra central y sur, junto con las del Cusco.

Jauja era una ciudad mencionada como uno de los grandes centros del Incario, pese a que ahora casi no se ven vestigios de ella. En realidad, en el valle del Mantaro, y en general en todo el ámbito de los wankas, no hay nada equivalente a Vilcashuamán-Pomacocha.

Cieza de León, al referirse a Jauja, dice que había más de treinta mil habitantes en el valle en tiempo de los incas, repartidos en tres parcialidades, y que en Jauja mismo:

[...] avía un grande cercado, donde estaban fuertes aposentos y muy primos de piedra: y casa de mugeres del sol: y templo muy riquísimo: y muchos depósitos llenos de todas las cosas que podían ser avidas. Sin lo qual avía grande número de plateros, que labravan vasos y vasijas de plata y de oro para el servicio de los Ingas y ornamentos del templo. Estaban estantes más de ocho mill Indios para el servicio del templo, y de los palacios de los señores. Los edificios todos eran de piedra. Lo alto de las casas y aposentos eran grandísimas vigas, y por cobertura paja larga (Cieza de León [1553: cap. LXXXIV] 1995: 242-243).

Solo quedan restos de los depósitos en las colinas de los alrededores de la ciudad y el resto fue absorbido por las viviendas de adobe que allí se construyeron desde tiempos coloniales. Ahora en la ciudad no se aprecian restos de la época inca.

De Jauja salía el camino que iba hacia el santuario de Pachacamac, en Lima, aunque en realidad los contactos con la costa se establecían desde diversos puntos del cami-

no, como ocurre con el ramal que se dirigía a Incawasi, una de las importantes ciudades incaicas de la costa, en Lunahuaná, valle de Cañete, y que era un camino abierto en el Qhapaq Ñan antes de llegar a Jauja. De otro lado, desde Pumpu salía un camino que se dirigía a los valles de Lima y Chillón.

Desde Jauja seguía el camino principal en dirección a Tarmatambo, cerca de la actual ciudad de Tarma, donde si bien hay varios restos de ocupación incaica, ninguno es ponderable. Del tambo de Tarma —el mismo Cieza dice que: “Había en Tarama en los tiempos pasados grandes aposentos y depósitos de los reyes incas” (Cieza de León 1553)— quedan muy pocos restos, como los de los depósitos en las faldas de los cerros que hay en los alrededores de Tarma y Tarmatambo.

De Tarmatambo, si bien se ha perdido el camino, se iba hacia el gran lago de Junín, donde había otro asentamiento mayor conocido como Pumpu (Bombón), ubicado en el extremo norte del lago, justo donde nace el río Mantaro. Pumpu, al parecer, estaba en proceso de construcción cuando llegaron los españoles, y tenía una traza correspondiente a la de un centro urbano mayor incaico, con una plaza principal, rodeada de complejos de casas dentro de *kanchas* del modelo incaico, con un *ushnu*, edificios abiertos tipo *kallanka* y una gran cantidad de depósitos. Es una ciudad construida en plena puna.

Unos pocos kilómetros al norte de Pumpu, en Pachacoto, el camino se divide en dos grandes ramales, el del este, que se dirige hacia Huánuco, y el del oeste, que conduce a los ca-



Fig. 80. Portada con felinos en el centro administrativo inca de Huánuco Pampa, en el camino longitudinal de la sierra. Una de las seis portadas trapezoidales alineadas que conectan la plaza principal con dos plazas menores. Provincia La Unión, departamento de Huánuco. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

minantes por la ruta del Callejón de Huaylas, de donde además se desprenden los caminos transversales que conectan el Qhapaq Ñan con la costa de Áncash. Ambos se unen al finalizar las tierras de Conchucos.

Por el camino de noreste, vencida la llanura de Bombón, se va hacia Yanahuanca (Chawpi Waranga). Al norte, en Pasco, están las ruinas de Warautampu, también sobre el Qhapaq Ñan, y que nuevamente tiene sillería del estilo arquitectónico cusqueño, fina y muy bien cuidada, en el llamado “tambo real”, en medio de casas de estilo menos elegante. Este ramal del camino serrano del Chinchaysuyu continúa en dirección a Huánuco, donde existe otro centro de primer nivel en el Incario,

con un grado de importancia equivalente al de Vilcashuamán que se llama Huánuco Pampa, y también Huánuco Viejo. A diferencia de Vilcas, este camino fue íntegramente planificado y habilitado por los incas, sin imposiciones de construcciones o tecnologías previas. Es un trayecto totalmente desarrollado en las alturas, en torno a los 4000 msnm y es, además, uno de los más bellos y mejor conservados. Según John Hyslop (1992: 133), este es uno de los caminos construidos íntegramente por los incas en el siglo XV.

Huánuco Pampa es también, un centro poblado, levantado a una altitud de 3800 msnm. Es uno de los asentamientos incaicos más grandes después del Cusco, dado que

tiene alrededor de cuatro mil recintos construidos y, por cierto, cuenta con una plaza principal con su respectiva plataforma sagrada o *ushnu*. Los edificios están hechos con sillaría de estilo cusqueño, y se sabe que en este lugar había instalada un *aqllawasi* para retener mujeres al servicio del Estado. El diligente Cieza de León comentaba que:

En lo que llaman Guánuco avía una casa real de admirable edificio: porque las piedras eran grandes, y estaban muy pólidamente assentadas. Este palacio o aposento era cabeça de las provincias comarcanas a los Andes: y junto a él avía templo del sol con número de vírgines y ministros. Y fue tan grande cosa en tiempo de los Ingas: que avía a la contin[ula] para solamente servicio del más de treynta mill Indios (Cieza [1553: cap. LXXX] 1995: 233).

Los yarush o yaros, yachas y chupachos, habitantes de la región a mediados del siglo XV cuando los incas la incorporaron al Tawantinsuyu, tenían ya una larga tradición urbana, nacida en los lejanos tiempos de Kotosh, dos o tres mil años atrás. Hay evidencia de asentamientos compactos muy desarrollados en Tantamayo y en La Unión, con edificios funerarios y ceremoniales de varios pisos, rodeados de recintos habitacionales de piedra. Sin embargo, el urbanismo inca era totalmente innovador, dado que no hay en Huánuco, como sí existen en otras cuencas serranas, evidencia de una significativa ocupación wari, que de algún modo antecedió a los patrones urbanos incaicos.

La ruta de los Andes orientales seguía el curso del río Taparacu, donde se había instalado una red bien conservada de cami-



Fig. 81. Camino empedrado que desciende de Huaga rumbo a Tambillo, en el departamento de Ancash. En esta zona se le conoce como Inca Naani. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

nos construidos con mucho detalle, donde hay restos de una serie de tambos y tambillos igualmente conservados. Era tierra de los pincos, que poblaban las alturas del llamado Callejón de Conchucos, y que si bien había tenido un papel muy destacado dos o tres mil años antes, con la instalación del complejo ceremonial de Chavín, en tiempos de los incas era ciertamente solo un territorio más de campesinos aldeanos. Algunos de ellos, sin embargo, agregados en poblaciones mayores como la de Waritambo, cerca de la actual ciudad de Huari. Seguramente también eran importantes varios de los sitios que hay siguiendo el camino al norte de Huari, en Piscobamba o Pomabamba, o finalmente Conchucos, donde se registra una larga lista de poblados con una relativa densidad de edificios de piedra, que seguramente cumplieron el papel de tambos en su momento.

El brazo occidental que sale de Junín a la altura de las nacientes del río Huaura es el camino que usó Hernando Pizarro cuando se dirigió de Cajamarca hacia Pachacamac, y que cruza el Callejón de Huaylas hasta llegar a Conchucos. Hernando Pizarro ponderaba mucho este camino. En la descripción de este viaje, hecha por Miguel de Estete⁶, se consigna que antes de abandonar “el camino real que va al Cusco” en Pachacoto, y tomar el que les llevaría a la costa, había recorrido este Callejón, luego de pasar por Corongo, Pumapaccha y Huaraz.

Cuenta que luego de salir de Corongo:

⁶ El texto, escrito en 1533, fue transcrito por Francisco de Xerez, secretario de Francisco Pizarro, en su crónica de 1534.

partió deste pueblo, y fue a dormir a otro pequeño que se dice Pina, y no se halló en él gente, porque se ausentaron de miedo. Esta jornada fue muy mala, porque había una bajada de escaleras hechas de piedra, muy agra y peligrosa para los caballos. Otro día a hora de comer llegó a un pueblo grande que está en un valle; en medio del camino hay un río grande muy furioso (Santa); tienen dos puentes juntos hechos de red, desta manera que sacan un gran cimientto desde el agua y lo suben bien alto, y de una parte del río hay unas maromas hechas de bejucos, a manera de mimbres, tan gruesas como el muslo, y tiénenles atadas con grandes piedras, y de la una a la otra hay anchor de una carreta, y atraviesan recios cordeles muy tejidos y por debajo ponen una piedras grandes para que apesgue la puente. Por la una destas pasa la gente común, y tiene su portero que pide portazgo, y por la otra pasan los señores y sus capitanes: ésta está siempre cerrada, y abriéronla para que pasase el capitán y su gente, y los caballos pasaron muy bien (en Pumapaccha). Al día siguiente [...] fue a comer a un pueblo pequeño [...] y junto a este pueblo se pasó otra puente de red como la otra y fue a dormir dos leguas de allí a otro pueblo [...] Esta jornada fue por un valle abajo de maizales [...] y a la noche llegaron a otro pueblo [...] El día siguiente partió el capitán de aquel pueblo, y por el valle fué a comer a un pueblo grande que se dice Guarax (Jerez [1534] 1968: 245).

De ahí pasó a Sucaracoay, un pueblo grande, donde luego de descansar fue a Pachacoto y retomó el camino principal con



Fig. 82. En su recorrido hacia el norte, el camino longitudinal de la sierra mantiene una arquitectura magnífica, con piso empedrado y drenajes bien acabados, y muros laterales de fina confección. Tramo de camino inca en Soledad de Tambo, departamento de Ancash. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

dirección a Pumpu. Queda claro que la ruta de Huaylas no tenía para los incas el mismo valor que la de Huánuco, pues no existen los asentamientos que distinguen esta ruta.

Desde los Conchucos, el camino se dirige al norte en dirección a Huamachuco y Cajamarca. El camino se mantiene en buen estado de conservación en este tramo y con unas pocas interrupciones, hacia las alturas de Yamobamba y las nacientes del Crisnejas, para entrar finalmente a los valles de Cajamarca, donde termina la tierra de las punas y se ingresa a la de los páramos, con los cambios que eso significa en la flora y la fauna y, desde luego, en las costumbres de las comunidades. Es el tránsito también de los quechuahablantes

a los de lengua *kulli*. No hay tampoco grandes asentamientos incaicos; en cambio, sí son visibles los de la época wari.

Hyslop piensa que es posible que el camino que se desarrolla entre Huamachuco y Cajamarca es un trazo que precede a los incas y que fue obra del Imperio wari:

Existe alguna posibilidad de que la carretera Cajamarca-Huamachuco funcionara en la época del Imperio wari, cientos de años antes de la expansión inca en el siglo XV. Si más estudios y excavaciones prueban que el sitio de Yamobamba⁷ es Wari, entonces su estrecha asociación con el camino ayudará a fechar

⁷ Parece que, en efecto, el sitio Yamobamba es de época wari.

ese tramo. La proximidad del Camino Inca al sitio Wiracocha Pampa, un sitio wari, es evidencia adicional que sugiere que el camino tuvo orígenes wari (Hyslop 1984: 67).

Luego de dejar Conchucos a la altura de Andamarca, en las nacientes del río Tablachaca, se inicia el descenso por Huamachuco hacia los valles de Condebamba, que baja finalmente hasta el puente del Crisnejas, desde donde se inicia el ascenso hacia Cajamarca, que es la otra ciudad mayor en el camino. Hay que señalar que en Huamachuco y Cajabamba hubo un desarrollo urbano considerable desde el periodo Formativo, y hay un asentamiento muy grande en Marcahuamachuco, que al parecer se usó desde antes de la ocupación wari. Se continuó utilizando en este tiempo—cuando además se levantó la ciudadela de Viracochapampa y el santuario de Amaru—y se mantuvo vigente y en uso en la época de los incas.

El ascenso a Cajamarca desde el Crisnejas es otra parte del camino que contiene muchos tramos en buen estado de conservación. Pasando por San Marcos y Yamobamba se llega al poblado de Baños, donde se hallaba el inca Atahualpa cuando llegó Francisco Pizarro con sus soldados en noviembre de 1532, y desde allí hay pocos kilómetros de distancia a Cajamarca, la ciudad donde se juntaron ambos en desigual batalla. De lo que fue la ciudad de Cajamarca casi no queda nada en pie, con excepción del llamado Cuarto del Rescate, que es parte del edificio donde los españoles mantuvieron preso al inca mientras se reunía el tesoro del “rescate”, gracias al cual, supuestamente, iba a ser liberado Atahualpa.

Julio C. Tello hizo un intento de reconstruir la Cajamarca incaica basándose en los pocos datos disponibles:

Al centro de la vieja ciudad de Cajamarca existía una plaza grande como de 400 metros de largo y 200 metros de ancho, amurallada y dentro de ella tres pabellones con ocho aposentos, cada uno alrededor de un patio en cuyo centro había un reservorio de agua conducida por tuberías de piedra. Por el lado este de la muralla, dentro del actual dominio del convento de San Francisco, se levantaba, a la manera de un castillo o fortaleza, el templo que los españoles llamaron Fuerte del Inca. Era este una pirámide cuadrangular, truncada, con doble escalera y cuya plataforma superior estaba protegida por un bajo muro o parapeto [...] Resto de uno de los tres pabellones es el llamado Cuarto del Rescate, que está dentro del dominio del actual hospital de Belén [...] A poco más de 100 metros al occidente del muro, que limitaba la plaza por este lado, se halla el peñón de tufo volcánico llamado hoy Santa Apolonia, el cual había sido cortado y labrado a la manera de un castillo. El peñón tenía forma tronco-cónica, con una escalera que ascendía dando tres vueltas en caracol. En la cima había una pequeña plaza de contorno circular con asientos labrados en la roca y protegida por un parapeto (Tello 1941: 3-5).

Tello pensaba que el Templo del Sol y el *aqllawasi* estarían en las proximidades, pero dentro de un esquema disperso que no concide con el patrón constructivo de los incas. Señaló, además, que no tiene noticias sobre

los depósitos o *qollqas* que deberían estar asociados a la ciudad.

Los españoles entraron a Cajamarca desde Piura y Tumbes, en la costa, por uno de los tramos secundarios de la red vial. Francisco Pizarro y sus soldados desembarcaron al suroeste de Tumbes, a fines de abril de 1532, en el poblado tumbesino de Cabeza de Vaca, a pocos pasos del sitio Corrales. Desde allí se dirigieron hacia Piura, bordearon los cerros de Amotape (Petersen 1941) y siguieron el camino que comunicaba Tumbes con el Qhapaq Ñan.

Este viaje fue descrito por Jerez, el secretario de Pizarro, de la siguiente manera:

El primero día que el gobernador partió de Tumbes, que fue a 16 de mayo de 1532, llegó a un pueblo pequeño, y en tres días siguientes llegó a un pueblo que está entre unas sierras [...] y en otras tres jornadas llegó a la ribera de un río (Piura) que estaba bien poblada y bastecida de muchos mantenimientos de la tierra y ganado de ovejas (llamas): el camino está todo hecho a mano, ancho y bien labrado, y en algunos pasos malos hechas sus calzadas. Llegado a este río, que se dice Turicarami, asentó su real en un pueblo grande llamado Puechio (Pochos); y todos los más caciques que había río abajo vinieron de paz [...] Antes de llegar a este pueblo a un tiro de ballesta hay una gran plaza con una fortaleza cercada y dentro muchos aposentos (Jerez [1534] 1968: 205).

Desde allí se dirigió a Tangará, al sur, sobre el río de La Chira, donde se fundó la

ciudad de San Miguel, aunque después la trasladó al valle de Piura. Desde ahí tomó el camino de la costa, bordeando el desierto piurano y de Olmos, para pasar a Motupe y Cinto en Lambayeque, y luego de llegar a La Ramada, en Jequetepeque. Así pudo ingresar al camino que va a Cajamarca.

Pero Pizarro no estaba aún caminando sobre el Qhapaq Ñan, ni era esta una vía de tanta importancia como las que conectaban a Cajamarca con Trujillo, donde estaba la capital del reino del Chimor. Solo cuando llegó a Cajamarca entró en contacto con el Camino Real, que se dirigía hacia Cajamarca desde el Cusco, y desde este punto del camino Chinchaysuyu se dirigió a Tomebamba por la sierra de Piura.

De Cajamarca salía también otro ramal, que iba a la tierra de los chachas, en los Andes orientales, luego de cruzar el Marañón, para luego penetrar hacia Suta y Levanto en la Amazonía. Siguiendo a Inge Schjellerup (2005: 248), también se llegaba a tierra de Chachas siguiendo el camino que pasaba por Huánuco Pampa, cruzaba las instalaciones incaicas de Cochabamba, en la provincia de Chachapoyas, y continuaba al norte hacia Leimebamba. Este camino era económica y políticamente muy importante para los incas, ya que mantenían una estrecha relación con los grupos de esta región y trasladaban *mitimacs* de Chachas a lugares estratégicos del Cusco.

El santuario de Choqek'irau, cerca de Machu Picchu y de Abancay, es un ejemplo particular de arquitectura inca hecha por



Fig. 83. Centro administrativo de Aypate, en la sierra de Piura. Es el último centro administrativo inca relevante del camino longitudinal de la sierra antes de pasar hacia la provincia de Loja, en territorio ecuatoriano. Foto Roberto Guerrero, Qhapaq Ñan Perú.

Chachas, con tecnología y recursos ornamentales propios de esa gente. Al igual que en los edificios chachapoyanos, donde se adornan los paramentos con frisos en relieve hechos con piedras de las mismas estructuras —tal como se aprecia en Kuelap o en las ruinas del Gran Pajatén o Abiseo—, en Choqek'iraw los adornos son figuras de llamas hechas con piedras de color diferente a las de los paramentos. De otro lado, la tecnología de la construcción es chachapoyana y no incaica, aun cuando la traza del lugar y sus elementos arquitectónicos formales son, sin duda, de estilo inca. Se presume que Choqek'iraw fue construido en tiempos de Thopa Inca Yupanki, después de Machu Picchu, que se presume fue hecho durante el reinado de

Pachakuti. Este modelo constructivo, aparte de evidenciar la existencia de *mitimaes* chachas en el Cusco, indica el grado de influencia que llegó a tener en el imperio.

Según la arqueóloga danesa Inge Schjellerup, en la región de Leimebamba existe evidencia de los caminos de penetración a la selva amazónica, donde ha examinado los que llevan a Atuén, Las Quinoas y Huayabamba. Ha hecho también la identificación y descripción de muchos de los tambos de la ruta. Aquí los caminos estaban pavimentados con piedras: “con un sistema de bordes de mampostería cuando eran necesarios y con cunetas de drenaje para que fluyera el agua de lluvia”. Los caminos de Cochabamba



Fig. 84. Por su paso por Ecuador, el camino longitudinal de la sierra conecta asentamientos de gran importancia, como el Complejo Arqueológico de Ingapirca. Foto Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador.

a Leimebamba tenían un ancho promedio de 3 metros, pero, lamentablemente, están ahora destruidos. Se nota una gran prolijidad en sus acabados, incluyendo cunetas, drenes, puentes y otros recursos camineros.

La ruta principal del Qhapaq Ñan seguía hacia el norte por la sierra de Piura, en el frente occidental, dado que en el frente oriental estaba interrumpida por el cruce del río Marañón, que da origen al Amazonas rompiendo la continuidad de las montañas andinas. En realidad, con las obras chachas se interrumpe también la ocupación incaica, que más al norte obedece claramente a los parámetros de las poblaciones del Alto Amazonas, que son significativamente diferentes a las de los Andes centrales.

El Camino Real que sale de Cajamarca hacia el norte tiene algunos restos aún visibles que pasan por Porcón e Ingatambo, en dirección a Chota y Huambos, donde hay restos de arquitectura de estilo cusqueño. Siguiendo el curso del río Chotano y luego el del Huanca-bamba, pasa por una serie de tambos bastante bien servidos, entre los que destacan los poblados de Caxas, Paredones y, finalmente, Aypate, cerca de Ayabaca. El sitio es un importante complejo incaico, formado por un grupo de edificios en forma de *kanchas* de estilo cusqueño, que seguramente cumplían una función ceremonial y administrativa fortificada.

Desde Aypate, que Polia (1995: 92) identifica como la antiguamente llamada Ayabaca, centro principal de los guayacundos



Fig. 85. Sección de camino Juan Montalvo – Cabuyal, provincia del Carchi, Ecuador. Llegando a la frontera con Colombia, el camino longitudinal de la sierra reduce sus dimensiones y desaparecen sus finas características constructivas. Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador, foto Fredy Ramos

ayawacas, el camino se dirige hacia Loja y posteriormente a la ciudad de Tomebamba, en Cuenca. El paso hacia Loja tiene al menos dos tambos identificados y fragmentos bastante grandes del camino. Es tierra de los paltas, que, hasta donde sabemos, tenían condiciones de vida muy rigurosas debido a la naturaleza de su medioambiente. Está muy cerca de las tierras yungas de Tumbes y de la Amazonía, y en esta zona, de algún modo, se inician las características de los Andes ecuatoriales, definidos por su proximidad a los ambientes húmedos, como se ve en el tramo entre Loja y Cuenca, y sus salidas hacia los bosques orientales, por Zamora o El Paute.

Siguiendo el camino, al norte, en la provincia de Cuenca y en territorio Cañar, se

llega a dos asentamientos mayores de estilo inca con mampostería fina: uno es la ciudad de Tomebamba, o Tumipampa, que está cubierta por la ciudad de Cuenca y que reproduce una serie de edificios iguales a los del Cusco (cuya construcción se atribuye al inca Wayna Qhapaq, que aparentemente vivió allí por varios años), y otro que es su par en la misma zona, conocido como Ingapirca, con edificios hechos con gran esmero y acabados muy finos. Esto es en el extremo norte del Tawantinsuyu, donde no existía una tradición arquitectónica equivalente, aun cuando más al norte, en la región de Imbabura, había unas pirámides con rampa asociadas a las fases últimas de ocupación preincaica, con mampuestos concertados de sillería a base de un material volcánico compacto conocido

como “cangagua”. En esa misma línea, tanto en la costa ecuatoriana, en el Guayas y Manabí, como en la zona amazónica vecina, había una tradición constructiva similar a la de Imbabura, con edificios en forma de “tolas” o montículos macizos, organizados de una manera similar a los centros urbanos preincaicos de la costa peruana, pero diferentes a los modelos urbanos de origen cusqueño.

La región septentrional andina tiene sus características propias que afectan el curso del camino. Es el tramo de los Andes donde a ambos lados de la sierra hay una selva húmeda, tierra de *yumbos* o selváticos. La cordillera aparece como un macizo con lluvias regulares que favorecen una agricultura de secano, bien servida incluso cuando los excesos de lluvia pueden conducir a tener que hallar medios de preservación de inundaciones. En la región de Imbabura, al norte de Ecuador, se hizo necesario el riego y el manejo de un sistema artificial de habilitación de tierras de cultivo, conocido como “camellones”, del mismo tipo de los que se usaba en las zonas de bosque tropical lluvioso como en la cuenca del Guayas de Ecuador, en las tierras bajas del San Juan, al norte de Colombia, o en el Beni, en Bolivia.

De Tomebamba quedan pocos edificios visibles, porque la ciudad colonial y contemporánea de Cuenca los ha cubierto. Según Jaime Idrovo (2000: 83), la ciudad de Tomebamba fue hecha a imagen y semejanza del Cusco: fue planeada en tres sectores básicos, pero quedó inconclusa debido a la guerra de sucesión que se produjo entre los hijos de Wayna Qhapaq. El núcleo central estaba en el barrio de Pumapungo, donde se ubican los conjun-

tos arqueológicos que ya había identificado Max Uhle a comienzos del siglo XX, como el palacio del Inca, el complejo de Todos Santos y otros restos vecinos, que serían el Qorikancha, el Aqllawasi (que Uhle llamó Mullucancha) y otros menores. A este conjunto, Idrovo le agrega una serie de restos extramuros y periféricos, y desde luego las calzadas que forman el Qhapaq Ñan, que son parte del conjunto. Este camino, “a su paso por Tomebamba, se lo descubre al norte en su entrada por Machángara y la actual Calle Vieja. Se dirige al sur mediante dos vías principales de salida: la avenida Loja hacia el occidente y la avenida Huayna-Capac al oriente”. Hacia Quito iban dos calles, y hacia Loja y la costa otro “camino Real”, pero también existían los que iban a la costa, primero Guapondelic y luego Tomebamba en Cajas, en las rutas ahora identificadas desde la laguna de Mamamac, hasta el pueblo de Migüir. Otro tramo sale desde la laguna de Inca Carretero, y un tercero desde Atugyacu, y al parecer se unen a la altura de Paredones. La ruta a Puerto Bola, identificada también durante la Colonia como el “camino de Guayaquil” o “de la costa”, y que en su recorrido inicial desde Tomebamba iba paralelo al río del mismo nombre, en lo que actualmente constituye la calle Larga, partía al parecer del barrio incaico de Pumapungo. En este sentido se pronuncia al menos la siguiente cita de comienzos del régimen colonial, en el siglo XVI: “el camino real que va desta ciudad a la de Guayaquil hazia mano ysqquierda y linde con el río Grande que va junto al dicho camino de Guayaquil y que salían desde la Calle Larga de Cuenca y los que iban al oriente, a Paute y Zamora” (Cabildo de Cuenca [1579-1587: fol. 147] 1988: 352).

El camino entre Cuenca y Quito cruza la tierra de los volcanes y las hoyas de campos fértiles naturalmente irrigados con paisajes serranos siempre verdes, interrumpidos por los páramos húmedos y fríos de los puntos intermedios entre hoya y hoya, donde moraban los puruháes y panzaleos. El Qhapaq Ñan vinculó los dos centros mayores del Incario en el septentrión andino Tomebamba-Ingapirca con Quito-El Callo, lo que generó una particular unidad que indujo a concebir la existencia de un autónomo “reino de Quito”. En realidad, no sería de extrañar que se hubiese formado una entidad de esa naturaleza, dado que, en efecto, los Andes ecuatoriales definieron conductas singulares ligadas especialmente al comercio y la formación de mercados y de mercaderes especializados —los *mindalaes*—, que obviamente organizaron los espacios de circulación con características diferentes a las de los cusqueños. En verdad, la conquista de esta región y su inserción dentro del Tawantinsuyu no fue igual que el resto de conquistas en territorios con los que los incas estaban familiarizados a través medios y procedimientos comunes.

Quizá por eso, el camino mismo fue considerado como especial. Según el cronista Agustín de Zárate:

Cuando Guaynacaba fue desde la ciudad del Cusco con su ejército a conquistar la provincia de Quito, que hay cerca de quinientas leguas de distancia, como iba por la sierra, tuvo grande dificultad en el pasaje por causa de los malos caminos y grandes quebradas y despeñaderos que había en la sierra por do iba. Y así, pareciéndoles a los

indios que era justo hacerle camino nuevo por donde volviese victorioso de la conquista, porque había sujetado a la provincia, hicieron un camino por toda la cordillera de la sierra, muy ancho y llano, rompiendo e igualando las peñas donde era menester, y igualando y subiendo las quebradas de mampostería; tanto que algunas veces subían la labor desde quince y veinte estados de hondo; y así dura este camino por espacio de las quinientas leguas. Y dicen que era tan llano cuando se acabó, que podía ir una carreta por él, aunque después acá, con las guerras de los indios y de los cristianos, en muchas partes se han quebrado las mamposterías destes pasos por detener a los que vienen por ellos, que no puedan pasar [...] Y no contentos con haber hecho tan insigne obra, cuando otra vez el mismo Guaynacaba quiso volver a visitar la provincia de Quito, a que era muy aficionado por haberla él conquistado, tornó por los llanos, y los indios le hicieron en ellos otro camino de casi tanta dificultad como el de la sierra (Zárate [1555: lib. I, cap. X] 1968: 137).

Llegados a este punto extremo del Tawantinsuyu, cerca de Quito, en San Agustín del Callo —que pudiera haberse llamado Mulahalo en el siglo XVI— hay restos de edificios que en nada difieren de la más fina fábrica cusqueña. En las proximidades, si bien no han sido aún arqueológicamente examinados, hay un territorio de *qollqas* y restos de lo que parecen haber sido obras de infraestructura agraria. Es presumible que hayan existido sitios similares en la ciudad de Quito, pero ahora no son visibles. Se atribuyen a la administración del inca Wayna Qhapaq,



Fig. 86. Valle medio del río Guaitará, Nariño, Colombia. En la ladera a la derecha se observa la huella de un tramo del camino Guapuscal Bajo - El Salado. Altitud: 2000 msnm. Foto A.M. Groot, año 2006.

y por lo tanto deben considerarse obras de fines del siglo XV o inicios del XVI. Hay algunos restos de muros y hallazgos aislados de tumbas y objetos de origen incaico en la ciudad de Quito. La ruta continúa hacia el norte y pasa por la cuenca de los ríos Mira, Chota y Guayllabamba. Hasta el momento solo se reconoce la habilitación de un poblado menor, mencionado como Huaca en los documentos. En Caranqui hay restos de un edificio que se dice que fue mandado construir por el inca, pero es más la leyenda que la evidencia, aun cuando en toda la región, especialmente en Cochasquí y Zuleta, se han encontrado restos de origen incaico. En Caranqui hay restos de un edificio que se dice fue mandado construir por el inca, sitio que se encuentra en proceso de investigación me-

dante estudios de prospección con sensores remotos. Así se determinó la presencia de otros edificios y estructuras hidráulicas, y se evidenciaron muros con hornacinas. Certifican que los elementos arquitectónicos identificados “en Caranqui forman parte del centro administrativo inca fundado en Caranqui, complejo que el cronista español Cieza de León llegó a conocer en 1547”. El material cultural recuperado en los estratos geológicos indica que, posiblemente, en este sector deben haber restos de ocupaciones pre-Caranqui, Caranqui, inca y española de los siglos XVI y XVII (Echeverría y Bray 2016).

Es necesario reconocer que esta tierra de los caranquis, cuyo centro principal era Otavalo (Sarance es el nombre original), y

los Cayambe, cuenta con un grupo numeroso de asentamientos con “tolas” ceremoniales, habitacionales y sepulcrales, que forman centros urbanos de aspecto monumental. Sin embargo, en Cochasquí y Zuleta, se han hallado restos de origen incaico. En tiempo de los incas, en las proximidades no se habilitaron pueblos incaicos, aun cuando las fortalezas de Pambamarca y otros edificios de este tipo indican una intensa actividad cohari.

La ruta serrana, que es la que propiamente se ha identificado como Qhapaq Ñan, llega hasta Colombia por el norte, en la sección que era ocupada por los pastos, hasta la cuenca media del río Guáy tara, en el departamento de Nariño. Era una zona en proceso de incorporación al Estado Inca y, por lo tanto, no existen vestigios muy firmes de ocupación incaica, a tal grado que hasta se dudaba de que hubiera restos del camino. Sin embargo, los recientes estudios de la Universidad de Nariño, bajo el liderazgo de Claudia Afanador Hernández, indican que sí existe tal evidencia, con características similares a los caminos del Chinchaysuyu.

2.1.1.1. El camino de la costa

La ruta del Chinchaysuyu se completa con el llamado Camino de la Costa, que si bien podría decirse se inicia en Tumbes, en realidad el primer tramo (el cruce que hace por el desierto de Sechura Olmos) es lejos del mar, bordeando el desierto en las proximidades de la sierra. En cambio, a partir del valle de Jetepeque, ese camino corre paralelo al litoral, cubriendo los desiertos y los valles de La Libertad, Áncash, Lima, Ica y el extremo nor-

te de Arequipa, donde nuevamente se desvía hacia los estribos de la cordillera.

El camino reproduce en gran parte las rutas trazadas por los chimúes y por Wari. En el primer caso, incluso debería reconocerse que se trata de los mochicas, con antecedentes en el Formativo, en tiempos de Cupisnique y Chavín. En este último caso, incluso es necesario recordar que las conexiones entre la sierra y la costa estaban bajo dominio de los valles costeros, porque así lo exigía un temprano surgimiento de los asentamientos urbanos.

Los recientes hallazgos de Ruth Shady en el yacimiento Arcaico (precerámico) de Caral, en el valle de Supe, le han hecho proponer un también temprano surgimiento de las vías de comunicación formalizadas por una entidad con capacidad de ordenamiento político para el tráfico de personas y bienes, desde Supe hacia los valles aledaños y la sierra de Lima y Áncash. Paul Kosok hizo un estudio del tema y sustentó la tesis de que los caminos eran producto necesario de una voluntad política, y no simples medios de traslado de bienes o gentes. Para Kosok, los caminos eran requeridos porque:

Desde un punto de vista económico, los caminos fueron el medio para transportar los tributos hacia el centro político, reforzando así su poder e influencia. Pero lo más importante fue que constituían los únicos medios físicos para mantener la administración política y militar de los valles conquistados (desde el centro mismo del poder) [...] Los caminos “políticos” entre valle y valle de-



Fig. 87. Cabeza de Vaca, en el departamento fronterizo de Tumbes con Ecuador, marca el inicio del camino longitudinal de la costa, o camino de los llanos. Sobresale el llamado “Templo del Sol”. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

ben haber comenzado a aparecer junto con las primeras conquistas permanentes entre estos valles (1978: 617-618).

Según lo que hemos recogido de crónicas como Cieza de León, que describe con mucho detalle el camino de Piura a Trujillo, así como las noticias contenidas en las Ordenanzas de Tambos que mandó hacer del licenciado Vaca de Castro en 1543, que ubica tampus en Trujillo, Chicama, Pacasmayo, Zaña, Collique, Cinto y Túcume, podemos saber que el camino de la costa, paralelo al de la sierra, era un camino bien servido, pero con una serie de limitaciones, como lo menciona Hyslop (1984: 40-41). Este autor hace una glosa de las descripciones que hace Cieza de León, que al describirlo dice que,

en las 22 leguas (110 kilómetros) que hay entre Piura (San Miguel) y el valle de Motupe, era un trayecto dificultoso y seco y con muy poco acceso a agua.

Se supone que ese es el primer camino que conocieron los españoles en su viaje a Cajamarca. En realidad, Cieza ve el Qhapaq Ñan en Motupe, pero de algún modo llama la atención que la comunicación entre los tallanes de Piura y los mochicas de Lambayeque no tuviera un tratamiento cuidadoso, pues Cieza sugiere que el camino entre Motupe y Piura no era de construcción formal, lo que no condice con los datos y comentarios de los primeros conquistadores españoles que usaron el camino en su viaje desde Piura a Cajamarca. Cuando Cieza recorrió el camino,



Fig. 88. En el camino longitudinal de la costa sobresale el uso de materiales propios de la región, la tierra. Vista del tramo de Cabeza de Vaca hacia el sur, casi paralelo al litoral. Foto Qhapaq Ñan Perú.

en 1548, este estaba ya bastante descuidado. Claro que al sur de Olmos cruzaba todos los valles de Lambayeque y también los de Jequetepeque que usaron para viajar a Cajamarca. Luego seguían los de Chicama y Moche, que solo conocieron después.

El reino del Chimor, formado en el siglo XII —aunque en realidad su historia debe considerarse desde la época llamada Mochica o simplemente Moche— tenía un ámbito de influencia que abarcaba desde el valle de Chillón o Carabayllo, al norte de Lima, hasta Piura, con una fuerte presencia en Tumbes e influencias detectadas tan al norte como Manabí, en Ecuador. La presencia de restos procedentes de trujillanos de varios momentos de su historia, en lugares tan alejados como las islas Galápa-

gos, indican además que la navegación no les era ajena, y que, por el contrario, era uno de los rubros importantes que tenían como medio de comunicación con poblaciones costeñas como la de los manteños, que eran navegantes con la misma capacidad de viajar lejos (a Panamá, por ejemplo), y desde luego a las islas vecinas de las costas peruanas y ecuatorianas.

Las leyendas de origen de los reinos costeños se refieren con frecuencia a héroes fundadores llegados desde el mar en complejas embarcaciones, y hay abundante información gráfica en las obras de arte de la costa norte peruana, donde aparecen los varios tipos de embarcaciones y sus posibles usos. Otros “balseros” eran los mercaderes de Chincha. Como se sabe, el medio más avanzado de transporte

marítimo era, precisamente, las balsas o embarcaciones hechas con troncos y juncos, cuya capacidad de carga era suficiente como para trasladar un cierto número de personas junto con sus mercaderías e incluso con llamas, como las que los navegantes españoles pudieron apreciar en las costas ecuatorianas durante las travesías que hicieron como parte del “descubrimiento” del Tawantinsuyu.

Kosok describe los caminos del reino Chimú, especialmente los que están al sur del valle de Jequetepeque, en la sección meridional del dominio trujillano. Él encuentra que todavía existen restos de un camino recto que va desde Motupe hasta Chao, y que además quedan rastros del camino en los valles de Santa, Nepeña y Casma, que corresponden al límite sur del dominio mochica, y de la sección mejor asentada de la cultura Chimú, previos al territorio ocupado por grupos étnicos ligados a tradiciones propias de Áncash y sobre todo de Lima.

Señala que entre los valles de Jequetepeque y Chicama había un camino paralelo, que debe haberse desarrollado entre Saña y Chan Chan, y que obviamente servía a esta ciudad en su papel de capital de aquel inmenso reino. John Hyslop (1984: 40) hizo un seguimiento de esos caminos, especialmente los que corresponden a la sección septentrional del reino del Chimor, desde Chicama hasta Túcume, con el interés de identificar los que habían sido mandados hacer o habían sido usados por los incas. Su conclusión es que la mayoría de los caminos, si es que no todos, eran preincaicos, y que, tal como estaban, fueron integrados dentro

de la red del Tawantinsuyu para servir a los intereses políticos del inca, aun cuando hay indicaciones sobre un proceso de construcción de sus propios caminos, que al parecer se estaba iniciando cuando llegaron los españoles. El sitio incaico de Chiquitoy es parte de ese proyecto.

Siguiendo a Kosok, es probable que en la región de Lambayeque existiera un camino principal, tal vez equivalente al Qhapaq Ñan:

que partiendo de la ciudad de Lambayeque conectara los diversos y antiguos asentamientos indígenas de Mochumí, Túcume, Íllimo, Pacora y Jayanca, y que debe haberse extendido en el norte hasta Motupe y en el sur hasta el borde del valle. Sin embargo, tanto el antiguo camino colonial como la actual Panamericana pasan sobre esta misma ruta, de modo que no han quedado restos del antiguo camino. El único Camino Inca que aún existe en la región de Lambayeque-La Leche va directamente de Pátapo, en el valle de Lambayeque, a Batán Grande y La Viña en el valle de La Leche, bordeando los centros poblados mencionados anteriormente (Kosok 1978: 619).

Continúa Kosok diciendo que hacia el sur de Casma no se han descubierto restos de caminos antiguos, aunque no menciona que sí hay restos bien determinados de trazos de camino al sur de Moche, tanto en los valles de Chao y Virú como en Santa y Nepeña. Parece comprensible que el límite de las grandes obras camineras se detenga en Casma, que en cierta manera es también el límite de la expansión mochica y de la sección más sólida



Fig. 89. Segmento del camino de los llanos ingresando al valle de Moche (Trujillo, Perú), a la altura de la pampa El Alto, bordeando el cerro Campana. Foto Proyecto Qhapaq Ñan Perú.

del reino del Chimor. Kosok menciona que se ha informado de la existencia de un trecho en las proximidades del valle de Chancay, pero sus indagaciones se detienen allí.

Las observaciones de Kosok muestran que la diversidad de los caminos de la costa es un rasgo importante. Él reconoce que los caminos no tenían una estructura similar y habla de hasta cinco categorías diferentes de caminos formales. La primera es la del camino simplemente aplanado, con paredes laterales de adobe o piedra, de un ancho promedio de 8 metros, con algunos tramos de 5 metros, que conducía a Chan Chan en el valle de Moche, con secciones de cerca de 24 metros, y las paredes tenían algo menos de 1 metro de altura. Algunos muretes eran hechos con pie-

dras y reparados con adobe, lo que debe ser indicio de épocas diferentes, donde tal vez hay una parte de intervención en el periodo Wari, que parece equivalente al incaico, dada su poca participación transformadora en las obras públicas.

La segunda categoría de caminos se caracteriza porque la plataforma del camino no era solamente aplanada, sino que además era levantada, tal vez asociada a las eventuales crecidas del río o a eventuales procesos de inundación provocados por el fenómeno de El Niño. La tercera clase de camino es igual al anterior, solo que con cunetas a ambos lados, tal como se aprecia entre Saña y Lambayeque. El cuarto tipo es también con plataforma levantada, pero con muros late-



Fig. 90. Calzada del camino de los llanos encerrado por muros en la zona del cerro Antival, provincia de Casma, Áncash. Foto Qhapaq Ñan Perú.

rales que pueden ser muy distantes el uno del otro, de 25 a 50 metros, o incluso de cerca de 100 metros, con campos de cultivo al interior de las murallas. Un camino de esta categoría atraviesa la pampa de Tecapa en el valle de Jequetepeque. La quinta categoría reúne todos los atributos de los anteriores, es decir, la plataforma del camino, los muretes laterales, los canales de drenaje a modo de cunetas, los campos de cultivo laterales y los muros externos en forma de montículo. Por cierto, estos cinco tipos de caminos son parte de un programa vial señorial y no de simples senderos para el tránsito de personas o llamas.

Las ciudades de la costa, a diferencia de las del programa incaico, no eran parte del camino. No eran tambos, aun cuan-

do claramente existían este tipo de sitios en la ruta. Las ciudades costeñas, incluidas las que estaban anexas al reino del Chimor, respondían a un régimen de explotación de los recursos agrícolas de los valles en los que ellas tenían asiento. En cambio, las ciudades del Qhapaq Ñan, con excepción tal vez de Vilcashuamán, eran asentamientos jurisdiccionales, es decir, obedecían a propósitos políticos que no necesariamente respondían a los intereses económicos de su entorno inmediato, sino al proyecto imperial. Eso es lo que ocurría con ciudades como Huánuco Pampa y seguramente Ingapirca, y probablemente también Pomacocha, entre otras. En cambio, ciudades como Apurlec, o Túcume en Lambayeque, Farfán en Jequetepeque, o la misma Chan Chan, responden a propó-

sitos y condiciones históricas de larga data totalmente vinculadas a sus localidades. Los caminos entre unas y otras deben ser considerados desde el ángulo de servicio económico y administrativo que eso implica.

Un factor a tener en cuenta es que los pueblos de la sierra requerían conexiones multidireccionales, que incluían pueblos y parajes tanto del lado occidental costeño como del lado oriental amazónico, y al mismo tiempo servían de contacto entre esos extremos y los pueblos que vivían al norte y sur de la cordillera. En cambio, los pueblos de la costa priorizaban sus conexiones norte-sur con los valles vecinos, y solo complementariamente con los pueblos de la cordillera.

Esa diferencia de perspectiva es la que seguramente permite explicar por qué había un esquema de conflicto permanente entre las partes altas y los valles de la costa a lo largo de todo el territorio mochica y posteriormente chimú. En efecto, lo más característico como obra estatal en las cuencas altas de los valles es la construcción de fuertes y diversos sistemas defensivos. La obra militar era dominante desde comienzos de la era cristiana, de modo que no estaba referida solamente a las incursiones de Wari o de los incas. Había barreras fortificadas entre Cajamarca-Áncash y Lambayeque-Trujillo, tal vez desde tiempos de Cupisnique y Chavín. Dentro de eso se inscriben obras complejas como la Gran Muralla del Norte, que tenía varios kilómetros de largo, con una estructura maciza de más de 3 metros de alto en gran parte de su trayecto, y un grosor superior a los 2 metros en gran parte

de ella. Se ubicaba paralela a las márgenes del río Santa. Había varias otras murallas similares, como dividiendo territorios a lo largo del camino.

Todas estas secciones del Chinchaysuyu están asociadas a una historia urbana muy larga, como es notable en los valles de Nepeña y Casma, donde hay sitios de la magnitud de Pañamarca, de época mochica, en el valle de Nepeña, o complejos fortificados como los de Chankillo, y ciudades como las de Purgatorio en el valle de Casma. En una tradición urbana igualmente antigua están también los sitios y caminos de los valles de Pativilca, Supe y Huaura, donde hay ciudades como las de Chimú Capac o Vilcahuaura, que, si bien no alcanzan las dimensiones de las del norte, están dentro del margen de desarrollo que nació en la costa a partir de Wari, manteniendo el impulso hasta la época de los incas.

En los valles de Chancay y Chillón, que son el límite sur del reino del Chimor, donde su impacto es apenas visible, el impacto de Wari fue un factor importante en el desarrollo urbano de la región. Allí vuelven a aparecer grandes ciudades, cuya característica particular es un fuerte peso hacia las unidades de vivienda aglutinada y compacta, visible en asentamientos como el de Cuyo, diferentes a otros de carácter menos popular, como el que hay en el sitio de Makatón o en Pisquillo. Más al sur, en los valles de Lima, el desarrollo urbano es igualmente significativo, y es aquí donde Pachacamac se convirtió, desde tiempos de Wari, en un punto de referencia de todo el territorio peruano.

Pachacamac debe considerarse como un santuario y sitio de peregrinaje donde sus oráculos se convirtieron en el factor principal para la habilitación de los caminos que allí se dirigen. Existió desde los inicios de la era cristiana y siguió ocupado aun en los primeros años de dominio español. Su función religiosa y ceremonial era de tipo local, y mantuvo ese carácter incluso en el interregno entre Wari y los incas. Formó una suerte de entidad política que se recordaba con el nombre de Ischma en el siglo XVI. Es probable que la mayor parte de los grandes edificios sean de esas épocas. Sin embargo, queda claro que el templo principal al dios Pachacamac era de época wari, y que los incas introdujeron el llamado Templo del Sol. Hay muchos edificios de la época inca con estilo e incluso elementos del Cusco, como los muros con sillería fina, y hornacinas características de los recintos sagrados incaicos, que aparecen en el palacio de las *mamakunas* o Aqllawasi. Desde allí se puede uno dirigir a la sierra, con dirección a Jauja y desde luego al Qhapaq Ñan. Esa es la ruta de retorno que siguieron los españoles que llegaron a Pachacamac con Hernando Pizarro.

El camino de la costa continúa cruzando los valles al sur de Lima, pasando de Lurín (Pachacamac) a Chilca, Mala y luego a Cañete. En este lugar nuevamente destaca la importancia de los asentamientos incaicos, y es notable la ocupación de Lunahuaná, en el valle medio, y luego de Cerro Azul, frente al mar. En la Fortaleza de Huarco hubo también sillería de estilo cusqueño, sobre un promontorio que está encima de un acantilado marino. En la lista de Vaca de Castro

aparece como uno de los tambos. Hay varios en Cañete y han sido presentados generalmente como fortalezas, como es el caso de Ungará, llamada también la Fortaleza de Chuquimanco, en referencia a un héroe legendario de los huarcos, o Herbay Bajo, que está asociado al camino y que tiene todos los visos de ser de la época inca, y de varios otros sitios que están cerca del camino o son cortados por él.

El camino sigue hacia Chíncha y de allí va a Pisco. En Chíncha tenía su centro urbano de base en Tambo de Mora, donde la Huaca de la Centinela contiene una ocupación de la época del reino de Chíncha y otra de la época incaica. Los de Chíncha viajaban con mucha frecuencia a Pachacamac, y estaban aliados con los incas con un reconocimiento particular de su rango. Era una zona de alta concentración poblacional. En el valle había al menos tres grandes ciudades y muchos poblados concentrados, con alrededor de treinta mil pobladores.

Desde allí el camino se dirige a la sierra y al sur, hacia Pisco, pasando por importantes tambos, como el de Ranchería, el de San Pedro y Lurinchíncha, en el centro y el extremo sur del valle. En la ruta a la sierra, que destaca por un elegante camino amurallado, que aún se conserva en los terrenos de Larán, hay por lo menos dos tambos bastante bien abastecidos. El camino hacia Pisco, que tiene unos 10 metros de ancho, se dirige a Lima La Vieja y luego a Tambo Colorado.

Chíncha era tierra de mercaderes. Los registros documentales indican que los chin-



Fig. 91. En el extremo sur del Perú, el camino longitudinal de la costa discurre entre el mar y las laderas abruptas de la cordillera de la Costa. La actual carretera Panamericana Sur sigue el mismo trazo del camino inca, unas veces más arriba, otras más abajo. Vista de norte a sur. Foto Gerardo Quiroga Díaz, Qhapaq Ñan Perú.

chanos traficaban con sus mercaderías por todo el Altiplano hacia el sur y por toda la costa y con seguridad, la vecina sierra de Huancavelica y Ayacucho. Por mar, se dirigían a muchos puertos costeros y dicen los escritos que tenían como diez mil embarcaciones en sus puertos. Su fama de mercaderes estaba dispersa en todas partes. Fue uno de los primeros grupos étnicos de los que tuvieron noticia los españoles recién llegados a Tumbes, y, adicionalmente, el señor de Chinchu estaba junto con el inca en Cajamarca, en andas y con rango de importancia.

La ruta de la costa cruza el desierto, siguiendo los oasis del río Ica, y llega a Nasca

mediante un camino de 8 metros de ancho y de unos 40 kilómetros de largo, que va desde Ocucaje hasta el oasis de Santa Cruz, donde se inicia la cuenca de los ríos que forman Nasca. En Nasca está el sitio conocido como Paredones, que es de época inca, aunque en este mismo tiempo había también una serie de asentamientos urbanos de tipo local. Desde Nasca se puede subir a la tierra de los Rucanas a través de las pampas de Galeras y Puquio, y dirigirse por esa ruta hacia el río Apurímac, por tierra de soras y quíchuas, con destino al Cusco. Otra ruta de Nasca va hacia el sur, hacia Chala. Pero ya este es el dominio del Kuntisuyu, que es la ruta que saliendo del Cusco se dirige hacia el mar.

2.1.2. El Kuntisuyu

El camino del Kuntisuyu es corto. Saliendo del Cusco hacia el poniente pasa por tierra de aymaras y chumbivilcas para Condesuyos, Cabanas y Collawas, desde donde se llega a las costas de Camaná, Arequipa y Moquegua. No son caminos espectaculares, aun cuando están muy cuidados y con una secuencia consistente de tambos y tambillos. Al parecer, el puerto o caleta más socorrido era el de Quebrada de la Vaca, al pie de las lomas de Atiquipa, desde donde se abastecía de peces y mariscos al Cusco. Existe la historia de que estos productos marinos llegaban “frescos” hasta el lugar donde el inca los consumía. Siguiendo a Santiago Agurto (1980: 117-118), el camino al Kuntisuyu —o Contisuyo— debía salir con dirección a Tambobamba, y luego subir por

las nacientes del Apurímac y cruzar las punas de Chumbivilcas, para pasar a las cuencas de los ríos de Acarí, Yauca, Caravelí y Ocoña, hasta Camaná sobre el río Colca. Allí había ya una tradición urbana instalada desde la época en que ese territorio había sido ocupado por Wari, que había logrado avanzar incluso hasta las tierras de los tiwanakus en Moquegua.

De hecho, en Cotahuasi, Caylloma y Chuquibamba, la presencia Wari había permitido instalar asentamientos urbanos relativamente complejos, con caminos y tambos bien construidos. Es tierra de qollawas, quienes absorbieron además la tecnología incaica en la vida agraria, al desplegar un programa muy activo de terracerías y mecanismos de irrigación, y habilitar una gran cantidad de tierras



Fig. 92. Centro administrativo Quebrada de la Vaca, en el tramo Tambobamba - Quebrada de la Vaca del camino de los llanos. Arequipa, litoral del sur peruano. Foto Qhapaq Ñan Perú.

fértiles, donde casi no hubo antes agricultura. Según avanzan los estudios, parece que ese era parte de un proyecto iniciado en tiempos de Wari, aun cuando la actividad desplegada en la época inca era realmente notable.

Como se ve en el cañón del Colca, y en realidad en todo el frente occidental de la cordillera, la naturaleza fue totalmente transformada en un paisaje escalonado y verde. El esquema político tenía necesidad de solo unos pocos centros urbanos concentrados, como Churajón, Pocsi, Qosqopa o Chivay, dado que era esencialmente rural, con pequeñas unidades familiares, donde los asentamientos mayores estaban casi exclusivamente reservados a servir como tambos. Los destinos marítimos de Chala, Camaná y Matarani son el final del camino.

2.1.3. El Antisuyu

El camino al Antisuyu, hacia el oriente, era igualmente corto y en realidad poco definido. Su destino era obtener madera, coca, cera, miel, plumas y drogas para el servicio del culto inca. Al igual que los caminos de la costa norte, estaban mediados por una línea de fortificaciones habilitadas en las cumbres de los cerros intermedios. El ancho del camino principal del Antisuyu era de 3 a 5 metros en la salida del Cusco, al sur de Saqsaywaman. Este camino es corto y se ramifica rápidamente. En algunas partes debe ser enlosado, y en trayectos como el que va a Machu Picchu o a Choqek'irau es además elegante. Los caminos de "la montaña" son difíciles y costosos en términos de su mantenimiento y construcción, debido a las condiciones llu-



Fig. 93. Choqek'irau, impresionante asentamiento inca camino al Antisuyu. Tramo Vitkus – Choquequirao. Foto Dirección Desconcentrada de Cultura de Cusco, Ministerio de Cultura.

viosas del medio y las fuertes pendientes de los cerros. Los referentes del Antisuyu eran Ollantaytambo, Paucartambo y Marcapata (saliendo de Urcos).

2.1.4. El Qollasuyu

La otra ruta mayor del Qhapaq Ñan se dirige hacia el Qollasuyu, al sur, siguiendo el curso del Vilcanota hasta alcanzar las nacientes del río y cruzar la divisoria de aguas con la cuenca del Titicaca. Es un camino de élite, igual que el del Chinchaysuyu. Luego de salir del curso del río Watanay, pasa sobre el lago de Muyna y debajo del canal de Rumiqollqa. Hasta este punto, el camino es de unos 10 metros de ancho, para subir en dirección a Urcos y luego a Raqchi. Hasta este punto, es tierra que fue dominio de Wari, cuyo límite meridional está en el sitio de Yanamancha, en San Pedro de Cacha. Más adelante, en Quispicanchis, Canas y Canchis, se ingresa a la frontera inca, donde propiamente se inicia el Qollasuyu, cuyos primeros componentes son precisamente los qollas de la cuenca norte del lago Titicaca, luego de pasar por los tambos de Ayaviri y Pukara. Al noroeste de Pukara, cerca de Ayaviri, el camino se divide en dos: uno toma el nombre de Umasuyu, y va hacia la costa oriental del Titicaca, mientras que el que va al oeste es llamado Urcusuyu.

La ruta de Urcusuyu cubre tierras qollas y lupacas, en tanto que la Umasuyu va por la región de Umasuyus y en parte de Pacajes. El tramo de Urcuyu es un camino de 3 a 7 metros y no estaba tan elaborado como los caminos del norte. Su característica más saliente son los muros laterales de piedra, hay pocas

escaleras y muros de contención. Sin duda no se trata de obras maestras, con excepción de las calzadas que hay sobre las bahías del lago Titicaca. El carácter modesto de los acabados contrasta con el hecho de que el tránsito por esta ruta era tan intenso como lo eran los caminos del Chinchaysuyu, y por aquí iban caravanas muy cargadas de bienes que llegaban desde el actual territorio boliviano, argentino y chileno, con destino al Cusco. Su traza, al igual que el camino norteño, cubre varios miles de kilómetros, aun cuando su tránsito es siempre por zonas rurales y no por trayectos con hábitos y mano de obra urbana.

Puede decirse que el punto de partida del Qollasuyu está en Raqchi, del mismo modo como se podría decir que en Limatambo y Curawasi estaba el del Chinchaysuyu. En Raqchi está el santuario atribuido al culto del dios Wiraqocha, y se trata del último gran centro urbano de élite en esta ruta. Está protegido por una muralla que lo circunda y tiene una vistosa *kallanka* que conserva gran parte de sus muros y columnas originales, con sus bases de sillería fina. Las partes altas de las paredes y columnas están hechas con adobes de estilo inca. Hay, como en Ollantaytambo, una red de fuentes de agua asociadas a una serie de espacios abiertos claramente destinados a ritos de diversa clase. Asimismo, es parte del santuario un número considerable de depósitos y cuartos dispuestos a manera de un cuartel. La distribución de los depósitos recuerda a los que se conocen en la ciudad de Pikillaqta, de época wari, pero la distribución y tipo de recintos presuntamente destinados a vivienda u otros usos domésticos o civiles, se parece en todo a los que hay en las



Fig. 94. Terminando el valle de Cusco, en un abra que lo separa del valle de Vilcanota camino hacia el Qollasuyu, se encuentra “la muralla” de Rumiqollqa, originalmente un acueducto que abastecía de agua a la ciudad wari de Piquillaqta. Foto Elías Mujica, año 2012.

terrazas de Machu Picchu, de modo que no hay ninguna duda respecto a su atribución a la época de los incas.

En verdad, con excepción de los manantiales de agua caliente que brotan en la puna, en las proximidades del lugar llamado La Raya, en el camino hacia Puno, no hay nada especialmente importante en este trayecto hasta llegar a los centros urbanos de Hatunqolla y Paucarqolla, a los que se asocian las *chullpas* de Cutimbo, Sillustani, Mallku Ama-ya y otros elegantes mausoleos de una tierra efectivamente rica, agrícola y ganadera.

Hatunqolla es el nombre del asentamiento que se atribuye a la capital de un

reino altiplánico, donde el rey se llamaba Zapana (de *sapan*, “el único”). Es un asentamiento extenso, aunque no hay visibles restos incaicos en la superficie, con excepción de algunas piedras de estilo cusqueño en edificios actuales. El Camino Inca entra al pueblo desde cuatro lugares: la ruta sur se dirige hacia Sillustani, en tanto que la ruta este va hacia Paucarqolla y Chucuito, y la oeste hacia Cabana, con destino a la costa. El camino del norte se dirige hacia Cusco. La traza del pueblo actual parece corresponder al original diseño incaico, incluida la plaza que es trapezoidal. El otro sitio es Paucarqolla, ubicado en la llanura del lago, a unos 2 kilómetros, y tiene también muy pocos vestigios incaicos visibles. Es señalado como uno de los tambos

del camino, aunque parece que no estaba en uso cuando llegaron los españoles.

Más al sur está la margen occidental del lago, tierra de lupacas, y se inicia con el sitio de Chucuito, al pie de la actual ciudad de Puno, a orillas del Titicaca. En este lugar sí existen restos de arquitectura incaica, con piedras labradas como las que hay en las *chullpas* de Sillustani y Mallku Amaya. El lugar incaico es conocido como Inca Uyu, y es un cercado simple que está asociado a un grupo de clavos destinados a servir de amarras para la construcción de techos. Debido a la forma de estos clavos, la imaginación popular los identifica con falos, sugiriendo un culto fálico que no existió en el mundo andino.

En la lista de tambos de Vaca de Castro, hecha en 1543, luego de Chucuito figuran los sitios de Acora, Ilave, Juli, Pomata y Zepita, los que coinciden con la lista que también hizo Guaman Poma de Ayala. Estos lugares, con excepción de Yunguyo, que no es mencionado en esos documentos por estar fuera de la ruta del Qhapaq Ñan, corresponden a los asentamientos que caracterizan el dominio de los señores Cari y Cusi del reino de los lupacas.

El camino de Omasuyu se desprende del Qhapaq Ñan en Ayaviri, y desde este punto se dirige hacia el lado oriental del lago Titicaca, pasa por Azángaro en dirección a Puerto Acosta, y luego por Carabuco, Achacachi, Pucarani y Laja, llega a Viacha y, finalmente, desde Viacha va hacia Paria, que es un lugar varias veces mencionado en la literatura de la época.

Ballivián, Goytia y Michel (2010) verificaron la existencia de los caminos Urco y Uma en el Altiplano de Bolivia. Cada uno de estos caminos estaba constituido por una sucesión de tambos en el eje norte-sur.

Los caminos Urco y Uma expresaban la organización social y espacial dual de los *ayllus*. Fueron trazados en relación con el eje acuático que forman el río Azángaro, el lago Titicaca, el río Desaguadero y el lago Poopó, considerado como un centro sagrado para las confederaciones qolla y charcas (Bouysse-Cassagne 1986, Zuidema 1989).

Los urcosuyos se distinguían como gente de habla aymara, superior y guerrera; mientras que la mitad complementaria, los umasuyos, eran hablantes de idioma *puquina*, *uruquilla* y *uru*, considerados inferiores y sometidos a los urcosuyos (Bouysse-Cassagne 1986, 1987). El Urcosuyo estaba dividido a su vez en otra mitad: *alaa* yungas o “yunga de arriba”, e incluía los valles del Pacífico. El Umasuyu se dividía en *manqha* yunga o “yunga de abajo”, e incluía los valles de orientales amazónicos. Aparentemente, el Qhapaq Ñan recorría los tambos ubicados en las cabeceras de cada *suyu* en el Altiplano, en una mitad climática fría, ambas civilizadas, benévolas y fértiles (Sánchez 2008: 76).

El primer camino Urco desarrollaba un extenso recorrido desde el Cusco hacia la margen oeste del Titicaca, hasta Desaguadero, y de allí ingresaba a las localidades de Machaca, Caquiaviri, Caquingora, Callapa, Totorá, Chuquicota, Andamarca, Aullagas y Porco.

En el camino Desaguadero-Jesús de Machaca, las investigaciones arqueológicas conducidas por Ballivián, Goytia y Michel (2010) han identificado camellones al sur de la población de Desaguadero boliviano, que corresponden al denominado patrón “lineal” de Smith *et al.* (1981), debido a que están orientados en dirección este-oeste, son largos y angostos, paralelos entre sí, y de 400-500 metros de largo. Fueron dispuestos en la enorme llanura inundable del Desaguadero; sin embargo, revisten especial atención porque para su utilización se efectuaron grandes alteraciones de paisaje, que crearon un gran dique de represamiento de agua dulce en el sector de la orilla del Desaguadero, el que impedía el ingreso de agua salada de este río, y por otra parte retenía

el agua dulce traída también de forma artificial de la serranía. Los camellones ocupan la parte inferior inundable entre el dique de represamiento de agua, la población de Desaguadero y el Qhapaq Ñan Urco que pasa por la margen oeste en el sector más alto y seco (Ballivián, Goytia y Michel 2010: 14-15).

El tamaño del área de represamiento de agua dulce puede ser calculado en una superficie de aproximadamente 60 hectáreas en las que estaban dispuestos los camellones. En la actualidad, el sistema se encuentra bastante deteriorado por el crecimiento urbano y por las actuales actividades productivas de la zona. El camino Qhapaq Ñan Urco que pasa al oeste del sistema agrícola se encuentra en regular estado de conservación y posee una plataforma



Fig. 95. Vista del contexto del parque arqueológico de Raqchi, santuario atribuido al culto del dios Wiraqocha, y el último gran centro urbano de élite en la ruta al Qollasuyu. Foto Qhapaq Ñan Cusco.

elevada de 30 centímetros de alto con un ancho de 4 a 6 metros, que posteriormente es cortada por la nueva carretera internacional a más de 1 kilómetro de su salida del sector del cruce del río (Ballivián, Goytia y Michel 2010: 17).

Continuando el camino en su incursión al sur, y a partir del último eslopón de la serranía, la ruta se separa de las montañas y corre paralela al río Desaguadero. En este sector el camino ha sido reutilizado como parte de la carretera que se dirige a Jesús de Machaca. Algunos sectores erosionados muestran restos del antiguo empedrado. A una distancia de 4,6 kilómetros del río Desaguadero, el nuevo camino carretero corta un montículo, y el Camino Inca pasa a un lado de este. El montículo es una formación artificial correspondiente a la tradición Tiwanaku, con un largo de 200 metros y una altura de 3 metros. El hecho de que el camino llegue directamente al montículo de filiación tiwanaku constituye un importante indicio de que originalmente fue construido y utilizado por esta cultura. Aproximadamente a una distancia de 4,6 kilómetros, el camino carretero se bifurca y continúa por los pies de la serranía, mientras que la plataforma precolombina continúa casi en medio de la pampa con dirección a Titicani Tacaca, en mejor estado de conservación debido a que es menos utilizada como camino vecinal. El camino llega a la población de Titicani Tacaca, donde confluye con la nueva carretera a los pies de la serranía. A una distancia de aproximadamente 6,25 kilómetros de Titicani, el camino continúa hasta la población de Jesús de Machaca por encima de la huella del camino antiguo (Ballivián, Goytia y Michel 2010: 17-19).

De acuerdo con las investigaciones de Ballivián, Goytia y Michel, en la población de Jesús de Machaca pudieron constatar que el camino Qhapaq Ñan ingresaba directamente por el sector norte del pueblo hasta la iglesia del periodo de la Colonia, pasando al lado de una laguna artificial o *qocha*. La presencia de lagunas artificiales o humedales en los tambos incaicos fue fundamental para el abastecimiento de agua, posiblemente de ejércitos y caravanas de llamas. En cuanto al camino a Nazacara, población ubicada a orillas del río Desaguadero, como a 23 kilómetros de la población de Jesús de Machaca, identificaron que el camino se halla regularmente conservado debido a que es usado por vehículos. Es posible apreciar la plataforma del camino, los canales de drenaje y dos montículos naturales correspondientes al Horizonte Medio, Desarrollos Regionales Tardíos y del Horizonte Inca. Es posible que ambas elevaciones correspondan a santuarios precolombinos. (Ballivián, Goytia y Michel 2010: 22).

El camino a Jiwacota, se dirige al suroeste hacia Pallamarca, por una extensa llanura desde Jesús de Machaca hasta cerca de Caquiaviri. Hacia esta población en la cima de Pukarpata, a una altura de 4300 msnm, asciende un camino prehispánico que recorre la cresta este de una *pukara* de filiación Pacajes.

En la población de Caquiaviri existe un tambo, desde el cual el camino Urco ingresa en una quebrada para ascender hasta la cima de la *pukara* por un tramo que se encuentra en mal estado. Pero aún es posible notar algunos restos del empedrado y las escaleras de piedra. Esta ruta constituye la vía más directa para atravesar la serranía.

Los autores llegan a la conclusión de que el Qhapaq Ñan Urco atraviesa una gran llanura inundable al lado, y a veces por encima de amplios sectores de camellones, entre Desaguadero y Jesús de Machaca. Su origen se relaciona con montículos y poblaciones agrícolas de Tiwanaku, como Titicani, Tacaca, Nazacara, y en tal sentido esta ruta inicialmente fue utilizada y tal vez construida por esa tradición.

En esta región debe concederse especial importancia a los caminos que fueron abiertos y construidos en tiempos de Tiwanaku, que era un Estado teocrático con un régimen equivalente cuando menos a lo que fueron los mochicas en la costa norte.

Hay una serie de caminos en las Yungas de La Paz, en Cochabamba y Mizque, pero también en Uyuni, San Pedro de Atacama, La Paz (Chuquiabo), así como en Moquegua y otros puntos de la costa con los cuales el Altiplano mantenía relaciones. Sin duda, los sitios más importantes asociados a Tiwanaku fueron los del Altiplano alrededor del lago, pues con excepción de esta zona y del centro ceremonial de Omo en Moquegua, prácticamente no conocemos sitios de rango urbano.

Bollinger y Sundt (1997) describen el camino del Takesi. El camino del Takesi, en los Yungas de La Paz, tiene una calzada empedrada, muros de contención peldaños para disminuir la pendiente, sistemas de drenaje de agua, como sumideros y canales subterráneos. El camino de asciende hacia el abra o apacheta de Takesi, situada a 4675 msnm. Es el punto más alto del camino, y atraviesa la cor-

dillera de los Andes en uno de sus puntos más bajos. Desde ahí desciende hacia la población de Takesi, cruza el río del mismo nombre, en donde se puede observar las bases del antiguo puente prehispánico. El camino llega a Yanacachi, antigua población precolombina. Casi por el filo de una serranía en descenso, se prolonga hacia Tawakosi. En Cerro Takuri, en la parte superior, existe un gran sistema de andenes, Chupe, Tikoniri, y baja hasta la confluencia de los ríos Unduavi y Takesi en las inmediaciones de Puente Villa.

El primer ramal cruzaba el río Tamampaya, dirigiéndose hacia la población de Coripata, con proyección hacia la zona de Coroico (noryungas). Un segundo ramal acompañaba la orilla izquierda del río Tamampaya, y unía la antigua población de Chokechaka (hoy Villa Barrientos) que llega hasta el cantón de La Calzada. El camino llega hasta la zona de La Asunta, en la región del Alto Beni. Se nota la integración de las tierras finales de la porción subandina.

El tercer ramal es aún mucho más largo. Desde Puente Villa unía a Chulumani (sudungas), Irupana, la actual plazuela ubicada sobre el río La Paz, cruzando las Yungas de Inquisivi, uniendo poblaciones antiguas como Suri, Arcopongo y la Muralla de Sacambaya. Esta población precolombina, cercada por una impresionante muralla que en su parte superior tenía una saliente balconera, está en el límite entre los departamentos de La Paz y Cochabamba. Sube el camino hasta la provincia Independencia, y de allí se proyecta hacia el valle cochabambino con 400 kilómetros de extensión (Bollinger y Sundt 1997).

Otro camino importante que conectan el Altiplano norte con las tierras bajas es apacheta Chukura, desde las proximidades de La Paz hasta las cercanías de Coroico. Otro camino es el Yunga Cruz, que une las poblaciones de La Paz, Alto de las Ánimas, Apacheta Pakuni, Chuñavi. Chungamayu es un importante ramal del anterior que se desprende desde Chuñavi para bajar al sitio arqueológico de Pasto Grande, donde se encuentran grandes plataformas agrícolas y varios restos de importancia.

En Cochabamba ocurría lo mismo, aunque Incallajta es un sitio inca particular, con un patrón incaico ligado a los sitios de la misma época que hay en las islas del lago Titicaca. Está en los límites orientales del

Tawantinsuyu, pero no es el más lejano, dado aún está Samaypata, o Samaipata, camino al oriente cruceño.

En Incallajta, Muñoz (2002) ha investigado un camino doble, que ha sido interpretado como una ruta de peregrinación hacia este centro. Marulanda ha reportado un camino empedrado de filiación inca de unos 3 metros de ancho en la franja limítrofe hacia los rasos de Grigota, en la ciudadela o fortaleza de Parabanocito, en el departamento de Santa Cruz de la Sierra.

En 1584, el Mc. Fernando de Cazorla y Narváez dice que el mejor camino de Santa Cruz al Perú es por la vía del Fuerte de Samaipata: “Con la población de los Sauces, que



Fig. 96. Camino empedrado en Conima, parte del Umasuyu, provincia de Moho, departamento de Puno. Foto Ivan Ccachura, Qhapaq Ñan Perú.

hace el capitán Pedro de Cuéllar, que cae a Tomina i la que irá con brevedad a hacer el maesse de campo Fernando Cazorla por la parte de Mizque i Cochabamba en el valle de Sabaypata, que como he dicho está a 50 leguas de nuestra frontera i nueva de las casas de los chiriguano” (citando Relación de la Guerra [1584] 1912: 269).

Algo similar ocurría en el noroeste argentino y el norte y centro de Chile. Desde los valles bolivianos, el camino se dividía en dos ramales: uno con dirección a la tierra de los diaguítas de Argentina y otro hacia Atacama y los diaguítas de Chile.

El camino que sale de Oruro y cruza el Altiplano meridional, pasando por los salares del Poopó y Uyuni, encuentra un camino que se dirige al suroeste hacia Atacama, donde se vuelve a dividir, mientras una sección se dirige al norte, hacia Tarapacá y los oasis de Pica y del Tamarugal, para llegar a Arica. Otro ramal se dirige hacia Iquique y luego a Chuquicamata, y se desplaza por las punas atacameñas para continuar bordeando el desierto con dirección a Copiapó, y finalmente La Serena. Desde este punto hay un camino mejor perfilado que va hacia Santiago de Chile, donde se pierde en asociación con los últimos *pukaras* que hay al borde de los caminos.

Al oeste del Poopó, un ramal del camino continuaba desde Paria hacia el oeste y llegaba a Andamarca, tambo mencionado en la incursión de Almagro al sur por este camino (Barragán 2001), y Chuquicota, un importante tambo y capital de los carangas desde tiempos del inca Wayna Qhapaq. El territo-

rio Carangas se situaba al oeste del Poopó, hasta la cordillera y los valles occidentales costeros. De acuerdo con Rivière (1984), el señorío Caranga abarcaba las provincias Sajama, Litoral, Atahualpa, San Pedro de Totora, Carangas, y parte de las provincias de Tomás Barrón, Cercado, Saucari y Ladislao Cabrera del departamento de Oruro y la provincia Daniel Campos en Potosí. Ejercían el control vertical directo de los valles de la costa del Pacífico, como Azapa, Lluta, Codpa y Timar, donde se cultivaba maíz y coca (Rivière 1983), e indirecto en los valles de Cochabamba, en Tiquipaya y Popco-Chuquisaca, Tarija y Arequipa (Barragán y Molina 1987, Rivière 1984-1988, Saignes 1986).

Sánchez (2008), en sus investigaciones de los valles de Cochabamba, indica que el repartimiento de “pastizales” hecho por Wayna Qhapaq muestra la relación de pueblos de Llamacamayoc Sipi Sipi, ubicados en una territorialidad discontinua a modo de “cuentas de collar”.

Los pueblos de Llamacamayoc señalados son Sipe Sipe, Saubze, Quillacollo, Collqapirhua, Coña Coña, Sumumpaya, Canata, Jayhuaico, Chacollo, Guayllani, Chimboco, Chiñata, Laquiña y Colomi. Se trata de una cadena de establecimientos que se ubican en el Valle Bajo, Valle Central, valle de Sacaba, hasta llegar a la puna de Colomi.

Queda claro que todos estos pueblos estaban unidos por un camino que debió ser “ancho”, ya que por ahí debían circular anualmente miles de llamas llevando productos. Este camino y los pueblos se hallaban cerca

de áreas de inundación del río Esquilán (actual río Rocha) y de las lagunas de Esquilán y Alalay, donde existían extensos bofedales donde las llamas podían pastar. Además, cruzaba por los complejos de almacenamiento centralizado del inca: Cotapachi, Jahuantiri, Villa Urqupiña, entre los más importantes (Sanzetenea 1975; Byrne de Caballero 1975a, 1975b; Pereira y Sanzetenea 1995, Gyarmati y Varga 1999). Este camino de llameros se conectaba con el Valle Alto y con los valles de Pocona y Totorá. De hecho, sabemos que un ramal que salía de Sacaba llegaba al Valle Alto, lugar donde se ubicaban áreas inundadas por el río Sulti, y donde pastaba “ganado del inca” que era cuidado por Llamacamayoc Turpa (Schramm 1990).

El camino que iba por el lado norte, de donde salían varios ramales que penetraban a los yungas, llegaba al tambo “real” de Paria (Bouysson-Cassagne 1987), lugar donde además confluían varios caminos. De este tambo, un ramal corría hacia Tapacarí, para desde ahí descender al Valle Bajo en Cochabamba (Sanzetenea 1979; Pereira 1979, 1982; Hyslop 1984, 1992; De Gutiérrez 2006). En el Valle Bajo, el “camino real” se dividía en otros dos ramales (Sanzetenea 1979, Pereira 1982).

Un ramal seguía hacia el norte, donde se ubicaban las chacaras repartidas por Wayna Qhapaq para, de ahí, dirigirse al Paso y Tiquipaya. De estas zonas continuaba por la falda de la sierra al valle de Sacaba, cruzando por la zona de la actual Taquiña. En el valle de Sacaba, el camino se dividía en tres ramales principales: uno se dirigía al norte, a Larati; otro seguía a Tiraque para conectarse con

el camino de Vacas, y el tercero se dirigía al Valle Alto, para caer posiblemente a la zona de San Benito, donde Schramm (1990) ha reportado documentalmente un segmento del “camino real” y donde se halla un importante sitio arqueológico de la cultura incaica.

El otro ramal corría muy cerca de la chacara Viloma (Wila Uma) y cruzaba el actual río Rocha por ese sector (AHMC. ECC. Vol. 13, nro. 9, 1558). Se dirigía posiblemente hacia el tambo de Kharalaus (Pereira 1982: 17). De ahí continuaba hacia el Valle Alto por Santivañez, a la zona de San Benito, donde hemos visto existía un asentamiento incaico, para luego dirigirse a Arani, otro importante centro del imperio. Desde Arani, un camino subía a la puna de Vacas (*wak'a*) y otro ramal, posiblemente un camino secundario, se dirigía a la zona de Pocoata, donde vivían los indios Quta y Chuy (Schramm 1990). El ramal de Vacas era principal y se dirigía hacia los valles de Pocona (Ellefsen 1972, Sanzetenea 1979, Pereira 1982, Céspedes 1982, Muñoz 2002, 2006).

En el valle de Pocona, el “camino real” se dividía en tres ramales: uno penetraba hacia los yungas de Aripuchu, el otro corría a los valles de Mizque para continuar hacia el territorio del “Señorío” Yampara, y el tercero descendía hacia los valles Totorá, Pojo, Comarapa, Pulquina, hasta llegar a Samaipata. Vásquez Machicado señala que el camino a Samaipata fue construido para dar paso a los constructores de los “fuertes” de Comarapa, Samaipata, Pulquina, puestos allí para detener a los chiriguanaes y extender el dominio del inca hacia los “rasos de Grigota” (Vásquez Machicado 1955: 503).

Un importante camino subía de Tiquipaya hacia la cordillera de Cochabamba para dirigirse hacia las “montañas arcabuco”. Es probable que esta sea la ruta que siguió, hacia 1564, Diego Alemán en su “Entrada” a Moxos. El informe señala que Alemán, luego de andar “veinte leguas de puna donde hay mucha caça de guanacos, vicuñas y ciervos” (pampas de Altamachi), de entrar en “tierra caliente de montaña y a partes de cabana”, de pasar por los pueblos de Uroma y Siquilanque, y atravesar el río Viane y los pueblos de Seme-rique y Machioco para caer en Ico, llegó a los llanos de Moxos (Alemán [1564] 1897).

En los yungas, Céspedes ha reportado segmentos de un camino con soladura de piedra cerca del río San Jacinto (1986). La ruta, en partes empedrada entre Totora-Chuqui-uma, ha sido prospectada a mediados de la década de 1970 por el equipo de arqueólogos de la Universidad Mayor de San Simón (Departamento de Arqueología 1976). Otro camino con segmentos que conservan soladura de piedra como los yungas de Aripuchu, ha sido reportado por Paolillo (1990) y por Ricardo Céspedes, quienes conectan estos yungas con las zonas de San Pedro, Icuna y Antahuaqana (Sánchez 2007).

En la cordillera de Tiraque, Céspedes ha reportado segmentos de caminos empedrados en la zona de Candelaria. En la Puna de Pisle existen fragmentos de un camino conectado a Larati. Conserva aún soladuras hechas en piedra y rampas, cerca de zonas donde existían posiblemente corrales. Este camino se conecta con el camino que va hacia Tablas Monte (Sánchez 2007).

Un camino formalmente construido conecta los yungas y el valle de Sacaba por una vía que sube hacia Larati. Este camino posee sectores de tierra afirmada, así como segmentos empedrados y amurallados. En algunos trechos se han construido bordes alzados de piedra en las laderas del camino.

Es posible que este camino haya conectado dos pueblos llamados Corani, que se ubican tanto en la puna y en los yungas, ya que sugieren podría tratarse de una misma unidad que haya manejado de manera complementaria dos ecotipos: puna/yunga (“monte”). En la actualidad, muchas comunidades de la puna de Colomi poseen tierras en el “monte”, donde “botan” su ganado para que engorde, o donde producen ají, locoto o frutales (Sánchez 2007).

En Larati, este camino se divide en dos ramales: el primero continúa subiendo hacia la puna de Pisle-Pallq’a, y el segundo se dirige hacia la puna de Colomi. El primer camino, que sube a Pisle-Pallq’a, está formalmente construido. Conserva en ciertas partes segmentos empedrados, y en algunos sectores pasa junto a estructuras aparentemente habitacionales y “corrales”. Desde la puna, el camino desciende a los yungas de Tablas Monte por un sendero formalmente construido, empedrado en partes y con escalinatas en sus zonas abruptas. En la actualidad, gran parte de este camino ha desaparecido por su abandono. Llega al pueblo de Tablas Monte por la junta de los ríos Pisle y Jatun Mayu.

Tablas Monte es un destacado complejo arqueológico donde hay evidencia de una



Fig. 97. Camino sobreelevado del Urcusuyu atravesando humedales entre los ríos Tanana y Collina en el tramo La Raya - Desaguadero, región Puno. Foto Gerardo Quiroga, Qhapaq Ñan Perú.

presencia poblacional importante desde por lo menos el Horizonte Medio, visible no solo en los restos de cerámica (“local”, Qochapampa, Tiwanaku, Ciaco, inca, “tierras bajas”), sino en un paisaje cultural agrohidrológico sofisticado (Sánchez 2008).

En Tablas Monte, el camino cruza el río Jatun Mayu (río Grande) por un puente de piedra incachaca (“puente inca de piedra”) y desde ahí sube al pueblo. De Tablas Monte salen varios ramales: uno, empedrado en ciertos sectores, se dirige a Maica Monte; otro, llamado en la actualidad Incañan, desciende hacia el río Qonchumayu y se dirige a otro complejo prehispánico que se despliega alrededor del macizo llamado Machu Peñón. En ese lugar se han reportado estructuras simila-

res a las de Tablas Monte y evidencia cerámica “local” y estilo tiwanaku (Sánchez 2009). Conserva rastros de segmentos hechos con soladura de piedra en algunos sectores y posee un ancho de 1 a 2 metros en varios tramos. De este camino salen delgados senderos que se dirigen a varios asentamientos ubicados en el cerro Machu Peñón.

El segundo ramal que sale de Larati se dirige hacia Colomi. De la puna de Colomi salen dos caminos formalmente construidos hacia los yungas de Inkachaca-Paracti. El primero corre desde la actual zona de Aguirre hacia la serranía de Murmuntani. Cruza por un puente de piedra (*rumichaca*: “puente de piedra”), para de ahí descender en zigzag por un camino formalmente construido hacia los



Fig. 98. Portada con tramo del camino inca en el poblado de Juli, Puno. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

yungas de Inkachaca. Este camino posee diversos sistemas constructivos típicamente incas: rampas laterales hechas de piedra, muros de contención adyacentes, desagües simples y dobles, y escalinatas (Sánchez 2007).

El segundo camino, llamado el Camino del Inca, parte del actual pueblo de Colomi. Este camino, muy bien conservado y empedrado casi en su integridad, posee escalinatas y canales de desagüe simples y dobles. Se dirige hacia el cerro de Abra k'asa y cruza la cordillera por un profundo corte (de ahí su nombre) que se abre a modo de puerta. De Abra k'asa, el camino desciende por la cuchilla de los cerros para caer en los yungas de Inkachaca, donde coincide con el camino que baja desde el río Supay Huarck'una (Sánchez 2007).

Para los yungas de Inkachaca-Paracti y Tablas Monte, tenemos evidencia de fuertes interacciones con los valles y los llanos amazónicos en el Horizonte Medio (Sánchez 2007b; 2007d, 2007f, 2008) visibilizados por la presencia de cerámica “local” junto a cerámica de estilo Tiwanaku, y otra cerámica proveniente desde las “tierras bajas”, estilos que se prolongan durante todo el periodo Intermedio Tardío (1100 d.C.-1400 d.C.) (Sánchez 2008).

Hay que destacar que estas complejas y densas redes viales que articulan valles-puna-yungas, y que debieron llegar sin duda hasta los llanos amazónicos del Chapare, son una fuerte evidencia que rompe la tan mentada imagen “fronteriza” de Cochabamba, enfatizada sobremanera para el periodo inca,



Fig. 99. Tramo de camino que se dirige al poblado de Pomata, Puno. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

hecho que ha llevado a los investigadores a mostrar “cadenas” de “fortalezas” en los valles, donde destacaría Incallajta (Sánchez 2008).

A partir del gobierno de Pachakuti Inca, entre 1438 y 1471, se dio inicio al dominio de lo que hoy es Chile, que entró a participar de la esfera de interacción del Tawantinsuyu. No obstante, es a partir de Thopa Inca cuando se materializaron las obras que denotan la presencia incaica en el territorio chileno, con la construcción de nuevos caminos, infraestructura vial, puestos de control, y la incorporación de nuevos asentamientos y población foránea.

Al sur del Qollasuyu, la red caminera se estructuraba en torno a dos rutas principales que corrían más o menos paralelas a lo lar-

go de ambas vertientes de la cordillera de los Andes, con uniones transversales entre ellas a través de los pasos cordilleranos, además de otros ramales menores e incluso algunos ciegos, como las sendas que iban a los adoratorios de altura.

Este sistema vial se articuló desde el extremo norte en el límite con Perú, hasta la cuenca del río Cachapoal, lo que abarcó longitudinalmente 1800 kilómetros, y aseguró la circulación de bienes y tributarios mediante la red de caminos que conectaba numerosos establecimientos incaicos: tambos y tambillos, centros de abastecimientos y administrativos, *chaskiwasis* o postas para los *chaskis*, puestos de control estratégicos, depósitos de alimentos, adoratorios y otras estructuras.



Fig. 100. Apacheta en Cumbre de Sánchez, en el camino que une Pelechuco con Queara. La Paz, Bolivia.
Foto Cecilia Ganem, Ministerio de Culturas y Turismo de Bolivia.

En el extremo norte del actual territorio chileno, el Tawantinsuyu ejerció un dominio político directo, especialmente por el significado de los valiosos excedentes minerales extraídos, incluyendo los bienes y materias primas de estatus que circulaban mediante el tráfico macrorregional preexistente.

En el sector del Qollasuyu de la vertiente occidental, el inca instituyó dos rutas longitudinales: una por las tierras altas de la vertiente occidental andina, uniendo altiplanos y salares, y una segunda ruta que atraviesa por tierras más bajas. Es probable que esta última es la que siguió Pedro de Valdivia durante 1540, comenzando en la costa de Arica, internándose en el valle central, hasta ingresar a las nacientes del río Loa. Por otra parte,

el camino longitudinal altoandino se integra al territorio chileno por el portezuelo Tambo Quemado en Changará, continúa por el Altiplano bordeando los salares, hasta llegar al río Loa, donde convergen con el que viene desde Arica. Este último se conoce como “la ruta costera inca”.

La ruta que corría entre la cordillera andina y la sierra de Huaylillas proviene del principal camino incaico desde el Cusco que se dirigía hacia el Qollasuyu, y se enlazaba con otras rutas transcorderaneras de Bolivia y del extremo sureste del Perú, que conectaban a las tierras altas de Arica. Desde aquí continúa articulándose con los paisajes de Putre y avanza hacia Socoroma por laderas y planicies altas de los cerros en la

mayor parte del recorrido. En él se vinculan tambos, pascanas, *chasquiwas* y apachetas, enclavados en torno a los 3000 metros de altura. Continúa desde Socoroma hacia el sur por laderas bajas y a través de quebradas y planicies, hasta llegar al centro administrativo incaico de mayor envergadura en el sector de Zapahuira. Desde el tambo de Zapahuira se articulaba la red de control de bienes y expansión del imperio hacia el sur. Por otro lado, se controlaba el movimiento de poblaciones y bienes provenientes de las tierras altas.

El camino continúa al sur en dirección a Belén, Taruguire y Mulluni, y une las cabeceras de los valles del extremo norte de Chile hacia la costa del Pacífico. Posteriormente se dirige a la vertiente occidental de la precordillera, y la vertiente oriental del cordón de Huaylillas, a través de la sierra de Arica, para juntarse con la ruta que venía de Lluta y Azapa en la quebrada de Tarapacá.

El camino se encuentra intersectado por otras vías menores, que pueden ser definidas dentro del concepto de ramales que conectaban la vía principal con poblados alejados de los centros administrativos y económicos principales, que buscaban controlar el suministro de agua para los canales de regadíos, así como supervigilar el trabajo de las poblaciones sometidas al Tawantinsuyu. En el presente caso, se trata de ramales transversales este-oeste que conectan distintos pisos ecológicos. Buena parte de estos ramales se han mantenido en actividad por parte de viajeros y arrieros de las poblaciones tradicionales.

Desde el gran asentamiento de Tarapacá Viejo, el camino discurría al sur como una sola vía por el borde oriental de la pampa del Tamarugal, en dirección a la quebrada de Guatacondo, pasando por el oasis de Pica y el Puquio Núñez, para caer a esa quebrada a la altura de Tamentica. Varias rutas transversales se desprendían del camino de la precordillera y descendían hacia la costa por los valles de Lluta, Azapa, Codpa, Camarones y Camiña. En Tarapacá también se han detectado trazas de estos ramales secundarios. Estas parecen originarse en centros incaicos importantes del Altiplano central de Bolivia. Una de ellas viene del Altiplano de Oruro, pasa entre Isluga y Cariquima, muy cerca del tambo de Inkaguano, y se dirige con rumbo noreste-suroeste hacia Chusmisa y Tarapacá Viejo. La otra procede del istmo que separa los grandes salares bolivianos de Coipasa y Uyuni, pasando por Cancosa, el poblado de Lirima, el valle de Collacagua y el salar del Huasco, para de ahí descender al oasis de Pica. Ambas vías parecen conectar con el Camino Real de la Costa o de los Llanos en su tramo tarapaqueño, aunque la primera puede haber cruzado la arbolada pampa del Tamarugal en dirección a la costa, hasta la mina de plata de Huantajaya y el adoratorio incaico del cerro Esmeralda en Iquique.

En el extremo norte de Chile, los incas ocuparon en forma escalonada cuatro grandes pisos ecológicos: la puna o altiplanicie, la sierra o precordillera, el curso medio de los valles y el borde costero. Ejemplo de esto es el emplazamiento del tambo de Chungara en el Altiplano, el centro administrativo de Zapahuira en la precordillera, y la aldea de Pampa Alto Ramírez en un curso medio.



Fig. 101. Saywas (marcadores) en Incahuasi, en el extremo sur de la Región de Atacama. Foto Qhapaq Ñan Chile (Ch-Ln-09 / Cs-2009).

la probable excepción de la pampa del Tamarugal, la ocupación incaica en la región de Tarapacá se estableció también en todos los pisos ecológicos, desde el Altiplano hasta el mar. Saguara, Cerro Esmeralda e Inkaguanu ejemplifican algunos aspectos rituales de esta ocupación. El sitio de Saguara es un excelente ejemplo de la arquitectura provincial de los incas en el extremo norte de Chile. Se encuentra más al sur del conjunto de sitios precedentes, en una quebrada tributaria del curso superior del río Camarones, muy cerca del actual poblado aymara de Pachica.

En Tamentica, el Camino de los Llanos que venía de Tarapacá Viejo puede haber continuado hacia el sur por la falda de la precordillera directamente hacia Calama, o bien

desviarse hacia el oasis de Quillagua, para de ahí dirigirse a ese destino a través del oasis de Chacance, en el Loa, remontando el curso medio de este río.

En Tamentica había una ruta transversal, no detectada todavía en terreno, que remontaba la quebrada de Guatacondo. Pasaba por el pequeño oasis de altura de Copaquire y cerca del enclave minero de Collahuasi, empalmaba con el camino que venía del Altiplano central de Bolivia por Pabellón del Inca en dirección a Miño. Esta última es una localidad situada en las nacientes del río Loa. Desde ese punto, conocido también como Kona Kona, el camino incaico descendía por la banda oriental de este río, tocando puntos como Esquiña y Chela Inga, cruzaba a la otra banda a la altura de



Fig. 102. Subsección Cupo - Catarpe. Foto Qhapaq Ñan Chile (Ch-Tn-11 / Cs-2009).

la posta de correo colonial de Ólcar, y seguía al sur enhebrando sitios incaicos como Lequena Viejo, Bajada del Toro, Cerro Colorado, posiblemente Santa Bárbara e Incajasi, y llegaba a Lasana y Chiu Chiu.

Este trayecto está acompañado de asentamientos alineados en un eje norte-sur de más de 130 kilómetros, en el que dos de los sitios más relevantes fueron centros administrativos: Miño y Cerro Colorado. El tambo de Incahuasi y los restantes son tambillos y *chasquiwasis*, como es el caso de Esquiña, Chela, Desencuentro, Lequena Viejo y Bajada del Toro.

Una de las particularidades de este trayecto es que su trazado corre paralelamente a la cadena montañosa que cuenta con uno de los mayores recursos cupríferos a nivel

mundial, y genera ramales hacia los enclaves mineros como Collahuasi, El Abra y Chuquicamata.

Es probable que en Chiu Chiu el camino incaico del Alto Loa se haya bifurcado en uno que seguía directamente a San Pedro de Atacama, y otro hacia la cuenca alta del río Salado, principal afluente del río Loa. La segunda ruta empalmaba con un camino que venía del sur del salar de Uyuni, en el Altiplano de Lípez. Hacía escala en lugares como Ayahua, Cañapa, Ramadita y otros en Bolivia. Cruzaba la actual línea de frontera por Portezuelo de Inca y seguía por Chac Inca hacia Turi. La vega de Incaliri y Turi serían fuentes de pastos permanentes para el ganado camélido, que abastecía el tráfico de caravanas.

En la zona asociada a la vega de Turi y el río Salado, las redes de caminos no solo comunicaban a centros de población, de interés económico y enclaves mineros, sino que también conducían a sitios sagrados andinos. En este contexto, el camino presenta desvíos hacia los santuarios de altura de la región, como es el caso del Paniri, León y Licancabur. Es constantemente jalonado por vías transversales que permitieron un mejor control y acceso a lugares de importancia ritual, económica y demográfica, como sucede para el caso de los asentamientos de Topain, Paniri y Toconce.

Desde Turi, el camino continúa con rumbo sureste hacia los yacimientos de cobre de Cerro Verde en Caspana. Pasa por Tambo Salado, se dirige a las minas de San Bartolo e Incawasi, y desde allí continúa rumbo al suroeste en un eje más o menos paralelo al del río San Pedro, para acceder al centro administrativo incaico de Catarpe, sitio que habría articulado el dominio del Tawantinsuyu en San Pedro de Atacama. Desde ahí se administraba a la población y los recursos de los oasis del salar de Atacama, y se constituye además en el primer oasis para la continuación del trayecto hacia el Despoblado de Atacama.

Al sur de San Pedro de Atacama es preciso cruzar 550 kilómetros de desierto para llegar al valle de Copiapó. El camino retoma desde el sitio de Catarpe, pasa por los oasis de San Pedro de Atacama y Toconao y bordea el salar de Atacama, guiándose por la cordillera de los Andes y por el margen oriental del salar de Atacama, desde donde se obtiene una visual de toda la cordillera, en la que desta-

can los volcanes Licancabur, Jurique, Laskar, Tumiza, Socompa, Lullailaco, entre otros. Hacia el poniente desde el camino, existe un amplio dominio visual de la amplia cuenca del salar. En sus 100 kilómetros iniciales, el camino incaico va por el borde oriental del salar de Atacama y pasa por Tambillos, los bajos de Socaire, Camar, Peine y Tilomonte.

En el desierto de Atacama, el inca se encontró con el mayor desafío ambiental para su empresa de dominio. Generó su expansión mediante un sistema vial planificado, diseñado en un paisaje único de extremas condiciones de aridez y altura. Había una férrea voluntad y necesidad de expansión en estas tierras, motivada principalmente por la obtención de recursos minerales, lo que quedó de manifiesto en la gran cantidad de redes de caminos y sitios arqueológicos ligados a la explotación minera. La hazaña del inca en este territorio se logró concretar gracias al intercambio que sostuvo con las poblaciones locales, quienes les transfirieron la suma de conocimientos ancestrales necesarios para el dominio y la travesía del desierto más árido del mundo.

A partir de este último oasis comienza el tramo más duro y desolado, apropiadamente conocido como Despoblado de Atacama, cuya travesía significó tantas penurias a la hueste de Diego de Almagro en su regreso al Perú en 1536, y a la de Pedro de Valdivia en su expedición de conquista de Chile cuatro años más tarde. Debido a la gran distancia existente entre las fuentes de agua y a lo escuálido de ellas, no es un camino para rápidos desplazamientos de tropas, ya que las columnas de-

ben ser divididas en pequeñas cuadrillas, con previsibles consecuencias desde un punto de vista militar. Más probable es que haya operado como vía de comunicación para *chaskis* y como ruta de transporte de minerales, ya que la vía está regada con fragmentos de turquesa y ónix. Lo jalonan una gran cantidad de pequeños tambos, *chaskiwasis* y refugios que dividían el trayecto en varias jornadas, lo que permitía recuperar fuerzas a los viajeros y animales de carga. Flanqueado al este por una cadena de volcanes sagrados, su rumbo general noreste-suroeste va uniendo puntos tales como Tambo El Cráter, Tambo Meteorito, Aguada de Puquios y Tambo Río Frío. A partir del Tambo de Vaquilla y del imponente volcán Lullaillo, el paisaje se torna más soportable, ya que aumenta la provisión de agua y aparecen verdes manchones de vegetación (Berenguer 2011).

En este trayecto, se encuentra una continuidad de pequeñas estructuras de carácter habitacional, tambillos, estructuras de señalización o demarcatorias del territorio, así como tambos. En su trayectoria se desprenden ramales transversales hacia la cordillera de los Andes, y en conexión con la vertiente oriental que conduce a los santuarios de altura, como es el caso de los volcanes Licancabur y Lullaillo.

Desde el sector de Río Frío, el camino conduce hacia el sector de Vaquillas, aledaño a la sierra de Vaquillas Altas, al oeste de la cordillera de Domeyko. En el sector de Vaquillas fueron registradas una serie de estructuras hasta llegar al portezuelo del mismo nombre a 4100 metros de altura, donde

se aprecian, hacia el norte, las altas cumbres de sus montañas, y hacia el sur la silueta del cerro Indio Muerto, donde se halla el actual mineral de El Salvador, lugar por donde también pasa el camino del inca.

Hacia el sur de Vaquillas, el camino continúa por el sector del Chaco y la aguada de Incahuasi, para proseguir hasta el sector de las vegas de Juncal, trayecto con poca presencia de estructuras incaicas. El camino reaparece a unos 3 kilómetros de la ciudad de El Salvador, en el sector Portal del Inca, atravesando el llano de San Juan. Se conforma como un sendero de tierra construido principalmente por raspado con un trazado mayoritariamente rectilíneo; desciende en la quebrada del río de la Sal, llegando al sitio arqueológico incaico Tambo de la Sal, ubicado en la ribera de este río. Posteriormente el camino recorre un sitio arqueológico de menor envergadura llamado Tambo del Jardín, ubicado a un costado de la carretera que se dirige a El Salvador. El recorrido continúa con el cruce en zigzag de un abrupto relieve que enmarca la zona denominada Pampa del Inca o llano del Topón azul. En este sector, el camino desciende hacia el sur donde cordones montañosos bajan desde el macizo cordillerano andino hacia el océano, interrumpiendo el desarrollo normal de la pampa.

A lo largo del recorrido se observan innumerables hitos demarcatorios, estructuras y sitios asociados al camino; destaca una gran concentración de ellos en el sector Tambo La Guanaca. Continuando con el recorrido, el Qhapaq Ñan atraviesa las últimas laderas sinuosas de las formaciones montañosas, lo-



Fig. 103. Catarpe. Foto Qhapaq Ñan Chile (Ch-Cn-12/Cs-2009).

grando posicionarse en algunas cumbres desde donde se obtienen preciadas visualizaciones de la vastedad de este territorio, para descender finalmente al oasis de Finca Chañaral, conocido también como un importante sitio arqueológico en donde el arte rupestre, como recurso cultural de gran significado, ha ocupado un lugar destacado en el paisaje local otorgándole una belleza muy singular. El camino retoma hacia el sur el árido desierto en dirección a Inca de Oro, para luego dirigirse al valle de Copiapó.

Las descripciones del camino del inca en la región de Atacama se remontan a la época de la llegada de los españoles a la región, y sobre todo a partir del siglo XIX. Poseemos diversos relatos que dan cuenta de su existencia y magnitud. Ya en 1558, Gerónimo de Bibar

en su relato de la llegada de Pedro de Valdivia a Chile (Bibar 1966), habla del camino entre Finca de Chañaral y Copiapó, donde este primer lugar controlaba el tráfico entre el Norte Grande y el Norte Chico, como un centro administrativo incaico ligado al valle de Copiapó. La Finca se constituía como el último oasis con agua y alimentos antes del cruce del camino del desierto hacia San Pedro de Atacama, y aquí se controlaba el tráfico de minerales preciosos, como las turquesas provenientes del mineral de El Salvador, explotado desde tiempos prehispánicos. De allí se extiende el camino incaico a Copiapó, el cual, según el cronista, poseía una longitud de 18 leguas.

El valle de Copiapó jugó un papel muy importante en la expansión del Tawantinsuyu hacia el sur. Es el primer gran valle po-



Fig. 104. Sección Quebrada Grande - Las Escaleras, provincia de Jujuy. Foto Qhapaq Ñan Argentina.

blado después del desierto de Atacama, con un enorme potencial minero y agropecuario, centro de aprovisionamiento obligado antes de emprender cualquier viaje hacia el este o el norte, y trampolín vital en el control de los valles de más al sur. En la cuenca alta de este río, el abanico fluvial formado por sus ríos formativos, el Jorquera, el Pulido y el Manflas, ofrece numerosas vegas, riachuelos, yacimientos mineros y rutas naturales dirigidas hacia todos los puntos cardinales. Para su apropiación, el Tawantinsuyu debió tomar por asalto el *pukara* de Punta Brava. Allí los incas construyeron más de treinta asentamientos, incluyendo el sitio de Iglesia Colorada, el centro administrativo de La Puerta, y el establecimiento de Viña del Cerro, el único centro metalúrgico incaico conocido en Chi-

le que acaparó una parte de la producción minera de cobre del país, y uno de los pocos documentados en el mundo andino.

Hacia el sur entre Copiapó y Choapa, existe evidencia de incursiones militares y presencia cusqueña directa, la cual fue intercedida por las poblaciones diaguitas que habitaban en este sector. Para el inca solo el contacto fue suficiente para asegurar la producción especializada de minería que el Estado requería. A fin de cumplir estos requerimientos y continuar con la anexión del Qollasuyu, se conformó el camino desde Copiapó hacia las orillas del río homónimo, para internarse a la cuenca del río Huasco. En este territorio, otro elemento a destacar es la presencia de relevantes ramales transandinos, y otros que se dirigen hacia el sector oriental de la cordillera, como los pasos de La Ollita, Peña Negra y Pircas Negras. Otro ramal toma el río Nevado, abriendo el acceso a las cuencas de los salares de Maricunga y Pedernales, que comunican con la banda oriental de la cordillera.

El camino incaico al sur de la cuenca del Copiapó aprovechó una fractura longitudinal de la cordillera que se extiende por gran parte del territorio chileno. Este notable accidente geológico con el tiempo se transformó en un valle amigable, con abundantes vegas, lagunas y minerales. Se inicia a altitudes de 4000 metros en las cuencas de los ríos Huasco (falla Valeriano) y Elqui (falla La Coipa). Desciende a 2000 metros de altitud entre el río Hurtado y Alicahue, y baja a altitudes de 500 a 600 metros desde el valle del Aconcagua al sur. Tan notables condiciones fueron

sabiamente aprovechadas por el Tawantinsuyu para establecer allí su principal ruta hacia el sur, sobre todo si se tiene en cuenta que la geografía accidentada y el clima semiárido hacen muy difícil el tránsito de caravanas de llamas por otro sector (Stehberg en Aldunate y Cornejo 2001).

En una quebrada tributaria del río Elqui, muy cerca de la moderna ciudad de La Serena, Los Infieles es el sitio incaico de mayores dimensiones encontrado hasta ahora en el corazón del territorio diaguita. Su medio centenar de recintos está sobre una meseta a media altura del cerro de ese nombre, en una zona rica en recursos mineros y cerca de un probable cruce de rutas incaicas. El asentamiento comprende cinco principales unidades arquitectónicas, la mayoría asimilable al concepto de *kancha*.

El sitio habría funcionado como campamento para los *mitayos* que cumplían turnos de trabajo en las faenas mineras de las vecindades.

El camino longitudinal que venía del Norte Chico se unía en Putaendo, con el que atravesaba la cordillera desde Argentina por el portezuelo de Valle Hermoso, para formar el tramo entre Los Patos y El Tambo, este último situado a poca distancia al norte de la ciudad de San Felipe. En este punto se juntaba con otro camino transversal que provenía de Mendoza a través del paso de Uspallata. Mientras sitios como Tambillo, Ranchillos y Tambillitos marcan el tramo trasandino, puntos como La Calavera, Juncal, Ojos de Agua, El Camarico, Salto del Soldado, Río Colorado, Primera Quebrada, El Guapi, la

Florida y el ya referido El Tambo hacen lo propio con el tramo cisandino.

La llegada del inca al valle de Aconcagua mediada por las poblaciones diaguita, a través del trabajo obligatorio local (*mit'a*), se representa poco institucionalizada en Chile central, debido a que esta parte del Qollasuyu recientemente incorporada al mundo incaico no había concluido. La exploración y conquista se encontraban activas hasta pocos años antes de la llegada de los españoles. Por esta razón, los territorios ubicados al sur del río Choapa probablemente se incorporaron al imperio durante los últimos años de Thopa Inca Yupanki, o a comienzos del gobierno de su hijo y sucesor Wayna Qhapaq, aproximadamente entre 1485 y 1490.

La ocupación inca se centró en los valles aledaños al río Aconcagua, para continuar a los valles de los ríos Mapocho y Maipo. En las cuencas del Mapocho y del Maipo hubo una bien establecida ocupación inca, que se refleja sobre todo en la gran cantidad de cementerios donde se mezclan cerámicas inca, diaguita-inca y aconcagua, esta última correspondiente a la cultura local de Chile central. No se puede dejar de mencionar entre los restos incaicos el adoratorio del cerro El Plomo, que domina la ciudad de Santiago. Sin embargo, es claro que hubo amplios espacios en ambas cuencas donde el dominio cusqueño no alcanzó, o a lo menos no estuvo tan firmemente instalado, como en las regiones más septentrionales del país.

Las fuentes etnohistóricas tempranas indican que una vez que el Camino Inca

cruzaba el río Aconcagua en dirección a Curimón, corría con franco rumbo al sur a través del cordón de Chacabuco, las Casas de Chacabuco, Colina La Vieja y Huechuraba. En Quilicura se le unía por el oeste el camino que venía de Quillota por la cuesta de La Dormida y Lampa. Obviamente, en ningún punto al sur del valle de Aconcagua el Camino Inca puede verse en su forma original. Aparentemente, el camino entraba en la actual ciudad de Santiago como una vía única al valle del Mapocho, por la actual avenida Independencia, cruzaba el río por donde alguna vez estuvo el puente de Cal y Canto, pasando por Paredón y Tambillos del Inca. Posiblemente seguía al sur por la calle Bandera en dirección a Calera de Tango, el cerro de Chada, la angostura de Paine y Cerro Grande de La Compañía.

Carecemos de información sobre su continuación más al sur, pero el cronista Gerónimo de Vivar, en 1558, relata la existencia de dos puentes colgantes incaicos sobre el río Maipo, uno de los cuales posiblemente coincida con el actual puente Los Morros. Estos debieron conectar con el camino recientemente descubierto en el río Yeso, tributario andino del río Maipo, el que parece dirigirse a la cuenca trasandina del río Tunayán.

Hacia el sur, el camino pasaría por Alto Jahuel hasta llegar al río Cachapoal, sobre el cual habría existido otro puente colgante incaico y posteriormente uno colonial. Su continuación se desconoce, pero algunos vestigios antiguos situados al sur del Cachapoal, como el cementerio de Rengo, la fortaleza de La Muralla, el petroglifo Sol de San Pedro de

Alcántara, y un camino colonial bien delimitado por una muy bien trabajada muralla, sugieren que pudo continuar más al sur (Aldunate y Cornejo 2001).

En este contexto, el cronista Gerónimo de Vivar⁸ (1979: 164) menciona la existencia de un poblado incaico y la frontera del Tawantinsuyu:

cerros que hacen una angostura. Y aquí llegaron los ingas cuando vinieron a conquistar esta tierra. Y de aquí adelante no pasaron [...] Y allí poblaron un pueblo, los cuales simientos están hoy en día. Y no digo de ellos por estar tan arruinados.

Las fortificaciones incaicas localizadas al sur del río Maipo revelan cierto clima de inestabilidad y la necesidad de defensa de grupos hostiles más meridionales. La guerra para los incas estaba estrechamente relacionada con la religión, y los combates con sus adversarios estaban cargados con un fuerte contenido ceremonial. En el caso del *pukara* de Chena, al sur de Santiago, este sitio incaico se levanta sobre una estribación del cordón de Chena, desde donde domina visualmente el curso medio del río Maipo, la angostura de Paine y la *wak'a* incaica de Chada, que controlaba un asentamiento de la cultura Aconcagua situado a los pies de este cerro-isla. Al sur de la angostura de Paine, en el cerro grande de La Compañía, conocido también como Cerro del Inga, está el asentamiento más meridional del Tawantinsuyu.

⁸ Vivar, G. 1979 (1558). *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Ed. Leopoldo Sáez Godoy, Berlín.



Fig. 105. Subsección Santa Ana - Valle Colorado, tramo Quebrada Grande - Las Escaleras. Foto Qhapaq Ñan Argentina (Ar-Qge-01 / C-2011).

El fuerte revela que los incas encaraban amenazas de grupos sureños. A los cronistas europeos, por ejemplo, se les dijo que Thopa Yupanki decidió fijar el lindero meridional del imperio en el río Maule. Quizá fue una manera decorosa de decir que los ejércitos del inca se toparon allí con las mismas tribus que tanta resistencia opusieron posteriormente a los españoles en la Guerra de Arauco. La batalla del Maule, mencionada por varios cronistas, donde las tropas incaicas habrían sido derrotadas, señala probablemente este punto de inflexión en los afanes de conquista de los cusqueños hacia el Chile austral.

De hecho, no se han encontrado asentamientos probadamente incaicos más allá del bastión de La Compañía. El sitio La Muralla,

situado al sur del río Cachapoal y frente a la laguna de Tagua Tagua, presenta muros con características foráneas, pero no se ha establecido aún su afiliación incaica.

Así, a 2500 kilómetros del Cusco, La Compañía marca por ahora el límite meridional del dominio efectivo de los incas, después del cual se extendía una amplia e inestable zona de frontera, plagada de grupos belicosos, donde la penetración incaica tenía el carácter de simples incursiones.

De allí al sur, los avances cusqueños tomaron la forma de expediciones, contactos esporádicos y conquistas fallidas. Esto se debió quizá a que la organización de sus habitantes no se acomodaba al sistema de dominación incaica, porque no había el tipo de recursos mineros que interesaba al Tawantinsuyu, o simplemente debido a que la tenaz resistencia ofrecida por los habitantes de esas tierras generaba costos en vidas y recursos materiales que superaban ampliamente los beneficios (Berenguer 2011).

El otro camino que se dirige hacia el sur nace en Cochabamba y Chuquisaca, e ingresa al norte y centro andino de la actual República Argentina. La red vial incaica se extiende por siete provincias: Jujuy, Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja, San Juan y Mendoza. En ese ámbito geográfico, los incas construyeron alrededor de 3000 kilómetros de camino, que cruzaban la alta puna, valles y quebradas de las antiguas provincias hispánicas del Tucumán y Cuyo, y llegaban al actual Chile a través de varios pasos cordilleranos, entre los cuales el más austral era el de Uspallata.



Fig. 106. Construcción de barro en Angualasto, tramo Angualasto - Colangüil. Foto Qhapaq Ñan Argentina (Ar-Anc-13 / Cs-2011).

Hoy sobreviven más de un centenar de segmentos de vialidad inca en diferentes ámbitos naturales y paisajes culturales de Argentina. Por otro lado, no era menor la cantidad de tambos y otras instalaciones enlazadas por tal red caminera. Construidos en barro y piedra, se han relevado restos de alrededor de 180 de tales estructuras, que van desde grandes fortalezas, como los *pukara* de Andalgalá o del Aconquija, hasta pequeños puestos camineros.

El Qhapaq Ñan debe ser considerado no como una única vía, sino más bien como varios ramales conectados y complementados por vías secundarias y transversales. El tronco principal del camino ingresa al territorio argentino en el Tambo Real de Calahoyo (actual límite con Bolivia) y se ramifica profusamente hacia diferentes puntos neurálgicos de variadas regiones.

Constituyó una suerte de red que comunicó todo el territorio bajo el dominio político del inca. Dibujada dicha red en un mapa, se puede apreciar su trazado serpenteante desde el Cusco al Titicaca, a Potosí y hasta Uspallata, con un sentido general coincidente con el del macizo andino, y ubicado principalmente en territorios ubicados entre los 2000 y los 3500 metros de altura sobre el nivel del mar.

Ramales secundarios comunicaban, por ejemplo, las principales explotaciones mineras con los centros de poder y consumo. Así, por el salar de Diablillos pasaba una senda que comunicaba las vetas cupríferas de Abra de las Minas con Coyparcito, en la región de Antofagasta de la Sierra. En la sierra riojana de Famatina quedaron restos de las vías trazadas en busca del oro y cobre en Pampa Real,

lo mismo que de los vínculos entre Chaquiago y Andalgalá y Quillay en valle de Hualfín, con el cobre de Capillitas, y con Ingenio del Arenal con el Nevado de Aconquija.

Otros ramales se apartaban del camino principal en busca de ambientes naturales de mayor fertilidad, más aptos para la actividad agrícola, o se dirigían a zonas favorables para la instalación de almacenes o *qollqas*, como en Coctaca, Rodeo de Humahuaca, Titiconte de Iruya y los Colorados, con su conexión por el oriente con el Shincal de Quimivil y Los Graneros de La Poma.

Algunos ramales del Qhapaq Ñan se dirigían a guarniciones fronterizas del borde oriental del imperio, como se infiere de las conexiones del *pukara* de Aconquija con Chaquiago de Andalgalá.

Las características técnicas de la red vial alcanzan desde la simple senda o rastrillada, fruto del propio tráfico, pasando por las variantes de sendero despejado y amojonado, sendero en cornisa y con escalinatas pétreas. Es decir, distintas formas han ido apareciendo en una sucesión creciente de segmentos

En otros casos, la senda iba por zonas llanas en el fondo de bolsones que, por su amplitud, permitieron ubicarla a cierta distancia de los ríos, como en Yocavil (Santa María) Calchaquí y Hualfín. En las planicies puneñas, el camino era una recta marcada por la remoción de piedras y en algunos tramos por mojones. Pero en los valles serranos tenía un trazado serpenteante, en concordancia con la topografía de cañones y serranías.

Por lo general, el Qhapaq Ñan, sus ramales y sus tambos de apoyo fueron construidos en lugares que reunían las condiciones naturales apropiadas, como agua potable, pasturas para los camélidos de carga, terrenos aptos para la agricultura y suelos firmes alejados de las zonas pantanosas.

Los segmentos de camino técnicamente más elaborados se localizaban en las quebradas del Toro y de las Capillas, Iruya, Santa Ana-Valle Colorado en Valle Grande, Jujuy y el Shincal de Quimivil. En ellos aparecen tramos empedrados en cornisa, con escalinatas de piedra para salvar las pendientes más pronunciadas. Otros tramos iban encerrados entre muros y están elevados, como por ejemplo en las vecindades del Shincal, Tastil, Queta, Ranchillos, Titiconte, La Huerta, La Ciudadita o Nevado del Aconquija, Chaquiago de Andalgalá y Tilcara.

Como ya se ha mencionado, el tronco principal del Qhapaq Ñan ingresaba en el actual territorio argentino en el Tambo Real de Calahoyo, situado en el límite con la actual Bolivia, a la altura del paralelo 22° S. Según el cronista Antonio de Herrera ([1601-1615] 1730), provenía directamente del Cusco por Puno, Sillustani y Chucuito al poniente del lago Poopó, por Oma Porco de Aullagas, la parte oriental del salar de Uyuni, Tupiza y Talina, hasta el mencionado tambo de Calahoyo, Rinconadilla y el Moreno. Un ramal importante se dirigía hacia la Quebrada de Humahuaca, pasando por los tambos Alto Zapagua y Hornadita, y conectaba las instalaciones de Juire, Putuquito, Coctaca, Rodero, Peñas Blancas, Cerro Chisca, Yacorai-



Fig. 107. Camino subsección Putre - Zapahuira. Foto Qhapaq Ñan Chile (Ch-Ps-01 / C-2009).

te, Campo Morado, La Huerta, Puerta de la Huerta, Perchel y Tilcara. El Camino del Inca conectaba todos los enclaves, desde Maimará hasta Inca Cueva (Alto Zapagua) y en ciertos sitios consistía en la remodelación de trazas anteriores. Hay todavía segmentos claramente visibles en Inca Cueva, Zapagua, Hornaditas, Chisca, Yacoraite, Campo Morado, La Huerta, Perchel, Puerta de Juella y Tilcara. Desde Humahuaca hacia el nacimiento había ramales del Qhapaq Ñan que enlazaban territorios orientales como las quebradas de Iruya, Santa Victoria Oeste y el Valle Grande.

En la puna, el Qhapaq Ñan descendía hacia la quebrada del Toro por Punta Ciénaga, y torcía hacia el suroeste por las Cuevas IV hasta el suburbio noroeste de Tastil, de donde se dirigía hacia el valle

Calchaquí, que recorría longitudinalmente. En este valle, de norte a sur, los establecimientos conectados eran Corralito, Capillas, Corral Blanco, Potrero de Payogasta, Cortaderas, Puerta de la Paya-Guitian, Angastaco y Animaná.

Entre la gran cantidad de los picos montañosos de la región, incluyendo el norte de Chile, sur de Bolivia y noroeste de Argentina, el volcán Lullillaco, en la provincia de Salta, destaca por su altura e importancia. En él se ha registrado el adoratorio de altura más importante de la Argentina, a juzgar por la energía invertida en la construcción de los numerosos edificios que van desde la base hasta la cima, el camino y también las características de las ofrendas allí depositadas hace cinco siglos.

El camino recorría después el faldeo occidental del valle de Yocavil, y enlazaba importantes instalaciones como Tolombón, Pichao, Quilmes y Fuerte Quemado, donde han sido estudiadas importantes minas incaicas. En el extremo meridional de ese valle se levantaba el importante establecimiento de Punta de Balasto, o Ingamana, según el topónimo histórico. A partir de este último y del de Hualfín, situado en la cabecera del valle homónimo, los reconocimientos del terreno son escasos.

Ingamana constituyó una especie de nudo caminero, un lugar de unión o *tinkuy* del cual se desprendían varios ramales. Uno se dirigía al sureste y ascendía a los nevados del Aconquija por los *tampus* de Huehuel (o Becovel) y Campo Colorado, a 3700 y 4700 metros de altura, respectivamente. Otro se desprendía hacia el occidente, en dirección al valle de Hualfín, y pasaba por el Campo del Arenal o de los Pozuelos. Otro conectaba los establecimientos Ingenio del Arenal y Médanos con Chaquiago de Andalgalá, pasando por las sierras de Capillitas. Es probable también que desde el último se desprendiera un ramal en dirección al *pukara* de Aconquija. A partir de los Nacimientos y de Hualfín, el Qhapaq Ñan retomaba su rumbo sur-suroeste y conectaba los establecimientos imperiales de Hualfín, Quillay, Shincal, Tambillos de Zapata y Watungasta. Desde allí comenzaba una lenta ascensión a la cordillera de los Andes en dirección al valle chileno de Copiapó.

El Sistema Vial Andino Qhapaq Ñan continuaba hacia el sur y entraba en territorio riojano por Costa de Reyes, donde son

visibles ruinas muy deterioradas de un *tampu*. Atravesaba la sierra de Copacabana para arribar a la Tambería de los Cazaderos, y luego seguir por el valle y la sierra de Famatina, donde subsiste arquitectura incaica en Tambería Inca, Pampa Real y Negro Overo, y superar el valle de Vinchina por Rincón del Toro y Guandacol.

Una serie de caminos transversales atravesaba la cordillera de los Andes y comunicaba los territorios situados allende y aquende de esta, en lo que hoy son Argentina y Chile. El macizo andino fue cruzado en tiempos preincaicos, incaicos e históricos por innumerables senderos, mediante diferentes formas de transporte. Los pobladores originarios lo sortearon a pie, y luego valiéndose de la llama como animal de carga. Con el advenimiento del caballo se abrieron nuevas posibilidades, después vinieron las vaquerías o traslado de vacunos en pie, y por último llegaron los vehículos sobre ruedas, primero con tracción a sangre y luego motorizados. En cada caso, los caminos fueron adaptados a la respectiva modalidad.

Un poco más al sur, otra senda une la presente región sanjuanina de Jáchal, Angualasto, Tocota y el Parque Nacional de San Guillermo, por el paso de Agua Negra, con la zona minera hoy denominada Almirante Latorre y Vicuña, en Chile. En ellas se han reconocido varios tambos y rastrilladas incaicas que conectaban los valles preandinos sanjuaninos con la región hoy chilena de Calingasta, a las regiones de Illapel o Combarbalá. Sobre su traza se han encontrado varios restos de presencia inca a ambos lados de la cordillera.

Finalmente, el Camino Inca más austral conectaba el sur de la actual San Juan con el alto valle de Uspallata (hoy Mendoza), y encaenaba las instalaciones incaicas de Ciénaga de Yalguaraz, El Leoncito, Tambillos, Ranchillos y Tambillitos. Desde allí trasponía los Andes al sur del cerro Aconcagua, en dirección a las presentes áreas chilenas de Quillota, Colina, Mapocho, Maipo y Cachapoal, donde igualmente se ha reunido evidencia de ocupación efectiva inca.

2.2. Usos del Qhapaq Ñan y formas de recorrerlo

Si bien no había caballos en tiempos previos a la llegada de los españoles, es menester tener en consideración que estos puentes y caminos estaban al servicio de personas, pero también de animales de carga, como las llamas, que eran los acompañantes habituales de los caminantes. Los ejércitos incaicos que transitaban por ellos eran cientos, y a veces miles de personas, acompañados siempre con llamas en una cantidad igualmente considerable. La imagen de los caminos peatonales simples, para el tránsito de una o dos personas debe restringirse seguramente a los caminos domésticos y, en todo caso, tal vez relacionarlo solo a los *chaskis* y caminantes ocasionales.

Los *chaskis* son ciertamente un componente importante de la red vial, dado que ellos cumplían una función de correos para el traslado oportuno y eficiente de las noticias que el aparato político requería para el funcionamiento del Estado. Se trata de personas

que fueron especialmente adiestradas desde la infancia, para operar dentro de un sistema de postas de corredores que llevaban mensajes y pequeños objetos en el curso de unos pocos días, a lo largo de los diversos asentamientos del Tawantinsuyu. Gracias a los *chaskis* y su dominio sobre las rutas en las que ellos operaban, los incas y los demás funcionarios del Tawantinsuyu podían recibir información de las ocurrencias en lugares muy alejados del Cusco, en el lugar donde ellos estuvieran.

La red de *chaskis*, al parecer, así lo permitía. Estaban ubicados en unos lugares llamados *chaskiwasis*, donde vivían con su familia. Estos *chaskiwasis* estaban distribuidos en ciertos puntos del camino, a distancias suficientes como para que los mensajeros pudieran llegar velozmente de una posta a otra, y transmitir o entregar su “correo” en tiempo mínimo. Los mensajes, al parecer, estaban consistentemente asociados a los *kipus*, donde estaba recogida la base de la información que los especialistas *kipukamayus* podían descifrar a partir de los códigos que ellos conocían. No se sabe de otra forma de registro documental, aun cuando queda por examinar los códigos que están detrás de unas figuras geométricas asociadas a los tejidos, llamadas *tokapu*, así como aquellas aún misteriosas “tablas” con las historias de los incas, a las que se refieren algunos documentos del siglo XVI. De cualquier modo, lo que sabemos es que los *chaskis* llevaban *kipus*.

El trajín de los *chaskis* debe haber sido cotidiano, manteniendo la red operativa todo el año. Pero el uso más importante, y que seguramente requería un aparato per-



Fig. 108. Tambo Incawasi de Huaytará, estratégicamente ubicado en el camino transversal que baja de Vilcashuaman a la costa, conectando centros administrativos inca como Tambo Colorado o anteriores como La Centinela, construido originalmente por los chinchas. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

manente de mantenimiento, con constantes reparaciones, parece asociarse al traslado masivo de los ejércitos y las comunidades íntegras de *mitimaes*, hechos con fines económicos o estratégicos entre lugares a veces muy distantes.

No debe dejar de considerarse que el uso de los caminos incluía el tránsito constante de los trabajadores *mit'ayoq* que debían cumplir obligaciones para el Estado fuera de su ámbito doméstico de operación, o el traslado de los *curacas* con sus respectivas cortes en sus visitas a las comarcas de su dominio.

Asimismo, debe tenerse en cuenta el necesario desplazamiento de los *kamayuq*,

funcionarios que debían cubrir las tareas de su especialidad en diversos lugares del imperio, para conducir talleres textiles, de orfebrería o alfarería, u obras de ingeniería hidráulica, agraria, civil o arquitectónica. Todos ellos, además del inca y su corte, que se asocia a los traslados de los ejércitos, hacían uso de esta red vial.

Los soldados andaban en grupos de magnitud muy variada, y con frecuencia iban premunidos de un avituallamiento estratégico caudaloso, aun cuando el imperio contaba con un sistema muy cuidado de almacenes o depósitos de víveres, ropa y armas a lo largo de los caminos principales. De modo que una caravana militar estaba ciertamente cons-



Fig. 109. Camino delimitado por muros saliendo a Raqchi. Sección del tramo Cusco - Desaguadero, provincia de Canchis, Cusco, en el camino al Qollasuyu. Foto Qhapaq Ñan Cusco.

tituida por el doble, o más del doble, de los soldados en sí mismos, así como de una cantidad notable de llamas, que además de facilitar el transporte de carga de los bastimentos, proporcionaba carne y eventualmente lana y cuero. Si se advierte que una campaña militar podía demorar meses e incluso años, este tipo de aparato logístico era necesario. Los caminos de la red lo permitían.

Sabemos que si bien muchos de los tramos del Qhapaq Ñan eran lo bastante anchos como para permitir el desplazamiento de grandes cantidades de personas, organizadas seguramente mediante el sistema decimal que servía de referente a la contabilidad estatal incaica, muchos de los caminos eran bien angostos, de modo que en varios tramos no podían

caminar más de dos o tres personas juntas, unas al lado de otras. Había caminos de 2 o 3 metros de ancho, y varios de ellos eran largas escalinatas que obviamente deben haber llevado más tiempo para su traslado que aquellos que tenían más de 10 metros de ancho.

Si bien hay la sugerencia que había caminos militares y otros administrativos, es posible que los primeros se reduzcan a aquellos que estaban operativos en las zonas consideradas fronteras en su momento, donde además estaban instaladas fortalezas y otros recursos propiamente militares. Ese debe ser el carácter que tenían los caminos del extremo norte, en la región del Guayllabamba, el Chota y el Mira, en tierra de los Caranquis y Pastos, así como los caminos de penetración



Fig. 110. Templo del Sol y de La Luna en Vilcashuaman (Ayacucho, Perú), punto intermedio entre la ciudad de Cusco y el centro administrativo de Huanuco Pampa, conectados por el Qhapaq Ñan o camino troncal de la sierra. Evidencia recurrente de la imposición del poder español construyendo sus iglesias sobre los principales asentamientos originarios. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

hacia la Amazonía y los que estaban en tierra Mapuche y Huarpe en el extremo sur. Es lo que deberían ser, igualmente, los caminos vecinos a los Chiriguanos del oriente boliviano.

De algún modo, todo el Qhapaq Ñan, especialmente en las rutas que conectaban las ciudades más importantes, estaba preparado para transportar a los ejércitos, y eso servía igualmente para el traslado de los *mitmaq*, que forma el segundo contingente masivo de caminantes.

La administración de *mitmaq* (o *mitimaes*) era de una de las estrategias tanto políticas como económicas que los incas de-

sarrollaron con gran éxito. Había pueblos cañaris de Ecuador, o de Chachapoyas, o de Trujillo en los valles del Cusco, pero también cusqueños y mochicas en otros puntos del Tawantinsuyu, que cubrían tareas productivas eficientes. Comunidades enteras eran trasladadas de un punto a otro para resolver problemas de sobrepoblación, de subocupación, o de carencia o exceso de mano de obra, sin importar la distancia. El Qhapaq Ñan hacía posible los traslados de cientos de personas de todas las edades y género. Con la misma facilidad podían retornar a sus lugares de origen, tal como ocurrió durante el proceso de conquista de los españoles. En pocos días quedaban deshabitadas zonas y ciudades

enteras incaicas, haciendo que lugares como Huánuco Pampa o Pumpu quedaran en poco tiempo convertidos en pueblos fantasmas, totalmente desocupados.

Pero, en realidad, no se debe pensar que los caminos eran habilitados para solo servir a los intereses administrativos o económicos del Estado, aun cuando todos tenían una conexión en ese sentido, dado que comunicaban los centros de poder de los incas y permitían la distribución y circulación de los bienes producidos para esos fines. En muchos casos, los caminos ayudaban a levantar nuevos centros de producción o impulsaban el desarrollo de zonas de baja productividad, habilitando sistemas de riego o terrazas agrícolas cerca del camino, aun con inexistencia de centros poblados, propiciando así procesos de poblamiento en lugares deshabitados pero aptos para determinadas formas de producción o explotación de recursos.

Desde luego, varios caminos fueron hechos en la dirección de cubrir comunicaciones con centros administrativos incaicos, y esto puede asignarles una originaria función administrativa, del mismo modo como varios caminos fueron claramente programados y construidos con destinos explícitamente económicos, vinculados especialmente a puntos de explotación de materias primas, como minas, o a lugares de interés agrícola-hidráulico, como las lagunas de origen del agua para riego de algunos valles o cuencas. Asimismo, servían para transportar los minerales, maderas, plumas, materiales textiles como lana, algodón u otra clase de fibras, alimentos o bienes destinados al culto. Estos transpor-

tes de bienes podían tener como dirección el Cusco, pero frecuentemente servían también a los mecanismos de complementariedad que caracterizan la economía andina. Así, los caminos transversales, que permitían el intercambio de productos de diversos pisos ecológicos, constituían un factor integrador vital para los pueblos que se beneficiaban con esos intercambios, y para el Estado, que de ese modo podía cubrir sus programas redistributivos de manera eficiente.

Si bien la tributación estaba especialmente orientada hacia la explotación del trabajo de las comunidades incorporadas al Incario, el traslado de los bienes era una parte importante del régimen, y constituía, de algún modo, la renta que el Estado asumía como base para, a través de la redistribución, mantener su poder. Es así como el trabajo de los *mitmaqkuna* de Cochabamba, en Bolivia, se traducía en cuantiosas cargas de maíz que eran llevadas al Cusco por extensas caravanas de llamas, y ocurría lo mismo con los cargamentos de hojas de coca, que además tenían centros de almacenaje, como los de Huánuco y Paria, ligados a las “montañas” orientales donde se producían.

La investigación de Walter Sánchez (2008) aborda los procesos de cambio ocurridos en los valles y yungas de Cochabamba durante el Horizonte Inca (1400-1538 d.C.). Enfatiza la importancia de comprender los procesos de cambio social relacionales generados por la presencia incaica en los valles y los yungas, en donde se orienta a comprender el proceso histórico de reestructuración poblacional local.



Fig. 111. *Aqllawasi*, restaurado por J. C. Tello, quien lo llamó “Mamaconas”, y laguna de Urpi Wachac. A la llegada de los españoles, en 1533, Pachacamac era el santuario más importante de la costa. Foto Rommel Ángeles Falcón, Museo de Pachacamac, Ministerio de Cultura del Perú.

Sánchez, realiza un acercamiento descriptivo a la red vial que conectaba los valles, la puna y los yungas de Cochabamba. Examina los entramados relacionales que se establecieron entre estas zonas, que incluyeron sistemas de intercambio de productos, ideas y tecnologías (Sánchez 2002, 2007a, 2008).

Por cierto, la red vial no se agotaba en los servicios económicos o militares en los que, sin duda, basaban su existencia. Hay también razones de origen cultista o religioso a las que debemos asociar la construcción de los caminos. Muchos de los caminos iban y se originaban en la existencia de lugares sagrados o de santuarios. Algunos tenían

estrictamente esa función, como la de comunicar a los pobladores de una región con la cumbre más alta de ella o de la laguna, donde estaba el *Apu* principal o la *pacarina*, a los que se debía rendir culto en épocas determinadas del año.

Es probable que muchos de los *apus* y *pacarinas* fueran servidos por caminos comunes, domésticos, pero algunos tan importantes como el de Copacabana, en la península de ese nombre en el lago Titicaca, tenían caminos igualmente importantes. Si bien el caso de Pachacamac es especial, dado que no solo era el santuario más importante del Perú, sino también el segundo centro urbano en importancia después del Cusco, hay que

decir que el camino a Pachacamac era originalmente uno de los mejor elaborados y servidos. Lo era desde la época del Imperio wari, tanto en la ruta de la costa (por la que viajaron en 1533 los primeros españoles desde Cajamarca hasta este lugar que llamaban “la mezquita”), como por la de la sierra (el Qhapaq Ñan), que lo enlazaba con Jauja en el entorno de la antigua capital del Imperio wari, por el que retornaron los primeros españoles que viajaron por el país.

El Qhapaq Ñan pasaba por los pequeños y grandes centros poblados del Tawantinsuyu o cerca de ellos. En realidad, no siempre cruzaba los poblados y muchas veces el camino principal se conectaba con la ciudad mediante un tramo especial que era construido con ese fin específico. De modo que uno podía avanzar por el camino sin tener que entrar a la ciudad. Es la manera como estaban conectados los centros cordilleros de Quito, Tomebamba, Cajamarca, Huánuco Pampa, Pumpu, Xauxa, Vilcashuamán, Cusco, Raqchi, Hatuncolla, Chucuito, Chuquiabo, Paria, Catarpe, Tilcara, La Paya, Andalgalá, Chilecito, Uspallata, y otros centros menores de más al sur, y es la manera en que todos estos centros estaban, a su vez, conectados con los de la costa y con otros de segundo y tercer rango. Los centros costeros más sobresalientes eran los de Tumbes, Chiquitoy, Chan Chan, Chimú Capac, Pachacamac, Incahuasi, Tambo Colorado y Paredones de Nasca⁹.

⁹ Los nombres aquí consignados están puestos siguiendo la ortografía castellana.

2.3. La construcción del Qhapaq Ñan

La traza de los caminos incaicos es el resto arqueológico contiguo más grande que existe en Sudamérica. Como los incas carecieron de sistemas de transporte con ruedas, las dimensiones y rasgos constructivos viales se adaptaron a la geografía y al tránsito de peatones y al arreo de llamas. Por ende, sus dimensiones y características constructivas respondieron a estas necesidades de circulación de personas y de bienes en su máxima extensión.

Los propósitos que guiaron su construcción, o transformación de los caminos preincaicos, responden a un conjunto de factores imprescindibles para la expansión del Tawantinsuyu: los políticos, militares (desplazamiento y abastecimiento de los ejércitos, recorrido de las provincias por el inca, funcionarios y administradores), económicos (movilización de la fuerza de trabajo, productos agrícolas, materias primas y bienes manufacturados), socioculturales (vinculación e integración étnica de las múltiples unidades políticas que lo conformaban), y religiosas (acceso y peregrinación a las principales *wak'as*, ceremonias anuales y rituales de la Qhapaq Hucha).

Gran parte del Qhapaq Ñan existía antes de la expansión inca. El despliegue de ingeniería civil y de movilización laboral en las provincias supone una capacidad organizativa y de mando que los incas heredaron de las experiencias políticas y logros tecnológicos de gobiernos previos, como Wari, Tiwanaku, Mochica, Chimú y Lupaca, llevándolos a una nueva escala espacial y estructural (Hyslop 1984, Lumbreras 1999: 114-116).



Fig. 112. Subtramo Quebrada Huatuchi - Plaza del Inca -Las Aradas, Ecuador. Foto Mónica Bolaños, año 2011.

Para financiar semejante obra, se requirió la movilización de una enorme fuerza de trabajo, como lo comenta Cieza de León:

[...] los veedores yban por las provinçias marcando la tierra y los yndios que avía de una a otra, a los quales mandava que hiziesen los tales caminos: y así se hazían desta manera que una provinçia hazía hasta otra a su costa y con sus yndios y en breve tiempo lo dexavan como se lo pintavan, y otra hazía lo mismo y aun, si era necesario, a un tiempo se acava[va] gran parte del camino o todo él. Y si allegavan a los despoblados, los yndios de la tierra dentro que estaban más çircanos venían con vituallas y herramientas a lo hazer, de tal manera que con mucha alegría y poca pesadumbre era todo hecho (Cieza de León [1553: cap. XV] 1996: 41-42).

Dos caminos principales corrían a través del Tawantinsuyu: uno a lo largo de la costa y el otro en las tierras altas, mientras que caminos transversales conectaban a todas las poblaciones importantes con estos caminos y entre sí (Hyslop 1984: figura 1.1). El camino de las tierras altas comenzaba en el río Ancasmayo, sobre la actual frontera entre Colombia y Ecuador, corría hacia el sur a través de los centros de Quito, Tumipampa, Huancapampa, Cajamarca, Jauja, Vilcas y Cusco hasta Ayavire, donde se dividía en dos para ir bordeando el lago Titicaca. En Bolivia atravesaba el Altiplano hasta Chuquisaca, y luego bajaba a través de Tupiza hasta Tucumán, Argentina. Un ramal corría hasta la costa, en Coquimbo, y seguía bajando por ella hasta la cuenca de Santiago de Chile, mientras que otro atravesaba Argentina hasta las



Fig. 113. Sección del camino Shuid - La Moya, cantón Alausí, provincia de Chimborazo. Talud alto para proteger camino en ladera. Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador. Foto Fernando Espinoza.

proximidades de Mendoza, antes de cruzar los Andes. Ramales transversales conectaban Cusco y Nasca, Cusco y Arequipa, Chuchito y Arequipa, Jauja y Pachacamac, Chan Chan y Cajamarca (Rowe 1946: 230).

Una gran trama de caminos secundarios unía cada población del Tawantinsuyu, y otros se extendían hacia el oriente, hasta las provincias de Chachapoyas en el norte y Paucartambo en el sur. Por la región Carabaya, al este del lago Titicaca, los incas lograron penetrar en los Andes orientales. Pruebas materiales atestiguan esta penetración: caminos y fuertes. Misioneros franciscanos recorrieron desde Carabaya una “ancha calzada real

de los incas” que conducía del valle de Apolo a Ixiamas, hacia el río Madre de Dios, cuyos vestigios eran todavía visibles dos siglos más tarde, según Armentia en 1890 (Saignes 1985: 18). El dominio incaico sobre las colinas del alto Beni queda bien probado mediante la presencia de una calzada que atestigua su penetración en profundidad. La zona fue erigida en “provincia de los chunchos”, cuya cabecera administrativa era el pueblo de Ayaviri, Cane o Zama, según los cronistas. Este fue el pueblo que cruzaron las primeras expediciones españolas desde el Collao, y que en 1563 constituía todavía el límite nororiental de la Audiencia de Charcas (Saignes 1985, Renard Casevitz *et al.* 1988).

El gran camino de la costa comenzaba en Tumbes, donde un ramal lateral lo conectaba con el camino de las tierras altas. Seguía por la costa atravesando los valles por lo menos hasta Arequipa. Este camino de la costa podía alcanzar los 4 y 5 metros de ancho. Cuando pasaba a través de valles irrigados, estaba revestido con paredes de barro moldeado, y a veces, según Estete (1534), estaban pintadas con figuras de animales y otros dibujos.

Según testimonio de Xerez, en 1534, una acequia corría a lo largo de su vera y en algunos lugares árboles frutales sobrepasaban las paredes para dar sombra. Sin embargo, cuando cruzaba desiertos arenosos, el camino era una simple huella en la arena, marcada a intervalos mediante marcas o postes. Cuando cruzaba cerros empinados o promontorios rocosos, se estrechaba hasta un metro de ancho y estaba cortado en la roca o sostenido mediante un muro de contención. Si ame-

nazaba un derrumbe desde arriba, se construía otro muro en el interior para detenerlo (Cobo [1653] 1890).

El camino de las tierras altas era más angosto, pues el terreno quebrado exigía una mayor habilidad de los ingenieros. En laderas empinadas zigzagueaba para reducir el declive, y donde era necesario estaba provisto de escalones de piedra. En lugares pantanosos o en áreas sujetas a inundaciones corría sobre una calzada construida con bloques de tierra con césped. A veces estaban pavimentadas con piedras planas y a ciertos intervalos tenían alcantarillas techadas con lajas (Cobo [1653] 1890).

El camino de Phuyupata Marka a Sayaq Marka, despejado por la expedición científica Wenner-Gren (Fejos 1944) en la región de Machu Picchu, tiene alrededor de un metro de ancho. Está pavimentado con piedras planas, y en laderas empinadas está sostenido mediante muros de contención de 3 a 4 metros de alto. Rodeando un peñasco, pasa a través de un túnel de unos 5 metros de largo, ensanchando una pequeña grieta natural de manera que un hombre puede caminar erguido a través del mismo. El piso del túnel está cortado en escalones bajos (Fejos 1944).

En épocas preincaicas existieron calzadas y caminos regionales que fueron desarrollando los señoríos. Tal vez el camino costero que conectaba las poblaciones de los valles —desde el territorio chimú hasta Pachacamac— haya estado en uso muchos siglos antes. Lo mismo pudo ocurrir en tramos entre centros importantes de la sierra.



Fig. 114 Calzada ubicada en la zona de Rapaz, provincia de Oyón, Departamento de Lima.

En sus dimensiones y características, el Qhapaq Ñan constituye un fenómeno novedoso que surgió en respuesta a las necesidades de la expansión inca. La disposición de los dos caminos principales y los ramales transversales muestran cómo se buscó llevar a un máximo la circulación de productos de los distintos pisos ambientales, desde el oriente de la cordillera hasta el océano Pacífico. En este sentido, combinó variados paisajes naturales y culturales con gran dinamismo y rapidez de desplazamiento. Permitía la comunicación y la integración de un gran número de diferentes sociedades que fueron incorporadas al Estado Inca. Importantes centros políticos preincaicos quedaron asociados a través del Qhapaq Ñan en zonas densamente pobladas, como los



Fig. 115. Complejo arqueológico de Pumapungo, Cañari - Inca, en Cuenca, Ecuador. Instituto Nacional de Patrimonio Cultural del Ecuador. Foto Andrés Solano.

valles costeros del Perú, las hoyas serranas de Ecuador, o zonas pastoriles del Altiplano. Otras áreas de los Andes poco pobladas cobraron importancia durante el desarrollo del Tawantinsuyu.

Al menos 44 provincias quedaron vinculadas a través del camino troncal de la sierra. Entre ellas se cuentan importantes regiones como Cajamarca, Huánuco, Laguna de Junín; Huanca, Vilcas, Chilque, Lupaca, Colla, Paçajes, Charcas, entre otras. De las divisiones costeras existen registros de 38 asentamientos desde Tumbes a Arica; entre los más importantes: Lambayeque, Pascamayo, Chimú; Chancay, Lurín; Chíncha, Ica, Nasca, Moquegua y Arica (Levillier 1942: ver mapa; Rowe 1946: 186-192; Hyslop 1984, 1990).

El trazado de la red vial incaica respondió a factores geográficos (suelo arenoso, pedregoso, anegadizo; taludes, desiertos, cruce de ríos) y socioeconómicos (defensa militar, administración, acceso a minas, articulación de centros poblados, religión). Otros factores, como el monto de tráfico que debía sostener la ruta y la fuerza de trabajo disponible para su construcción y mantenimiento, también afectaron la naturaleza material de las vías.

La tecnología desplegada en la construcción de los caminos estuvo a cargo de personal especializado que adoptaba las técnicas apropiadas a las diversas situaciones de la gradiente del territorio andino. La construcción variaba en un amplio rango, desde el empleo de rasgos formalizados en caminos



Fig. 116. Templo del Sol en Ingapirca, Cuenca, provincia de Cañar, Ecuador. Foto Jeaneth Coque.

principales (muros de contención, pavimento, escalonados, calzadas elevadas, drenajes, puentes) hasta simples sendas.

Varias condiciones ejercieron su influencia en la ubicación y las direcciones que podía adoptar el Qhapaq Ñan. Los desiertos atravesados por cursos de agua constituyeron serios obstáculos. En el norte del Perú, el sector que sale de Piura hacia el sur bordea el desierto de Sechura y en las regiones costeras de Ica y Nasca. Donde no hay buenas fuentes de agua, los caminos se desplazan hacia el interior. En el norte de Chile evita la costa marítima muy seca y en el desierto de Atacama, transcurre por el piedemonte de la cordillera, donde existen ojos de agua (Hyslop 1984).

En las zonas montañosas, el camino se planificaba evitando las pendientes mayores a 50°, pero las laderas eran inevitables. El camino de la sierra, del Cusco a Quito, es una sucesión de tramos ascendentes y descendentes. Las rutas serranas incorporan curvas suaves y desviaciones para acomodar la traza a las laderas escarpadas, a los pasos montañosos, a los afloramientos rocosos y a otros obstáculos. No existen segmentos longitudinales en los flancos de la cordillera, a excepción de los valles áridos del noroeste argentino y norte de Chile, donde los ríos permanentes son poco frecuentes.

El trazado rectilíneo es más común en los terrenos planos; por ejemplo, en el Altiplano o en las zonas desérticas y llanuras



Fig. 117. Ushnu de Pumpu, centro administrativo inca construido en la parte oriental de la pampa de Bombón, distrito de Huayllay, provincia y región Pasco, a 4000 msnm. Foto Ivan Ccachura, Qhapaq Ñan Perú.

irrigadas de la costa peruana. Según Cobo, un tramo de unos 25 kilómetros atravesaba el valle del río Rímac. Tramos rectilíneos fueron prospectados por Hyslop en el desierto de Atacama, el valle de Uspallata, el desierto entre los valles de Pisco y Chíncha, y otro al norte de Santiago de Chile. En síntesis, los incas no aplicaron principios rígidos en el trazado, sino que se adaptaron a la naturaleza de los paisajes que atravesaban.

La edafología y la geología local debían considerarse en la planificación de cada tramo. El tipo de superficie, ya sea terreno arenoso, rocoso, anegable, tierras de cultivo y praderas herbáceas, generaron distintas respuestas locales de técnicas de construcción (Hyslop 1984: 225-244). Grandes distancias

de terreno arenoso debieron cubrirse a lo largo de la costa peruana y en el desierto de Atacama. La construcción formalizada podía incorporar paredes laterales levantadas con adobe, tapia o piedra, con un ancho que oscilaba entre 4 y 35 metros. Otra forma era el camino marcado por una hilera simple de piedras, como ocurría entre Chíncha y Pisco, o simplemente mediante el barrido de los trozos de piedra en la traza de la ruta, como en Atacama.

Los caminos que atravesaban terrenos agrícolas tenían paredes laterales. Según los cronistas, esto tenía la finalidad de proteger los cultivos del paso de los viajeros y de los animales de carga. La anchura del camino podía variar entre 3 y 10 metros. En la costa



Fig. 118. Ushnu de Aypate, centro administrativo inca construido en la sierra de Piura. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

del Pacífico, las paredes eran de tapia, como el tramo en Lunahuaná, valle de Cañete, que conduce a Incawasi. Por otra parte, en la sierra se levantaban con pircas, como en el suroeste del lago Titicaca (Hyslop 1984: 231-232). El tránsito por praderas herbáceas se daba en regiones por encima de los 4000 msnm, aptas para el pastoreo de camélidos. Estos segmentos pueden observarse hoy en día en las regiones de páramo en Ecuador y en la puna de Bolivia, hasta alcanzar 16 metros de ancho.

La construcción de rutas en suelos hidratados debía contemplar varias técnicas: canales de drenaje, pavimentación del piso y calzadas elevadas. Tramos pavimentados son visibles en el Cusco, en el sendero a Machu

Picchu (Bingham 1930: 21-27, Fejos 1944: 54-58), en Taquesi y en un ramal en Llactapampa (Bolivia). Las calzadas elevadas sobre lechos rocosos se rellenaban con tierra, y se solían recubrir con paredes laterales de piedra. La más famosa es la calzada de Anta, en el Cusco, descrita por Cieza de León ([1553: cap. XCI] 1995: 256).

En la ruta entre los valles de Lambayeque y Zaña, la superficie elevada fue creada con el relleno extraído de los canales de irrigación que discurrían junto al camino (Kosok 1978: 619-620). En Huánuco, una corta calzada atraviesa un pequeño lago al sureste del centro poblado. En los páramos al norte de Ingapirca, provincia de Cañar (Ecuador), hay una calzada que atravesaba una zona de inundación. En el

camino del Qollasuyu, una calzada que atravesaba dos bahías bajas al sur de Chuchito fue descrita por el cronista Cobo (1653) y observada en el terreno por Hyslop (1984: 234-235).

Uno de los mayores desafíos para los ingenieros estatales fueron las cuestas empinadas de los Andes. Hyslop señala cuatro diferentes clases de cuestas: aquellas que requieren que el camino ascienda o descienda una montaña, las cuestas onduladas, los flancos de una serranía, y la combinación de la primera con la tercera.

Los incas combinaron varias técnicas constructivas; por ejemplo, los escalonados con muros de contención y excavaciones de la ladera, o con trazados en zigzag. Las escaleras tienen la ventaja de permitir una ruta rectilínea en terrenos muy escarpados. En general, los esca-

lonos están contruidos en piedras de campo, o con poco desbaste, como en tramos de ascenso a la sierra desde el valle de Pisco y en Huánuco, donde es posible observar variedad de escaleras de factura incaica (Hyslop 1984: figura 15.15).

En esta forma, el Camino Inca podía conectar dos puntos en la mitad de la distancia requerida por una moderna ruta para vehículos. Las escalinatas exigían un mantenimiento continuo por parte de los *mitayos* que estaban a cargo, y muchos segmentos todavía están en uso.

Por último, en los caminos principales o sitios importantes pueden aparecer peldaños excavados en la roca viva de la cuesta. Este tipo de escalinata exigía la misma clase de tecnología y de trabajo que el que se aplicaba en la construcción de muros de fina mampostería



Fig. 119. Ushnu o plataforma ceremonial de Curamba, provincia de Apurímac. Foto Gerardo Quiroga, Qhapaq Ñan Perú.

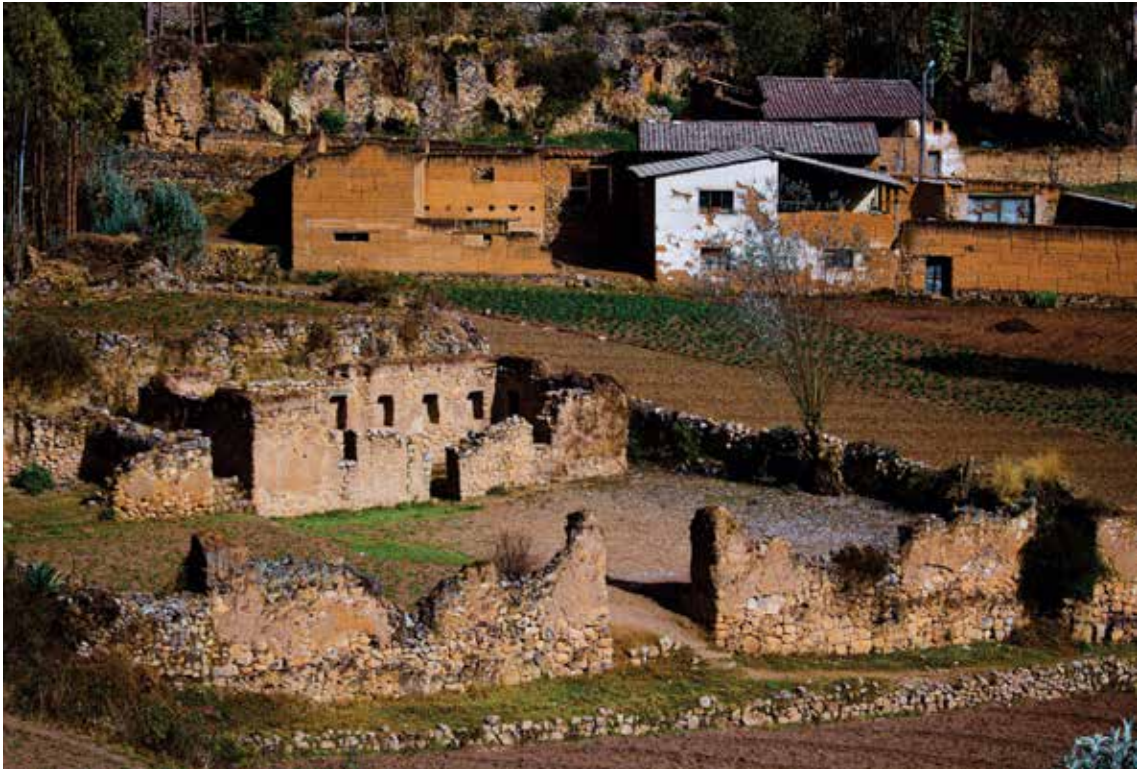


Fig. 120. Plaza central del sitio arqueológico de Tarmatambo, provincia de Junín, sierra central del Perú. Foto Renzo Giraldo, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 121. Detalle de pared con hornacinas en el sitio arqueológico de Tarmatambo. Foto Renzo Giraldo, Qhapaq Ñan Perú.

de piedra. Cieza de León dice que tales escalones eran fabricados usando picos y fuego. Es tal vez significativo que esta clase de albañilería nunca se practicó al sur del lago Titicaca, y sí se presentaba en el camino entre el Cusco y Jauja. En cambio, el trazado en zigzag para el ascenso y descenso de flancos montañosos se empleó desde Ecuador a Argentina.

Los casos más comunes son los caminos en laderas cuando estas se disponen en forma paralela a la dirección de la ruta. Si la pendiente era menor de 15°, no requería ningún agregado formal. La tendencia general de caminos de más de 2 metros de ancho era incorporar muros de contención laterales como un medio para disminuir la pendiente, creando un plano horizontal para el tránsito (Hyslop 1984). Una variante de esta técnica se da en las laderas abruptas, entre 30° y 70° de inclinación, donde se usan muros más altos. Un logro notable de ingeniería se puede apreciar en un segmento escalonado de la ruta inca que corre por el cañón rocoso del valle medio de Cañete, con una pendiente mayor a 50°.

Los ríos caudalosos y encajonados de los Andes requirieron variados recursos para atravesarlos: construcción de puentes, cruces en balsas u otros medios. Los cauces pequeños podían vadearse fácilmente, excepto en la estación lluviosa. Por estas razones, parte del tráfico era estacional. A través de un río angosto se colocaban largas vigas y las cubrían con tablonos y varas transversales. El río Huatanay, en el Cusco, tenía un puente construido con grandes lajas de 3 a 4 metros de largo, muchas de las cuales estaban todavía

in situ hasta que el río fue canalizado. Algunos de los ríos más grandes son lo suficientemente tranquilos como para ser cruzados mediante balsas. Una balsa de pasaje operaba a través del río Santa, en la costa norte (Cieza 1553, Cobo 1653) y otra todavía se encontraba en uso a comienzos del siglo XX en el río Azángaro, en Puno.

Los valles fluviales anchos y profundos se franqueaban mediante puentes colgantes muy bien construidos. Estos se suspendían desde cuatro pilares o torres de mampostería, dos a cada lado del río. Para cada puente se necesitaban cinco cables, de unos 40 centímetros de diámetro, hechos de ramas flexibles retorcidas y trenzadas. Los cables se arrollaban en torno de los maderos de las torres de sostén, tan tensos como fuera posible, y se los aseguraba firmemente. Tres de los cables formaban el piso del puente y los otros dos las barandillas. Para el piso, se sujetaban palos cruzados a los cables pequeños y se cubrían con palos más pequeños y paja. Las barandillas se formaban trenzando una liana o cuerda hacia atrás y adelante, entre el piso y los cables suspendidos. El centro de estos puentes cedía por su propio peso produciendo una comba acentuada y se balanceaba ante el viento más leve (Rowe 1946: 232-233, Hyslop 1984: 317-329). Es famoso el puente sobre el río Apurímac (Squier 1974: 295).

El Sistema Vial Andino servía de nexo entre los diversos centros administrativos que fueron instalados en todo el territorio, a distancias de cuatro a seis días de viaje, desde el sur de Colombia hasta Mendoza (Argentina) y el centro de Chile.



Fig. 122. Vista panorámica del sitio arqueológico de Vitkus o Vitcos, también conocido como Rosaspata, en el distrito de Vilcabamba, provincia de la Convención, Cusco. Foto Fabrizio Servan, Qhapaq Ñan Perú.

Los de primera jerarquía fueron Quito, Ingapirca, Tomebamba, Cajamarca, Huánuco Pampa, Pumpu, Hatun Xauxa, Vilcashuamán, Hatuncolla, Chucuito, Santuarios del Titicaca, Chuquiago, Uma Porco, Potrero de Payogasta-Cortaderas, Shincal, Turi y Lasana; por el camino de la costa, Incahuasi, Tambo Colorado y La Centinela (Hyslop 1985, 1990: 275, mapa 1; Raffino *et al.* 1991: 104-107).

En los centros urbanos podía combinarse el patrón ortogonal, muy bien representado en la parte central del Cusco, Ollantaytambo, Chinchero, Hatunxauxa, Hatuncolla y Chucuito. En otros, el patrón predominante de organización del espacio era el trazado radial, como en Huánuco Pampa, Pumpu, Incahua-

si y Tambería del Inca de Chilecito. En los casos de reocupación urbana, los españoles superpusieron a estos patrones el sistema en damero, característico de todas las fundaciones realizadas en América. Algunos de estos centros han sido destruidos, como Tomebamba en la actual ciudad de Cuenca (Ecuador), pero otros se mantienen visibles, y por ende capaces de ser estudiados con metodología arqueológica, tal como ha ocurrido en Huánuco Pampa (Craig Morris 1987, 1999), Pumpu en la zona de Junín (Matos 1994), y Pisac en el Valle Sagrado (Kaulicke *et al.* 2003).

El plan arquitectónico de un centro inca puede compararse con el de una ciudad europea de la época. Ubicado en el Qhapaq Ñan, Huánuco Pampa presenta casi cinco mil



Fig. 123. Vista del muro perimetral asociado a la plaza de Vitkus. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

construcciones, entre palacios, unos quinientos depósitos, cientos de edificios más rústicos que parecen ser viviendas, templos, observatorios, cuarteles y un *ushnu* ceremonial en la plaza central, de pura factura cusqueña.

Aunque el estudio arqueológico estaría mostrando que gran parte de los edificios eran ocupados temporalmente, había gente que residía para cumplir sus turnos de trabajo como almaceneros, servidores de los templos, *kui-pukamayucs*, albañiles, cocineros y picapedreros, tal como aparecen censados por Íñigo Ortiz de Zúñiga en la visita de León de Huánuco, en 1562.

Quizá entre los servidores del templo había especialistas que venían de lejos, como también los arquitectos que diseñaron

las calzadas principales y el área ceremonial constituida por el *ushnu* y la plaza. Otra posible excepción eran las mujeres que tejían y cocinaban, recluidas en el *aqllawasi*, la casa de las tejedoras escogidas (Morris 1999: 42-43).

Tanto Huánuco Pampa como Pumpu encajan perfectamente dentro de la definición de centros urbanos. Poseen arquitectura residencial de élite de estilo cusqueño, una gran plaza ceremonial, otros conjuntos edilicios, grandes barrios comuneros diferenciados en términos de estatus socioeconómico y de especialización laboral. Las largas estructuras rectangulares que circundan la plaza central constituyen el corazón de la instalación (Morris 1987: figura 1, Matos 1994: ver plano). Otra característica especial



Fig. 124. Tramo de camino Levanto – Chachapoyas mejor conservado en la parte alta del valle de Utcubamba, departamento de Amazonas. Foto Alfredo Bar, Qhapaq Ñan Perú.

de estos centros fue la enorme infraestructura para el almacenamiento de alimentos y bienes manufacturados.

A los centros urbanos y los tambos deben agregarse las instalaciones militares que cumplían la función de defensa en las fronteras del Estado. La línea o red de fuertes fueron al parecer más importantes en algunas regiones del Tawantinsuyu, como al norte de Quito (Ecuador), donde se emplaza el *pukara* de Rumichuco. Más al norte es notable el complejo Pambamarca, que se extiende más de 6 kilómetros desde la cima de una montaña. Está conformado al menos por catorce recintos amurallados, separados entre sí por varios cientos de metros. La unidad con mayor altura está alrededor de 4075 msnm, y la

de menor altura alrededor de 3400 msnm. Las diversas dependencias se consideran parte del mismo complejo debido a su proximidad entre sí (Hyslop 1990: 155-190). En el oriente de Bolivia es donde se concentra el mayor número de sitios, entre otros: Condorhuasi en Tarija, Oroncota en R. Pilcomayo, Incahuasi, 100 kilómetros al este, Incallacta en Cochabamba. En el extremo sureste se elevaba el *pukara* de Andalgalá, defendiendo la frontera con las yungas y la pampa (González 1982). Para el área del Cusco se mencionan los centros fortificados de Pumamarca y Huilca Raccay.

Los rasgos más sobresalientes son los muros defensivos que circunvalan estos sitios, que en varios lugares desarrollan un patrón en zigzag. Es notable también su posición estraté-



Fig. 125. Tramo Escalerilla - Cushuro, en la zona de Huaylillas, provincia de Huamachuco, área cordillerana del departamento de La Libertad. Foto Edgardo Solórzano, Qhapaq Ñan Perú.

gica en el paisaje circundante, como Incawasi en Cañete (Hyslop 1985, 1987). Ramales del Qhapaq Ñan llegaban a estas ciudadelas para aprovisionarlas con todo tipo de bienes.

Las funciones palaciegas, administrativas, políticas y económicas de los centros incaicos fueron cruciales para asegurar las bases económicas, políticas y militares sobre las cuales se sustentaba el Tawantinsuyu.

La red de caminos incaicos generó un sistema de establecimientos denominados tambos (*tampu*), que se instalaron al borde de las rutas. La ubicación del *tampu* se estimaba en relación con un día de caminata. En él se alojaban viajeros y grupos que se trasladaban por asuntos estatales, como militares y *miti-*

maes. En el tambo había almacenes donde se acopiaba forraje, alimentos, combustibles, ropa, pertrechos y armas para los viajeros.

El mantenimiento de las *qollqas* y el cuidado del sitio eran realizados por las comunidades cercanas como parte de la *mit'a* (Rowe 1946, Strube 1963). Murra llama la atención sobre los individuos que tenían a su cargo el servicio del *tampu*. Parece que eran los hombres de más edad, puesto que estaban incapacitados para otras obligaciones (Murra 1980). Las categorías de establecimientos camineros dadas por Guaman Poma de Ayala ([1615: 1082 (1092) -1093 (1103)] 1993, II: 879-887) comprenden ciudades y mesón real, pueblo y tambo real, tambo real y tambillos. A lo largo de los ca-



Fig. 126. Complejo inca de Huarautambo, en el distrito de Yanahuanca, provincia de Daniel Alcides Carrión, región Pasco. Foto Ivan Ccachura, Qhapaq Ñan Perú.

minos había también pares de refugios para los corredores, o *chaskiwasis*.

Los restos arqueológicos de los tambos, que pueden variar de veinte a cientos de metros de largo, ponen de manifiesto que estas postas eran edificadas y organizadas con gran flexibilidad, y que cada una de ellas refleja las especiales relaciones que se entablaron entre las variadas necesidades del Estado y las condiciones muy diversas del medio cultural y natural local. Llegar a precisar el número de tambos que existió en la época inca es imposible. Existe una lista de sitios registrados por Vaca de Castro (1543) y Guaman Poma (1615), quienes mencionan unos doscientos lugares, pero omiten muchos puntos y rutas importantes, que han sido revelados por otras fuentes

documentales y arqueológicas. A partir de los datos derivados de la arqueología, Hyslop hace una estimación de un mínimo de mil tambos sobre la base de un promedio de 20 kilómetros entre cada tambo, y de 24 000 kilómetros de extensión de la red, pudiendo ascender a dos mil tambos o más (1984: 277). En Huánuco, se encuentran Huarau Tambo, Taparaku, Tunsucancha y Tarma Tambo. En el extremo sur del imperio hay una serie de tambos y tambillos, como Punta de Balasto, Tocota, Cazaderos, Leoncito y Tambillo (González 2000: 326, Bárcena 2001).

La unidad básica de la arquitectura inca fue el edificio de planta rectangular, a partir del cual se daban las combinaciones necesarias. La unidad compuesta básica fue la

kancha, cuadrángulo ideal que encerraba tres o más hileras de cuartos anexos a los muros perimetrales dejando un espacio abierto en el centro. A partir de este compuesto, se podían lograr bloques o estructuras más complejas, como en Ollantaytambo, cuyo patrón ortogonal está formado por dos *kanchas*, o bien conforma la estructura de un tambillo constituido por una sola *kancha* con un espacio central a modo de plaza. Una derivación del edificio rectangular está dada en la estructura denominada recientemente *kallanka*, y que los cronistas denominaron “galpones”. Eran edificios en forma de rectángulos muy alargados, sin divisiones internas, normalmente con techo a dos aguas con hastial. Estaban provistos de varias puertas que abrían por lo general hacia la plaza, como en Tomebamba, Huánuco Pampa, Incallacta, Potrero de Payogasta

y Chinchero (Hyslop 1990: figuras 1.17 y 18). Otro rasgo arquitectónico importante desde el punto de vista simbólico fue el *ushnu*, pues se vinculaba con las plazas y las ceremonias públicas. Podía ser una piedra natural, una concavidad en el terreno, el asiento del inca o una plataforma (Gasparini y Margolies 1977: 274-288, Bock y Zuidema 1991).

En algunos centros de los Andes centrales y en el extremo norte y sur del Tawantinsuyu, el *ushnu* adoptaba la forma de una plataforma piramidal con escalinatas de acceso, como en Huánuco Pampa, Vilcashuamán, Incawasi de Cañete, Shincal, Tambería del Inca, Viñas del Cerro y *pukara* de Rumichuco en Ecuador (Zuidema 1964, Hyslop 1990: 86-95). En Pumpu, la escalinata mira hacia el oriente (Matos 1994: 125, figura 31).



Fig. 127. Camino de ascenso hacia el abra Choquetakarpo, en el tramo Vitkus – Machu Picchu, Cusco. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 128. Saywite, soberbio adoratorio inca con rocas esculpidas relacionado al agua. Distrito de Curahuasi, provincia de Abancay, departamento de Apurímac. Foto Gerardo Quiroga, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 129. Conocida como “la Piedra de Saywite”, es sin duda una de las principales manifestaciones del tallado en piedra. Foto Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 130. Fuente ceremonial con molduras escalonadas en Ollantaytambo, Cusco. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

Además de los tambos, diversos establecimientos administrativos se jalonaban a lo largo del camino, y las tipologías de la arquitectura inca se adecuaban o combinaban de forma flexible. Debido a la naturaleza heterogénea de las entidades andinas en la época de la conquista inca, una política fue promover la organización en torno a un número importante de centros urbanos.

Estos eran resultado del nuevo urbanismo impuesto por los incas a lo largo del camino real (Morris 1972: 393), o podían incorporar centros preexistentes, como ocurrió en las regiones donde florecieron los grandes señoríos tardíos. En el caso lupaca, existen claras referencias arqueológicas de un urbanismo preínca a las que se sumaron villas a lo largo de la costa suroeste del lago Titicaca.

Del mismo modo ocurrió en el extremo sur del Qollasuyu, donde en los centros locales de Turi, La Puerta, Tilcara, La Paya, Quilmes y Fuerte Quemado, se agregaron compuestos edilicios tipo *kancha* en lugares prominentes del asentamiento (Hyslop 1990: 251-265).

Cuando una unidad política era anexada al Estado, ya sea a consecuencia de una conquista militar o de una integración pacífica por medio de coerción simbólica, acudía a ella un grupo de administradores para establecer la organización incaica local. Lo primero que se hacía era preparar “maquetas de los valles”. Sarmiento de Gamboa (1572) menciona que dichos modelos eran presentados al soberano, quien realizaba las modificaciones que le parecían convenientes.

tes, y luego despachaba a los funcionarios para que ejecutasen sus indicaciones. Se procedía entonces al “amojonamiento” de la tierra que sería del inca y del gobernante a cargo, y a realizar los trabajos pertinentes (Rostworowski 1988: 203).

El Qhapaq Ñan era recorrido por grupos de personas vinculadas al Estado de acuerdo con funciones diversas, tanto económicas, políticas y militares, como religiosas y ceremoniales. El tráfico comprendía el tránsito de soldados en pequeños grupos, o ejércitos completos acompañados por mujeres y jefes étnicos; *mitmaes* desde el Cusco y otras regiones, *mitayos* que viajaban para cumplir sus deberes, como los que transportaban chicha; el inca y su séquito, oficiales de la administración estatal, curacas con su comitiva, caravanas de llamas con sus conductores; los técnicos en varias materias, como ingenieros de caminos, de puentes y arquitectos que planificaban la construcción de edificios públicos y lugares ceremoniales; artesanos (metalúrgicos, orfebres, picapedreros, olleros, tejedores), especialistas en agricultura e irrigación. A esto se sumaba una cantidad no determinada de tráfico privado o personal (Murra 1978).

Informaciones etnohistóricas y arqueológicas aportan pistas sobre la frecuencia de uso del camino y los sistemas de control que se ejercían. Según Hyslop, el ancho y el cuidado constructivo de la traza se relacionaban con la frecuencia y la importancia del tránsito que soportaba, sobresaliendo entre todos los caminos el de Chinchaysuyo. Varios cronistas proporcionan medidas



Fig. 131. Camino con lajas de piedra que se dirige a Choquecancha, provincia de Lares, Cusco. Foto Elías Mujica Barreda, año 2017.

en “pies españoles”. En el camino de la sierra, Garcilaso habla de 25 pies de ancho, y Guaman Poma, de 11 pies. Según Cieza de León y Cobo, había casos de hasta 40 pies para los ingresos a los valles fértiles por el camino de la costa, estimándose la media entre 11 y 15 pies.

Hyslop evaluó las medidas en diecinueve casos conocidos, desde Ecuador hasta Chile y Argentina. Los mayores anchos se dan en Huánuco (10-15 metros) y en el valle de Pisco (6-10 metros). Por otra parte, los menores anchos están en la trocha a Machu Picchu (1-2,5 metros) y en Tastil, Argentina (1-2 metros) (1984: 255, tabla 17.1). Esta información arqueológica permite sostener que las anchuras que dan los cronistas son definiciones en sentido genérico.



Fig. 132. Vista aérea del Intihuatana de Pomacocha, en el distrito de Vischongo, provincia Vilcashuamán, Ayacucho, a 3126 msnm. Foto Gerardo Quiroga, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 133. Como en el caso de Saywite, en Apurímac, en Pomacocha (Ayacucho) se encuentran también grandes bloques de piedra tallada. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

Factores medioambientales pudieron afectar el ancho concedido a la traza, pero sobre todo las características del camino venían condicionadas por la disponibilidad de mano de obra para la construcción y el mantenimiento de cada tramo. En este sentido, el número de trabajadores por *mit'a* y el tiempo que podían destinar a la construcción pudieron afectar el ancho máximo o la identificación de cuáles fueron los segmentos que recibieron rasgos constructivos formales o no. Hay casos en Chile y Argentina donde el camino es un simple paso.

En cuanto a la reglamentación de uso, los viajes estaban restringidos a los asuntos gubernamentales, a fin de mantener a los tributarios en su tierra y conservar las rutas

libres para el uso oficial. Cuando era necesario, el soberano hacía transportar piedra de construcción, madera balsa, productos tropicales y de lujo a través de todo el imperio. Guardias apostados en el ingreso a los puentes y límites de provincias controlaban el movimiento de oro y plata, así como el tráfico privado. Xérez (1534) y Estete (1533) hablan de un derecho de peaje, pagado en especie por los viajeros. Xérez afirma que los guardias velaban para que no se sacaran de una provincia más mercancías de las que entraban. Las regulaciones estaban destinadas a desalentar la realización de viajes no autorizados por el Estado (Rowe 1946: 233, 271).

El inca medía las distancias de viaje por medio de pasos, que es la unidad más



Fig. 134. Detalle de muro inca de preciosa factura en Pomacocha y vista de canal ritual que cruza el complejo inca. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 135. Vista panorámica del complejo arqueológico Incahuasi de Huaytará, tambo ubicado en el tramo de camino que baja de Vilcashuamán hasta el litoral. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 136. Portada con graderías del tambo de Incahuasi de Huaytará, Huancavelica. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

conveniente para los que viajan a pie. Una unidad mayor denominada *topo* (medida) se utilizaba a lo largo de los caminos incaicos. El *topo* era, aproximadamente, equivalente a una legua y media española según Cieza y otros (unos 7 kilómetros), o según Murúa (1613) a seis mil pasos. En algunos caminos, especialmente al sur del Cusco, se colocaban señales similares a piedras mojones en cada *topo* o medio *topo*. Esto se articulaba con el sistema de tambos, los centros administrativos, las fortalezas, los santuarios, lugares extractivos de sal y guano; minas de cobre, oro y plata; y los refugios, que a pares se disponían cada media o cuarto de legua, para los corredores (*chaski*) que efectuaban el servicio de correos (Rowe 1946: 231).

El Camino Inca se diferenciaba de los caminos locales por una serie de atributos: su traza más directa entre dos hitos, y los rasgos constructivos asociados que lo hacían visible para el viajero. Por ejemplo, hileras de postes de madera marcaban la dirección al viajero, como ocurría en varios valles de la costa peruana y fueron descritos por Cieza de León, que los transitó durante su recorrido en la década de 1540. El mismo fenómeno es reportado por Lizárraga, que los recorrió más tarde.

Otra posibilidad estaba dada por una línea de piedras. Entre los valles de Jequetepeque y Chicama, la ruta inca se encontraba marcada por una hilera simple de rocas de un color más oscuro que el del desierto circun-



Fig. 137. Edificación conocida como “la silla del Inca” en el tambo Incahuasi de Huaytará. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

dante. Del mismo modo, líneas de piedras se encuentran en la costa sur, cerca de Ica y Nasca. Al comienzo de áreas arenosas, la orientación del camino se indicaba mediante pilas de bloques rocosos. La expedición en el desierto de Atacama registró docenas de estos amontonamientos líticos, a veces de a pares a ambos lados del camino, y de 1 metro de altura. Garcilaso de la Vega menciona estas marcas en su relación sobre el camino que atravesaba Atacama (Hyslop 1984: 226). Los mojones y postes podían estar adornados y pintados. Los puentes (colgantes, de troncos, de mampostería) completaban la infraestructura vial.

Al final de cada jornada de camino existían, en toda la extensión de la red vial, tambos de distinta jerarquía (tambos reales, tambos y tambillos), donde el personal en tránsito podía descansar y alimentarse. Los *mitayos* y el ejército podían abastecerse de mantas, ojotas, herramientas y armas (Rowe 1946: 231). Había, por otro lado, grandes recintos acondicionados para el acopio de tejidos de lana y algodón, finos y coloridos (*cumbi*) para la élite, y tejidos bastos para la gente del común, así como objetos de bronce, piedra y cerámica, tal como fue observado por los españoles en Cajamarca durante el apresamiento de Atahualpa (Xerez [1534] 1968: 232).

Muchos de estos bienes estaban destinados a sostener las festividades que el soberano o representantes del gobierno oficiaban a lo largo de la ruta. Otro de los fines era la retribución de servicios políticos en forma de obsequios, para los señores locales. Por otro lado, si “venía algúnd año de mucha esterili-

dad, mandavan asímismo abrir los depósitos y prestar a las provincias los mantenimientos neçesarios” (Cieza [1553: cap. XIX] 1996: 55).

El almacenaje centralizado fue crucial para el financiamiento del imperio. Un importante monto de excedentes era movilizado desde el nivel comunitario hacia el Estado. En esta instancia, los depósitos se constituyeron en piezas claves para implementar y reproducir el nuevo orden. Las cualidades concretas que asumieron los sistemas de *qollqas* y su distribución espacial en una región dependieron de la interacción de varios factores: la capacidad de control de los bienes almacenados por parte de los funcionarios estatales, los circuitos de movimientos de bienes y personas, las necesidades de aprovisionamiento estimadas por los administradores y las características demográficas y productivas de la región (LeVine 1992: 131-136). La inclusión de los sitios de almacenaje dentro del entramado vial resultaba un elemento de primordial importancia para asegurar la operatividad en la planificación estatal (Morris 1986: 63, Earle y D’Altroy 1989: 196, LeVine 1992: 19-20, Matos 1994, Valdez 1996).

Como se ha señalado, a lo largo de los caminos los incas hacían construir a intervalos predeterminados, según la naturaleza de la geografía, grupos de almacenes con alimentos y enseres, y refugios para la gente en tránsito (*tampu*). Los tambos mayores y mejor provistos se encontraban en los grandes centros que articulaban los caminos. Estos fueron llamados por los cronistas “tambos reales”. Los tambos menores se construían a intervalos de una conveniente jornada diaria entre los tambos reales.



Fig. 138. Arrieros del Pariacaca haciendo uso del tramo de camino inca Portachuelo – Piticocha, llevando productos entre Tanta y Huarochirí, Lima. Foto del archivo de la Dirección de Patrimonio Inmaterial del Ministerio de Cultura del Perú.



Fig. 139. Los caminos transversales que bajan por los valles corren por la mitad de las laderas, sobre “plataformas colgantes” con muros de contención. Camino en la zona arqueológica La Toma, valle de Cañete. Foto José Luis Díaz, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 140. Tramo transversal del Qhapaq Ñan en Chontay, al lado del río Lurín, provincia de Lima. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

Los caminos y tambos eran mantenidos por *hatunrunas* de las aldeas próximas a la ruta, como parte de su cuota de trabajo por turnos, todo bajo la vigilancia de administradores especiales. La construcción de puentes colgantes, tal como el Padre Cobo cruzó en Vilcas y en el río Apurímac, era una hazaña arquitectónica. Su mantenimiento era realizado como parte de la *mit'a*, debiendo reconstruirse anualmente (Guaman Poma 1615, Cobo 1653, Espinoza Soriano 1987).

El papel jugado por la vialidad en la base estructural incaica abarcó todos los ámbitos de la vida. Debido a que la riqueza del Tawantinsuyu, basada en el acceso a las cuotas de trabajo (Murra 1978, 1982), se puede concebir al sistema vial como una enorme red preparada para la obtención, manejo, movimiento y protección de la fuerza de trabajo. Los caminos conducían en forma directa a zonas

densamente pobladas, como las regiones costeras del Perú, los valles u hoyas serranas de Ecuador, o las altiplanicies para el pastoreo y la agricultura atemporal del Altiplano de Bolivia, dado que allí se encontraban fuentes de trabajadores potenciales.

En lo económico, el transporte de materias primas y de mercaderías se produjo por medio de caravanas de llamas que recorrían todos los tramos. La red vial era usada para el transporte de metales, recursos alimentarios, pertrechos para el ejército, *Spondylus (mullu)*, plumas, maderas, coca y textiles, desde las áreas donde se recolectaban o producían. Las rutas laterales que conectaban las tierras altas con los valles, y tierras bajas del oriente y occidente, tuvieron una particular importancia económica dado que promovían y facilitaban el intercambio de productos entre distintas regiones medioambientales.



Fig. 141. Detalle del tramo transversal pasando por Chontay. Nótese el uso de las laderas para protegerse del comportamiento del río, así como para no afectar las áreas productivas. Foto Qhapaq Ñan Perú.

La mayoría de las rutas cumplían fines administrativos. El camino troncal de la sierra y de la costa, y algunas vías transversales, conectaban la mayoría de centros poblados. Por ello, eran rutas aptas para ser usadas por los oficiales de la administración estatal, los técnicos especialistas y los *chaskis*.

La movilidad y el abastecimiento del ejército en los viajes fueron fundamentales para la expansión del Estado. Las rutas con fines militares se caracterizan por constituir brazos que llevan a las fronteras, donde líneas de fortalezas protegían los límites estatales. El eslabón vial que une las fortalezas en la ladera oriental de los Andes de Bolivia es un buen ejemplo.

Otro caso diferente son los caminos que conducen a fuertes en la región de Chupaycho (Huánuco), donde parece que se ins-

talaron para sofocar las rebeliones locales. Los soberanos solían dirigir las campañas militares. Llevaban efigies religiosas y celebraban relevantes festividades, como el Capac Raymi en centros a lo largo del camino. De esta forma, convalidaban simbólicamente el uso de las vías para fines religiosos, pues había tramos que conducían a los santuarios de alta montaña, o como los senderos que conducían a la península de Copacabana y a la Isla del Sol.

Los fines religiosos, militares, administrativos y económicos obligaron a los incas a construir tramos de rutas que conducían a muchas áreas específicas. Otras veces, los diferentes requerimientos eran cubiertos por una misma ruta. En general, puede afirmarse que el camino troncal sostuvo las más diversas actividades de tránsito.



Fig. 142. Tramo de camino transversal inca en la quebrada de Canturillas, departamento de Lima, en la zona de Nieve Nieve, algunos kilómetros más abajo que Chontay. Nótese la técnica constructiva en plataformas.
Foto Gerardo Quiroga, Qhapaq Ñan Perú.

La cosmovisión inca otorgaba importancia suprema al dios creador, Viracocha, al Sol y a la Luna. La religión estatal ponía énfasis en los mitos de creación y el lugar de origen que sacralizaba el dominio del inca. Según Guaman Poma, se habían sucedido cuatro *Pachakuti* o ciclos de creación y destrucción del mundo, antes de la era de los incas. El culto y el complejo ceremonial estuvieron centrados en la ciudad del Cusco, núcleo religioso y político del imperio, y paisaje sagrado altamente ritualizado. En el plano de la ciudad y en la organización de los barrios se ponían en juego los principios fundamentales de “bipartición”, expresados en Hanan Cusco y Hurin Cusco, de “tripartición” en las secciones de diferenciación social *collana*, *payan* y *cayao* de

los *ayllus*, y de “cuatripartición”, en los cuatro *suyus* en que se dividía el imperio.

Los cuatro caminos que partían de la plaza principal Aucaypata materializaban esta división. El sistema del Qhapaq Ñan trasladaba de esta forma el patrón organizativo a nivel global. La división en cuatro partes del mundo andino encontraba su equivalente en la división similar del espacio celestial por medio el río sagrado *mayu* (Vía Láctea), que estructuraba el cosmos en cuatro cuadrantes. Las *wak'as*, objetos y lugares sagrados tenían un papel trascendental en la definición de la topografía de los Andes y de la vida de la gente. El sistema *sek'e* —líneas imaginarias de *wak'as* que se proyectaban en forma radial des-



Fig. 143. Conjunto de las ventanas en Huaycán de Cieneguilla, departamento de Lima, a pocos kilómetros del litoral y del centro ceremonial de Pachacamac. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

de el Qorikancha— organizaba el universo de santuarios en forma similar a un *kipu*. Los cuatro *suyus* estaban estructurados en 42 *sek'e* o senderos rituales, que comprendían más de 330 *wak'as* en el área del Cusco.

La distribución radial del espacio — desde el centro hacia la periferia— consolidaba el centro del orden cosmológico andino. Además de las *wak'as* conectadas por los senderos rituales, en las montañas alrededor de la ciudad había doce o catorce pilares (*sucanca*) que indicaban el comienzo de los meses, y existían puntos desde los que se hacían observaciones astronómicas para determinar la fecha de la siembra y de la recolección.

Los lugares principales fuera del Cusco poseían también líneas *sek'e* que no copiaban exactamente la disposición del Cusco, sino que estaban referidos a puntos destacados de observación local. Polo de Ondegardo registró más de cien villas del imperio que estaban divididas por sus *sek'e* y líneas. Estos centros contaban con instalaciones para alojar a los nobles “orejones”, funcionarios estatales y lugares públicos de ceremonias.

La Qhapaq Hucha era una compleja celebración de veneración y sacrificio a las *wak'as* que se realizaba, según Cobo, en ocasiones extraordinarias, aunque Cieza sugiere que eran celebraciones anuales. Comen-



Fig. 144. El aqllawasi de Pachacamac presenta diseño cusqueño en su arquitectura, construido en tierra con escalinatas empedradas. Foto archivo del Museo de Pachacamac, Ministerio de Cultura del Perú.



Fig. 145. Sin embargo, sobresale el uso de mampostería de piedra en los sobrecimientos de fino tallado estilo inca. Foto archivo del Museo de Pachacamac, Ministerio de Cultura del Perú.



Fig. 146. Ubicado en el balneario de Cerro Azul, provincia de Cañete, El Huarco fue ocupado por una élite de pescadores, y sus pobladores ofrecieron seria resistencia a la conquista inca. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

zaba en la plaza del Cusco, donde se reunía gran cantidad de ofrendas (llamas, coca, conchas, telas, figurillas de plata y oro), que eran distribuidas en los santuarios según lo tenían registrados los *kuipukamayuc* (vilcamayos). Podía incluir sacrificio de niños y jóvenes sin mácula, que eran sacrificados en la *wak'a* elegida. Cuando un nuevo inca subía al trono, una cantidad de doscientos niños entre 4 y 10 años eran ahogados en el Cusco, y luego se enterraban con el oro y plata en un cerro llamado Chuquicancha, a media legua de la ciudad. Cuando el inca Waskar cayó en manos del ejército de su hermano, los sacerdotes practicaron una Qhapaq Hucha en la cual sacrificaron niños, llamas y ropa.

Casos destacados son los sacrificios humanos en cerros nevados que se han preservado por congelamiento. Hasta el presente, se conocen trece casos, sobre un total de 145 santuarios de alta montaña; entre otros: Coropuna, Sara-Sara, Pichu-Pichu, Ampato, Lullailloco, Chuscha, El Toro. Algunas de estas huacas, como el Aconcagua y el Plomo, parecen señalar las fronteras extremas del Tawantinsuyu.

La fiesta de Qhapaq Raymi era una compleja sucesión de rituales vinculados con la iniciación de los jóvenes y duraba más de un mes.

Otros rituales comprendían la peregrinación a las islas del Sol y la Luna (Titicaca)



Fig. 147. Sometidos al Tawantinsuyu, el asentamiento principal de los huarcos sufrió modificaciones, claramente reflejadas en este muro de fina cantería inca en los acantilados sobre el océano Pacífico. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

y a montañas sagradas, algunas de las cuales siguen recibiendo procesiones hasta la actualidad. Sobre los recorridos rituales, la mesa ritual es muy importante y puede estar asociada a otras funciones, como la culminación de un recorrido a una ratificación simbólica del territorio de una comunidad. Thomas Abercrombie (2006) nos ilustra al respecto. El *muyuriy*, recorrido, vuelta o recorre, según los diferentes nombres con que se la conoce en la actualidad, consiste en la realización de caminatas o pregrinajes a través de los mojones que deslindan el territorio de una comunidad, depositando ofrendas. Habla también sobre los mojones que pueden ser naturales o elaborados, que operaban como dispositivos que permitían fijar y a su vez recordar en la

geografía local, eventos o mitos asociados al pasado y a los ancestros. Es en ese sentido que Abercrombie y Del Río (2005) concuerdan que todos estos constituían elementos narrativos del paisaje, y generan un sentido de pertenencia y legitimidad sobre un territorio. Hasta el presente, los mojones de origen colonial son sacralizados como sitios de memoria social en cuanto recuerdan el vínculo entre los actuales grupos sociales y las generaciones del pasado.

Al momento de la conquista española, había miles de *wak'as* de diversas características a lo largo del Tawantinsuyu, pero la mayoría eran peñascos, montañas y manantiales sagrados. De ellas, unas veinte eran *wak'as* importantes, y una docena constituían



Fig. 148. Estructuras principales del centro administrativo inca de Tambo Colorado, en el valle de Pisco, departamento de Ica, costa sur del Perú. En la costa, el uso de tierra predomina sobre el uso de piedra para las construcciones. Foto Qhapaq Ñan Perú.

grandes santuarios que recibían peregrinos de todo el mundo andino. Los tres más importantes fueron el Qorikancha, en el Cusco, donde había templos al Sol, la Luna, el trueno, el arcoíris y otros elementos celestes deificados; en la costa central, el complejo de templos dedicados al dios Pachacamac; y las *wak'as* de las islas del Sol y de la Luna, en el largo Titicaca. Los dos últimos congregaban gran cantidad de asistentes con sus respectivas las ofrendas y reverencia (*mocha*), de tal modo que las rutas del Qhapaq Ñan contribuían a las prácticas religiosas. Otra *wak'a* destacada estaba constituida por una gran roca de piedra arenisca cercana al sitio de Pucará, un lugar sagrado al menos desde un milenio antes de los incas. Estos embellecieron el lugar con edificios, y podrían ha-

ber instituido un culto al que se concedieron propiedades igual que a otras *wak'as*.

El rol de los caminos y la memoria sobre los incas ha tenido una profunda incidencia en las costumbres y modalidades de las vidas andinas. En varias tradiciones peruanas de la Colonia y de la República se pueden rastrear estos vínculos. Hacia 1640, tres mil llamas al cuidado de un centenar de indios se ocupaban en transportar desde Arica hasta Potosí los azogues de Almadén y Huancavelica para el maestre de campo Antonio López Quiros, de la villa imperial (Palma 1966: 83).

La religión y la organización de la sociedad en Pacaritambo actual, y el registro de los mitos entre los *rukanas* en Puquio, realizado

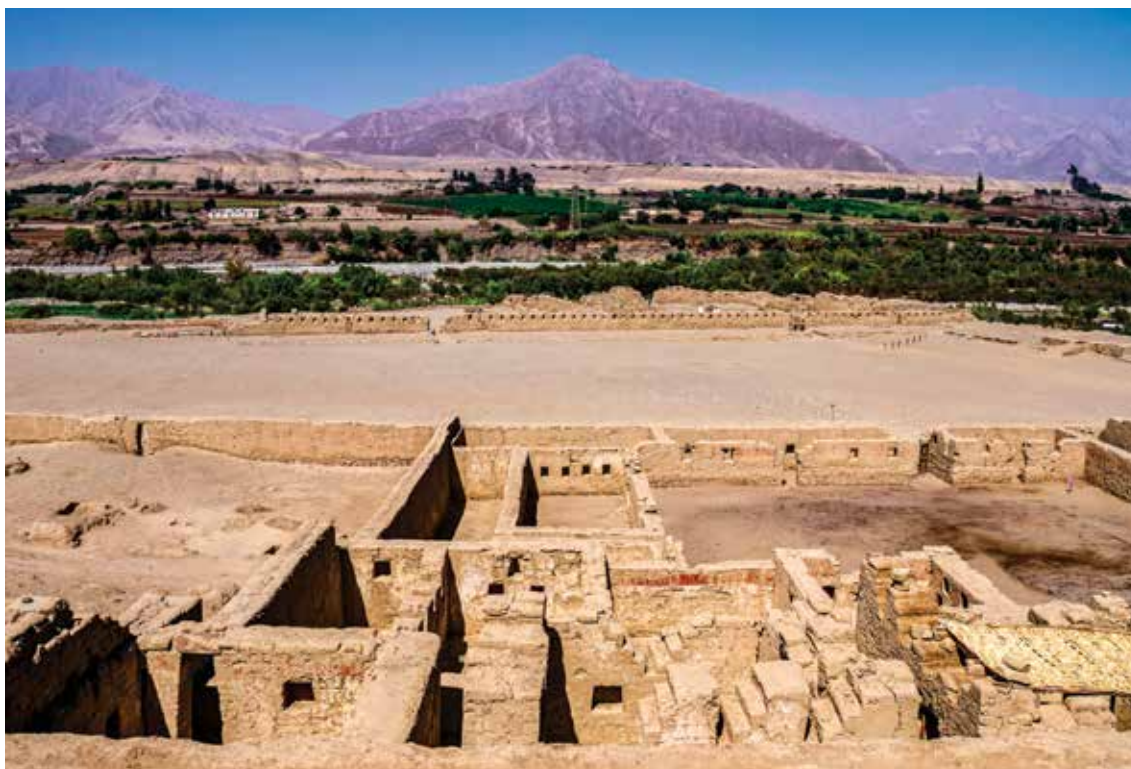


Fig. 149. Vista del “palacio norte” y “palacio sur” de Tambo Colorado, y de sus accesos laberínticos. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.

por José María Arguedas, permiten analizar los vínculos entre la mitología prehispánica y los cambios sufridos después de la época de la Conquista, expresados en diversas versiones del mito de Incarrí.

En muchos lugares de los Andes se siguen practicando procesiones a cerros sagrados. En dos antiguos pueblos del norte de Chile —Ayquina y Toconce— se han registrado relatos sobre el rey inca, la veneración a los cerros tutelares y la limpieza de canales de regadío (Castro y Varela 1994, Castro y Aldunate 2003).

Las varias formas de intercambio de materias y mercancías en tal escala espacial produjeron una enorme movilización de fuerza de trabajo que se aplicó no solo a la infraestructura agropecuaria, sino a aspectos simbólicos; verbigracia, la cuidada edificación de adoratorios y santuarios, la ejecución de representaciones en pinturas y grabados rupestres, y la producción de exquisitos objetos como las figurillas humanas y de camélidos en oro y plata, tan recurrentes en las ofrendas a las *wak'as*. En este sentido, el Camino Inca de la costa fue importante, pero nunca alcanzó la magnitud del camino del Chinchaysuyu.



Fig. 150. En Tambo Colorado, los muros presentan enlucidos de color rojo, tal vez de ahí su nombre. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 151. Vista del valle del río Cañete y su comarca dominados desde Ungará, llamada también la Fortaleza de Chuquimanco, en referencia a un héroe legendario de los huarcos. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 152. Inkallajta es uno de los centros arqueológicos más importantes de Bolivia, ubicado en el municipio de Pocona en el departamento de Cochabamba, a 2950 msnm. Claro contraste entre la arquitectura lítica serrana y la de tierra costera. Fotografía de dominio público.



Fig. 153. Samaipata, en el departamento de Santa Cruz, Bolivia, ubicado en las primeras estribaciones andinas orientales a 1670 msnm. Declarado Sitio Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO como “Fuerte de Samaipata” Fotografía de dominio público.



Fig. 154. Detalle de la portada con felinos en el gran centro administrativo de Huánuco Pampa, provincia de La Unión, departamento de Huánuco. Exquisita evidencia de arte constructivo inca. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 155. Qorikancha, conocido también como el templo al Sol, fue el principal adoratorio y lugar de culto del Tawantinsuyu. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 156. Calle de la ciudad del Cusco, punto desde donde se proyectaba el camino principal hacia el Antisuyu. Foto Qhapaq Ñan Cusco.



Fig. 157. Hornacinas del sitio arqueológico de Q'espivanka, en el tramo Chinchero - Urquillo - Q'espivanka, valle de Urubamba, Cusco. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 158. Grandes bloques pétreos propios de la cantería de Ollantaytambo, valle del Urubamba, Cusco. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 159. Detalle del mantenimiento anual que las comunidades aledañas hacen al puente Q'eswachaka sobre el cañón del río Apurímac, Cusco, Perú. Foto Qhapaq Ñan Cusco.



Fig. 160. A diferencia del puente Q'ewwachaka, colgante y construido a base de fibra vegetal, el puente de filiación inca en Huarautambo, departamento de Pasco, es de bloques de piedra y corre muy próximo a las aguas del río. Foto Ivan Ccachura, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 161. Las qollqas cumplieron la función de almacenaje y tuvieron diversas formas y ubicaciones. Qollqas de Tarmatambo, en Junín, rectangulares y en las laderas del cerro. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 162. Qollqas del Tambo Real de Huaritambo, Ancash, rectangulares y alineadas a la vera del camino cercano al río. Foto José Luis Matos Munasqui, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 163. Qollqas circulares de Chacamarca en Junín. Foto Edgardo Solórzano Palacín, Qhapaq Ñan Perú.



Fig. 164. Qollqas circulares en Raqchi, Cusco, mostrando una nutrida conglomeración, que refleja la importancia del sitio. Foto Joseph Bernabé, Qhapaq Ñan Perú



Fig. 165. Tropa de llamas trasladándose por el tramo transversal Xauxa - Pachacamac. Foto José Matos Pino, Qhapaq Ñan Perú.





3

Historia de la investigación del Qhapaq Ñan en relación con las fuentes de investigación

El curso general de los caminos incaicos se conoce muy bien, dado que existen descripciones detalladas de cronistas como Polo de Ondegardo, Matienzo, Vázquez de Espinosa, Lizárraga y Cieza de León, como ya se ha visto, que pudieron ver y observar las rutas principales. En cuanto a las instalaciones que se distribuían a lo largo de la red vial, resultan de interés las listas de *tampu* de Vaca de Castro (1543) y de Guaman Poma de Ayala (1615). Sin embargo, estas fuentes reflejan solo parcialmente el sistema, por lo cual era necesario incorporar el estudio arqueológico y etnográfico.

A comienzos del siglo XIX, las publicaciones de Humboldt sobre su viaje a América describieron los caminos incaicos y destacaron su monumentalidad. Sus comentarios despertaron el interés de los historiadores, geógrafos, viajeros y naturalistas, entre los que destacan Squier, Condamine, San Ramón, Tschudi y Boman, entre otros.

El primer mapa del Camino Inca fue preparado en 1875 por Antonio Raimondi, cartógrafo y explorador del Perú. Luego, Horacio Urteaga editó en 1926 uno de los mapas más conocidos.

Diez años después el ingeniero Alberto Regal publicó un estudio exhaustivo sobre el sistema vial inca, en el que describió en detalle aspectos del mismo y reunió toda la evidencia publicada con anterioridad. Se basó en particular en las Ordenanzas de Tambos de Vaca de Castro. Otro valioso mapa del Imperio inca y sus caminos fue publicado por Roberto Levillier en 1942 y luego en 1956. En 1955, Victor von Hagen editó mapas del sistema caminero basado en un trabajo etnohistórico de Dorothy Menzel. En Argentina, el padre Leon Strube Erdmann, en el decenio de 1960, realizó uno de los trabajos más detallados y mejores fundados sobre la vialidad imperial de los incas, desde Colombia hasta Chile y Mendoza. Su libro contiene las primeras referencias documentadas del sistema caminero en Chile y Argentina (1963: 48-59, 87-94). La comparación de los cinco mapas publicados hasta la década de 1980 posibilita apreciar cómo se fue ampliando el área y la complejidad de la red vial incaica.

La obra excepcional de John Hyslop sobre el Camino Inca ofrece un compendio detallado de todos los antecedentes previos (1984: 215-224). El objetivo de su proyecto fue la implementación de una prospección

panandina que proporcionara datos relevantes de zonas diferentes y distantes para poder encarar comparaciones en el más amplio sentido. En la selección de la muestra se tuvieron en cuenta la diversidad ambiental y cultural prehispánica, las estrategias incaicas en la dominación de las provincias; la importancia de las arterias principales y secundarias, y la dispersión geográfica. Se seleccionaron doce zonas, de 100 a 200 kilómetros de largo,

en las repúblicas por las que pasa el Qhapaq Ñan: Cañar-Azuay en Ecuador; Lambayeque-Moche, Cajamarca-Huamachuco, Huánuco, Cañete, Pisco y el lago Titicaca en la margen peruana; la región de Cochabamba en Bolivia; Atacama y Santiago en Chile; y dos zonas en Argentina, Calchaquí-Tastil y Uspallata-Mendoza. El trabajo de campo consistió en un recorrido y observación minuciosa del camino y sus márgenes.



Fig. 166. Camino costero o «camino de los llanos», «camino de Guanuco» y «camino del Cuzco». Por Diego Dávila Briceño, 1586. Real Academia de la Historia.



Respecto al Qhapaq Ñan en la actualidad

El Sistema Vial Andino se extiende en los territorios de cinco países del continente sudamericano: Ecuador, Bolivia, Chile, Argentina y el Perú, y toca tímidamente el sur de Colombia.

Por mucho tiempo, desde su inserción occidental en el mundo andino, las comunidades, alguna vez articuladas por el Qhapaq Ñan, fueron progresivamente desprendidas de su eje de cohesión, y muchas veces condenadas a una debilitante autarquía, que en nada benefició su desarrollo.

El sistema que constituyó su posibilidad de comunicación fue marginado por la introducción de vías carrozables, cuyos requerimientos topográficos hacen costosa y difícil su habilitación en la cordillera. Eso nos enfrenta hoy a un contradictorio paisaje de exitosos asentamientos antiguos y condiciones de extrema pobreza a lo largo de muchos tramos del Qhapaq Ñan. Pero nos enfrenta también a territorios en donde el abandono ha ayudado a conservar y mantener activos los valores nativos, naturales y culturales, que permiten rescatar la notable diversidad del patrimonio andino.

El Qhapaq Ñan, con sus herencias milenarias y sus potencias tecnológicas y artísticas originarias, está en gran parte visible y varios de sus tramos siguen todavía en uso. Sus servicios de apoyo, con hospedajes y caseríos, sus ciudades o santuarios de destino, están aún allí, en condición de testigos de una de las grandes obras de la humanidad.

Durante el periodo colonial, previo a la creación de los carros de motor que reemplazaron a las carretas y los caballos, los caminos peatonales fueron sustituidos por los caminos de herradura, destinados a permitir el transporte de caballos, burros y mulas. El uso de los caminos del Qhapaq Ñan por los animales traídos de Europa no fue bueno para los caminos y tampoco para los animales. No eran para soportar los cascos y herraduras que ellos traían; por lo tanto, fueron muchos los tramos abandonados o reemplazados por caminos de herradura paralelos.

En realidad, las rutas de la red vial incaica fueron respetadas y seguidas por los españoles, quienes las fueron progresivamente abandonando a la par que abandonaban a las recuas de llamas para formar recuas de mulas



Fig. 167. Llamas caravaneras provenientes de Tanta descansando cerca de la laguna Paucarcocha (Huarochiri), tramo Xauxa – Pachacamac. Foto Yanoa Pomalima Carrasco, Qhapaq Ñan Perú.

y burros. Ya en el siglo XVII, pero sobre todo en el XVIII, esto era lo general. Los indígenas mantuvieron sus caravanas llameras, pero por lo general para tramos cortos, debido a que la naturaleza de sus cargas, principalmente asociadas a los minerales que explotaban los españoles, eran más favorables para los animales de origen europeo. En el siglo XVIII, españoles e indígenas habían trasladado sus sistemas de transporte al de herradura, lo que agregó, además, la maestría de forjadores de hierro en los caminos.

Tres siglos después, ya entrado el siglo XX, la instalación de los medios mecánicos de transporte indujo a una política de comunicación terrestre basada en el uso de los carros. Si bien lento, el abandono de los caminos peatonales o de acémilas fue en ascenso, y provocó la habilitación de carreteras, que son caminos

para rodar y no para caminar. Al articular las nuevas tecnologías del transporte con una opción económica exportadora, las estrategias de comunicación se trasladaron abiertamente hacia la costa —en conexión con los puertos—, donde había espacios susceptibles de ser habilitados como terrenos horizontales, cortando los desiertos vecinos al mar.

La consecuencia de la construcción de la carretera Panamericana, costeña, como la gran vía longitudinal que conectaba el Perú entero, fue un fuerte disloque en la comunicación del resto del país, dado que el esquema de comunicación resultante establecía una conexión fluida de los pueblos de la sierra con los puertos de la costa, pero con ninguna o muy poca posibilidad de articulación de los pueblos entre sí. En el Perú, el resultado fue el ascenso de la incomunicación. Se instaló



Fig. 168. Mercaderes desplazándose en la actualidad en el camino de Huachis, Áncash. Tramo Huanuco Pampa – Huamachuco. Foto Qhapaq Ñan Perú.

como norma la imposibilidad de promover un mercado interno que vinculase estructuralmente el campo con las ciudades y una creciente tendencia a la migración transversal —de la sierra a la costa—, y la lucha por construir costosas y no siempre eficientes carreteras en todo el inmenso circuito de asentamientos humanos que hay en el Perú. Con un esquema así, la Amazonía, desde la selva alta cordillerana hasta los llanos, quedó en la marginalidad más absoluta.

Esta opción vial consolidó el centralismo costeño en el Perú, y fue el eje del desarticulado crecimiento urbano de la segunda mitad del siglo XX, que generó una red lineal de carreteras. Esta opción vial desplazó la vieja red de articulación andina que tenía como eje central la cordillera de los Andes. La opción originaria andina conducía a una

solución peatonal, donde el camino debía facilitar el tránsito de personas, séquitos y caravanas, muchas veces acompañados por recuas de llamas, conduciendo a los trajinantes por senderos firmes y bien trazados. Se recorría longitudinalmente la cordillera, salvando las pendientes con el uso de escalinatas, las quebradas con el uso de puentes, y habilitando “pasos” en los puntos del camino donde los macizos imponían soluciones como túneles o extensos tramos construidos.

La red vial que los incas rescataron como proyecto de integración andina en el siglo XV, usando todos los logros previos y agregando aquellos que eran necesarios para el montaje de su proyecto político imperial, tenía la virtud de consolidar la unión de los pueblos del mundo andino cordillerano en un eje norte-sur y a la par permitir la inser-



Fig. 169. En el tramo entre Pomata y Puno, frente al lago Titicaca, las comunidades aún emplean el sistema vial inca para transitar por condiciones inhóspitas. Foto José Luis Matos, Qhapaq Ñan Perú.

ción, dentro de este eje central, a los pueblos de las vertientes orientales y occidentales de las subregiones andinas. Esto se rompió en varios de nuestros países con las nuevas redes viales, aunque no fue igual en todas partes. El eje Colombia-Ecuador de los Andes septentrionales se mantuvo, de modo que la ruta que nace en Nariño, pasando por Quito hasta Cuenca, se conserva. El papel atractivo de Guayaquil ha generado un proceso de alteración significativo, dado que establece un circuito que ha impedido que el eje tenga las mismas calidades en el tránsito hacia Loja y luego a Amazonas, Piura y Cajamarca. Allí

se corta la conexión y, en cierto modo, la superposición de la red vial actual de Ecuador con la del Qhapaq Ñan, que ha tenido y tiene, además, un papel articulador semejante al que tuvo en tiempos prehispánicos, donde las conexiones entre el Guayas y el Cañar eran tan activas como ahora, y donde el “camino de la sierra” permitía el desarrollo y la conexión de las ciudades que están en las cuencas serranas de Quito, Latacunga, Ambato, Riobamba y Cuenca.

El proceso de ruptura iniciado en Guayaquil se desarrolló plenamente en lo que sigue del camino. El “camino de la sierra” fue abandonado, y en cambio se dio prioridad al “camino de la costa”, que, desde Tumbes, pero sobre todo desde Piura, y siguiendo por Lambayeque, Trujillo, Áncash, Lima e Ica, desencadenó un exitoso eje costero longitudinal que se divorció de manera consistente durante el siglo XIX, y produjo la quiebra de los procesos serranos, sobre todo desde la instalación de las redes de carreteras a partir de las décadas de 1920 y 1930. La sierra pasó a un segundo plano, y desde luego el camino Qhapaq Ñan se abandonó totalmente para buscar rutas que fueran accesibles a carros. Los arrieros que existían hasta la década de 1940 también desaparecieron y fueron reemplazados por los camioneros. La “montaña” y la selva pasaron, finalmente, al traspaso del país, y la extrema pobreza reemplazó al camino.

La configuración del nuevo país que se formó después de la década de 1940 muestra enormes ciudades costeñas, articuladas por una eficiente y generalmente bien cuidada carretera Panamericana, que sigue, de algún

modo, la “ruta de la costa” del Qhapaq Ñan. Ciertamente que esta nueva carretera puede cruzar los desiertos de 100 kilómetros, o más, con tramos de alta velocidad, y se puede recorrer los 2000 o más kilómetros de costa en un par de días. Detrás comienza la pobreza, con las montañas secas de la cordillera occidental, donde se han instalado una serie de caminos zigzagueantes que buscan que los más privilegiados pueblos de la sierra se vinculen con esta carretera y sus grandes ciudades. Son caminos que solo sirven para salir, y ese fue el papel que han cumplido en los últimos cien años, vaciando los pueblos de gente y de los bienes que pueden interesar a las ciudades de la costa, o a los puertos que los podrán llevar fuera. Los pueblos llamados ahora “del interior” no fueron seriamente afectados por las transformaciones que trajo el siglo XX y sus tecnologías avanzadas. Por eso, sus ciudades maduraron más como focos de interés turístico —por sus atractivos monumentos y bienes del pasado— que por los avances que podían ofrecer como parte del desarrollo del país.

Finalmente, la tercera franja del país, con los pueblos que habitan en la cordillera oriental y las tierras bajas de la Amazonía, pasó a ser un medio que solo sirve para la extracción de materias primas, sin conexión consigo mismo. La sierra y la selva perdieron la condición de enclaves con capacidad de gestión de sus propios recursos, y se convirtieron en el factor generador de la pobreza estructural del país. El traslado de sus pobladores hacia la oferta costera de bienestar ha generado las marginalidades urbanas de extrema pobreza que sufre una parte significativa del Perú.

Pero, desde luego, no es solo el abandono del Qhapaq Ñan lo que ha generado los desastres mencionados, pues hay otros factores que escapan a estas notas. Sin embargo, el simple intercambio de los bienes contenidos entre los pueblos que estuvieron vinculados por la red vial prehispánica muestra la virtud de un rescate eventual de esa ruta para los nuevos caminos.

Hay una ruta que reproduce el Qhapaq Ñan y que fue trazada en pleno siglo de las innovaciones, el siglo XIX, cuando se instalaron las primeras y únicas redes ferrocarrileras del país. Si bien estas redes fueron hechas con el interés de extraer los minerales de la sierra, los pocos ensayos que existen siguen las rutas del Qhapaq Ñan. Una de las principales es la que une Lima con La Oroya-Jauja y Huancaayo, y que luego continúa hacia Huancavelica. Es la ruta que —con algunas variantes— hizo Hernando Pizarro en su retorno a Cajamarca. La red ferrocarrilera debía continuar hacia Ayacucho y Andahuaylas para proseguir hacia el Cusco, según el plan que se desarrolló entonces. Lamentablemente no se hizo. Ese proyecto hubiera permitido conectar todos esos pueblos con el ferrocarril que sí funciona entre Cusco y Puno, siguiendo totalmente la ruta del Qhapaq Ñan, con una conexión hacia Arequipa que hizo posible el desarrollo, en su momento, de las industrias textiles y de cueros de Arequipa, Cusco y Puno.

Hacia el norte, la ruta de los ferrocarriles vinculaba los puertos de Lambayeque y Trujillo con Cajamarca, y estaba dentro de los planes continuar con el tren de Cerro de Pasco, pasando por Huánuco o el Callejón de Huaylas, hacia

Cajamarca. Sin duda esa es la reposición contemporánea del Qhapaq Ñan en el Perú, que tendría una posibilidad de conexión con los caminos de Bolivia, Chile y Argentina.

En Bolivia, los caminos actuales sí se superponen con los del Qhapaq Ñan, como ocurre con algunos de los caminos de la costa en el Perú, y como también ocurre con los caminos de Chile. En el noroeste argentino, la superposición es visible en gran parte de la ruta, pero hay muchos sectores que se han perdido.

Pero el Qhapaq Ñan no es solo un camino físicamente verificable. Existe tam-

bién en el imaginario colectivo y en muchos casos es una suerte de ruta virtual, contenida en una serie de mitos e historias, donde el camino puede no tener concreción ninguna y simplemente “existir”. Es parte de la ruta que recorren los chamanes actuales, que a veces vuela tocando las crestas nevadas de los *apus* y cruzando las aguas de las *pacarinas* más vistosas, desde Quito hasta Aconcagua, pasando por el sagrado lago Titicaca, *pacarina* principal. En las “mesas” de los *yatiris* y los *pacos*, cuando han de adivinar el futuro, el camino es la vía principal, solo comparable, según ellos, con la Vía Láctea que está en el cielo.



Fig. 170. Camino Qhapaq Ñan al Kuntisuyu, saliendo de la ciudad y valle del Cusco, hacia la costa. Foto Walter Hupiu, Qhapaq Ñan Perú.



IES

FUSION

Tropezón
Labranza

ESTADO

ESTADO

COLLASUYO

MUZUSUYO

CHINCHAYSUYO

ANTISUYO

BIBLIOGRAFÍA

- ABERCROMBIE, Thomas
1996 "Qaqchas and to Plebe in 'Rebellion':
Carnival vs. Lent in 18th Century Potosí".
Journal of Latin American Anthropology 2 (1):
62-111.
- 1998 *Pathways of memory and power: ethnography
and history among an Andean people.*
University of Wisconsin Press.
- 2006 *Caminos de la memoria y del poder:
etnografía e historia en una comunidad
andina* (Vol. 4). Institut Français d'Études
Andines.
- AGURTO CALVO, Santiago
1980 *Cusco: La traza urbana de la ciudad Inca.*
Proyecto PER 39-Unesco-INC, Lima.
- 1987 *Estudio acerca de la construcción,
arquitectura y planeamiento Incas.* Cámara
Peruana de la Construcción, Lima.
- AJATA, Rolando
2001 Ms. Arqueología del sistema vial de los
Inkas en el Alto Loa, II Región. Fondecyt
1010327.
- 2004 Ms. Aproximación al espacio geográfico
del Complejo Cultural Pica-Tarapacá,
norte de Chile: Una visión desde los
sistemas de información geográfica.
Ponencia presentada en XV Congreso
Nacional de Arqueología Argentina, Río
Cuarto.
- ALBARRACÍN-JORDÁN, Juan
1996 *Tiwanaku, arqueología regional y dinámica
segmentaria.* Plural Editores, La Paz.
- ALBARRACÍN-JORDÁN, Juan y James
MATTHEWS
1992 *Prehispanic and Early Colonial Settlement
Patterns in the Lower Tiwanaku Valley.*
Producciones CIMA, La Paz, Bolivia.
- ALBECK, María Ester
2000 "La vida agraria en los Andes del Sur".
En: *Nueva historia argentina. Los pueblos
originarios y la Conquista*, editado por
Miriam Tarragó, pp. 187-228. Editorial
Sudamericana, Buenos Aires.
- ALDUNATE, Carlos
2001 "El Inka en Tarapacá y Atacama". En:
Tras la huella del Inka en Chile, editado por
Carlos Aldunate y Luis Cornejo, pp. 18-34.
Museo Chileno de Arte Precolombino,
Santiago de Chile.
- ALDUNATE DEL SOLAR, Carlos y Luis E.
CORNEJO (editores)
2001 *Tras la huella del Inka en Chile.* Museo Chileno
de Arte Precolombino, Santiago de Chile.
- ALEMÁN, Diego
[1564] 1897 "Entrada de Diego Alemán a los
Mojos o Mussus". En: *Relaciones Geográficas de
Indias. Perú IV*, pp. 276-278. Editado por Marcos
Jiménez de la Espada. Biblioteca de Autores
Españoles vol. 185, Madrid.
- AMBROSETTI, Juan Bautista
1902 *El sepulcro de La Paya: últimamente
descubierto en los valles Calchaquies,
provincia de Salta.* J.A. Alsina, editor,
Buenos Aires.

- BALLIVIÁN, Julio, Andrea GOYTIA y Marcos MICHEL
2010 “El Qhapaq Ñan Urco y los tambos de Machaca, Caquiaviri y Caquingora. Una aproximación arqueológica”. *Anales de la XXIV Reunión Anual de Etnología*, tomo I, pp. 169-189. La Paz, Bolivia.
- BÁRCENA, Joaquín
2001 “Prehistoria del Centro-Oeste Argentino”. En: *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E. Berberian y A. Nielsen, pp. 561-634. Editorial Brujas, Córdoba.
- BARRAGÁN VARGAS, Mario
2001 *Historia temprana de Tarija*. Gráfica Offset Kokito. Tarija, Bolivia.
- BARRAGÁN Rossana y Ramiro MOLINA
1987 “De los señoríos a las comunidades: el caso Quillacas”. *Actas y Anales de la Reunión Anual de Etnología 1987*, Parte I, pp. 299-334. Museo Nacional de Etnografía y Folklore, La Paz.
- BAUER, Brian S.
1992 “Ritual pathways of the Inca: An analysis of the Collasuyu Ceques in Cuzco”. *Latin American Antiquity* 3 (3): 183-205.
2002 *El espacio sagrado de los incas. El Sistema de Ceques del Cuzco*. Traducido por Javier Flores Espinoza. Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, Cusco.
- BENCIC, Catherine
1999 *Back to the grind: understanding lithic technology at Iwawi, Bolivia*. Tesis doctoral, State University of New York at Binghamton, Anthropology Department.
- BERENGUER R., José
2009 *Chile bajo el imperio de los Inkas*. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago.
- BERENGUER R., José, Cecilia SANHUEZA, Cristián VITRY, Patricio OLAVARRÍA y Andrea TORRES
2011 *Qhapaq Ñan. Las rutas del inca en el norte de Chile*. Segunda edición. Consejo de Monumentos Nacionales, Santiago.
- BERMANN, Marc
1993 “Continuity and change in household life at Lukurmata”. En: *Domestic Architecture, Ethnicity, and Complementarity in the South-Central Andes*, editado por Mark S. Aldenderfer, pp. 114-135. University of Iowa Press, Iowa.
1994 *Lukurmata: Household Archaeology in Prehispanic Bolivia*. Princeton University Press, Princeton, New Jersey.
- BERTHELOT, Jean
1986 “The extraction of precious metals at the time of the Inka”. En: *Anthropological history of Andean polities*, editado por John V. Murra, Nathan Wachtel y Jacques Revel, pp. 69-88. Cambridge University Press.
- BETANZOS, Juan Diez de [1551] 1987 *Suma y narración de los incas*. Transcripción, prólogo y notas de Carmen Martín Rubio. Ediciones Atlas, Madrid.
- BINGHAM, Hiram
1916 “Further explorations in the land of the Incas”. *National Geographic Magazine* 29 (5): 431-473.
1930 *Machu Picchu: A Citadel of the Incas*. Publicado para la National Geographic Society of America por la Yale University Press, New Haven, Connecticut.
- BOCK, Edward de y Tom R. ZUIDEMA
1991 “Coherencia matemática en el arte andino”. En: *Los incas y el antiguo Perú: 3000 años de historia*, editado por Sergio Purín, volumen 2, pp. 454-463. Ayuntamiento de Madrid, Centro Cultural de la Villa, Madrid.
- BOLLINGER, Armin y Oswaldo RIVERA SUNDT
1997 *Así construían los incas: apuntes de arquitectura en los Andes Centrales*. Editado por Oswaldo Rivera Sundt. Editorial Los Amigos del Libro, La Paz.

- BOUYSSÉ-CASSAGNE, Thérèse
1986 "Urco and Uma: Aymara concepts of space". En: *Anthropological history of Andean politics*, editado por J. Murra, N. Wachtel y J. Revel, pp. 201-227. Cambridge University Press, Cambridge.
- 1987 *La identidad aymara: aproximación histórica (siglo XV, siglo XVI)*. Instituto de Historia Social de Bolivia e Instituto Francés de Estudios Andinos, La Paz.
- BURKHOLDER, JoEllen
1997 *Tiwanaku and the Anatomy of Time*. Tesis doctoral, Department of Anthropology, State University of New York, Binghamton.
- BYRNE DE CABALLERO, Geraldine
1975a "La atalaya de Incahuasi". *Los Tiempos*, enero 12. Cochabamba.
- 1975b "La arquitectura del almacenamiento en la logística incaica". *Diario*, noviembre 30. La Paz.
- CABELLO DE BALBOA, Miguel
1951 [1586] *Miscelánea antártica: una historia del Perú antiguo*. Prólogo de Luis E. Valcarcel. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Instituto de Etnología y Arqueología, Lima.
- CABILDO DE CUENCA
[1579-1587] 1988 *Libro Quinto de Cabildos de Cuenca, 1579-1587*. Versión paleográfica de Juan Chacón Zhapán. Archivo Histórico Municipal, Xerox del Ecuador, Cuenca.
- CÁRDENAS-ARROYO, Felipe
1994 "Reconstrucción química de la paleodieta en restos arqueológicos humanos del territorio Muisca". *Eres. Arqueología/Bioantropología* 5: 71-81.
- 1995 "Complejos cerámicos como marcadores territoriales: el caso crítico del Piartal-Tuza en la arqueología de Nariflo". En: *Perspectivas regionales en la arqueología del suroccidente de Colombia y norte del Ecuador*, editado por Cristóbal Gnecco, pp. 49-58. Universidad del Cauca, Popayán.
- 1996 *Toponimia, arqueología y territorios étnicos en Nariño. Comentarios sobre el manuscrito 'Les Tribus Méridionales de la Colombie', de Paul Rivet*". Documentos sobre lenguas aborígenes de Colombia del archivo de Paul Rivet 3.
- CASTILLO, Luis Jaime y Christopher DONNAN
1994 "La ocupación moche de San José de Moro, valle de Jequetepeque". En Moche, propuestas y perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche, Trujillo 1993, editado por S. Uceda y E. Mujica. *Travaux de l'Institut Français d'Études Andines* 79: 93-146. Lima.
- CASTRO, Victoria y Carlos ALDUNATE
2003 "Sacred Mountains and Landscapes in the Highlands of the Central-Southern Andean Area". *Mountain Research and Development* 23 (1): 73-79. Berna.
- CASTRO, Victoria y Constanza CERUTI
2018 "El culto a las montañas en los Andes". En: *El Imperio Inka*, editado por Izumi Shimada, pp. 429-472. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- CASTRO R., Victoria y Varinia VARELA GUARDA (editoras)
1994 *Ceremonias de tierra y agua. Ritos milenarios andinos*. Fondo de Desarrollo de la Cultura y las Artes, Ministerio de Educación, Santiago de Chile.
- CERRÓN-PALOMINO, Rodolfo
2004 "El aimara como lengua oficial de los incas". *Boletín de Arqueología PUCP* 8: 9-21. Lima.
- CÉSPEDES P., Ricardo
1982 "La arqueología del área de Pocona". *Cuadernos de Investigación. Serie Arqueología* nro. 1. Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo de la Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba.
- 1986 *Camino Inka de San Jacinto. Uno más dentro del sistema de penetración a la selva*. Los Tiempos 13. Cochabamba, Bolivia.

- CIEZA DE LEÓN, Pedro
[1553] 1995 *Crónica del Perú. Primera parte*. Introducción de Franklin Pease G. Y. Nota de Miguel de Maticorena E. Tercera Edición. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Academia Nacional de la Historia. Fondo Editorial. Lima.
- [1553] 1996 *Crónica del Perú. Segunda parte*. Edición, prólogo y notas de Francesca Cantú. Tercera Edición. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Academia Nacional de la Historia. Fondo Editorial. Lima.
- COBO, Bernabé
[1653] 1890 *Historia del Nuevo Mundo*. Edición de Marcos Jiménez de la Espada, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, Vol. 1. Imprenta de E. Rasco, Sevilla.
- COLLAPIÑA, SUPNO y otros
[1542-1608] 1974 *Relación de la descendencia, gobierno y conquista de los incas de Collapiña, Supno y otros quipucamayocs* (conocida también como *Relación de los quipucamayocs [khipukamayuc] al Gobernador Vaca de Castro*). Editado por Juan José Vega, Editorial Jurídica S.A., Lima.
- CORNEJO, Luis
2001 “Los Inka y sus aliados Diaguita en el extremo austral del Tawantinsuyu”. En: *Tras la huella del Inka en Chile*, editado por Carlos Aldunate y Luis Cornejo, pp. 74-89. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile.
- 2014 “Sobre la cronología del inicio de la imposición cuzqueña en Chile”. *Estudios Atacameños* 47: 101-116. Universidad Católica del Norte.
- D’ALTROY, Terence
1992 *Provincial Power in the Inka Empire*. Smithsonian Institution, Washington, D.C.
- DE GUTIÉRREZ, María Beierlein
2006 La cerámica prehispánica tardía del Altiplano de Sama (Departamento Tarija, Bolivia) y su relación con las regiones adyacentes. Ponencia, 52º Congreso Internacional de Americanistas, Sevilla.
- DE TERÁN, Marín e Inés de PINO MARTÍNEZ
2005 *Algunas reflexiones sobre el Ecuador prehispánico y la ciudad inca de Quito*. Consejería de Obras Públicas y Transportes, Dirección General de Arquitectura y Vivienda.
- DEL RÍO, María de las Mercedes
1996 *Relaciones interétnicas y control de recursos entre los aymaras del macizo de Charcas: Los Soras del repartimiento de Paria: Estrategias de acceso a tierras, siglos XVI-XVII*. Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires-Argentina.
- 2005 *Etnicidad, territorialidad y colonialismo en los Andes: tradición y cambio entre los Soras de los siglos XVI y XVII (Bolivia)*. Instituto de Estudios Bolivianos, La Paz, Bolivia.
- DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGÍA
1976 “Viaje a Llactapampa”. *Los Tiempos*, 7 de noviembre, Cochabamba.
- EARLE, Timothy y Terence D’ALTROY
1989 “The political economy of the Inka Empire: The archaeology of power and finance”. En: *Archaeological thought in America*, editado por Lamberg Karlovsky, pp. 183-204. Cambridge University Press, New York.
- ECHEVARRÍA, José y Tamara BRAY
2016 “Las Tolas Pérdidas de Caranqui y su contexto histórico regional”. *Cuadernos de Antropología* 16: 131-153. Revista de la Escuela de Antropología de la PUCE, Quito.
- ELLEFSSEN, Bernardo
1972 *Importancia histórica de Incallajta*. Publicaciones de la Corporación de Desarrollo de Cochabamba, Cochabamba.
- ESPINOZA SORIANO, Waldemar
1969 “El Memorial de Charcas: Crónica inédita de 1582”. *Cantuta* 4: 117-152.
- 1987 *Los incas. Economía, sociedad y Estado en la era del Tahuantinsuyu*. Amaru Editores. Primera Edición. Lima, Perú.
- 1997 *Los incas. Economía, sociedad y Estado en la era del Tahuantinsuyu*. Amaru Editores.

- 2003 *Temas de etnohistoria boliviana*.
Producciones CIMA, La Paz, Bolivia.
- ESTETE, Miguel
[1533] 1879 *Relación del viaje que hizo el señor capitán Hernando Pizarro por mandado del Señor Gobernador, su hermano, desde el pueblo de Caxamalca a Parcoma y de allí a Jauja*. Biblioteca de Autores Españoles vol. 26, Madrid.
- [1534] 1986 Noticia del Perú. En: Raúl Porras Barrenechea: *Los cronistas del Perú*, edición y estudio preliminar de Franklin Pease G.Y., bibliografía de Graciela Sánchez Cerro, Félix Álvarez Brun y Oswaldo Holguín Callo. Banco de Crédito del Perú, Lima.
- FEJOS, Paul
1944 *Archaeological explorations in the Cordillera Vilcabamba, Southeastern Peru*. Anthropology 3. Viking Fund Publication, New York.
- FERNÁNDEZ, Eduardo
1994 *Distribución espacial y temporal en el área Quillacinga*. Tesis doctoral, Universidad de los Andes, Bogotá.
- FLORES OCHOA, Jorge (compilador)
1977 *Pastores de Puna. Uywamichig punarurakuna*. Instituto de Estudios Peruanos, Estudios de la Sociedad Rural 5, Lima.
- 1979 *Pastoralists of the Andes: the Alpaca herders of Paratía*. Institute for the Study of Human Issues. Philadelphia.
- FLORES OCHOA, Jorge y Percy PAZ FLORES,
1986 "La agricultura en lagunas (qocha)". En *Andenes y camellones en el Perú andino: historia, presente y futuro*, editado por Carlos De la Torre y Manuel Burga, pp. 85-106. Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, Lima.
- FRESCO, Antonio
2004 *Ingañán. La red vial del imperio inca en los Andes ecuatoriales*. Banco Central del Ecuador, Quito.
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca
[1609] 1963 *Primera parte de los comentarios reales, que tratan origen de los yncas, reyes que fueron del Peru, de su idolatría, leyes, y gouierno en paz y en guerra: de sus vidas y conquistas, y de todo lo que fue aquel Imperio y su Republica, antes que los Españoles les passaran a el*. Obras Completas del Inca Garcilaso de la Vega, editado por Carmelo Sáenz de Santa María, Biblioteca de Autores Españoles vol. 132. Madrid.
- GASPARINI, Graziano y Luise MARGOLIES
1977 *Arquitectura Inka*. Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, Facultad de Arquitectura y Urbanismo Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- GÓMEZ, Luz
2006 "Desarrollo y simbolismo dual de la metalurgia de Nariño y Carchi". *Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana*. Universidad de los Andes, Banco de la República e Instituto Pensar. Bogotá, Colombia.
- GONZÁLEZ, Alberto Rex
1982 "Las provincias Inca del antiguo Tucumán". *Revista del Museo Nacional XLVI*, 317-380. Lima.
- GONZÁLEZ, Luis R.
1992 "Fundir es morir un poco. Restos de actividades metalúrgicas en el valle de Santa María, Provincia de Catamarca". *Revista de Arqueología* 2: 51-70. Palimpsesto.
- 2000 "La dominación inca. Tambos, caminos y santuarios". En: *Pueblos originarios y la conquista: Nueva Historia Argentina* 1, editado por Myriam Tarragó, pp. 301-342. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ, Luis y Myriam TARRAGÓ
2004 "Producción tecnológica e identidad durante el dominio incaico en el Noroeste Argentino". *Boletín de Arqueología PUCP* 8: 191-207. Lima.

- GROOT, Ana María y Eva María HOOYKAAS (editoras)
1991 *Intento de delimitación del territorio de los grupos étnicos Pastos y Quillacingas en el Altiplano Nariñense*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.
- GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe
[1615] 1993 *Nueva coronica y buen gobierno*. Franklin Pease G.Y., editor. 3 Volúmenes, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- GYARMATI, Janos y Andrés VARGA
1999 *The chacaras of war: an Inka state estate in the Cochabamba Valley, Bolivia*. Museum of Ethnography, Budapest.
- HARRIS, Olivia
1987 *Economía étnica*. HISBOL, La Paz, Bolivia.
- HARRIS, Olivia, Larson BROOKE y Enrique TANDETER
1987 *La participación indígena en los mercados surandinos: estrategias y reproducción social, siglos XVI a XX*. CERES. La Paz, Bolivia.
- HARSTORF, Christine A.
1986 "Agricultura, alimetación y economía de los Wanka durante la época Inka". En: *Actas y trabajos del VI Congreso Peruano: Hombre y Cultura Andina*, editado por F. Iriarte, Vol 1, pp. 168-185. Universidad Inca Garcilaso de la Vega, Lima.
- HAYASHIDA, Frances
1995 *State Pottery Production in the Inka Provinces*. Tesis doctoral, University of Michigan. University Microfilms, Ann Arbor.
- HERRERA y TORDESILLAS, Antonio de
[1601-1615] 1730 *Descripción de las Indias Occidentales y historia general de los hechos de los Castellanos en las Islas y tierra firme del Mar Oceano*. Oficina Real de Nicolás Rodríguez Franco, Madrid
- HOLM, Olaff
1970 "La cerámica colonial del Ecuador". *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 116: 265-283. Quito.
- HUMBOLDT, Alexander von
2004 *Mi viaje por el Camino del Inca (1801-1802)*. Antología, editada por David Yudilevich. Editorial Universitaria, Santiago de Chile
- HYSLOP, John
1976 *An archaeological investigation of the Lupaca Kingdom and its origins* (Vol. 1). Tesis doctoral, Departamento de Antropología, Columbia University.
1984 *The Inka road system*. Academic Press.
1985 *Inkawasi, the New Cuzco: Cañete. Lunahuana, Perú*. BAR international series, Vol. 234, Oxford, England.
1987 "Inkawasi. El mundo en microcosmos". *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 12 (1): 47-71. Universidad de Buenos Aires.
1990 *Inka settlement planning*. University of Texas Press, Austin.
1992 *Qhapaqñan: el sistema vial inkaico*. Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Lima.
- IDROVO, Jaime
2000 *Tomebamba: arqueología e historia de una ciudad imperial*. Ediciones del Banco Central del Ecuador. Cuenca, Ecuador.
- JULIEN, Catherine
1981 "A late burial from Cerro Azoguini, Puno". *Ñawpa Pacha* 19: 129-154. Institute of Andean Studies, Berkeley.
2002 "Identidad y filiación por suyu en el imperio incaico". *Boletín de Arqueología PUCP* 6: 11-22. Lima.
2004a *Hatunqolla. Una perspectiva sobre el imperio incaico desde la región del lago Titicaca*, maestría en historias andinas y amazónicas, Universidad Mayor de San Andrés/Colegio Nacional de Historiadores de Bolivia/Producciones CIMA, La Paz.
2004b "Las tumbas de Sacahuaman y el estilo Cuzco-Inca". *Ñawpa Pacha* 25-27 (1987-1989): 1-125. Institute of Andean Studies, Berkeley.
- KAULICKE, Peter, Ryujiro KONDO, Tetsuya KUSUDA y Julinho ZAPATA
2003 "Agua, ancestros y arqueología del paisaje". *Boletín de Arqueología PUCP* 7: 27-56. Lima.

- KOLATA, Alan
1983 "The South Andes". En: *Ancient South Americans*, editado por Jesse Jennings, pp. 241-285. Freeman and Company, San Francisco.
- KOSOK, Paul
1978 "El transporte en el Perú". En: *Tecnología andina*, editado por Rogger Ravines, pp. 615-625. Instituto de Estudios Peruanos, Instituto de Investigación Tecnológica Industrial y de Normas Técnicas. Primera Edición, Lima.
- LAS CASAS, Bartolomé de
[1550] 1939 *Las antiguas gentes del Perú. Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú*, Serie 2, Tomo 11. Imprenta y Librería Sanmarti y Cs., Lima.
[1552] 2001 *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Editado por Jorge A. Mestas. Madrid.
- LATCHAM, Ricardo Eduardo
1938 *Arqueología de la región atacameña*. Prensas de la Universidad de Chile, Santiago.
- LAVALLEE, Danièle y Luis Guillermo LUMBRERAS
1985 *Les Andes: de la préhistoire aux Incas: le monde précolombien*. Gallimard.
- LEVILLIER, Roberto
1942 *La historia índica de Sarmiento de Gamboa que le mandó escribir [el virrey F. de Toledo] cotejada con los Comentarios de Garcilaso y otras crónicas*. Buenos Aires.
- LeVINE, Terry (editor)
1992 *Inka Storage Systems*. University of Oklahoma Press, Norman.
- LUMBRERAS, Luis G.
1999 "Andean urbanism and statecraft (CE 550-1450)". En: *The Cambridge History of the native peoples of the Americas. South America*, editado por Frank Salomon y Stuart Schwartz, Part 1, Vol. 3: 518-576. Cambridge University Press, Cambridge.
- MATHEWS, James
1992 *Prehispanic settlement and agriculture in the Middle Tiwanaku Valley, Bolivia*. Tesis doctoral, University of Chicago, Department of Anthropology.
- MATIENZO, Juan
[1567] 1967 *Gobierno del Perú*. Editado por Guillermo Lohmann-Villena, París.
- MATOS, Ramiro
1994 *Pumpu. Centro Administrativo Inka de la Puna de Junín*. Editorial Horizonte, Lima.
- MARCOS, Jorge y Martín BAZURCO
2006 "Albarradas y camellones en la región costera del antiguo Ecuador". En: *Agricultura ancestral camellones y albarradas: contexto social, usos y retos del pasado y del presente*, Francisco Valdez, editor. *Actas & Memorias del Institute Francés de Estudios Andinos 3*: 94-108. Quito, Ediciones Abya-Yala, Instituto Francés de Estudios Andinos, Institut de Recherche pour le Développement, Banco Central del Ecuador, Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, Centre National de Recherches Scientifiques, Embajada de Francia y Universidad de Paris I.
- McEWAN, Gordon
1985 "Excavaciones en Pikillacta, un sitio Wari". *Diálogo Andino 4*: 89-135. Departamento de Historia y Geografía, Universidad de Tarapacá, Arica.
1989 "The Wari empire in the southern Peruvian highlands: A view from the provinces". En: *The Nature of Wari: A Reappraisal of the Middle Horizon Period in Peru*, editado por R. M. Czarwno, F. M. Meddens y A. Morgan, pp. 53-71. Oxford, BAR International Series 525.
1991 "Investigations at the Pikillacta Site: A provincial Huari center in the Valley of Cuzco". En: *Huari Administrative Structure: Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, editado por William H. Isbell y Gordon F. McEwan, pp. 93-119. *Dumbarton Oaks Research Library and Collection*, Washington, D.C.
1996 Archaeological investigations at Pikillacta, a Wari site in Peru. *Journal of Field Archaeology 23*(2): 169-186.

- MELGAR i MONTAÑO, Adrián
[1955] 2008 *Historia de Vallegrande*, tomo I (2ª edición). Secretaría Departamental de Desarrollo Humano, Santa Cruz.
- MENZEL, Dorothy
1959 "The Inca occupation of the South Coast of Peru". *Southwestern Journal of Anthropology* 15 (2): 125-142.
1971 "Estudios arqueológicos en los valles de Ica, Pisco, Chincha y Cañete". *Arqueología y Sociedad* 6: 9-100. Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- MEYERS, Albert
1998 *Los incas en el Ecuador: análisis de los restos materiales*. Abia-Yala, Quito.
- MICHEL, Marcos
2008 *Patrones de asentamiento precolombino del Altiplano Boliviano. Lugares centrales de la región de Quillacas, Departamento de Oruro, Bolivia*. Tesis doctoral, Uppsala University, Uppsala.
- MORENO YÁNEZ, Segundo
1983 "La sociedad indígena y su articulación a la formación socioeconómica colonial en la Audiencia de Quito". *Nueva historia del Ecuador 5 Época colonial III, Perspectiva general de la Colonia*, editado por Enrique Ayala Mora: pp. 93-136. Corporación Editora Nacional, Quito.
- MORRIS, Craig
1972 "State settlements in Tawantinsuyu: a strategy of compulsory urbanism". En: *Contemporary Archaeology*, editado por Mark Leone, pp. 393-401.
1986 "Storage, Supply and Redistribution in the Economy of the Inka State". En: *Anthropological History of Andean Politics*, editado por John V. Murra, Nathan Wachtel, y Jacques Revel, pp. 59-68. Cambridge University Press, Cambridge.
1987 "Arquitectura y estructura del espacio en Huánuco Pampa". *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 2 (1): 27-45.
1999 "La arquitectura del Tahuantinsuyu". En: *Los Incas: arte y símbolos*, editado por Franklin Pease, Craig Morris, Julio Santillana, Ramiro Matos, Paloma Carcedo, Luisa Vetter, V. Roussakis y Lucy Salazar, pp. 1-59. Banco de Crédito del Perú, Lima.
- MORRIS, Craig, y Adriana Von HAGEN
1993 *The Inka Empire and its Andean origins*. Abbeville Press.
- MOSELEY, Michael
1992 "Maritime foundations and multilinear evolution: Retrospect and prospect". *Andean Past* 3: 5-42. Cornell University, Latin American Studies Program, Ithaca.
- MOSTNY, Grete
1949 "Ciudades atacameñas". *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural* 24: 125-201. Santiago, Chile.
- MUÑOZ, María de los Ángeles
2002 "Incallajta virtual: 600 años después". *Revista Vida & Futuro, Los Tiempos* 1 (4): 9-12. Cochabamba.
2006 *Patrimonio Cultural y Desarrollo Local Comunitario. El caso Incallajta. Cochabamba-Bolivia*. UMSS-Asdi/SAREC-INIAM.
- MURRA, John
1958 "On Inca political structure". En: *Systems of Political Control and Bureaucracy in Human Societies*, editado por Verne F. Ray, pp. 30-41. Proceeding of the 1958 Annual Spring Meetings of the American Ethnological Society. University of Washington Press, Seattle y Londres.
1967 "La visita de los Chupachu como fuente etnológica". En: *Visita de la Provincia de León de Huánuco en 1562, Iñigo Ortiz de Zúñiga, Visitador*, pp. 381-406. Tomos I y II, editado por John V. Murra. Universidad Nacional Hermilio Valdizán, Facultad de Letras y Educación, Huánuco, Perú.

- 1972 “El ‘control vertical’ de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas”. En: *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562, Ortiz de Zúñiga, visitador*. Documentos para la Historia y Etnología de Huánuco y la Selva Central, vol. 2, pp. 427-476. Universidad Nacional Hermilio Valdizán, Huánuco.
- 1975 *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*. Instituto de Estudios peruanos. IEP Ediciones Lima Perú.
- 1978 *La organización económica del Estado Inca*, Vol. 11. Siglo XXI. Traducción de Daniel Wagner, Siglo XXI Editores, México.
- 1980 *The Economic Organization of the Inca State, Research in Economic Anthropology Supplement 1*. JAI Press, Greenwich.
- 1999 “El Tawantinsuyu”. En: *Historia general de América Latina: Las sociedades originarias*, editado por Teresa Rojas y John Murra, pp. 481-494. Vol. 1. Editorial Trotta, Ediciones UNESCO.
- MURÚA, Martín de
[1613] 1987 *Historia general del Perú*. Edición de Manuel Ballesteros G. Historia 16, Madrid.
- NIELSEN, Axel
2007 “mas significantes: tramas culturales, guerra y cambio social en el sur andino prehispánico”. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (1): 9-41. Santiago de Chile.
- NÚÑEZ, Lautaro
1984 *Tráfico de Complementariedad de Recursos entre las Tierras Altas y el Pacífico en el área Centro Sur Andina*. Tesis doctoral, University of Tokyo, Tokio.
- NÚÑEZ, Lautaro y Tom D. DILLEHAY
[1978] 1995 *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica*. Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
- OBEREM, Udo
1976 *El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la sierra ecuatoriana (siglo XVI)*. Fondation Singer-Polignac.
- 1981 “El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la Sierra ecuatoriana (siglo XVI). En: *Contribución a la etnohistoria ecuatoriana*, editado por Segundo Moreno y Udo Oberem, pp. 45-71. Banco Central del Ecuador, Abya Yala, Instituto Otavaleño de Antropología. Otavalo.
- OWEN, Bruce
1994 Were Wari and Tiwanaku in conflict, competition, or complementary coexistence? Survey evidence from the Upper Osmore drainage, Peru. *59th annual meeting of the Society for American Archaeology*, Anaheim.
- OWEN, Bruce y Paul S. GOLDSTEIN
2001 “Tiwanaku en Moquegua: interacciones regionales y colapso”. En: Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias. Segunda parte, Peter Kaulicke y William H. Isbell, editores. *Boletín de Arqueología PUCP* 5: 169-188. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- ONTANEDA, Santiago
1998 “Arqueología de la sierra norte del Ecuador: secuencia cronológica y perspectivas regionales”. En: *Intercambio y comercio entre costa, Andes y selva. Arqueología y etnohistoria de Suramérica*, editado por Felipe Cárdenas-Arroyo y Tamara L. Bray, pp. 87-114. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.
- PALMA, Ricardo
1966 *Más tradiciones peruanas. Selección*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires.
- PAOLILLO, Antonio
1990 “New discoveries in Bolivia”. *Ligabue Magazine* 9 (17): 138-139. Italia.

- PARSONS, Jeffrey y Norbert PSUTY
1975 "Sunken fields and prehistoric subsistence on the peruvian coast". *American Antiquity* 40 (3): 259-282. Salt Lake City.
- 1981 "Chacras hundidas y subsistencia prehispánica en la costa del Perú". En: *Runakunap kawsayminkupaq rurasqankunaqa. La tecnología del mundo andino. Tomo I: Subsistencia y almacenamiento*, editado por H. Lechtman y A. M. Soldi, pp. 51-89. Universidad Nacional Autónoma de México.
- PÄRSSINEN, Martti
1992 *Tawantinsuyu: the Inca state and its political organization*. *Studia Historica* 43. Suomen historiallinen seura. Finlandia.
- PEASE G.Y., Franklin
1982 "The formation of Tawantinsuyu: mechanisms of colonization and relationship with ethnic groups". En: *The Inca and Aztec States 1400, 1800: Anthropology and History*, editado por George A. Collier, Renato I. Rosaldo, y John D. Wirth, pp. 173-198. Academic Press, New York.
- PEREIRA, David
1979 "La Red Vial Incaica entre Paria y Tapacari". *Los Tiempos*, octubre 21. Cochabamba.
- 1982 "La Red Vial Incaica en Cochabamba (Estudio Arqueológico y etnohistórico)". *Cuadernos de Investigación*. Serie Arqueología Nº 1. Instituto de Investigaciones Antropológicas y Museo de la Universidad Mayor de San Simón, Cochabamba.
- PEREIRA HERRERA, David y Ramón SANZETENA
1995 "Jahuintiri: Nuevo complejo de depósitos para el maíz incaico en Quillacollo". En *Los Tiempos Május* 7: 15, Cochabamba.
- PETERSEN, Georg
1941 "La marcha de Francisco Pizarro". *Chasqui* 3. *Órgano de la Asociación Peruana de Arqueología*.
- PIZARRO, Hernando
[1553] 1938 Carta a los oidores de la Audiencia de Santo Domingo. En: *Los cronistas de la Conquista*, editado por Horacio H. Urteaga, Biblioteca de Cultura Peruana, Tomo II, pp. 253-264. Desclée de Brouwer, Paris.
- PIZARRO, Pedro
[1571] 1978 *Relación del descubrimiento y conquista del Perú*. Edición y consideraciones preliminares de de Guillermo Lohman Villena, Notas de Pierre Duviols. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima
- PLATT, Tristan
1996 *Guerberos de Cristo: cofradías, misa solar, y guerra regenerativa en una doctrina Macha (siglos XVIII-XX)* Vol. 5. Ediciones Asur, La Paz.
- POLIA MECONI, Mario
1995 *Los guayacundos ayahuacas: una arqueología desconocida*. Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Concejo Municipal de Ayabaca.
- POLO DE ONDEGARDO, Juan
[1571] 1916 Informaciones acerca de la religión y gobierno de los incas. En *Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú*, Primera Serie, Tomo III, pp. 189-203. Imprenta y Librería San Martín, Lima.
- POSNANSKY, Arthur
1947 "El Hombre Prehistórico de Tarija y las manifestaciones de su cultura material. La ciudad de Tullku-Marka". En: *Actas del XXVII Congreso Internacional de Americanistas*, Vol. 1, pp. 183-190.
- PRESCOTT, William
[1847] 2015 *History of the Conquest of Peru*. Creative Media Partners, LLC.
- RAFFINO, Rodolfo
1988 *Poblaciones indígenas en Argentina*. TEA, Buenos Aires.

- RAFFINO, Rodolfo, Axel NIELSEN y Ricardo ALVIS
1991 "El dominio Inka en dos secciones del Kollasuyu: Aullaguas y Vallegrande (Altiplano de Bolivia y Oriente de Humahuaca)". *Comechingonia* 9, pp. 97-151, Córdoba.
- RAMÓN VALAREZO, Galo
1987 *La resistencia andina: Cayambe, 1500-1800* (No. 14). Centro Andino de Acción Popular, Quito.
- RASNAKE, Roger
1989 *Autoridad y poder en los Andes. Los Kuaqkuna de Yura*. HISBOL, La Paz, Bolivia.
- REGAL MAZIENZO, Alberto
1936 *Los caminos del inca en el antiguo Perú*. San Martí y Cía, Lima.
- REINHARD, Johan
1998 "The Temple of Blindness: An investigation of the Inca shrine of Ancocagua". *Andean Past* 5: 89-108. Latin American Studies Program, Cornell University, Ithaca.
- REINHARD, Johan y María Constanza CERUTI
2010 *Inca rituals and sacred mountains. A study of the world's highest archaeological sites*. Cotsen Institute of Archaeology, Los Angeles.
- RELACION DE LA GUERRA
[1584] 1912 Relación de la guerra de los Chiriguano y estados en que se hallaba. En: *Paraguay-Bolivia. Exposición de los títulos que consagran el Derecho territorial de Bolivia sobre la zona comprendida entre los ríos Pilcomayo y Paraguay*, compilado por Ricardo Mujía, Anexos. Tomo II. Empresa Editora de "El Tiempo", La Paz.
- RENARD-CASEVITZ, France-Marie, Thierry SAIGNES y Christine TAYLOR
1988 *Al este de los Andes: relaciones entre las sociedades amazónicas y andinas entre los siglos XV y XVII* (Vol. 1). Editorial Abya Yala e Instituto de Estudios Andinos, Quito.
- RIVIERE, Gilles
1983 "Quadripartition et idéologie dans les communautés aymaras de Carangas (Bolivie)". *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 12 (3-4): 41-62. Lima.
1984-1988 "Dualismo y Cuatripartición en Carangas". *Revista del Museo Nacional de Etnografía y Folcklore*. Ediciones MUSEF, La Paz.
- ROMOLI, Kathleen
1979 "Las tribus de la Antigua jurisdicción de Pasto en el siglo XVI". *Revista Colombiana de Antropología* 21: 11-55. Bogotá.
- ROSEN, Eric von
1924 *Ethnographic Research Work During the Swedish Chaco-Cordillera Expedition 1901-1902*. Fritze Bokh, Estocolmo.
- ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, María
1977 *Etnia y sociedad: costa peruana prehispánica*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
1988 *Historia del Tahuantinsuyu*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
1999 *History of the Inca Realm*. Traducido por Harry B. Iceland. Cambridge University Press, Cambridge.
- ROWE, Ann Pollard
1978 "Technical features of Inca tapestry tunics". *Textile Museum Journal* 17, 8.
- ROWE, John
1946 *Inca culture at the time of the Spanish conquest*. US Government Printing Office.
1956 "Archaeological explorations in southern Peru, 1954-1955: preliminary report of the fourth University of California Archaeological Expedition to Peru". *American Antiquity* 22 (2, Parte 1): 135-151.
1982 "Inca Policies and Institutions Relating to the Cultural Unification of the Empire". En: *The Inca and Aztec States 1400, 1800: Anthropology and History*, editado por George Collier, Renato I. Rosaldo y John D. Wirth, pp. 93-118. Cambridge Academic Press, New York/London.
- SAIGNES, Thierry
1985 "Algún día todo se andará: los movimientos étnicos en Charcas (siglo XVII)". *Revista Andina* 3 (2): 425-450.

- 1986 *En busca del Poblamiento Étnico de los Andes Bolivianos (siglos XV y XVI)*. Avances de Investigación 3. Museo Nacional de Etnografía y Folklore, La Paz.
- SALAS, Alberto
1945 *El Antigal de Ciénaga Grande, Quebrada de Purmamarca, Prov. de Jujuy*. Publicaciones del Museo Etnográfico 5, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- SALAZAR, Diego, Jose BERENGUER y Gabriela VEGA
2013 "Paisajes minero metalúrgico incaicos en Atacama y el altiplano sur de Tarapacá". *Chungara* 45 (1): 83-103. Universidad de Tarapacá, Arica.
- SALOMON, Frank
1980 *Los señores étnicos de Quito en la época de los Incas* (Vol. 10). Instituto Otavaleño de Antropología.
1988 "Un complejo de mercaderes en el norte andino bajo la dominación de los Incas". *Revista de Antropología* 4 (2): 105-126. Universidad de los Andes, Bogotá.
- SANCHO DE LA HOZ, Pedro
[1534] 1938 Relación para SM de lo sucedido en la conquista y pacificación de estas provincias de la Nueva Castilla y de la calidad de la tierra, después que el Capitán Hernando Pizarro se partió y llevó a su Majestad la relación de la victoria de Caxamarca y de la prisión del cacique Atabalipa. En: *Los Cronistas de la Conquista*, editado por Horacio Urteaga, Biblioteca de la Cultura Peruana, Tomo II, pp. 117-193. Desclée de Brouwer, Paris.
[1534] 1968 Relación para su Majestad de Pedro Sancho de la Hoz. *Biblioteca Peruana*, Tomo 1, pp. 275-343. Editores Tecnicos Asociados S.A, Lima.
- SÁNCHEZ C., Walter
2002 "Chonta y tembe: sistemas de paisajes y ocupación del territorio entre los Yuracare". *Boletín del INIAN-Museo* 4 (29). Serie Etnohistoria. Cochabamba.
2007a "The inca trail in Arepucho and 'the stone with writings'". *Cocha-banner* 18: 4-5.
2007b "Prehispanic agricultural landscape in Tablas Monte". *Cocha-banner* 19: 4-5.
2007c "Colomi-Inkachaca. The Inca road". *Cocha-Banner* 17: 8-9.
2008 "La presencia Inka: cambios poblacionales y relacionales en los valles y en los Yungas de Cochabamba". En: *Inkas, "flecheros" y mitmaqkuna. Cambio social y paisajes culturales en los valles y en los yungas de Inkachaca/Paracti y Tablas Monte (Cochabamba-Bolivia, siglos XV-XVI)*. Tesis de Doctorado, Segunda parte, pp. 67-106. Uppsala University.
2011 "Redes viales y entramados relacionales entre los valles, la puna y los yungas de Cochabamba". En: *En ruta. Arqueología, historia y etnografía del tráfico sur Andino*, editado por Lautaro Núñez A. y Axel E. Nielsen, pp. 177-197. Encuentro Grupo Editor, Córdoba, Argentina.
- SANTILLÁN, Hernando
[1563] 1968 Relación del origen, descendencia, política y gobierno de los Incas. En *Biblioteca Peruana*. Primera Serie, 3, pp. 377-463.
- SANZETENEA, Ramón
1975 "Los establecimientos estatales incaicos en el valle de Cochabamba". *Los Tiempos*, Cochabamba.
1979 "Los caminos incaicos en el valle de Cochabamba". *Los Tiempos* 17, Cochabamba.
- SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro
1942 [1572] *Historia de los incas*. Emece Editores, Buenos Aires.
- SCATTOLIN, María Cristina
2007 "Santa María antes del año mil. Fechas y materiales para una historia cultural". En: *Sociedades precolombinas surandinas: Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, editado por Verónica Williams, pp. 203-219. Buenos Aires.

- SCHRAMM, Raimundo
1990 "Trascripción e introducción de Raimundo Schramm a la Visita de los yndios Churumatas e yndios Charcas de Totorá que todos están en cabeza de su Majestad, 1560". *Serie: Fuentes Primarias*. MUSEF. La Paz.
- SCHJELLERUP, Inge
2005 *Incas y españoles en la conquista de los chachapoya*. Instituto Francés de Estudios Andinos, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- SCHREIBER, Katharina
1987 "Conquest and consolidation: A comparison of the Wari and Inka occupations of a highland Peruvian valley". *American Antiquity* 52 (2): 266-284.
- SMITH, Clifford T., William M. DENEVAN y Patrick HAMILTON
1981 "Antiguos campos de camellones en la región del Lago Titicaca". En: *Runakunap kawsayninkupaq rurasqankunaqa. La tecnología del mundo andino. Tomo I: Subsistencia y almacenamiento*, editado por Heather Lechtman y Ana María Soldi, Tomo I, pp. 25-66. Universidad Autónoma de México, México.
- STEBBERG, Rubén
2001 "Los caminos inka en Chile". En: *Tras la huella del Inka en Chile*, editado por Carlos Aldunate y Luis Cornejo, pp. 93-100. Museo Chileno de Arte Precolombino, Santiago de Chile.
- SQUIER, George E.
1974 *Un viaje por tierras incaicas*. Traducido por R. Peña. Buenos Aires, Argentina.
- STANISH, Charles
1992 *Ancient Andean political economy*. Texas University Press, Austin.
- STOTHERT, Karen
1985 "The preceramic Las Vegas culture of coastal Ecuador". *American Antiquity* 50 (3): 613-637.
- STRUBE ERDMANN, Leon
1963 *Vialidad imperial de los Incas: desde Colombia hasta Chile central y Sur de Mendoza, Argentina, con inclusión de sus proyecciones orientales*. Serie Histórica 33. Dirección general de publicaciones de la Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.
- TARRAGÓ, Myriam
1995 "Desarrollo regional en Yocavil: una estrategia de investigación". *Hombre y Desierto* 9 (1): 225-235.
2000 "Chacras y pukara. Desarrollos sociales tardíos". *Nueva historia argentina* 1: 257-300.
- TARRAGÓ, Myriam y Luis GONZÁLEZ
2003 "Los Graneros: un caso de almacenaje incaico en el Noroeste Argentino". *Runa* 24: 123-149. Instituto de Ciencias Antropológicas. Buenos Aires.
- TELLO, Julio César
1941 "La ciudad inkaica de Cajamarca". *Chaski* 1 (3): 3-7. Órgano de la Asociación Peruana de Arqueología, Lima.
- TORERO, Alfredo
1974 *El quechua y la historia social andina*. Universidad Ricardo Palma, Lima.
- URIBE, María Victoria
1976 "Relaciones pre-hispánicas entre la costa y el altiplano Nariñenses, Colombia". *Revista Colombiana de Antropología* 20: 11-20. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.
1977-1978 "Asentamientos prehispánicos en el altiplano de Ipiales, Colombia". *Revista Colombiana de Antropología* 21: 57-195. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.
1985 *Los Pasto y la red regional de intercambios de productos y materias primas: Siglos IX a XVI D.C.* Colección Pendoneros, Banco Central del Ecuador. Abya Yala. Quito.
1992 *Limpiar la tierra: guerra y poder entre esmeralderos*. Colección Sociedad y conflicto. Cinep, Bogotá.
1995a *Tendencias del desarrollo tardío de los cacicazgos andinos colombianos. Perspectivas regionales en la arqueología del sur occidente de Colombia y norte de Ecuador*. Universidad del Cauca, Popayán.

- 1995b “Los Pasto y etnias relacionadas: arqueología y etnohistoria”. En: *Área Septentrional Andina Norte: arqueología y etnohistoria*, editado por José Echeverría y María Victoria Uribe, pp. 367-438. Ediciones Banco Central del Ecuador-Instituto Otavaleño de Antropología, Abya Yala, Quito.
- 1995c “Los Pasto y la red regional de intercambio de productos y materias primas: siglos IX a XVI d. C.” En: *Área Septentrional Andina Norte: Arqueología y Etnohistoria*, editado por José Echeverría y María Victoria Uribe, pp. 439-458. Ediciones Banco Central del Ecuador-Instituto Otavaleño de Antropología, Abya Yala, Quito.
- URIBE, María Victoria y Roberto LLERAS
1983 “Excavaciones en los cementerios Protopasto y Miraflores, Nariño”. *Revista Colombiana de Antropología* 24: 335-379. Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá.
- URIBE, Mauricio
1999-2000 “La Arqueología del Inka en Chile”. *Revista Chilena de Antropología* 15:63-94. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Santiago
- URIBE, Mauricio y Rodrigo SÁNCHEZ
2016 “Los incas en Chile. Aportes de la arqueología chilena a la historia del Tawantinsuyu (ca. 1400 a 1536 años d.C.)” En: *Prehistoria en Chile. Desde sus primeros habitantes hasta los Incas*, editado por F. Falabella, M. Uribe, L. Sanhueza, C. Aldunate y J. Hidalgo, pp. 529-568. Editorial Universitaria- Sociedad Chile de Arqueología, Santiago.
- URIBE, M., S. URBINA y C. DONLEY-ZORI
2012 “La presencia Inka y la incorporación de Tarapacá al Tawantinsuyu (Norte Grande de Chile)”. *Actas XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 217-227. Valparaíso.
- URTEAGA, Horacio
1931 *El imperio incaico*. Imprenta Gil, Lima.
- VACA DE CASTRO, Cristóbal
[1543] 1908 Ordenanzas de Tambos distancia de unos a otros, modo de cargar los indios u obligaciones de las justicias respectivas hecha en la ciudad del Cuzco, en 31 de mayo de 1543. *Revista Histórica*, tomo III, pp. 427-492. Lima.
- VALDEZ, Lidio
1996 “Los depósitos inka de Tambo Viejo, Acari”. *Tawantinsuyu: An International Journal of Inka Studies* 2: 37-43. Australian National University, Canberra.
- VÁSQUEZ-MACHICADO, Humberto
1955 “Los caminos de Santa Cruz de la Sierra en el siglo XVI”. *Revista de Historia de América* 40: 487-551. Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- VIBAR, Gerónimo de
[1558] 1966 *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile*. Fondo Histórico y Bibliográfico “José T. Medina”, Santiago de Chile.
[1558] 1979 *Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile 1558* (edición y notas de Leopoldo Saez-Godoy). Berlín: Colloquium Verlag. XIX-343. Biblioteca Iberoamericana 27.
- VRANICH, Alexei
1999 *Interpreting the Meaning of Ritual Spaces: The Temple Complex of Pumapunku, Tiwanaku, Bolivia*. Tesis doctoral, Department of Anthropology, University of Pennsylvania
- WACHTEL, Nathan
1982 “The mitimas of the Cochabamba Valley: The colonization policy of Huayna Capac”. En: *The Inca and Aztec States 1400, 1800: Anthropology and History*, editado por George A. Collier, Renato I. Rosaldo y John D. Wirth, pp. 199-235. Cambridge Academic Press, New York/Londres.
1988 “Antropología histórica y sociedad andina”. En: *Peruanistas contemporáneos (temas, métodos, avances)*, editado por W. Kapsoli, pp. 49-63. Concytec, Lima.
1990 *Le retour des ancêtres: Les Indiens Urus de Bolivie 20e-16e siècle: Essai d'histoire régressive*. Gallimard.

WIENER, Charles
1880 *Pérou et Bolivie: récit de voyage*. A. Lahure.

WILLIAMS, Verónica
2004 “Poder estatal y cultura material en el Kollasuyu”. En: *Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales: perspectivas arqueológicas y etnohistóricas*. Tercera parte, Peter Kaulicke, Gary Urton y Ian Farrington, editores. *Boletín de Arqueología PUCP* 8: 209-245. Lima.

XEREZ, Francisco de
[1534] 1968 *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia del Cuzco llamada la Nueva Castilla*. Biblioteca Peruana, primera serie, Tomo 1. Lima.

ZÁRATE, Agustín de
[1555] 1968 *The discovery and conquest of Peru: a translation of Books I to IV of Agustín de Zárate's History of these events, supplemented by eye-witness accounts of certain incidents and later historians*. Reimpresión de la edición de 1581, traducción de Thomas Nicholas, Folcroft Library Editions. Philadelphia.

ZUIDEMA, Tom
1964 *The Ceque System of Cuzco: The Social Organization of the Capital of the Inca*. E. J. Brill, Leiden.
1989 “At the King’s table: Inca concepts of sacred kingship in Cuzco”. *History and Anthropology* 4 (1): 249-274.





QHAPAQ ÑAN. SISTEMA VIAL ANDINO
de Luis G. Lumbreras, Myriam Tarragó y Victoria Castro
se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
GD Impacto Sociedad Anónima Cerrada
en el mes de Noviembre del 2020

Luis G. Lumbreras Salcedo. Doctor en Etnología y Arqueología, por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Profesor Emérito de la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga y de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

En 1972 recibió el Premio Nacional de Cultura del Ministerio de Educación del Perú; en 1994 el Premio A. von Humboldt de Alemania, por sus contribuciones a la Arqueología Prehistórica; en 1996 el Premio a la Investigación Científica del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología del Perú; en 2006 el título de Oficial de las Artes y las Letras del Gobierno de Francia; en 2013 el Premio de Excelencia a la Investigación Arqueológica en Latinoamérica y el Caribe por la Society for American Archaeology de USA, además de otras distinciones académicas nacionales y extranjeras.

Myriam Noemí Tarragó. Comenzó sus estudios superiores en la Universidad Nacional del Litoral, donde obtuvo su Certificado de especialización en Antropología. Doctora en Historia, especialidad en Antropología, por la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario en 1991.

Profesor Adjunto ad-honorem del Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, Universidad Católica del Norte, San Pedro de Atacama, Chile, desde 1994. En Argentina, profesional consultora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional de la Plata, la Universidad Nacional de Salta y la Universidad Nacional de Jujuy.

En 2006 recibió el premio Konex en el rubro Arqueología y Antropología Cultural. En 2007 recibió la distinción Women in Archaeology por sus aportes al conocimiento en el campo de la arqueología. Forma parte del grupo de científicos e investigadores del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina y se desempeña como directora del Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti de Buenos Aires.

Miembro del Comité Científico del Proyecto de Nominación del Qhapaq Ñan, Centro del Patrimonio Mundial - UNESCO, entre los años 2006 y 2010.

Victoria Castro Rojas. Licenciada en Filosofía con mención en Prehistoria y Arqueología por la Universidad de Chile; Título profesional de Arqueóloga; Magíster en Ciencias Históricas con mención en Etnohistoria y Arqueóloga por la Universidad de Chile en 1985. Profesor de Estado en Filosofía, Universidad de Chile, donde es profesora emérita desde el año 2007.

Ha obtenido varias distinciones por diferentes instituciones académicas y científicas: Mujer destacada de la Universidad de Chile (1988); Mejor docente de Pregrado de la carrera de Arqueología (2001); Distinción Académica Mujer Generación XXI (2003); Medalla al mérito académico "Valerín Letelier" (2005); Premio "Amanda Labarca" (2014); Premio a la Excelencia en Arqueología de América Latina y el Caribe (2018) y Reconocimiento de la Sociedad Americana de Arqueología (2019); siendo la primera mujer en ser reconocida por la Sociedad Americana de Arqueología.

Integrante del Fondo Nacional de Ciencia y Tecnología (FONDECYT) de Chile e investigadora asociada al Centro de Investigaciones del Hombre en el Desierto (CIHDE), fue Miembro del Comité Científico Internacional del Programa Qhapaq Ñan, Centro del Patrimonio Mundial - UNESCO, entre los años 2006 y 2010.



Organización
de las Naciones Unidas
para la Educación,
la Ciencia y la Cultura



Directorio
de Instituciones de Cultura
del Estado

ISBN: 978-612-4375-15-6



9 786124 1375156